



ANTONIO CAVANILLAS DE BLAS

EL
Cirujano
DE
AL-ANDALUS

Lectulandia

Ésta es la historia de Abul Qasim, el médico personal del califa Abderrahmán III y, probablemente, el cirujano español más notable de todos los tiempos. Hace diez siglos, este genio andalusí, gracias a su intuición y apoyándose en revolucionarias técnicas inventadas por él que han llegado hasta nuestros días, ya operaba con éxito cataratas, hernias y bocios; hacía traqueotomías, trepanaciones, amputaciones e, incluso, intervenía cólicos misereres.

Antonio Cavanillas de Blas, cirujano él mismo, nos traslada con inigualable maestría a la mágica Córdoba del siglo X, la ciudad más populosa de Occidente, en la que se reunía todo el saber de su tiempo. Y nos lleva a contemplar, a vivir casi, las intervenciones de Abul Qasim, así como las aventuras del harén, el aroma del zoco, el esplendor califal o el largo viaje a Bagdad en busca de conocimiento.

Lectulandia

Antonio Cavanillas de Blas

El cirujano de Al-Andalus

ePub r1.0

Mangeloso 23.04.14

Título original: *El cirujano de Al-Andalus*

Antonio Cavanillas de Blas, 2009

Retoque de cubierta: Mangeloso

Editor digital: Mangeloso

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

ANIVERSARIO EDICION CONMEMORATIVA



ePubLibre.org

A mi padre, cirujano de guerra, in memoriam.

Prólogo

Entornemos los ojos. Retrocedamos mil años en el tiempo. Es verano. Las cigarras cantoras emiten su suave arrullo frotándose los élitros. El río Guadalquivir se desliza perezoso bajo el puente romano a La altura de Córdoba. Las cigüeñas llevan meses anidando en el alminar de su mezquita y el aguador proclama la excelencia del agua de la Fuente del Cardón, la más fresca de todo el arrabal. Dos morillas descalzas bailan en una esquina del callejón de los Alabarderos. Revivamos la historia. El primer gran cirujano español de la historia fue andaluz. Un español de Al-Ándalus nacido en Medina Zahara, el barrio aristocrático de Córdoba. Su impronunciable nombre, Abul Qasim Khalaf ibn al-Abbas al-Zahravi, se resume en Abulcasis o Abulcasís, que de ambas formas se le conoce en los ambientes médicos cultivados. Y digo tal porque la figura de este gigante del escalpelo ha pasado desapercibida para los que no son de esos círculos. Cosas de la historia que cada cual cuenta e interpreta a su manera. El hecho de haber visto la luz en el palacio de Abderrahmán III ha hecho suponer a algunos de sus biógrafos que estaba emparentado con el primer califa Omeya. Tal vez no se hallen muy lejos de la realidad: cualquier sultán, califa o mandatario similar de la época podía tener entre bastardos y legítimos cien hijos.

Córdoba, la ciudad más poblada de Occidente durante el siglo X, rivalizaba entonces con las más importantes ciudades del mundo conocido: Bagdad, Damasco o Alejandría. Su universidad o aljama, algo posterior a las de El Cairo o Fez, superaba a aquéllas en calidad de enseñanza y número de cátedras. La teología, matemáticas, astrología, filosofía, medicina y cirugía rayaban a una altura inimaginable en las miserables capitales europeas del momento: Londres, París, Roma, Kiev o Atenas.

Abulcasis ha pasado a la historia por ser el primer cirujano del mundo que operó un bocio tóxico. En su magno tratado *Al-tasrif*, una enciclopedia médico-quirúrgica en tres grandes volúmenes, pasa revista a todas las patologías entonces conocidas. La calidad de su obra —escrita en aljamía o romance castellano— es tal que fue traducida al árabe, al griego y al latín, y sirvió a Avicena, el ilustre médico-teólogo persa afincado en Bagdad, para perfeccionarse y escribir años más tarde su magistral Canon de medicina, que lo inmortalizó. Abulcasis fue el primero en emplear len, hilo de seda trenzada, para suturar las heridas quirúrgicas. Nadie antes que él ofreció una completa descripción clínica de la hemofilia. Fue un experto cirujano maxilofacial, estudió la alineación de los dientes y la forma de corregir sus defectos. Fue también pionero absoluto en los implantes bucales, para los que se valía de huesos de animales.

Utilizando acero y cobre trabajados en las fundiciones de Toledo diseñó infinidad de instrumentos quirúrgicos: pinzas, crinas, trépanos, escalpelos, gubias, escoplos, separadores y cauterios. Operaba cataratas, hernias, varices, estrumas, fístulas y

fisuras. Efectuaba amputaciones y dilataba abscesos de cien clases. Ideó una técnica para tratar cálculos en la vejiga urinaria que llamó litotricia y fue el inventor de la litotomía o talla vesical. Actualizó la sedación de los pacientes resucitando un anestésico, la «esponja soporífera», que Pedro de Egina había tomado de un ermitaño italiano llamado Teodorico y que luego durmió el sueño de los justos hasta Andrés Vesalio, el cirujano del emperador Carlos y de su hijo Felipe II. Desde el punto de vista médico prescribía el uso de diuréticos, purgantes, tónicos, carminativos y laxantes. Era muy amigo de la balneoterapia y fitoterapia, o tratamiento mediante plantas y hierbas. Cita en sus recetas el hinojo, la ruda, el ajo, el malvavisco, el azafrán y la cúrcuma entre otras muchas. Es conocida su intervención en el tratamiento de la obesidad mórbida del rey de León Sancho el Craso, emparentado con Abderrahmán III a través de su madre, la reina Toda de Pamplona. Como relata El Cronicón del reino de Navarra, adelgazó al monarca —que pesaba dieciocho arrobas, el equivalente a doscientos kilos— hasta dejarlo presentable. En el manejo del cauterio era un consumado artista. Lo empleaba en fístulas anales, para fulgurar procesos cutáneos y como coagulante durante sus intervenciones.

Amén de su actividad médica, Abulcasis fue lo que hoy diríamos catedrático, enseñó en la madraza cordobesa y en su célebre escuela de traductores. Viajó por medio mundo, pero el periplo a Bagdad para conocer a Ibn Sina, el celeberrimo Avicena, extraordinario clínico, músico y teólogo, no es histórico y ha sido libremente novelado. Sí es real que ambos sabios se conocieron a través de sus obras. En cuanto a la primera traqueotomía descrita, atribuida a Avicena, yo tengo serias dudas de que el médico persa fuese realmente su autor. Cuarenta y cuatro años más joven que Abulcasis, el bagdasí había estudiado la obra de su colega, *Al-tasrif*, donde viene descrita aquella técnica. Es por tanto lícito pensar que fue a la inversa: el primero en efectuar una apertura quirúrgica de la tráquea que oxigenara los pulmones en caso de la obstrucción de aquel conducto fue el cirujano Andalúsí.

Abulcasis (936-1013) vivió la mejor época del islam en España, la que casi coincide con el califato cordobés. Su vida transcurrió entre los ochenta y cuatro años que van de 929, fecha de la coronación de Abderrahmán III, hasta 1013, en que desaparece el último califa y se inician la disgregación y los reinos de Taifas. Si Al-Ándalus fue rico y poderoso aquellos tiempos lo fue por varias causas: cultura, fuerza, unidad y tolerancia. Convivieron allí y se hermanaron las tres religiones del Libro. La bondad del clima, el verdor de los campos, la abundancia de agua y la espesura arbórea, es decir, lo que adoran los árabes, tuvieron quizá mucho que ver en tal riqueza. Desde que los ulemas implantaron su ley y se mezcló con la política la intransigencia religiosa, el tinglado se vino abajo y cayó con estrépito. Desapareció la excelencia y surgió con las Taifas lo mediocre, pero siempre quedará en el recuerdo la increíble labor de aquel gran hombre, el primero entre los cirujanos españoles:

Abul Qasim.

Las Palmas de Gran Canaria.

Capítulo 1

Conocí a Marcial en un momento trágico. Jamás olvidaré el ardor asfixiante de aquel estío que no acababa nunca, la humedad incolora que ascendía del río, el regusto de cieno en la garganta y los aullidos. Era tanto el sofoco que enmudecían los pájaros y se doblaba el tallo de los juncos. Fue en el mes de safar. El almuédano había desgranado ya el ebed, la primera oración de la mañana, y el populacho se dirigía al trabajo. Eran braceros, jornaleros y tenderos mozárabes, muladíes o hebreos, que, desde el arrabal, sudorosos, en silencio sumiso, cruzaban el puente romano para traspasar la puerta de Carmena, recién abierta, e incorporarse al tajo. El sol, tras irisarse en todos los colores del arco de la lluvia, se bañaba en el Guadalquivir antes de reflejarse en las romanas piedras de la gran muralla. Córdoba se desperezaba lentamente, como la favorita del califa, que Alá guarde, en el harén de Medina Zahara.

La jornada prometía calor y polvo cárdeno: el temido cherguí que sube del desierto y cruza el mar llevado por el viento en los veranos tórridos. Recuerdo que, pendiente de un enfermo que padecía de plétora, tras sangrarlo dos veces, apenas pude dormir aquella noche. De madrugada, pude al fin recogerme. Crucé a mi casa por el callejón de Perrerías, en la turbia negrura que aliviaba la luz de hachones humeantes, seguí por el pasaje de los Muleros, fuliginoso por las cenizas de los fuegos donde se calentaban los mendigos, y acabé en la sórdida plazuela del Matadero, en la que pernoctaban en confuso revoltijo desahuciados, leprosos y emigrantes de las cuatro esquinas de Al-Ándalus. Olía a miseria: esa cruel conjunción de ropa sucia, mierda sin filiación, orina descompuesta y roña veterana. Pasé, en fin, frente al zoco desierto y avisté entre las sombras, detrás del muro de mi almunia, las copas susurrantes de sus árboles: los cipreses gemelos, olmos negros, pinos, sauces, chopos, álamos y laureles. Amo el rumor que nace de la brisa al transcurrir entre las ramas y las hojas y distingo los diálogos arbóreos, la mejor de las músicas. Omero, que dormitaba en el zaguán con su perrillo, se alzó de la estera que le servía de lecho, me franqueó el portalón y tornó a su feliz y canino rebuño sin apenas mirarme. Todos dormían. Me engolfé en el aroma de mi hogar, igual que cada cual único y propio: flor del naranjo, pomadas de mujer, cera caliente, resina e incienso de romero. Tras enjuagarme en el aljibe grande, hacer una ligera colación y tumbarme en la esterilla en pleno patio, desnudo, traté de conciliar el sueño. Vano intento. Di vueltas y revueltas, pero el bochorno pegadizo era tal que hacerlo era imposible. Cuando la primera claridad del alba apuntaba entre el ramaje de los limoneros —una grisalla temblorosa y pálida— sentí sobre el suelo de ladrillo retemblar las pisadas de Jazmina, la más joven de mis esposas. Sí, eran sin duda sus menudos y descalzos pies, pies de princesa: los tobillos decorados con ocre de arcilla, las uñas pintadas de

magenta y el delicado aroma de su cuerpo: sudor natural y nomeolvides. Cerré los ojos para no tenerle nada que agradecer ni suscitar los celos de las otras. No iba sola: su esclava Sacha, tan niña como ella, hizo llegar a mi nariz su olor a miel silvestre y sándalo. Sentí que me cubrían con un fino lienzo y que dejaban al lado un cuenco con zumo de naranja. Jazmina... Evocando su figura de mujer en agraz logré hilvanar un sueño breve.

Al despertar me bañé en la acequia del jardín, de verde y fresca agua de pozo. Nada como un jardín moruno y ninguno comparable a un riad cordobés. En mi cuarto, sobre el lecho, habían dispuesto una túnica gris de hilo de Sohág, sandalias de cordobán trenzado, la fíbula de plata martelada que comprara en Tánger y un tarbush amarillo, a lo egipcio. Bebí mi jugo de naranja, mojé pan ácimo en el hirviente té, di algunas órdenes a Fátima, la dueña que hace también de gobernanta, y otras a Omero, el guardián de la finca, un gigante senegalés, castrado, fiel como un perro grande, que cuida de mis propiedades y mujeres, apaña los arriates de flores, riega el jardín, recorta los setos de arrayán y aligustre y tiene limpio el patio y la consulta. El gineceo estaba silencioso, lo mismo que la estancia donde duermen mis hijos. Al salir a la calle me aguardaba mi propio pordiosero, un muladí tullido que duerme en el zaguán de al lado y espera su limosna diaria, algún cequí de cobre. Come al caer la tarde, igual que mis caballos, pero lo hace hasta hartarse. No conozco su nombre ni lo sabré jamás, pues es mudo. Nadie sabe su historia ni la causa de que, en lugar de lengua, luzca al abrir la boca un muñón informe, negro, sanioso y tan retráctil como el diente de un áspid. Al principio expresaba su agradecimiento mostrándomelo al tratar de articular palabras, pero se lo prohibí para evitarle esfuerzos y a mí bascas y arcadas. Ahora besa en silencio mis sandalias, tras prosternarse, sin osar levantar la cabeza. Es cómodo cumplir con los mandatos del Corán con poco gasto. Hube de proteger mi vista con la mano en visera para evitar el deslumbramiento cegador del sol.

—Buenos días —me deseó Elvira, la gruesa buñolera mozárabe que regenta la mejor freiduría del arrabal. Supone un aliciente diario contemplar su sonrisa envuelta en la humareda del aceite hirviendo. Te levanta el ánimo y te hace amar la vida. Todas las mañanas pruebo sus buñuelos, rosquillas, churros o piñonates. Conocedor de mis gustos, me sirvió sin palabras un gran cuenco de leche y dos buñuelos que ella dice «de viento», pues son huecos, etéreos, una especialidad cristiana propia de sus conmemoraciones religiosas. Elvira es mujer buena, diligente y feliz. No ha mucho traté a su marido de un descalabro —se cayó de la mula cuando regresaba del huerto familiar— y hube de suturar su cuero cabelludo. Por ello no me cobra.

—Hoy hará más calor —aseguré—. ¿Cómo está tu marido? —pregunté en aljamía, el idioma común del arrabal, el que manejan todos.

—No levanta cabeza, amo Abul Qasim —respondió, secándose los dedos en el delantal—. Cuando no le duele la costura que dejaron tus manos, Dios sea loado, le

aprieta el ahogo del pecho o la podagra. Es un viejo con sólo cuarenta años.

Desayunaba a la sombra de una lona mugrienta que extendía la cristiana entre su puesto y un poste hincado en medio del arroyo, de pie, rodeado de descuideros, golfos y haraganes. Me respetaban. Los conocía por sus nombres y me sentía más seguro a su lado que entre jueces. En el aire, descolorido y quieto, se fundían los rumores del arrabal: el chirriar del eje del carro de un tendero, el aguador que ofertaba su fresca mercancía, el pregonero, los cascos de un caballo alejándose, una gresca entre niños, la oración del muecín o las lejanas chirimías de un acuartelamiento de soldados. Elvira esparcía agua con una palangana sobre la parcela de tierra que le correspondía. Contrastaba la limpieza de su arriendo con el resto. Con la falda remangada hasta la pantorrilla, usaba la mano diestra con rara maestría. Los goterones levantaban nacaradas nubéculas de polvo al batir contra la tierra seca. Tuvo especial cuidado en no manchar los bajos de mi túnica. Al acabar le di a la fuerza tres monedas de cobre y crucé a lo ancho el zoco grande para acortar un trecho. Pasé entre los cambistas, con sus mostradores callejeros exhibiendo balanzas y monedas: doblas de oro, blancas de plata y maravedíes castellanos de vellón; doblones de oro pamplonés con la leyenda Navarrorum; escudos italianos e imperiales, codiciadas estateras de oro griego, dinares sirios y persas, tankas de Delhi, momismas de plata bizantina, dirhans de Bujara, óbolos ucranianos y griegos y los dineros de Al-Ándalus, desde el humilde cequí de cobre y el dinar de plata, a la moneda reina, la más cotizada por su valor y ley en todo el Occidente: el dinar de oro. La mayoría de los tratantes en dineros era hebrea, pero se veían sirios, yemeníes y eslavos, casi todos valencianos, catalanes o genoveses. Competían con sus gritos disputándose la escasa clientela a hora tan tempranera.

Hubo un pequeño escándalo: un ladronzuelo, apenas un chiquillo, muladí de los muchos que pululan por el arrabal en una maraña piramidal, organizada, fue cogido in fraganti cuando robaba a un árabe. El alguacil lo pilló con el cuerpo del delito, la bolsa, derrumbado en el suelo por la providencial zancadilla de un hombre honrado. No le arriendo la ganancia. En nuestro califato no se amputa la mano ladrona, como en otras partes del islam, pero a nadie le agradan los meses de mazmorra que le imponga el cadí y los latigazos que le aguardan. Fue al doblar el callejón de Hojalateros cuando sentí el griterío y vi a la multitud gesticulante. Traté de escabullirme de manera refleja, cortando por una estrecha callejuela sin nombre. Odio la turba, detesto las aglomeraciones y, cuantos más años cumpla, amo más el silencio y la paz. No hubo lugar: un hombretón de pelo alborotado y entrecano, sudoroso, que vestía delantal sobre un caftán grasiento, debió reconocerme, corrió hacia mí y, cogiéndome muy fuerte por los hombros, me espetó:

—¡Piedad, amo Abul Qasim, mi hija se muere!

Conocía a aquel hombre. Era un buen carnicero. De origen muladí, había

abrazado la fe del islam y preparaba bien la carne, con las pautas y maneras del Libro. Sabía que el cordero que consumíamos en casa procedía de su carnicería. Ignoraba su nombre. Estaba fuera de sí, los ojos exoftálmicos, mesándose la barba, al borde del ataque apoplético.

—Tranquilízate, ¿qué ocurre? —dije, pausando las palabras, tratando de imponer sosiego mostrándole equilibrio.

—No lo sé, amo. Ella se ahoga, se asfixia...

Nos abrimos camino entre la gente y entramos a su negocio. Pasamos a la trastienda. Tumbada sobre una mesa de madera, de ésas para el despiece, una muchacha de unos trece años se debatía en espasmos agónicos. Era blanca de piel, blonda de pelo y de gráciles formas en esbozo. Toda ella se agitaba igual que el vendaval, como si la habitaran por dentro los demonios. A pesar de estar sujeta por varios familiares daba grandes manotazos y recios patadones al aire. Su rostro se contraía en una mueca infausta que traducía la imposibilidad de respirar, como si una garra invisible lo impidiese trincándole el gazonate.

—¿Qué ha pasado? —pregunté, aunque casi sabía la respuesta.

—Lo ignoramos —dijo la madre compungida y llorosa—. La niña estaba sola, desayunando. Comía un melocotón. Puede que se haya atragantado —añadió.

—Que salgan de la estancia todos menos los padres —ordené mientras abría la cartera de mi instrumental, que siempre va conmigo cuando voy o vuelvo del maristán.

Después, todo se sucedió en segundos: antes de salir el último curioso ya había palpado con mi dedo la semilla del fruto enclavada en su garganta. Lo estaba tanto, que el rápido intento de desencajarla fue baldío. La niña, cianótica, trémula, se debatía entre la vida y la muerte dando sus últimas boqueadas inútiles, decrecientes, de merluza de altura al sol sobre un banasto. Sin dudar, centré la barbilla de manera que enfrentara el yugulo esternal, extendí fuertemente el cuello y hundí el escalpelo en su piel por debajo de la nuez, profundizando hasta la tráquea. Despreciando la sangre que brotaba de la herida, metí en ella dos dedos y los separé. Se escuchó una gran sibilancia: el sonido de un fuelle de fragua al ser pisado para avivar el fuego, la furia del aire al resoplido del delfín. Sentí lo mismo que una brisa benéfica corriendo entre mis dedos, vida en forma de aliento inhalado con avidez por la chiquilla que revivió en tan sólo un instante. La muchacha, con ansiosos movimientos de su pecho, aspiraba por la tráquea hendida cada vez con más ímpetu, intentó resarcirse del tiempo que durara su ahogo y compensar así la falta del espíritu vital que coloniza el aire. El color retornó a sus mejillas como el azul al cielo tras la lluvia y abrió mucho los ojos. Sus padres no daban crédito a lo que iban viendo: se miraban llorosos, se mordían los puños santiguaban. Para ellos, cristianos renegados, se trataba de resurrección o de un milagro. Ya resuelto el problema, fue fácil: empujé con un dedo

desde dentro, desencajé el hueso que había provocado el incidente y lo saqué por la boca entreabierta. Lo mostré prendido entre dos dedos, en silencio como un trofeo de guerra. Ahora la pequeña respiraba por boca y por nariz sin el menor problema. La madre, abrazada a su cuerpo, suspiraba y lloriqueaba mansamente. El padre, todavía desencajado, me miraba como a un ser superior.

—Pon sobre un paño limpio el instrumental que llevo en una caja dentro de mi cartera —le indiqué sin dejar de dilatar la herida con los dedos, procurando dar a mi voz sensación de dominio—. ¿Cómo te llamas?

—Marcial, amo.

—Estupendo, Marcial. Si lo haces bien puede que te nombre mi ayudante —bromeé para animarlo mientras colocaba sondas, pinzas, separadores, punzones, erinas, agujas y tijeras sobre el paño—. Saca también un mechero de petróleo que hay al fondo —ordené mientras retiraba los de la herida—. Después, abre bien las ventanas para que entre la luz e ilumine el campo operatorio —añadí.

La herida no sangraba lo esperable. En sus labios sanguinolentos, de manera simétrica, babeaban dos conductos vasculares de pequeña entidad. No lo hacían a impulsos, como la sangre que brota de una arteria, sino de forma perezosa igual que el manantial a punto de agostarse. Eran sin discusión pequeñas vénulas de sangre negruzca, densa e impura.

—Enciende el mechero y pon a calentar la punta de un punzón —le pedí.

Actué con rapidez desde que vi que el acero estaba al rojo blanco. Enjuagué la herida con un paño, identifiqué los puntos sangrantes y, tomando el punzón por el mango, los cautericé. Luego monté en una aguja de acero curvilíneo un hilo de seda y di un punto a la tráquea. El conducto que lleva el aire a los pulmones se mostraba blanquecino al fondo de la lesión, recordaba a la espina opalescente y cartilaginosa de los calamares. La niña respiraba normalmente y estaba casi en calma, con su madre sujetándole los brazos.

—¿Cómo te llamas? —pregunté.

—María... —respondió, intentando sonreír.

—Ahora tendré que hacerte algo de daño, pequeña María —aseguré—. Aprieta los dientes, respira por la nariz y piensa en Leila Marian, la madre de vuestro profeta, en la que yo también creo.

El padre se creyó obligado a intervenir.

—Sólo hay un Dios y Mahoma es su profeta..., amo Abul Qasim —dijo para certificar su conversión al Alcorán, ahuyentar dudas y evitar malos entendidos.

Sin contestar proseguí con la piel, suturándola con puntos separados tras dejar una mecha de gasa empapada en vinagre diluido. La niña me miraba con sus ojos de color azulino indeciso, llenos de pasmo, soportando el dolor, agarrada con su mano izquierda a mi cintura. Al terminar coloqué un pequeño apósito de gasa en la herida y

empaqueté mis cosas. María, tranquila, respiraba con pausado ritmo, asida a su madre mano con mano.

—Acercad una jofaina para que pueda lavarme —pedí.

La trajo enseguida Marcial. Mientras enjuagaba mis manos y las secaba di ciertas instrucciones:

—María puede levantarse y caminar si lo desea. Que no juegue en la calle pues podrían lastimarla. Que coma normalmente. Mañana volveré para hacerle una cura.

—Dime lo que te debo por tu trabajo, amo Abul Qasim —dijo Marcial.

Antes de responder, eché una ojeada por la aseada pero pobre habitación. No me habían llamado de manera espontánea, sino por una urgencia, y yo sólo cobro las consultas o intervenciones que se hacen de intención y en pacientes pudientes.

—No me debes nada, Marcial. Me conformaré con tu amistad.

El matrimonio se abalanzó sobre mí y me besó las manos. Ella sollozaba convulsa mientras él se abrazaba a mis piernas y besaba la alforza de la túnica. Me desasí con suavidad de ambos. Crucé por entre los fisgones expectantes congregados ante la puerta, igual que en un sepelio de importancia. Había árabes puros, beréberes descendientes de las castas del desierto, negros del Senegal y de la Nubia, muladíes, semitas y cristianos. El silencio era tal que no se oía ni el volar de una mosca. Sólo cuando me alejaba escuché algunas frases inconexas: «Es un mago», «Ha salvado su vida imponiendo sus manos», «Le ha insuflado el espíritu por medio de una cánula»...

Al día siguiente, cuando la luz de la primera albura hacía nacer la claridad verdosa en los naranjos, tocaron a mi puerta. Abrió Omero. María y Marcial venían a traerme un cordero pascual y un gran lomo de vaca, carnes limpias, recién sacrificadas al modo del islam.

El libro sagrado trazó mi senda y el escalpelo me enseñó lo que sé. Mi vida transcurría muelle y plácida entre sedas, mimado y regalado por mi madre en una infancia demasiado larga. Yo era como esas larvas lucientes y jugosas que habitan debajo de las piedras en las praderas húmedas, medrando en su cómoda cárcel silenciosa y oscura, indolentes, ciegas como murciélagos, sin peligro pero sin alicientes. Hace falta un estímulo, un puntapié que voltee la losa para que todo cambie, la larva se convierta en gusano, éste en crisálida y la crisálida en mariposa de ataujía, musgo y ojos con alas que permitan volar. Cuesta elevarse, cierto. Hay muchos que se estrellan como Ícaro, otros de planeo corto y algunos que ni siquiera aciertan a levantarse un palmo de la tierra. Es difícil dejar el nidal cuando es un paraíso, sacrificarlo todo para entregarse al prójimo, prescindir de la seguridad que da el caparazón y mostrarse tan desnudo como esos que han perdido su casa embargada por orden del muftí.

Me llamo Abul Qasim Khalaf ibn al-Abbas al-Zahravi, pero mi impronunciable nombre se resume en Abulcasis para los cristianos y Abul Qasim para los de mi raza. Nací en Córdoba el 12 de muarán del año 314 de la Hégira del profeta Muhammad, 936 del nacimiento de Cristo. Vine al mundo en Medina Zahara, el barrio real de mi ciudad, capital del imperio de Al-Ándalus, un conjunto de edificios que incluía el alcázar, palacios, baños, monumentos, mausoleos, villas, el riad palaciego y jardines botánicos ordenados levantar por Abderrahmán III a raíz de su coronación como califa, siete años antes. La villa, de recreo, pensada para el placer del todopoderoso Omeya, se alzaba a legua y media de Córdoba, al oeste, hacia la serranía. Me detendré un momento a intentar describir lo indescriptible: la magnificencia de Medina Zahara, sus lujos, la insuperable delicia de sus parques rientes, su riqueza arbórea, la de los materiales que la decoraban, el verdor de sus plantas, el color y perfume floral, el canto de los pájaros y la sin par hermosura del riad con el aroma de los arrayanes y el rumor incesante del agua. El material de construcción más común era la piedra, piedra rosácea obtenida de unas canteras próximas. Y el revestimiento por excelencia el mármol. Mármol blanco de Paros, el más bello que existe, poroso, de frágil apariencia, casi etérea, que Abderrahmán se hizo traer durante años de aquella isla griega. Casi todo el alcázar estaba construido de tan raro y excelso material, de un brillo que deslumbraba al sol a cinco leguas. Las villas circundantes, los edificios de gobierno y los baños se levantaron en ladrillo rojizo. El emplazamiento, escalonado por mor del terreno en declive, contemplaba en la parte más alta el alcázar y a los pies de éste, sumisas y obedientes cual crías de codorniz, las demás construcciones.

Mi vida hasta los nueve años transcurrió en un ala del alcázar real, la destinada a harén, que daba al riad a través de un patio lleno de limoneros, kakis, sicómoros e higueras de higos blancos. Los pavimentos eran de mosaico al estilo romano, de labor geométrica curva o rectilínea, representaban motivos vegetales o florales. Los muros del harén eran tan gruesos que aislaban del calor en verano y del frío en los húmedos y cortos inviernos. Amante de la belleza ornamental, admiraba desde que pude razonar y apreciar la de los zócalos de cerámica vidriada, los estucos enlucidos de yeso, los pintados ribetes y molduras, las puertas de bronce labrado en arabescos, los dinteles finamente calados y trabajados a cincel, los techos de oloroso artesón en cedro libanés, las placas de piedra arenisca que revestían los frisos con preciosa labor de ataurique, las ventanas de emplomados vidrios verdes y rojos, colores del islam, los fustes, basas y capiteles de blanco jaspeado y los perfiles cubiertos de azulejos azul turquí, celeste y amarillo.

Adentrarse en el baño principal era hacerlo en un mundo irreal, de magia cálida. Descalzo sobre el mármol caliente, envuelto en una túnica de lino y en los tiernos vapores que emitían las piscinas humeantes, entendías de una vez que el agua es el

motor, el fundamento de la vida. Traspasado el caldarium y la ardiente y vaporosa atmósfera del laconicum, llegabas al tepidarium, lugar de baños tibios al estilo romano, y después se encontraba el frigidarium o aljibe de agua fría, donde el ambiente era fresco. Al llegar a la sala de masajes te suponías el más feliz entre los vivos. Todo allí sugería holganza e invitaba a la dulce molicie. Ningún varón podía entrar en el balneario del califa si había mujeres, a excepción del mandatario y sus hermanos. Había un horario para las abluciones. Abderrahmán lo hacía por las mañanas, cuando el muecín salmodiaba la segunda oración. Conozco por mi madre el ritual del califa en los baños. Inmerso en la piscina tibia lo lavaban tres esclavas, siempre las mismas, de diferentes razas. Una era de piel rosada y mórbida, gallega de patria, otra de tegumentos negros como el pecho del mirlo, de nación nubia, y la última de un moreno delicado y profundo, parecido al licor de los dátiles, oriunda de la isla de Djerba, en el sur de la Tunicia. Ya limpio y reluciente, desnudo excepto un taparrabos que cubría sus vergüenzas, se repanchigaba en un sillón de mimbre tapizado de toallas secas y calientes, escuchaba párrafos de un libro de poemas que recitaba una dueña y pasaba a la piscina fría. Nunca supo decirme la autora de mis días quién era el autor del poemario aquel, pero le pareció entender que era de Horacio. Al terminar los baños, dos expertas masajistas trabajaban las carnes del califa durante una hora, lo ungían con perfumes y lo revestían de lino y seda. Culminadas las abluciones del jerarca entraban sus hermanos y tíos y, por fin, las mujeres: la favorita, sus esposas y las concubinas con sus hijos menores de diez años. Las esclavas se bañaban en un aljibe aparte.

El riad del alcázar de Medina Zahara merece especial mención. Dudo que los jardines colgantes de Babilonia alcanzaran la belleza de aquel vergel fantástico y del anejo jardín botánico. Un ejército de jardineros se ocupaba de cuidar ambos, de regarlos y arreglarlos. Trabajaban desde el amanecer: antes de que la clepsidra contigua a la mezquita señalara las nueve, tenía que estar todo dispuesto pues a partir de aquella hora no podía quedar en el jardín varón viviente alguno. Podía verse allí cualquier tipo de flor, cualquier clase de planta, arbusto ornamental o árbol de mérito. El agua, como siempre en un jardín moruno, era la principal actriz en el reparto. Corría libre por canales de teja, se derramaba a los estanques en pequeñas cascadas rumorosas, saltaba entre las rocas dispuestas sabiamente y surgía por caños de plomo o de los cúpreos pitorros de centenas de enhiestos surtidores. Los senderos, alfombrados de piedrecillas blancas, se entrecruzaban caprichosamente y no llevaban a ninguna parte. Había varios románticos templetos tapizados de hiedra, envueltos en buganvillas blancas y glicinias azules, y decenas de enredaderas que acogían plantas trepadoras como cazuz, pasionaria, jazmín, madreselva o lúpulo. El bejuco revestía los muros dejando resbalar por sus hojas el rocío nocturno. Se veían palmeras datileras, naranjos, limoneros, avellanos, enebros, almendros, granados, moreras,

sándalos, sicómoros, perales, limoncillos y toda clase de helechos y plantas aromáticas: salvia, reseda, jara, menta, hierbabuena, albahaca y romero. El perfume del jazmín, la lavanda y la dama de noche competían sin tregua con el aroma de los arrayanes. La jaula de los pájaros, muy cerca del kiosco de la música, era la segunda fuente de rumor después del agua. Era tan grande que las aves podían volar en su interior cómodamente. De caña de bambú, un material como de junco grueso procedente de Oriente, encerraba una poca vista colección de volátiles de mil colores con la condición de que fuesen canoros: cucos, azulejos, canarios, ruiseñores, jilgueros, pinzones azules y amarillos, chorlitos y cuervos indostánicos. Éstos podían hablar. En medio de mi asombro comprobé, con siete años, que uno de ellos recitaba frases completas en árabe o aljamía. De forma milagrosa, identificaba a los hablantes de una u otra lengua. Así, se dirigía a los jardineros recién llegados de África en árabe y a los andalusíes de cualquier raza en aljamía, el romance castellano que era común a todos. Muchos años después, en cuanto pude hacerlo, compré una almunia y aparejé un jardín que quiere ser, a escala, un mal remedo de aquel riad de mis sueños e infancia.

No conocí a mi padre. En puridad, no sé quién es. Tal vez no lo sepa ni mi propia madre. Cuando nació, ella era una de las más bellas concubinas del califa. Su hermosura era tal que llegó a ser la favorita algunos meses. Por ciertas confidencias de una esclava que conocí mucho después, que trabajó en el harén aquellos años y era la encargada del cuidado de mi madre, supe que algunos de los príncipes omeyas, tíos y hermanos de Abderrahmán, se interesaron por la hermosa Zulema, que así se llama la autora de mis días. Contraviniendo la orden califal, que vedaba el acceso al gineceo a los miembros de su extensa familia, más de uno compró la voluntad de los eunucos y accedió a su cámara. Poca veda puede exigirse a mozos jóvenes y de sangre caliente. Al parecer, la esclava, que dormía a los pies de su ama, fue fedataria de aquellos encuentros amorosos que eran bien recibidos. Lo entiendo. Ninguna mujer hace ascos a un amante juvenil, gallardo y bien armado. Años después, cuando yo cumplía nueve y sus encantos iban ajándose, Zulema fue despedida con la generosidad que prodigaba Abderrahmán III, el Príncipe de los Creyentes.

Poco puedo contaros de un harén. Es pregunta que siempre me hacen en los reinos cristianos. Referiré tan sólo que el serrallo del califa Omeya era menor que el de su homónimo de Damasco o el sultán bagdasí. Lo componían ciento diez hembras entre esposas, concubinas y esclavas. Era como un enorme caserón lleno de féminas, empapado en su aroma que aún recuerdo: incienso de jazmín, lavanda, espliego y sudores de hembra. Las veo arremolinadas en grupos diferentes, charlando, riendo, cotilleando, bañándose en el aljibe comunal, vistiéndose o acicalándose. Ni siquiera se bañaban desnudas, sino envueltas en sutiles camisetas de gasa o de fino cendal. Pocas veces se quitaban las holgadas bragas, pero cuando lo hacían me deslumbraba

el foco negro de su abertura mágica. Más de una comía sin cesar de las delicias expuestas en varios reposteros. Otras, tendidas sobre alfombras o en divanes, se adormilaban indolentes. Pocas eran delgadas: la mayoría era de carnes opulentas, al gusto del califa. Las había de todas las razas y colores: siríacas, persas, nubias, egipcias, griegas, magrebíes, de todos los reinos y condados de la vieja Hispania y hasta britanas, galas e Ítalas. Las esclavas, entendiendo como tales a las de raza europea, eran las más apetecidas: los Omeyas, y en general los árabes, amamos la piel blanca, los ojos claros, las carnes duras y los cabellos blondos. De entre las esclavas, las favoritas eran las galaicas.

Lo que sé de un serrallo es lo más indigesto: las faenas de limpieza, el aseo de las féminas, las comidas, los baños, los corrillos a que hice referencia: lo que puede verse con luz diurna. Nunca supe del harén en penumbra, tinieblas o luz artificial. Y es que al caer la tarde, cuando un crepúsculo tintado en rubros, sepias y violetas despedía la jornada por detrás de la sierra de Córdoba, la chiquillería era llevada por las niñeras a los dormitorios y se hacía el silencio. Lo ignoro todo sobre el tema que a tantos interesa en los reinos cristianos: lo venéreo. Sé poco de odaliscas, y la danza del vientre no se da por aquí. Puedo hablar de mi privado y delicioso harén, de mis cuatro mujeres y otras tantas esclavas, pero, por el momento, no voy a hacerlo.

Poco recuerdo de mi primera infancia y nada de mi circuncisión, importante momento en la vida de un árabe, comparable al bautismo cristiano. Lo que sí afirmo es que fue un carnicero quien me cortó el prepucio. En mi larga actividad quirúrgica, va para cincuenta años, jamás vi chapuza semejante. En lugar de hacerme un corte regular y parejo, simétrico, aquel facineroso se ensañó conmigo dejándome una cicatriz oblicua, festoneada y deslucida, que ni siquiera mostraba la majestad bermeja del glande cuando la hubo. Como compensación me quedó un verdugón en cada punto de sutura, una especie de nudo basto y grueso que debía gustar a mis amantes —por lo del roce— y siempre motivó sensación en mis ya fenecidos días de gloria.

Mis vivencias hasta los cuatro años forman una nebulosa inescrutable. Con cinco surgen en mi caletre dos figuras pequeñas: Salima y Alí. De entre los innumerables hijos del califa sólo ellos viven en mi recuerdo. Ambos tenían mi edad. Salima, en niña, representaba el ideal de belleza de un árabe: pálida de piel, ojos azules como el mar en las islas, cabello largo y tan dorado como el trigo de finales de julio. Era hija de una esclava cristiana, Leonor, capturada por el ejército de Abdaláh, el abuelo de Abderrahmán, en una de sus razias por el norte. Era tan bella que el visir renunció al precio del rescate y la mostró al joven califa, quien se prendó de ella. Tanto, que la hizo primero concubina y luego favorita algún tiempo. No hace mucho, mientras compraba en el zoco chico del arrabal, me reencontré con Salima. No utilizaba hijab ni velo facial. A pesar de los años la reconocí perfectamente y ella a mí. Pensaba que habría regresado a su reino cristiano con su madre, pero no fue el caso. Hablamos en

la taberna de un mozárabe, bebiendo té de menta y comiendo aceitunas. Nos reímos recordando la vez que le pedí que me dejara vérselo. Así, tal como suena. Ocurrió en el aljibe grande. Fue una mezcla de curiosidad malsana e interés anatómico. Medio accedió con la condición de poder admirar lo mío con calma y a sus anchas. Al menos por mi parte fue un completo fracaso: sus nueve años recientes adornaban su pecho con dos bayas de enebro por pezones y, abajo, aupaban medio dedo su montaña de Venus, que aparecía tan monda y lironda como un pelado otero de La Mancha. Indagué allí y en los alrededores en pos de un vestigio piloso que no hallé. Mi decepción fue enorme cuando, en un alarde de valor que me maravilló, le pedí que separara los muslos para investigar entre los entresijos de su gruta de Aladino, algo que me traía sin sueño. Se negó. Al contrario, ella se despachó a su gusto: primero contempló con cierta repugnancia el esbozo flácido que yo lucía por pene, luego lo palpó con aprensión, lo mismo que si fuese una serpiente y, cuando se hizo con él, llegó a acariciarlo con fe de catecúmeno, de arriba abajo. Por fin descapulló el pellejo nudoso y lo enfundó de nuevo, varias veces, tratando de enderezar la cosa con pobres resultados.

—Imagino que te habrá crecido —dijo, esbozando una sonrisa picara, sin muestras de rubor.

—¿Tú qué crees?

Calló. Había envejecido, pero conservaba parte de su antiguo encanto. Daba pequeños y sonoros sorbos a su té, al modo del desierto.

—A pesar de todo me gustó la experiencia —aseguró—. Mi madre me había hablado de ello. No entendía que pudiese existir una cosa tan extraña ni que pudiese aumentar de tamaño como por ensalmo. Es lo que trataba de hacer cuando la manoseaba...

—¿Qué fue de ella? Leonor, ¿no? —dije, obviando alusiones a aquel fiasco.

—Al salir del harén casó con un beréber, un capitán de lanceros que le asignó el califa. Debió de irles muy bien pues vivieron juntos hasta que, batallando en tierras castellanas, murió él de resultas de un lanzazo. La condición que impuso mi madre fue ser la única esposa y el militar cumplió.

Nos despedimos. Salima, que abrazó el islamismo por puro cálculo, es la segunda mujer de un traficante en sede del arrabal y tiene cuatro hijos. La vi alejarse moviendo las caderas lo mismo que de niña, como si tuviese treinta años menos.

Alí era hijo de una de las esclavas negras del califa, Laila, de origen nubio, una atractiva mujer de felina belleza y modos de pantera bengalí. La piel de Alí no tendría el encanto de la de su madre, completamente negra, pero era muy bonita, de un tono canela tornasolado parecido a la avena tostada. No sé qué ha sido de él. No vive en Córdoba ni en su arrabal pues, a pesar de ser poblaciones extensas y populosas, todos terminamos conociéndonos. Antes de salir del harén me contó la historia de su madre, hija de un camellero del desierto cirenaico. En busca de fortuna, Laila acompañó a su padre por el norte de África hasta Argel y Oran. Dos años trabajó el camellero en su oficio hasta que los pilló una hambruna que lo obligó a vender a su hija a un tratante de esclavos que partía para Al-Andalus. Lloró al desprenderse de su joya más preciada, aquella virgen de trece años de figura perfecta, pero no tuvo más remedio que hacerlo para evitar la muerte de ambos. La niña tuvo suerte: al desembarcar en Málaga, un ojeador del califa descubrió la perla negra entre unos fardos de algodón antes de la subasta y pujó por ella. Ya en el harén de Medina Zahara, sometida al cuidado de la dueña, preparada a sus modos que incluían comida deliciosa, leche pura de vaca, baño de vapor, depilación, masaje, perfume aplicado de manera sabia y unturas con aceite de sésamo, Leila se transformó en la más codiciada de las mujeres del califa durante mucho tiempo.

Constituíamos un trío inseparable: Salima rubia, blanca de dermis y de mirada clara, Alí de tez cobreña y ojos pardos y yo atezado de piel como los sirios. Jugábamos a escondernos por el riad, enredábamos por el harén y nos bañábamos desnudos en la piscina de agua cálida. Nuestro mundo era Medina Zahara. Como estaba prohibido a las mujeres del califa salir de allí, si no era al hospital si enfermaban o al cementerio cuando morían, explorábamos todos los edificios colándonos por puertas y ventanas y corriendo si éramos descubiertos. Cuando estaba desierta, recorríamos la pequeña mezquita hasta el mihrab, subíamos al almimbar para echar nuestras prédicas, mirábamos por encima del muro de la alquibla por ver si divisábamos La Meca y nos tumbábamos sobre las alfombras de nudo grueso de las oraciones. Fue en la mezquita, tumbado en un tapiz de Fez, donde, con nueve años, besé una boca de mujer por vez primera. En realidad exagero. La boca estaba cerrada y Salima era un proyecto de fémina. Nuestra experiencia genital, cuando le mostré mi miembro previril y medio vi sus cosas, ocurrió meses más tarde.

Nos apostábamos en la gran sala del palacio de justicia, detrás de las columnas, por ver el incesante tráfigo de caídas, muftíes y leguleyos y escuchar los ecos de sus diálogos en voz baja. Espiábamos a nuestras madres durante sus baños en la cisterna del harén y mientras hablaban o se acicalaban. Vi mi primer desnudo serio con curiosidad inacabable, pues me atraía la anatomía humana y no entendía todo lo que veía. ¿Cómo sería el entresijo apenas entrevisto de un sexo de mujer? ¿Qué esconderían las nalgas al fondo de su pliegue profundo y enigmático? ¿Cuál sería la textura del vello sobre el monte de Venus? ¿Cuál el tacto de aquellos senos turgentes, levantados y mórbidos?

Nos hacían mucha gracia los eunucos. Había más de treinta. Vivían en el Cuerpo de Guardia que protegía el alcázar, justo frente a la puerta del harén. Hacían guardia dentro de sus rígidas túnicas verdes de faldones colgantes, armados con alfanje y gumía, pero a pesar de su feroz aspecto eran inofensivos. Sólo ellos podían pasar al interior del serrallo si tenían que dar algún mensaje o eran requeridos para algo. No entendíamos por qué ellos sí y otros no. Se cuidaban mucho de mirar a las hembras y, mucho más, de hacerlo de intención. El grado de intencionalidad quedaba a la discreción de la destinataria del mensaje visual. Por lo general, las mujeres aceptaban con gusto ser miradas a pesar de saber que quien lo hacía era un castrado, pero más de una vez hubo problemas. Zoila, una hermosa marroquí que andaba enamoriscada del califa, fue a la dueña con el cuento de que Lorenzo, un eunuco gaditano, alto como alminar, la miraba con intención. Sin más averiguaciones, por orden de Abderrahmán, Lorenzo perdió las dos orejas, fue metido en una gabarra que bajaba por el Guadalquivir cargada con pellejos de aceite y desterrado a Ceuta.

Había eunucos de todas las razas y colores; casi todos eran grandes como armarios andantes, fofos como la masa de hacer pan y con un timbre de voz muy parecido: alto, chirriante, lo mismo que una niña con rabieta. A pesar del infortunio que padecían, no eran malos. En lugar de maldecir al universo y al califa que los había privado de la virilidad, se mostraban atentos, sumisos, cariñosos. Al menos con nosotros. Yo escuchaba los cuentos que me contaba Blas, un gigante moreno de ojos verdes y yertos. Era hijo de un labriego del Aljarafe, cristiano renegado, que lo había vendido en un mal año para ser capado con tan sólo tres, la mejor edad para llegar a ser un eunuco perfecto. Increíblemente, no tenía resabios y le seguían gustando las mujeres aunque fuese *de visu*. Su sueño era, al jubilarse y salir del harén, encontrar una viuda mayor e irse a vivir con ella a un lugar donde se viese el mar para poder olería en soledad. Y es que adoraba cualquier aroma de hembra.

Notaréis que ando a vueltas y revueltas con fragancias y olores. La causa es simple: el aroma es importante para un árabe. Yo diría que lo más importante. El perfume define a la mujer y la mujer es la causa y emanación de todo. Por ello es

esencial no desvirtuarlo, preservarlo en su meollo tal cual es, aprender a distinguirlo y descifrarlo. Las hembras huelen cada una de manera distinta, pues distintos son los jugos y humores que segregan los poros e intersticios de sus cuerpos. Todo se reduce a saber diferenciarlos. Yo tengo mi propio droguero-perfumista como otros tienen su zapatero, cordelero, mozo de cuadra o pescadero. Elabora para mí aromas exclusivos que destino a mis esposas y que me permiten identificarlas en la oscuridad, sólo por ellos. Susana, mi primera mujer, huele a jazmín del Atlas; Jezabel, la segunda, emite una delicada fragancia a nardo fresco; Carmen, la tercera, desprende de sí un aroma sutil a heliotropo y jazmín, la cuarta, se delata por un tierno olor a nomeolvides. Las cuatro saben perfumarse con avaricia y sabiamente. Un testimonial pomo de esencia les dura varios años. Conocen la ciencia de aromarse como lo hacían las antiguas reinas: Arsínoe, Palmira, Zenobia, Berenice y Cleopatra. Tras la ablución diaria, ya limpias y oliendo a espliego, lavanda, verbena o sándalo de las sales de baño, depositan una gota de su propia y peculiar esencia detrás de cada oreja y otra sobre el ombligo. Eso es todo. Jamás un rastro de perfume debe invadir las zonas íntimas de una mujer hermosa, pues ello arruinaría las expectativas de placer de un varón que se precie si es árabe. ¿Y cuáles son aquellas zonas íntimas?, preguntaría tal vez, infieles, profanos del demonio. Os daré la respuesta aunque sea una obviedad. Son cuatro en orden de importancia decreciente: cosa, trasero, pies y sobacos.

Jamás olvidaré mi impresión la primera vez que acudí a la escuela coránica. La asistencia era obligatoria para todos los niños a partir de los seis años. Las niñas, sin embargo, sólo podían asistir a las enseñanzas del Libro, con las que se iniciaba la jornada. Por ello, desde las once de la mañana, Salima nos abandonaba para ir con las demás a recibir la formación propia de las mujeres árabes: las tareas del hogar y el cuidado del varón que un día será su esposo y dueño. Lo interesante empezaba cuando el ulema terminaba de recitar y explicar los inacabables suras del Alcorán. Entonces aparecía el muftí y era como si se hiciese la luz. Nuestro profesor era un hombre de aspecto normal, pero muy sabio, que entendía de todas las ramas del saber y de cualquier cosa que se le preguntara. En los casi cuatro años que estuve bajo su férula aprendí a leer y escribir en árabe y romance castellano, gramática en ambas lenguas, rudimentos de latín y griego, las cuatro reglas, nociones de física y aritmética, esbozos de historia y geografía y atisbos de botánica. Declaro sin empacho que fui el más sobresaliente entre los cuarenta alumnos que componían la clase.

—Eres bueno, Abul Qasim —dijo el muftí en vísperas de mi marcha de Medina Zahara—. Nunca he tenido un alumno como tú de dócil y brillante —añadió.

—Gracias, maestro —respondí emocionado, con lágrimas en los ojos y un cosquilleo nasal que me impulsaba a estornudar, como hice varias veces.

—¿Te gusta estudiar?

—Es lo que más me agrada —respondí—. Pero quisiera hacerlo dirigido por un

hombre tan sabio como tú.

—En atención a tus dotes y capacitación hablaré con el visir para que te permitan proseguir tus estudios en la medersa principal de Córdoba, dentro de las murallas, un lugar destinado a los que sobresalen. Te daré, además, una carta de recomendación para Osmán Hallili, el muftí principal. Él sí es un hombre sabio.

—Gracias de nuevo. Quisiera agradecer de alguna forma tus desvelos por mí, maestro.

—Me conformaré con que me recuerdes con cariño y alguna vez aparezcas por aquí.

Y así fue como, a los diez años, inicié mi aprendizaje en la medersa central cordobesa, un templo del saber a la altura de los de Bagdad o Teherán, únicos en el mundo que podían hacerle sombra, pues los reinos cristianos se debatían en la ignorancia más cerril, salvo en aislados monasterios de frailes o cenobios monásticos. Mi madre tenía treinta años cuando fue despedida del harén. Ésa es la edad normal de jubilación para las concubinas. Tan sólo las esposas permanecen en el harén hasta su muerte. He de reconocer que el califa fue generoso con Zulema: le buscó un alojamiento digno en el arrabal, con unas bellas vistas sobre el río, y le procuró un matrimonio ventajoso con un mercader magrebí que traficaba con maderas preciosas, alfombras, aceites y especias. Hay que decir que mi madre todavía era muy bella y que haber sido concubina de Abderrahmán III era un timbre de gloria para cualquier mortal en todo Al-Ándalus y en el resto de la península.

Hassan, mi padre adoptivo, era un buen hombre. Locamente enamorado de Zulema, vivía sólo por y para ella. Entornando los ojos le veo mirarla, soñador, como sin entender que aquella beldad de cuento de hadas fuese suya para siempre. La vestía y la desnudaba, sin dejar que tocaran su piel otras manos que las suyas ansiosas. Se complacía oliendo sus manos y antebrazos, besándole los pies. Era un hombre muy rico y disponía de esclavas, pero adoraba almohazarle el cabello, pintar sus uñas y decorar con alheña sus tobillos y pies. Vendió sus posesiones en Tánger, donde vivía, y se dedicó a adecentar nuestro pequeño pero cómodo hogar. Era una casa a la orilla del Guadalquivir, de dos plantas, la baja, donde estaban la cocina y despensa, el salón de respeto, el pajar y la cuadra, y la alta, a la que se accedía por una escalera de madera desde un zaguán pequeño. Disponía de azotea. Arriba estaban los cuatro dormitorios y una sala de estar con balcón que daba al río. Hassan hizo traer del Oriente mobiliario chino y sirio, una cómoda en madera del Líbano, alfombras persas y, de Murano, una islita perdida en la laguna véneta, lámparas de cristal, vasos tallados y copas de colores brillantes.

Los dormitorios eran grandes, parejos de tamaño, y a fe que vino bien pues mi madre quedó enseguida embarazada y tuvo cuatro hijos antes de cumplir los treinta y ocho, cuando enviudó. Afortunadamente su esposo ya la había hecho rica antes de

fallecer. Disponía de una fortuna bien guardada en monedas bizantinas, castellanas y califales de oro y plata, sedas y tafetanes, buenos muebles, piedras preciosas y una saneada economía que me permitió estudiar y formar me sin agobios y a mis hermanastros medrar hasta hacerse hombres derechos y mujeres de bien. Mi vida hogareña se limitaba a lo estrictamente imprescindible: las cenas en familia y las noches sonoras. Evadiéndome a la medersa, evitaba el escándalo que durante el día producían mis hermanastros al llorar o berrear, los gritos de las niñeras que los cuidaban y dormían con ellos, sus cánticos —les daba por cantar— y las reconvenções maternas o de mi padrastro si se encontraba en casa. De noche era otra cosa. Como mi habitación era frontera a la del matrimonio, resultaba imposible eludir, una noche sí y otra también, el escándalo de aullidos y gemidos que organizaba Hassan cada vez que entraba a su mujer y gozaba con o sin ella.

Temprano con la aurora, me levantaba, componía, tomaba el hatillo con mis libros y cuadernos y me dirigía a la medersa. Allí era todo lo feliz que se puede ser con diez a catorce años, edades propensas en los seres sensibles a la melancolía. Y es que mi propia inquietud, un duendecillo interior que me horadaba las entrañas, me hacía ver las cosas de la vida con una trascendencia impropia de mi edad. No entendía que se pudiera perder el tiempo en nimiedades habiendo tanto que aprender. No participaba en las bromas de ciertos compañeros ni me hacían gracia sus estupideces, sandeces que a ellos les producían un jolgorio traducido en grandes risotadas. En consecuencia, me miraban de través considerándome un tipo serio, extraño. Pero me daba igual. No sólo no los temía: me hacía respetar. A los doce años ya era un zagal cumplido, casi con mi altura de hombre, y desde los catorce un mozo de pesada osamenta, ancho de hombros, con el pelo rojizo de los Omeyas y un bozo cárdeno sombreándome el rostro. En mi época escolar salí triunfante en todas las peleas con chicos de mi edad, y hasta mayores, ganando cumplida fama de fuerte y valeroso. Pero nunca fue mía la iniciativa en cualquier lid: de natural pacífico, me limitaba a defenderme si era atacado de palabra o de obra.

Zulema siempre alabó mi apostura varonil y mi belleza. Nunca valoré en exceso su opinión, pues venía de una madre, pero lo cierto es que vencía en mis conquistas amorosas casi sin proponérmelo. Mis rasgos van ajándose, lo mismo que los perfiles de mi cuerpo. No poseo ya el fulgor en la mirada de los dieciocho años, ni aquella luz del rostro; mi boca desdentada y cariada es una mala copia de aquella jugosa y riente de mis veinte años. Mi nariz, otrora altiva, larga y recta, se arquea lo mismo que el lomo de los gatos cuando van a saltar sobre el gorrión, oculto entre los setos. ¿Dónde estarán mis bucles perfumados, aquellos que hacían suspirar a cualquier dama? Mi lengua barba es blanca desde hace mucho tiempo, lo mismo que las escasas guedejas que cuelgan de mis sienes. La curva de mi cuello se deforma por la gruesa papada y la nuez masculina desaparece oculta, desdibujada. Sólo caftanes, túnicas y chilabas

sirven para esconder mi barriga deforme. Aun así permanece de mi figura un resto gallardo y carismático, como un aura varonil que sigue atrayendo a las mujeres. Es algo misterioso. Los hombres, unos más y otros menos, tenemos que segregarse por la epidermis como un fluido mágico que aturde al sexo débil, que lo atonta y atrae. Tal vez, bendito sea por siempre Alá, yo esté dotado de tal filtro invisible.

Debo decir que aproveché aquellos cinco años que duró la medersa. Sin descuidar vivir, maduré, aprendí, sorbí con la avidez de un sediento las enseñanzas que me impartieron una pléyade de buenos profesores. Los geógrafos, desde los griegos Eratóstenes, Estrabón y Ptolomeo, al romano Plinio el Viejo y al hispano Pomponio Mela, me enseñaron el mundo. Conocí las matemáticas a través de las teorías de Pitágoras, Euclides, Arquímedes y los hindúes Aryabatha y Brahmagupta. Supe de la geometría de Euclides, Posidonio y Geminio. Aprendí aritmética de los romanos Boecio y Casiodoro y trigonometría del árabe Cheber Benafra, el sevillano, que fue su creador. Antes que en ninguna otra parte de Occidente, en la medersa cordobesa se utilizaban la numeración india y las cifras arábigas, con el empleo del cero. Mis muftíes me introdujeron en el conocimiento de la filosofía hindú y griega, la literatura persa, griega y romana y el estudio de la historia del mundo desde Asurbanipal. Pero fue estudiando a los médicos egipcios, griegos, romanos y árabes cuando me poseyó el afán de conocer, de descubrir lo que hay debajo de la piel, saber cómo se disponen los huesos hasta formar el esqueleto humano, la función de las vísceras, nervios y tendones y el discurrir de la sangre por arterias y venas. Ello ocurrió sin cumplir quince años.

Pasaba el día en la medersa, casi de sol a sol. Cuando no había clase, estudiaba, paseaba por el extenso parque o comía cualquier cosa en la primera venta de la judería cordobesa, el gueto hebreo. Al atardecer gustaba de asistir a la última oración en la gran mezquita, donde, los viernes, solía coincidir con el califa. Llevo grabado a fuego dentro de mi cerebro el sobresalto que me produjo la primera visión de aquel templo, en el que aún se trabajaba, pues no se culminó hasta hace pocos años, casi doscientos después de ser puesta la primera piedra por el emir Abderrahmán I. Su enorme extensión, el bello patio sembrado de naranjos, sus diecinueve naves, el bosque de columnas, más de mil con capiteles de distintos estilos, el etéreo mihrab, los diferentes almimbares de mármol, el lucernario, el perfume de los pebeteros de jazmín y de sándalo, la luz que traspasaba sutilmente los arcos y celajes reflejándose en su ajedrezado pavimento, todo me transportó a una especie de paraíso en vida, a un lugar irreal, fuera del mundo. Los viernes, con la mezquita llena de fieles, los ulemas predicando sobre los almimbares y flores frescas que celebraban la llegada del califa, el templo alcanzaba su máximo esplendor. Estaban abiertas sus tres puertas, pero la de mayor afluencia era la que daba al río. Abderrahmán entraba siempre por la puerta de bronce, la principal, a la que se accedía desde el Patio de los

Naranjos. Lo rodeaba su guardia personal compuesta por los feroces «mudos», guerreros senegaleses entrenados para matar que desconocían el árabe, tenían vedado su aprendizaje y no dudaban en cercenar la cabeza del primer curioso que se aproximara a menos de cuatro pasos del califa. Éste se situaba en la macsura, un espacio acotado por arquerías delante del mihrab y decorado con mayor riqueza. Se trataba de proteger su vida evitando un atentado como el que, hacía cien años, sufriera por la espalda el emir Hixem I durante la oración. Mientras el imán jefe de los ulemas, genuflexo, recibía al mandatario besando su mano, diez o doce mudos despejaban la séptima nave, la que conducía derecho al mihrab. Ya en el lugar de oración, Abderrahmán se postraba unos minutos sobre un tapiz de seda elaborado en Fez, en Marruecos, paseaba la vista sobre el bello trabajo de cincel de sus muros calados y regresaba a Medina Zahara.

En Córdoba, populosa ciudad habitada por islamitas, muladíes, judíos y cristianos, el día festivo era el viernes, pero apenas se trabajaba en sábado y domingo. Y ello porque, al ser la mayor parte de la fuerza laboral cristiana o semita, se respetaban los días sagrados de aquellas comunidades. De hecho, la medersa funcionaba sólo de lunes a jueves. Yo aprovechaba las jornadas feriales para recorrer la ciudad y su arrabal. Córdoba era en mi juventud la ciudad más poblada de Occidente, con cerca de medio millón de habitantes censados. Sólo Bagdad la superaba en el ancho mundo. El río Guadalquivir cruzaba la ciudad en un ángulo cerrado en cuyo seno se encontraba el arrabal, la parte más poblada. Más de tres cuartas partes de los cordobeses se hacinaban allí, en sus calles estiradas y estrechas, sinuosas, polvorientas y secas en los largos veranos, fétidos lodazales en los suaves y cortos inviernos. Cada raza o religión tenía sus propios barrios, pero a veces, sin roces, convivían en un mismo edificio musulmanes, cristianos, renegados y hebreos. Los islamitas: árabes puros, las castas del desierto o los descendientes de yemeníes o sirios, privilegiados, vivían en las márgenes del río, en lugares cómodos, espaciosos, limpios y ventilados. Muchos trabajaban dentro de las murallas. Todos ocupaban los mejores puestos en la administración y policía del califa y poseían negocios importantes en los zocos principales. Ulemas, cadíes y muftíes dirigían la vida religiosa, judicial y cultural de la ciudad y el gran suburbio. Los judíos, como en todas partes, tenían su enorme gueto en el que se dedicaban a sus negocios y labores de siempre: ropavejería, joyería, abogacía, medicina y usura. Eran más de cincuenta mil. Los cristianos, que llamábamos mozárabes los islamitas, componían casi un cuarto de la población del arrabal, pues muy pocos habitaban en el meollo de la ciudad, intramuros. Vivían mezclados con las demás razas, sólo con un pequeño núcleo propio, con su iglesia, en la parte más pobre del suburbio. Se empleaban en los oficios menestrales clásicos: menudeo callejero, comercio minorista, dependientes, mesoneros, carpinteros, ferrallistas, peluqueros... En cuanto a los

muladíes, descendientes de cristianos que renegaran de su fe a la llegada de los árabes a la península doscientos cincuenta años atrás, malvivían de los empleos más bajos, los que no quería nadie: jornalero, barrendero, matarife, verdulero, curtidor, zapatero remendón, enterrador, proxeneta, verdugo, capador de pollos o guardianes del zoco.

El inmenso suburbio, extendido a lo largo de las margosas y cobrizas orillas del padre de los ríos, a veces horadadas en galerías profundas que acogían a los desheredados o recién llegados de otras partes de Al-Ándalus, se conformaba en calles irregulares y asimétricas que, como en todo el islam, agrupaban los distintos oficios. La más larga e importante desde el punto de vista comercial era la de los especieros, con centenas de puestos en los que se vendía cualquier tipo de especia que comercie el hombre en el mundo conocido. Tenían calle los drogueros, zapateros, curtidores, tintoreros, herreros, ceramistas, ferrallistas, panaderos, carpinteros y así hasta completar cualquier oficio o actividad humana. Todo el arrabal era un inmenso mercado en el que podía venderse o comprarse cualquier cosa, pero en dos lugares el comercio se concentraba y adquiría relevancia especial: el zoco grande y el zoco chico. Había multitud de mezquitas, pero sólo tres sinagogas, varias capillas cristianas y una iglesia. Yo vivía en el mejor lugar del barrio árabe, muy cerca del puente romano que cruzaba el río, cerca del zoco grande.

Pensé que conocía bien el arrabal hasta que tropecé con ellos. Eran tres arapiezos. Los había visto varios sábados en el río, en una pequeña ensenada de arena blanca como la greda, muy cerca de mi casa; jugaban al escondite y al potro, se columpiaban de una cuerda atada a la rama de un pino y lanzaban piedras contra algún enemigo invisible, en el Guadalquivir. Era invierno. Debían de ser de una edad parecida a la mía y hablaban aljamía. Reían, se perseguían y a veces peleaban entre sí sin malicia. Calculé la mejor forma de abordarlos, pero no hubo lugar, pues fue uno de ellos el que se aproximó una mañana hasta el lugar en el que me sentaba para ver bajar el río. Se acuclilló y dibujó en la arena con la punta de un dedo curvas y rectas crípticas.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó al fin. Resultó ser el más decidido de la terna, un zagal espigado, de ojos muy negros, que apoyaba su demanda simulando desgana.

—Trece...

—Igual que yo. Ellos tienen catorce —dijo, dibujando en el aire con la barbilla un semicírculo—. ¿Por qué siempre estás solo?

—Hay veces que me gusta. Os he visto jugar...

—¿Quieres ser nuestro amigo?

Observé a los otros dos. Se aproximaban despacio, mirando de través, rechiflando entre dientes, contoneándose. A pesar del frío húmedo de aquel diciembre iban en taparrabos. Uno de ellos cogió un mediano taco de madera y lo lanzó al agua, muy

lejos. Una barca que se deslizaba corriente abajo casi sufrió el impacto. El madero describió en el azul un laberinto de giros y revueltas y, al caer, levantó agua y salpicó al barquero, un macizo hombretón que dejó el remo, se alzó airado y amenazó con una de sus manos mientras lanzaba juramentos y una blasfemia contra el Dios de los cristianos.

—Me gustaría —dije—. Me llamo Abul Qasim.

—Yo soy Aníbal —dijo el espigado—, y éstos, Daniel y Abdul.

Nos estrechamos fuertemente las manos, al modo cristiano, y enseguida me incorporé a sus juegos. Echamos varias carreras por la orilla y siempre quedé el último, trepamos por la cuerda uno detrás del otro y tardé mucho más que los demás en llegar a la cima. Nos escondimos por turno trepando al ramaje de los árboles, saltando la tapia de un huerto de naranjos o entre las lanchas de pesca que dormían en la arena, y siempre fui el primero en ser localizado. En cuanto al potro, se trataba de saltar sobre uno de nosotros, inclinada la espalda, y llegar mejor cuanto más lejos. Fui, con diferencia, el peor de todos.

—Ahora, como somos cuatro, ya podemos jugar a tirar de la cuerda —sugirió Abdul.

—¡Es verdad! —gritaron los demás.

Descolgaron la soga, larga y gruesa, le quitaron los nudos para hacerla más larga, trazaron una raya en la arena y me adoctrinaron.

—Se trata de halar de la cuerda dos contra dos —explicó Daniel—. Gana el que consiga que los contrarios pisen o traspasen la raya. Abul Qasim será mi compañero y luego seguiremos turnándonos. Será campeón el que más veces gane.

Yo mismo quedé sorprendido, más que de mi fuerza, dé mi tesón y aguante. Ahincado en la arena lo mismo que un menhir, nadie consiguió desplazarme una pulgada y gané las tres veces. Fui declarado campeón y llevado en volandas. Los cuatro sudábamos a chorros.

—¡Bañémonos! —propuso a gritos Daniel.

En un segundo quedé tan en taparrabos como ellos. Afortunadamente mi madre me obligaba a cambiar a diario de muda, por lo que mis calzoncillos estaban relucientes; no así los de ellos —sobre todo el de Abdul—, que aparecían renegridos, con cercos amarillentos por la orina y muestras de zurrapas antiguas. Una vez listos nos lanzamos sin dudar al agua fría. Los cuatro éramos buenos nadadores. Chapoteamos y braceamos hasta el centro del río, que bajaba muy manso. Volvimos a la orilla. Fue un baño delicioso, mucho más agradable que en verano una vez vencida la heladora impresión inicial.

—Abul Qasim, como campeón de cuerda, se merece un premio —dijo Abdul—. Propongo que se sume esta tarde a nuestra fiesta.

—Acordado —dijeron los demás.

—¿Qué fiesta es ésta? —pregunté.

—Te lo diremos si prometes guardarnos el secreto —dijo Aníbal.

—Lo juro —aseguré.

Entonces, con sigilo, me rodearon los tres.

—¿Has visto a una mujer desnuda alguna vez? —preguntó Abdul.

—Sí... —afirmé dudando, pues no estaba seguro de que el cuerpo de Salima con nueve años fuese de mujer, ni de que aquellas visiones de perfil, sesgadas por la penumbra nebulosa de los baños, mereciesen el nombre de desnudo.

—Será a tu madre o a tu hermana —replicó Daniel—. Nos referimos a una hembra de verdad, que no sea de tu familia.

—Completamente desnuda no —admití—. Aunque me gustaría.

—La verás esta tarde a última hora —aseguró Daniel—. Es la hermana mayor de Abdul.

—En atención a ser el nuevo y haber ganado el concurso de cuerda, no te cobraré la primera vez —dijo Abdul—, pero los demás pagarán el cequí de cobre estipulado.

—No entiendo nada —aseguré—. Explicadme.

—Es muy sencillo —dijo Abdul—. Mi hermana se acicala cada sábado para ver a un hombre que la corteja. Se baña y compone en el cobertizo en el que vivimos. En la trasera, desde un callejón sin salida, un solitario adarve que da a la cuadra, a través de un orificio que he practicado con mi industria, puede verla con comodidad cualquiera de mis amigos que pague un cequí y que tenga quieta la lengua. El que se vaya de la húmeda deberá vérselas conmigo y con mi faca.

Y así fue como, al caer las sombras, vi de cerca un cuerpo de mujer en sazón. Por ser el invitado, Abdul, que controlaba el tiempo, me dejó mirar más que a los otros. Su vivienda era una mísera casucha de barro y tablas. En una de ellas mi amigo había practicado un agujero desde el que se dominaba el cuartucho de la hermana, en realidad un rincón separado del resto por una sucia sábana colgante de una cuerda. Dos candelillas de aceite y sendas velas de sebo iluminaban la estancia. La experiencia fue reconfortante y mereció la pena. Perla, que era el nombre de la muchacha, de diecisiete años, nómada del desierto como su hermano, era de verdad hermosa y atractiva. Por un extraño efecto óptico el orificio tenía la virtud de agrandar los objetos: era como si sus tiosos pezones me apuntaran y aquella mata de pelo pubiano desbordase por completo mi campo visual. Delante de mis ojos atónitos, magnificadas sus deliciosas formas, tan desnuda como salió del vientre de su madre, se lavó los pies en una palangana, enjugó varias veces su pelo en el aguamanil, se decoró las uñas de las manos y pies en tonos rubros, con un dedo trazó alrededor de las bayas de sus senos un aro carmesí con ocre de arcilla, se pintó ante un espejo las pestañas con negro de humo, los párpados con tintura de genciana, las mejillas con polvo de coral y los tobillos con alheña. Iba a perfumarse de un tarro que tomó de una

repisa cuando sentí a Aníbal y a Daniel, suplicantes, pedir la vez en ansiosos susurros.

—Por favor, sólo un minuto más y os dejaré —les dije.

—¿Qué hace? —preguntaban los dos con su voz queda, ronca.

—Nada especial. Será sólo un momento...

Apliqué el ojo esta vez con furor. Era mujer que no conocía el arte de aromarse o no lo aplicaba de manera adecuada: se asperjó en pleno monte de Venus un chorretón de perfume barato, tanto que llegó a mi nariz el olor a lavanda. Al hacerlo, separó los muslos dejándome entrever su hendidura del gozo. Fue un instante glorioso. Después se embadurnó de esencia el delicioso culo y los sobacos, justo lo que no debía hacer. Por fin se puso unas holgadas bragas de gasa transparente, al modo moro, se sujetó los senos con una cincha del mismo material y se embutió en un caftán de fiesta. Iba a peinarse cuando, acuciado por mis nuevos amigos, les dejé el puesto. Poco verían ya, pero, al terminar y sin mediar palabra, pusimos nuestras bizarras vergas al descubierto masturbándonos con afán digno de mejor causa.

Soledad estremecida. Las gotas de rocío tiemblan en la parra, entre los pámpanos. Los frutos del limón, farol de oro bruñido, hacen guiños desde sus nidales entre la hojarasca. La humedad del amanecer hiende el silencio y lo recubre todo con su pátina. Del río se levantan brumas difusas bañadas por una luna grande y pálida, todavía nocturna. Sólo se oye el trino del jilguero en su jaula de junco y el rítmico golpear de las migajas de agua al caer sobre el luciente suelo de ladrillo rojizo. Las gotas, rotas y descompuestas en cien mil gotillas, pintan en el aire cúpulas iridiscentes y efímeras que reflejan la luz. Una hormiga guerrera asciende por el tronco del naranjo. Lo hace con decisión, en línea recta. De vez en cuando para, tantea y parece otear el horizonte con sus palpos ganchudos antes de proseguir. Conoce su destino tal vez mejor que el hombre. Claro que su objetivo no es tan enrevesado como el nuestro. El hombre busca a Dios y la hormiga se conforma con el néctar que mora en la corola de la flor, el polen que crían los estambres donde nace el azahar y la resina arbórea, ese ámbar pegadizo que destila la madera olorosa. De repente una brisa naciente tras de mí: huele a espliego y a nardo. El aire se detiene. Es Jezabel, mi segunda mujer, que viene silenciosa con el zumo que exprime de mis propias naranjas.

—Buenos días, amor. Que Alá sea contigo.

—Que El te acompañe siempre —le contesto, sin levantar la vista del pliego.

Sabe que no me agrada la interrupción si escribo al alba, que es mi mejor momento, cuando la luna tendida boca arriba brilla con luz azul y el sol despunta, perezoso, entre las copas de los árboles. Entonces las ideas fluyen fácilmente, como agua de arroyo entre las piedras lisas. Amo la luna diurna. ¿Qué esconderán sus arrugas de vieja dama solitaria? Jezabel se retira besándome en el cuello y dejando tras sí su aroma inconfundible. No existe entre nosotros el fuego amoroso de los primeros años, pero sigue el cariño y un aporte mucho más valioso: la serenidad que da la paz.

Nuestro cuarteto se hizo pronto famoso en todo al arrabal. De viernes a domingo atronábamos calles y plazas con nuestros gritos y éramos temidos por nuestras travesuras. Los lunes todo volvía a la normalidad. Yo era el único que estudiaba en la medersa, pues los demás trabajaban. Abdul era hijo de un bracero, descendiente de aquellas tribus nómadas que cruzaran el estrecho en la primera hora para escapar del hambre. Alto, fibroso, de piel color terroso y ojos grandes y negros, ayudaba a su padre trabajando de sol a sol en un pequeño campo que arrendaban aguas arriba del Guadalquivir, hacia Alcolea. Antes del alba, a lomos de sendas mulas, iban al tajo. Pasaban el día allí y regresaban a Córdoba de noche cerrada. Los jueves vendían en un puesto del zoco chico la menguada cosecha: coles, lechugas tiernas, higos muy dulces en temporada, berzas, habas frescas y nabos. La oferta vegetal no era tan rica y

variada como en otros mostradores, pero el puesto de Abdul era el más concurrido. Y es que lo regentaba Perla, su bella hermana, por quien Aníbal, Daniel y yo bebíamos los vientos. Vestida con descotada túnica que mostraba por completo su cuello, sin hijab y a cara descubierta, resultaba más atractiva que sin ropa. Mirándola, imaginaba sus delicias íntimas tratando de contener la avenida de sangre que endurecía mi falo. Ignorante de que las conocía, me enfrentaba al dardo de sus ojos sin poder ocultar la verecundia. Su cortesía atraía a las mujeres y el fulgor de sus ojos de color indeciso a los hombres, sin distinción de raza.

Tenía unos pies tan atractivos que suscitaban mi atención. Sólo por verlos, amaba pasar por su mostrador temprano cada jueves, camino a la medersa. Allí desayunaba higos cuello de dama y brevas primerizas por un cequí de cobre. Me sentaba junto a ella para inundarme del guerrero fragor de su perfume, que nunca definí, poder atisbar sus tobillos decorados con ajorcas de bronce o, si estaba descalza, la lindura completa de sus desnudos pies. Me sorprendía siempre el color variable de sus uñas: púrpura, rojo sangriento, añil, retinto o índigo.

Daniel era judío. Descendía de hebreos de mil diásporas. Sus recientes ancestros hubieron de escapar de Toledo después de las matanzas de la célebre Jornada del Foso, un siglo atrás, cuando el malvado emir Ibn Muhza decapitara a varias centenas de cristianos y semitas levantiscos invitados a un banquete en el alcázar de la ciudad del Tajo. El epíteto de «noche toledana» sirve desde entonces para definir la noche más aciaga, la más triste y larga. Daniel colaboraba con sus padres y hermanos en un negocio de compraventa de ropas y objetos usados, en la calle de las Tenerías, a la entrada del gueto, frente a la sinagoga. Traficaban con cualquier cosa vendible o utilizable: desde arnés de caballo y sal gorda a colmillos de marfil de cachalote y pelo de elefante. Un año mayor que yo, no lo aparentaba. Era de aspecto delicado, enfermizo, con larga y arqueada nariz semita, boca de dientes separados por los que entraba el aire y orejas finas, transparentes, que recordaban las alas del murciélago. Desmintiendo su aspecto melancólico, era de carácter abierto, agradable, siempre dispuesto a la broma y a la chanza desde que le dieras pie y aun sin hacerlo. Lo mejor de Daniel era su hermana mayor, Judith, una muchacha de dieciséis años, pero con cuerpo de mujer ya hecha. Era clara de piel por oposición a la de mi amigo, que la tenía atezada; su mirada sedosa, grande y zarca, nada tenía que ver con la del hermano, de ojos chicos y negros; poseía un cabello del color del heno agavillado, por completo diferente al de él, negro zaino deshilvanado en bucles; su cuerpo de agradable proporción prometía mil venturas a través de sus ceñidas vestiduras y, como colofón, su sonrisa perenne atraía a una legión de admiradores que la adoraba en silencio. Hubiera pagado con gusto media dobla de plata castellana por verla desnuda, por algún agujerito mágico, aunque fuese de cintura hacia arriba.

En cuanto a Aníbal, se trataba de un mocetón de modos rústicos, grande hasta el

extremo de aparentar veinte años y fuerte como un toro de lidia. Alto y resuelto, macizo, de pesada osamenta, rasgos pronunciados y gran nuez que oscilaba en su garganta como un péndulo, le sonaban los huesos al andar, igual que el agua de montaña cuando corre entre piedras. Era mozárabe y unos meses mayor que Daniel. Ayudaba a sus padres en un mesón de las afueras del suburbio donde despachaban vino, aguardiente y comidas caseras. Eran cristianos oriundos de Valencia. A pesar de su aspecto feroz, Aníbal era tan manso como uno de esos perros albinos que ayudan al perdido en un glaciar.

No había fin de semana que no nos viéramos. Recorriamos el arrabal para explorarlo, sin buscar pendencies, pues abundaban las pandillas de desharrapados de todas las razas que andaban en pos de ellas. Sobraban los descuideros y rateros, pero nada tenían que ver con nosotros, pues no gastábamos plata, cobre o vellón. Lo nuestro era el deporte a la orilla del río, que, en verano, cuando sus aguas bajaban mansas, verdes y agostadas, cruzábamos nadando. Al atardecer íbamos a la plaza del Califa, en el centro del arrabal, auténtico teatro viviente. Bebíamos agua de cebada y comíamos espetones de carne de cordero que asaban en parrillas. Jamás olvidaré la ocasión en que contemplé el espectáculo de la decapitación. Fue horripilante. Sobre un escenario hecho de tablas, luego del redoble de un *dombac* oriental, aparecía un hombre envuelto en blanca sábana. Iba con las manos atadas a la espalda y llevaba la cabeza tapada. Surgían dos actores que simulaban batirse alfanje en mano. De repente, reparaban en el hombre de blanco. Detenían el combate. Uno de ellos lanzaba un juramento, se dirigía hacia él y lo azotaba con un largo rebenque; luego el otro se acercaba, mantenía en el aire su acero un tiempo eterno y, por fin, lo decapitaba de un certero mandoble. Lo que parecía una cabeza humana, sanguinolenta, rodaba por el suelo en medio de los alaridos de la multitud despavorida. Recuerdo que los cuatro cerramos los ojos y nos apretamos entre nosotros del pánico. A mi lado un anciano árabe contemplaba la escena sin inmutarse, tal vez porque era asiduo espectador y conocía el desenlace. Yo hice mis propias deducciones. Nadie asesina en nuestro califato a nadie impunemente.

—¿Cuál es el truco? Porque tiene que haberlo... —pregunté al viejo.

—Lo hay, desde luego. Se trata de un antiguo simulacro persa —aseguró—. El envuelto en la sábana es un muchacho de mediana estatura con una cabeza de cordero recién degollado sobre la suya propia. El peligro de la parodia es que el que lanza el mandoble se equivoque: debe acertar justo en el sitio exacto, por encima de la testa del zagal. Lo que rueda por el suelo es la cabeza del cordero seccionada por su base. La sangre es la del animal.

—¿Y los latigazos?

—No hay latigazos —dijo—. El zurriago no es de cuero, sino de tela basta. Y la espalda del muchacho está acolchada. Lo único real son los aullidos del público y los

cequíes de cobre que se recolectan.

La plaza del Califa los sábados era mejor y más barata que un teatro. Domadores de burros, encantadores de serpientes, comedores de pedazos de vidrio, faquires hindúes tumbados sobre camas de clavos, caminantes sobre ascuas al rojo con los pies descalzos, cabras sabias, gitanas quirománticas echadoras de la buenaventura, bailarinas, adivinadores del futuro, ensalmadoras, equilibristas... En medio de algarabía auténtica, peluqueros, sanadores, barberos, tatuadores y un sin fin de oficiantes y de cantamañanas se ganaban la vida. Al fondo de la plaza, junto al matadero, se encontraba un estrado deslizante, con ruedas, sobre el que estaba el monstruo. Hablo de un ser groseramente obeso, no sé si hombre o mujer, conformado en rodetes de grasa que lo desfiguraban hasta hacerlo casi irreconocible. Se encontraba desnudo, pero no le hacía falta taparrabos pues su propia grasa le ocultaba el sexo. Era tal la capa de repugnante sebo bajo su piel que no debía de sentir el frío ni la lluvia, como esos ballenatos de los mares del norte que medran entre témpanos, pero sí el calor, pues en los estíos sudaba tanto que a su alrededor se veían apestosas lagunas de sudor turbio y agrio. Pesaba más de treinta arrobas de Aragón —su cambiante peso se anunciaba en un cartel— y se desparramaba sobre la plataforma igual que gelatina de pescado, sin poder moverse, todo lo más pestañear, pues lo impedía su propio peso y su humanidad generosa y prolífica. Sus ojillos de roedor brillaban al fondo de unas cuencas orbitarias profundas, abisales, abriéndose paso entre los mofletes como bujías ardientes dentro de una caverna. El pecho le abombaba como insuflado por mil fuelles, lo mismo que el abdomen, enorme, desfigurado y sin ombligo, borrado por la marea creciente de grasa, sebo y carne. Los brazos, una sucesión de rodetes de tocino reluciente de mayor a menor, terminaban en las manos sopladas como el cristal por el mejor vidriero, de deditos paradójicamente normales, de uñas retorcidas y largas. Los miembros inferiores, pies, piernas y muslos, bestialmente desfigurados, se adherían íntimamente al piso de madera, tal que si estuviesen pegados con engrudo. Apoyaba el dorso en una gruesa tabla, pues, de otra forma, su espalda se quebraría del peso lo mismo que alfeñique. Comía, o mejor devoraba, sin cesar de un caldero de tamaño cuartelario que contenía una papilla espesa y negra, de contenido ignoto. Lo hacía llevándose a la boca un cazo por cuchara que manejaba uno de sus hermanos o parientes, que lo cuidaba y explotaba al tiempo. Amén de la pitanza que aportaban de casa sus adláteres, los viandantes arrojaban cualquier cosa masticable, que él devoraba: dátiles, naranjas averiadas, aceitunas, mondas de col y berza, higos secos, cascajo, algarrobas, cáscaras de haba, bellotas, pan duro, paloduz... Parte del atractivo era comprobar el aumento de peso del engendro, tenaz y progresivo día a día, anunciado en el cartel y proclamado a voces. De vez en cuando, si la aglomeración era notable, el pariente ayudante pasaba la gorra y recogía algún cequí de cobre. Al atardecer llegaban los

refuerzos: una tropa de hermanos y demás parentela que, tirando de tres sogas, rodaban la plataforma y poco a poco desaparecían dejando un reguero de polvo en la noche estrellada. Años después, cuando ya era un físico experimentado y de prestigio en todo Al-Ándalus, quise localizar a aquel pobre infeliz martirizado por la vida para intentar curarlo, pero había muerto.

El arrabal era la carpa que habitaban los cien mil tullidos de este mundo. Iban siempre cogidos de la mano, alegres, clasificados por secciones y cantando si no eran mudos. Había tuertos y ciegos que, salmodiando sus súplicas y cogidos del brazo, estremecían el alma hasta ablandarla y conseguir nimia limosna. Los cojos se apoyaban en muletas y levantaban polvo mientras se apostaban en sus lugares propios: la parte más concurrida del bazar, junto a la mezquita. Una cohorte de mancos de una o ambas manos penaban sus maldades en la calle de los Carniceros, entre moscas y tábanos, colocando ante sí y sobre el suelo un sucio paño donde depositaban su óbolo gentes caritativas. Los mudos, en dos filas y emitiendo un rumor parecido al de abejas obreras en el panal, mostraban sus muñones informes y negruzcos en una exhibición que pretendía enternecer el corazón y aflojar la bolsa de los viandantes. Había paralíticos que apenas movían las orejas, inmovilizados sólo de medio cuerpo, zambos de uno o dos pies, sordos, jorobados, epilépticos, sarnosos, alopécicos, tipos sin nariz, sin oídos, con baile de San Vito, picados de viruelas hasta en la garganta, con labio tan hendido como los conejos y leprosos. Éstos iban aparte. Segregados en una especie de aprisco detrás del matadero, rodeados de alambrada de espino para impedir su huida, emitían sus plegarias sin esperanza o maldecían a Jehová o al Dios de los cristianos, Pues blasfemar contra Alá o su profeta estaba castigado con la lapidación.

Nunca tuve especiales apetencias de sexo, pero, casi por curiosidad y excitado por mis tres socios, acudí al prostíbulo con quince años. Mis sucesivas experiencias fueron decepcionantes. Muchas y bien surtidas mancebías existían en el arrabal, pero todas eran a cuál más sórdida. La primera vez que lo intenté me correspondió en suerte una golfa tunecina de buenas carnes pero sin gracia, tan desabrida y huraña como un cardo borriquero y más triste que yo. Lo entiendo. Debe de ser difícil ayuntar por dinero y además con aquella clientela de jornaleros sucios y apestosos. Cuando me vi delante de ella y contemplé su gesto áspero, los senos caídos por la túnica entreabierta y la mata de pelo en el empeine amenazándome, se esfumaron mis pocas ganas de fornicio. No era lo que yo soñaba para estrenarme en el amor. Escuchaba las risas y los cercanos aullidos de placer del resto de la jarea y sentía sana envidia. Pude salir airoso inventándome un dolor de cabeza.

—¿Te pasa algo, cariño? —preguntó solícita la coima al ver mi rostro mustio, naufragado.

—No me encuentro muy bien —dije.

—Tal vez no te motive lo bastante... —apuntó, abriéndose por completo la bata de faena para mostrar sus caderas anchas, maternales, y la barriga surcada por las delatoras estrías que deja el parto, quizá para excitarme.

—No es eso —aseguré—. Creo que tengo calentura febril. Tal vez me afecte algún tipo de miasma insalubre.

Dije aquello en un alarde de inspiración higiénica, prevalecido de la vocación sanitaria que ya incubaba y también tratando de llevar a su ánimo agobio e incertidumbre. Resultó.

—Podría hacerte algún tipo de trabajo fino, algo estimulante y al tiempo diferente —dijo con poca convicción, en un último intento.

—¿Como qué?

—No lo sé... Metérmela en la boca, por ejemplo.

Con sólo mencionar la escabrosa posibilidad, mi verga menguó hasta extremos imposibles, pues me la busqué de manera refleja bajo la chilaba y no la hallé.

—Te lo agradezco, pero hoy no es el día. Siento el escalofrío premonitorio del mal que me atosiga. Tal vez vuelva mañana —dije, echándole valor y desapareciendo tras la puerta en busca de aire fresco.

Una semana después, en otra mancebía, quise probar con una cristiana que se postulaba como pura ambrosía y fue un semifracaso. Dijo ser de Logroño. No estaba mal de cuerpo, pero, además de exhalar un tufo impuro, se notaba que copulaba por compromiso y que sus transportes de placer eran fingidos. No pude terminar y apenas sentí gozo, pero, al menos, dejé alto el pabellón. Tenté la fortuna en un postrer ensayo quince días más tarde, con una ramera negra como la noche, senegalesa, por ver si era cuestión de razas y colores; esta vez el chasco fue mayúsculo. Para mi desgracia, vi salir del camaranchón en el que fornicaba a su último parroquiano, un hediondo pescadero muladí que conocía del zoco, y ni siquiera consiguió que se me enderezara por la punta. Salí de allí mohíno, cabizbajo, mientras escuchaba los berridos de triunfo de la tríada. Comprendí que lo mío era el estudio y, a la espera de épocas más felices, me dediqué a él con especial ahínco.

Osmán Hallili era un gran profesor. Él me infundió el amor al estudio y a la controversia. Sobre todo en el último año de medersa, tras cumplir yo quince, accedía a pasear conmigo al acabar las clases por la alameda cordobesa y el camino de la muralla, junto al alcázar viejo. Si no estaba Abderrahmán III en él, que era lo normal, los guardas, que le conocían, nos permitían acceder al riad. No era tan bello como el de Medina Zahara, pero no tenía mucho que envidiarle. En sus veredas solitarias, entre arrayanes, sicómoros, higueras y granados, mecidos por el sonido cantarín del agua limpia y clara, me contaba el nacimiento de la cultura arábiga, creada en Bagdad hacía tres siglos por el califa Al-Mansur y sus descendientes Harún al Raschid y su hijo Al-Mamún, el rey sabio, contemporáneo de Carlomagno, todos ellos protectores

de las escuelas persas y amantes de las ciencias y la filosofía. Bagdad. Ya entonces ardía en curiosidad por conocer la ciudad entre ciudades, por saber de su prosperidad y riqueza, admirar sus palacios y jardines, sus bibliotecas, hospitales y baños. Hallili, sin duda el más versado horticultor de Al-Ándalus, había estado allí una vez, cuando peregrinó a La Meca en el viaje que todo buen islamita está obligado a hacer al menos una vez en la vida. Yo debía abrir mucho los ojos y la boca cuando me hablaba del observatorio astronómico bagdasí, de los canales de irrigación para la agricultura, los molinos de viento, las enormes ruedas que elevaban el agua para el riego y lo avanzado de numerosas técnicas desconocidas en Occidente; y digo tal, pues, transportado con la imaginación a orillas del Tigris, debía darme un empujón para volverme a la realidad. Durante siglo y medio Bagdad fue el centro civilizador del mundo, el lugar donde nadan escuelas filosóficas herederas de Aristóteles y academias que reunían a astrónomos, matemáticos, médicos y alquimistas. La ciudad conoció el esplendor de Hunain el Sirio, médico y traductor cristiano precursor de Avicena, de Al-Joarizmi, el algebrista persa, de Albatenio, el astrónomo sirio, del egipcio Alhacen, creador de la óptica, del persa Al-Razi, el médico músico, teólogo y alquimista, y de tantos otros sabios. Y ahora, según Hallili, el centro del saber se desplazaba a Córdoba.

Opinaba mi docto educador que el avance de la ciencia árabe se debía a su escaso dogmatismo, pues la religión intervenía poco. «El día en que los ulemas impongan su ley, se acabará el dominio cultural del islam», decía siempre. Moríamos de éxito científico porque las escuelas y cortes musulmanas estaban formadas por gentes de diversas razas, nacionalidades y religiones, aseguraba. Entre los más doctos enseñantes se encontraban judíos, iranianos, hindúes y latinos. Aunque predominaban los islamitas, en Bagdad y en Córdoba abundaban los cristianos y hebreos, y en el Oriente, además, convivían con paquistaníes y zoroástricos.

—¿Cuál crees que sea la amalgama que aglutina nuestra cultura? —me preguntó una vez sin obtener respuesta.

El sol caía por detrás de la sierra. Los luceros y una luna creciente señoreaban ya el cielo tintado en rubros y violetas. No se oía ni un rumor.

—El bello idioma árabe —se contestó a sí mismo—. Muchos letrados de Bagdad y las clases cultas de Al-Ándalus, El Cairo o Fez dominan el griego, el latín o la aljamía, pero prefieren el árabe para sus controversias. Los hijos del desierto han creado un rico idioma contando estrellas y planetas, numerando las vértebras del camello, los matojos que crecen en las dunas, las sangrientas lides, los bárbaros festines o la libertad cristalina e infinita de la escasez, del no precisar nada, y en su poesía cantan desde las riñas por la posesión de una mujer y el color de los dátiles maduros a las rutas del gran arenal borradas por el viento.

—¿Cuántos idiomas hablas, maestro? —quise saber.

—Soy un *homo trilinguis* —respondió—. Hablo griego, latín y árabe, como la mayoría de las gentes cultas en Occidente. Para mí es más conciso y flexible, en tocante a la ciencia, el árabe que el latín. La aljamía castellana o el idioma que hablan catalanes, anglos y francos son recientes, y es por ello que aún no tienen la enjundia de su idioma matriz, el lenguaje del Lacio.

Todavía, sesenta años después, veo a Hallili concentrado en la charla, condescendiente, como los buenos sabios, con la juventud, apoyado en una almena de la muralla cordobesa sobre el río, la mirada perdida más allá de los campos ubérrimos. Fue el mejor profesor que he tenido, y a él, a su afán de explicar, de enseñar, a su paciencia, debo mucha parte de lo que soy. El último año antes de graduarme en la medersa tuve intensas dudas sobre mi futuro. No sabía por cuál ciencia o materia decidirme. Me atraían las matemáticas y, dentro de ellas, el álgebra o *al-geber*, arte de la transposición de términos o método para hallar el valor de una cantidad o su raíz, ideado por un árabe. También me apasionaba la geometría de Al-Joarizmi y la trigonometría plana y esférica. Me gustaban la física y los aparatos para medir los cielos y seguir el movimiento de los astros. Una noche Hallili me llevó al observatorio cordobés para ver las estrellas. Recuerdo que ante la visión de la cúpula que forma el universo estuve sin poder articular palabra mucho rato.

—Esa nubecilla sutil que se alarga y parece aglutinar en su interior estrellas grandes se llama Vía Láctea —dijo.

—Parece polvo cósmico...

—Son millones de astros más grandes que la tierra —aseguró.

Me dejó manejar un astrolabio y una safea, aparato de su invención, observador y a la vez calculador del tiempo y de las horas. Me interesaban la química, la historia natural, la geografía, el cálculo indio, la música y, en cuanto a ciencias aplicadas, la alquimia, la astrología, la medicina y la mecánica. Antes de decidirme, sólo faltaban cinco meses para graduarme, Osmán Hallili me presentó a Maslama, el insigne matemático, y me proporcionó un libro de Al-Razi: *Continens*, un compendio de todas las enfermedades conocidas y del empleo del cauterio.

Pasé horas hablando con Maslama, fundador de la Escuela de Astronomía y Matemáticas de Córdoba. Abul Qasim Maslama no era sin embargo cordobés. Había nacido en un pequeño lugar al norte de Toledo llamado Magerit, que bañaba un riachuelo tributario del Tajo, el Manzanares. Sin nada que hacer en aquel inhóspito villorrio casi fronterizo con el condado castellano, Maslama se trasladó a la capital del califato donde ganó justa reputación de príncipe de los matemáticos de Al-Ándalus. Tenía ya numerosos discípulos, entre ellos Abú Hafs, el geómetra, o Ben-Quadra, experto en trigonometría. Maslama había corregido diversos errores en las tablas de Al-Joarizmi y Albatenio, los dos astrónomos más célebres del Oriente islámico. El sabio se explicaba con tal énfasis que te prendía en su red sin

proponérselo, como la claridad del haz de la linterna a una mariposa de luz. En pocos minutos llenó una pizarra de signos, algunos cabalísticos, para demostrarme una teoría sexagesimal que sostenía. Inmerso en su propio mundo, no se daba cuenta de que tenía frente a él a un rapaz de quince años cuya única intención era saber en qué consistía su arcana ciencia. Hoy, tras sesenta años, puedo decir con fundamento que Maslama trasladó el saber astronómico de Bagdad a Córdoba y que el meridiano de Toledo pasó a ser el de referencia en el mundo civilizado. Cualquier astrónomo europeo en los inicios del segundo milenio se refiere al meridiano cero, el que pasa por la ciudad que baña el río Tajo, si se trata de elaborar mapas celestes.

—El geómetra persa Tabit Ibn Qurra estaba en un error cuando ideó este cálculo —sostuvo, trazando con tiza en el tablero una inacabable sucesión de cifras crípticas.

Yo asentía a todo en respetuoso silencio, aunque al mismo tiempo pensaba que las matemáticas eran una bella ciencia antes estática que dinámica y yo amaba el movimiento. Me mostró luego los libros que había escrito sobre ciencias naturales, medicina y alquimia, y que servían de texto a sus alumnos. Maslama era un experto alquimista. Había bebido en las enseñanzas de Abenmasarra, un médico oriental establecido en Zaragoza, y las difundía en Córdoba. Tras aquellas sesiones de cálculo, astronomía y álgebra, con la cabeza llena de números y de signos sin digerir, me concentré en la obra de Al-Razi: su famoso tratado *Continens*.

Aquello era otra cosa. Abú Bakr Mamad Ibu Zakariyya, conocido en todo el orbe como Al-Razi, rey de los médicos persas desaparecido en 932, analizaba en su magno tratado cientos de enfermedades, describía sus síntomas y su tratamiento. Lo hacía con mucha amenidad, razonándolo todo, con un lenguaje inteligible. Era seguidor de Hipócrates y de Galeno. Poco sabemos de aquel genio: que vivió setenta y dos años, que quedó ciego y que su pasión era escribir. Estudió filosofía y música, y llegó a ser un excelente guitarrista. Su interés por la medicina nació de sus visitas a un amigo droguero ingresado en un maristán de Teherán, al ver lo poco que mejoraba con el tratamiento. Ya médico, se trasladó a Bagdad, donde dirigió su hospital. Lejos de considerar a los padecimientos fruto del pecado o de la conjunción del aire putrefacto y de los elementos, afirmaba que cada mal responde a una causa lógica y orgánica. Dedicaba capítulos especiales a la viruela, a la escarlatina y al sarampión, plagas que había descrito científicamente, y cerraba la obra con un apéndice anatómico, con bellas láminas de su mano en las que, por primera vez, veía el interior de un cuerpo humano. Fue el primero que introdujo el uso sistemático de preparados químicos en la terapéutica y en rechazar también que podía diagnosticarse con sólo probar la orina del paciente. Estuve sin poder dormir tres largas noches: mi futuro estaba encadenado ya a aquella extraña ciencia, mezcla de altruismo, magia y saber, cuyo último objetivo era curar. Hablé con mi profesor justo el día en que me graduaba en la medersa y aprobó mi decisión con gran benevolencia. Antes del viaje que hice con mi

familia aquel verano, con el que mi padrastro premiaba la finalización de mis estudios medios, Hallili me presentó a Alí Al-Mayuri, el físico cordobés que regentaba la Escuela de Medicina de la aljama, uno de los médicos que se ocupaban de la salud de Abderrahmán III.

Provistos del correspondiente pasaporte y un visado especial del califa, que mi madre consiguió sin dificultad por intermedio de la dueña del harén en el que pasara ella su juventud y yo mi niñez, en junio de 951 de la era cristiana embarcamos en un jabeque que bajaba por el Guadalquivir hacia Cádiz, navegando luego en cabotaje con carga general y pasaje a Barcelona. Estrené mis quince primaveras a bordo de la pequeña nave, de dos palos, apenas treinta varas de eslora y nueve de manga. El patrón del navío era muy amigo de mi padrastro, tangerino como él, y la verdad es que nos trató tan bien como a un visir. Cinco de las seis camaretas del navío, de cuatro literas cada una, iban llenas. Tan sólo la nuestra, ocupada por tres pasajeros, pues mis hermanastros habían quedado al cuidado de una de mis tías maternas, iba desahogada. Bueno, lo del desahogo es un decir, pues aún no entiendo cómo nos arreglábamos en espacio tan mínimo, donde dos personas juntas no podían coincidir de pie. Dedicué lo que tardó la nave en llegar a Sevilla a recorrer el barco. Me conturbó el olor sui géneris al subir a bordo: petróleo, sebo de carnero, salitre, rata muerta y madera carcomida. Vi el puente de mando, en alto sobre la cubierta para dominar con cierta perspectiva los obstáculos, y la bodega donde se estibaba la carga: tinajas de aceite, placas de mármol, sacas de trigo, sémola y dátiles; bajé a la sentina en la que dormían los tripulantes y un facineroso, convenientemente encadenado y amarrado a un cepo, que era desterrado de por vida del califato a la isla de Alborán. Intenté hablar con él para que me contara sus fechorías y desdichas, pero los guardias que lo custodiaban me alejaron escupiendo entre dos colmillos, ignorándome.

Sevilla, donde atracamos dos días, me maravilló. Es ciudad más pequeña que Córdoba, pero más luminosa y ventilada, el río a su paso es más ancho y majestuoso. Vimos los barrios cristianos y hebreos, nos adentramos en unos baños públicos, recorrimos los muelles y comprobamos su movimiento en auge. Las decenas de navíos que allí atracan procedentes de todos los puertos del Mediterráneo deben pagar al califa, representado en Sevilla por su emir, un fielato o tasa que abonan en una torre a la orilla del río. Cargada *La Airosa* con una partida de pescado en salmuera, reanudamos la marcha río abajo hasta llegar a Cádiz.

La vieja Gades romana es apenas un villorrio que pierde importancia ante el imparable auge sevillano. Dos docenas de estuporosos árabes daban cabezadas en la plaza principal, delante del mercado, mientras mendaces hebreos y astutos muladíes trataban de estafarse mutuamente. El jabeque estuvo atracado lo justo para estibar algunos fardos de piel de oveja mientras nosotros recorríamos desde lo alto las antiguas murallas. Era la primera vez que mi madre y yo veíamos el mar. Es difícil

expresar con palabras mi emoción al ver tal extensión de agua, las olas deshaciéndose en espuma y pompas al batir en la roca, los cormoranes y gaviotas emitiendo su desacorde «gallí-gallí» y, a la izquierda, la enorme ensenada de suave y rubia arena. La sensación era de extemporaneidad y al tiempo permanencia. Viendo el mar se entiende de una vez el significado de la palabra siempre y uno se siente muy pequeño. Aquellas olas o sus abuelas batían la base de la roca desde los tiempos en que nació el profeta, y más allá, al nacer el profeta cristiano, y aún más lejos, cuando Moisés recibió las Tablas de la Ley. Mi madre, con el viento anidado en el pelo, parecía tan extasiada como yo. Hassan, que no nos dejaba ni a sol ni a sombra, semejaba indiferente: cosas de la costumbre.

Me las había prometido muy felices con la travesía los primeros días, cuando navegábamos la corriente fluvial lisa y mansa, de color verde domesticado, pero al salir a mar abierto el panorama cambió radicalmente. Al segundo cabeceo de la embarcación en mar abierto, un mareo de cien mil pares de demonios se apoderó de mí y hube de correr a la borda para soltar una mascada que tino el mar de negro. Iban en ella la leche materna, mi primera papilla, todas las gachas de harina de almortas del harén —solían dárnoslas de merienda y las odiaba— y lo comido y bebido desde que embarqué en Córdoba. Zulema, que incomprensiblemente superaba el mareo, me atendió solícita y me llevó a la litera donde, dos días con sus noches, creí morirme. Pocas sensaciones más desagradables que el mareo de mar. Nada como la angustia de su vértigo. Ya creía que nunca más podría incorporarme, pero amanecí fresco y hambriento. La brisa marina y la visión del mar, ahora tranquilo, contribuyó a despejarme justo cuando La Airosa embocaba el diminuto abrigo del islote que llaman de Alborán, en un lugar del Mare Nostrum equidistante de Europa y África. Era un cacho de roca no mucho más grande que la plaza del Califa en mi arrabal de Córdoba. Había allí un farero, cinco casuchas de caña y una pequeña guarnición que se relevaba cada siete meses. Un grupo de hombres encadenados, en taparrabos, picaba piedra para ampliar el muelle bajo la atenta mirada de los vigilantes armados con alfanjes y gumías. Desembarcaron al forajido —un cuatrero y tahúr—, quien se incorporó de inmediato al grupo, dejaron una garrafa de aguardiente que fue celebrada por los soldados como si fuese maná celeste y levamos anclas.

—¿Qué ocurrirá con ese hombre? —pregunté a Hassan mientras por la popa aún se divisaba aquel peñasco.

—Está desterrado para siempre de Al-Ándalus —dijo—. Cumplirá su condena trabajando y morirá en el islote, pues escapar es imposible. ¿No viste el pequeño cementerio? Allí se pudrirá tras purgar sus pecados picando piedra, sin opción a robar más caballos o marcar los dados.

La Airosa, a velas desplegadas, señoreó de nuevo el mar. Éste se movía a impulsos, subiendo y bajando como si en sus lomos se agitasen de común acuerdo los

animales que lo pueblan. Decía Osmán Hallili que era el viento el causante del estremecimiento de sus aguas, pero no había viento. Para mí que se trata de la muda protesta de los peces, que menean sus colas y sacuden las aletas al ver invadida su intimidad. El color de la masa de líquido era azul plomizo, diferente al verde-agua del océano en Cádiz. Hacía fresco, por lo que pasábamos gran parte del tiempo en la camareta. Es curioso el comportamiento del ser humano. Nunca conoces a las personas, ni siquiera a tu madre, hasta que convives con ellas estrechamente. No conseguí ver una pulgada de la piel de Zulema, ni la punta de un pie, en todo el viaje. Se desnudaba, si lo hacía, ya en su litera, que era la más alta. Procuraba no emitir ninguna clase de sonido, ya sabéis, tos nerviosa, un pequeño ronquido o la inevitable y natural ventosidad fruto del trabajo del tubo digestivo. Los contados cuescos que se oyeron procedían de Hassan, más desenvuelto, o de mí mismo. Los hombres nos lavábamos en cubierta, con sólo los calzones, baldeándonos con agua de mar el uno al otro, pero Zulema lo hacía con agua dulce, llevando la jofaina al camarote y encerrándose allí horas. Nuestra primera acción al llegar a puerto era buscar un baño público y darnos un remojo al modo romano, con vapor cálido y piscinas de agua clara y potable. Dos singladuras empleó el barco hasta fondear en Alicante, donde cargó dátiles y dejó mármol y aceite. Vimos su preciosa alcazaba y sus palmerales, comprobamos lo industrioso de sus habitantes y seguimos a Valencia, verdadera perla del Mediterráneo.

Tres días tardó nuestra nave en descargar mercancías y cargar naranjas y limones, los que aprovechamos para ver sus murallas, sus numerosas huertas, el mercado de esclavos —casi mayor que el de Sevilla—, la alcaicería y el comercio de la seda, que se monopoliza en la gran lonja. Pero lo más digno de ver en la bella ciudad, que gobierna un emir de confianza del califa, es un curioso tribunal que se ubica en plena calle, en la puerta trasera de la mezquita principal. Emite sus dictámenes los jueves no festivos, al caer el sol. Forman el tribunal, que llaman «de las Aguas», los siete síndicos acequeros más antiguos de la población. Su competencia son todas las cuestiones que se relacionan con la distribución de las aguas de riego. Reúnense en público, bajo los venerables arcos de ladrillo, para oír a los interesados citados previamente. El tribunal admite la prueba si se ofrece, acuerda el reconocimiento pericial cuando se necesita y dicta su fallo. Éste es inapelable y se lleva a efecto por el síndico a quien corresponda, para lo cual impetra, de precisarse, la ayuda del caíd. El Tribunal de las Aguas valenciano, eminentemente popular y en cuyos sencillos procedimientos nada se escribe, ni intervienen procuradores o leguleyos, goza de gran predicamento en la Vega por la rectitud, economía y celeridad de sus juicios. Cada uno de sus jueces representa a una de las siete acequias que sangran del río Turia. Ante ellos, y en presencia de los guardas de las acequias y los atandadores o encargados de los turnos de riego, comparecen los que se creen perjudicados o han

cometido faltas. Se les oye a todos según les toca hablar, por orden de edad. No se consienten interrupciones del contrario y, si éstas surgen en el calor de la disputa, sufre el interruptor amonestaciones o multas progresivas. La sentencia la pronuncia el presidente del tribunal, siempre el más antiguo de los síndicos.

Nosotros contemplamos absortos una sesión del Tribunal y comprobamos su imparcialidad a la hora de impartir justicia. El demandante era el humilde propietario de una dula pequeña, un mozárabe, quien se enfrentaba a un rico terrateniente árabe dueño de varias fanegadas de huertos de naranjos, granados, limas y limoneros. Aducía el cristiano recibir menos horas de agua en proporción que su vecino islamita, puesto de acuerdo con el atandador previo soborno. Como prueba, alegaba el lamentable estado de su dula que, con la misma tierra e idénticos abonos que los de su contrario, aparecía yerta, con árboles de pocos frutos y pequeños. Verificados los hechos por el perito, asignado por el síndico el día anterior, se condenó al poderoso y se absolvió al humilde.

Hablé mucho con mi padrastro durante la singladura que empleó *La Airosa* en arribar a Barcelona. Fueron conversaciones generales, saludables, de poca enjundia, pues Hassan era de horras entendederas, un buen hombre pero hueco de sesera en todo lo que se saliera de cifras, varas de tela, clases de género, número de nudos por codo cuadrado de alfombra o calidad en la mercancía. Parecía disponer de un instrumento en su cerebro para calcular sumas y multiplicaciones, divisiones o restas; resplandecía su rostro de placer aparecía Zulema, que era su diosa, la claridad que iluminó hasta el final, cercano ya, sus días felices. Nunca le vi tocarla en la estrechez de aquel tabuco innoble que hacía de camareta, hecho tal vez a la anchura espaciosa de su tálamo y al muelle y esponjoso tacto de las colchas de seda y las sábanas blancas. Se limitó a adorarla en silencio. También, seguro, mi presencia disuadió a ambos de una acción que requiere por definición sosiego, paz y soledad absoluta.

De Barcelona saqué conclusiones dispares. De un lado, la belleza de su emplazamiento y de sus edificios, la gentileza de sus gentes, y de otro, el bullicio que convierte a la capital del condado catalán en un gran zoco inhabitable a pesar de contar con los mismos habitantes que Sevilla: sobre setenta mil. No. tuvimos un momento de sosiego y no hallamos baños públicos: los cristianos corrientes, o no se lavan o lo hacen cuando llueve. El hedor al juntarse más de tres, como ocurre en plazas, mercados y en sus iglesias, que visitamos sin trabas a pesar de vestir con chilaba y calzar babuchas, es tal que es preciso taparse las narices. Por lo demás, nos miraban con curiosidad y nos trataban con indiferencia. Tras despedirnos de *La Airosa* y de su capitán, que estibaba su carga para regresar a Córdoba, hallamos limpio y cómodo alojamiento en una buena posada a la orilla del mar, en una ensenada estrecha y pedregosa al norte de la urbe. Reconozco que Hassan dispensó con generosidad sus dinares de oro para hospedarnos como príncipes. Nuestras

habitaciones, ambas con balcón al mar, aguamanil, jofaina y toallas limpias, eran contiguas. No descarto que aquel rumor festivo, como luciérnagas cantoras frotándose las patas, muy semejante al que oyera otras veces en nuestra casa cordobesa, tradujera el ardor combativo de los amantes. Recorrimos los paseos de la ciudad, que es abierta y ventilada, con numerosos jardines, palmeras datileras y clima ameno, y paseamos por su barrio viejo y el gueto judío. Mi madre y yo vimos con incredulidad, en el barrio portuario, a decenas de prostitutas en los balcones, postulándose, mostrando con descaro sus ajadas o meritorias carnes a los viandantes. Mi padrastro, conocedor del mundo y la ciudad, pues era la quinta o sexta vez que la visitaba, no mostraba emoción aparente.

Hablan los catalanes en su bello idioma materno, pero todos conocen la aljamía, el no menos hermoso romance castellano, primo hermano de aquél. Fue un placer entenderse con todos y felicitarnos de compartir el habla, lo que facilita la existencia. Las regiones bilingües de manera espontánea, como Cataluña o nuestro califato, poseen una ventaja nada desdeñable con respecto a las que manejan sólo un idioma. Por ello me maravilla que haya árabes cerriles en Córdoba que abominen de las lenguas cristianas. A raíz de aquel viaje me propuse aprender mejor cuantas más lenguas y no prescindir de ninguna. Hassan debía reunirse con ciertos proveedores y clientes. Tras culminar con éxito sus encuentros, visitar las murallas en torno a la vieja ciudadela de Montjuic y saludar al conde Borrell II, para quien mi padrastro traía una misiva del visir cordobés, nos despedimos de la ciudad y partimos en la silla de posta hacia Zaragoza.

Nuestra experiencia fue deprimente el primer día, cuando, tras madrugar, hicimos el trayecto a Villafranca del Penedés, donde comimos, y luego a Terrassa, donde hicimos noche en una mala venta. El camino era infame, abrupto y bacheado, pero rodeado de huertos de frutales y sembrados donde se afanaban campesinos de ambos sexos, ellas con las faldas arremangadas mostrando las corvas urbi et orbi y ellos protegiéndose la testa del ardoroso sol con una especie de capuz rojo y flácido que llaman barretina. El carruaje era espacioso, para ocho personas, e iba lleno. Nuestros compañeros de viaje, un matrimonio de mediana edad —lo deduje por las alianzas que, al modo cristiano, llevaban en sus dedos—, un fraile orondo —denunciado por su hábito y tonsura—, un militar con licencia —cuya condición delataba su espada al cinto— y un mocetón de aspecto rústico y ojos soñadores, no dejaron un solo momento de comernos con los ojos y de hacer comentarios despectivos o jocosos, ignorantes de que los entendíamos. Hablaron de reales o inventadas victorias de los cristianos sobre los agarenos, se mofaron veladamente de nuestra fe y no dejaron títere con cabeza sobre la forma de vida de los islamitas. A Zulema, muy elegante en un caftán azul, la devoraban con la vista el mocetón, el militar, el sacerdote y hasta el hombre casado. No escaparon a las pesquisas indiscretas ni sus pies, que, calzados

con esarpines abiertos, asomaban por debajo de las alforzas de su vestido. Para mayor infortunio, además de lucir su ajorca de oro, se había decorado las cuidadas uñas de color bermejo opalescente y pintado los tobillos con alheña. De tal forma iban embellecidos que era imposible dejar de admirarlos. Fue algo tan ostentoso y lamentable que mi madre, tras sonrojarse con la verecundia de una núbil, se vio obligada a cubrirse con el hijab, algo que ni siquiera hace en el arrabal, y a esconder sus delicados pies tras encogerlos. Hassan, de por sí cauto y comedido, estaba a punto de saltar como un resorte y echar mano a la gumía, y lo hubiera hecho de no estar en minoría en tierra extraña. Por menos de eso descuartizan en Córdoba a un hombre.

Tomamos nota aquella noche de todo lo anterior y, tras cenar frugalmente en la venta, Hassan decidió viajar por nuestra cuenta al menos hasta Zaragoza, en tierras moras. Puesto que contaba con dineros sobrados —según comentó delante de una excelente muestra de las verduras de la zona— era estúpido viajar acompañado de gentes insustanciales y protervas. En consecuencia, al día siguiente mi padraastro ajustó con un cochero, alquiló una tartana —que es el medio de locomoción más usado en Cataluña— y acomodándonos en ella partimos hacia Zaragoza. Cinco jornadas nos llevó tan largo viaje, pues, en aras de la comodidad de su esposa, Hassan no quiso apurar a nuestro auriga, íbamos despacio, charlando o cavilando entre nosotros, y el cochero con las mulas. No recuerdo los nombres de los pueblos y aldeas por los que transcurrimos hasta llegar a Bujaraloz, donde estaba la frontera, pero afirmo que por la mayor parte se veían desangelados, polvorientos y semidespoblados, poco que ver con las lucientes villas de mi tierra andaluza.

Igual que hiciera con mi padraastro por mar, lo hice por tierra firme con mi madre: dialogar más que nunca en mi corta vida. Zulema, a pesar de la maternidad, no aparentaba los treinta y cinco años que tenía a la sazón. Era muy dócil. Callada, como es uso corriente en la mujer islamita, sólo hablaba si se le preguntaba, pero, cuando lo hacía, emitía por palabras sentencias. Su cuerpo se mantenía con las trazas de niña y la piel visible conservaba idéntico frescor. Su delgadez era concreta. Alta, espigada como las flamígeras espadañas de una seo cristiana, el color de su tez era trigüeño y el de sus rasgados ojos avellana tostada. Su mirada, su sonrisa, su modo de decir y el inacabable repertorio de su ternura eran prendas que la adornaban, explicando sin palabras la pasión que despertaba en los hombres, la que brotó un tiempo en el pecho de Abderrahmán III y la que poseía a Hassan, su único esposo. Estaba más ilusionada que yo ante mi decisión de seguir los estudios de físico. Le conté mi ambición: llegar a dominar el cuerpo humano y convertirme en un gran cirujano.

—¿Cómo puede gustarte la idea de hender la carne con el escalpelo? —preguntó, bailándole en los ojos la aprensión.

Es lo mismo que hacían los antiguos egipcios, lo que hacen hoy en Bagdad los más osados —dije—. Me gusta también el arte de curar mediante pócimas o remedios

naturales, pero el escalpelo es más resolutivo. Para mí, la cirugía es la síntesis y la conclusión de la medicina.

—¿Te gustaría conocer el Oriente, la cuna del profeta?

—Algún día habré de peregrinar para cumplir con la obligación del buen musulmán.

—¿Me llevarías? Hassan ya estuvo en La Meca y no se siente con fuerzas de repetir tan largo viaje.

—Lo haría con gusto. Lo prometo.

—Olvidarás tu promesa. Surgirá una mujer y luego otra, y te encadenarán.

—Hasta aquí cumplí siempre mis promesas. Callo y pareció concentrarse en sí misma. Me gustaba la curva de su nuca, tan sensual, que heredé, y la suavidad de la piel de sus brazos. Traté de, sonsacándola, saber de mis orígenes.

—¿Me dirás alguna vez quién fue mi padre? Los que saben que fuiste concubina del califa me suponen hijo de Abderrahmán. Pero yo sé de buena fuente que hubo alguien más llenándote las noches...

—Sabes bien que deploro hablar de ese tema.

—¿Por qué?

—Tengo razones poderosas.

—Confiesa por lo menos que hubo otros.

—Sólo hubo dos hombres en mi vida antes del matrimonio: el califa y Muley su hermano más pequeño.

—Sé que Muley era de tu edad. ¿A quién amabas más?

Silencio. Le tremaban los labios y había palidecido levemente. Una línea quebrada se dibujó en su frente.

—¿Por qué eres así? Te aseguro que no es bueno que sepas —musitó.

—Retiro mi pregunta por obvia y por estúpida —dije—. Tenías por fuerza que desear más a Muley.

—Dime por qué.

—Por algo muy simple: de haber amado más al califa no habrías consentido que te tocara otro. Y si ese otro hubiese insistido, lo habrías delatado. Ninguna mujer que pueda impedirlo deja que la posean contra su voluntad. ¿Cuándo se fijó Muley en ti?

—Lo ignoro. Debió de ser durante nuestro baño. Coincidió que Abderrahmán visitaba Badajoz y Lisboa. Después lo arregló sobornando a los eunucos para entrar en el gineceo. Y ya no sabrás más.

Dio por terminado aquel diálogo frunciendo los labios con disgusto, un gesto que también saqué de ella. En estas y otras sabrosas charlas llegamos a Zaragoza. Despedimos al cochero tras abonar sus servicios y nos alojamos en un mesón de viajeros frente a la estación de postas. Poco duró nuestra estancia allí pues, al día siguiente, Hassan se acercó al palacio de la Aljafería, se dio a conocer y entregó al

capitán de la guardia una carta lacrada para el emir que llevaba del gran visir de Córdoba, muy amigo de ambos. Abdelazer Ibn Banu Qasi nos recibió aquella misma tarde. Conocía ya a mi padrastro, quien le suministraba sedas y alfombras orientales. En esa ocasión le regaló una pequeña alfombra de oración, en seda cruda, manufacturada en Qom, en la lejana Persia. El mandatario agradeció el obsequio, se deshizo en atenciones con nosotros, nos alojó en su alcázar y nos rogó transmitiésemos al visir cordobés y al califa sus parabienes. Fue la visión de mi madre quizá, su belleza o los trajes de gran gala que llevábamos todos, lo que le hizo pensar que manteníamos cierta intimidad con Abderrahmán III que Hassan, desde luego, no quiso desmentir.

Gozamos en Zaragoza de una semana de placer elitista. El palacio de la Aljafería es bello y espacioso, bien provisto. Utilizamos los baños palaciegos, con Zulema convenientemente separada de nosotros, y allí Hassan, que había engordado varias libras, se sometió a la disciplina de un gigante senegalés que, tras golpear su dorso y flancos con toallas empapadas en agua hirviente, masajeaba sus muslos, lomos, vértebras y costillas tras numerarlas. Luego le hacía correr con sólo un taparrabos y dar vueltas alrededor del gimnasio. Yo contemplaba la tunda sumergido en la piscina de agua fría, compadeciéndolo. El resultado fue óptimo, y es que nada hay mejor para el organismo que el ejercicio físico. En sólo una semana mi padrastro adelgazó, mensurado en la romana de las cuerdas, casi seis libras. Mi madre parecía otra tras sus sesiones de hidroterapia y el masaje de las ágiles manos de una esclava cristiana. Yo cabalgué varias mañanas por la orilla del Ebro por gentileza del emir. No he dicho hasta aquí que amo la equitación y los caballos, los más inteligentes de los animales. Repuestos de las fatigas del camino, tras recorrer la mezquita principal y los zocos y ver una fiesta de toros, a finales de junio emprendimos viaje hacia Toledo.

Escarmentados, y a pesar de circular por tierras árabes, emprendimos el viaje en calesa arrendada. Quince días nos llevó tan largo itinerario, que hicimos despacio, pues no teníamos prisa y además deseábamos ver las principales ciudades. Solíamos hacer entre diez y once leguas castellanas por jornada, pues Hassan miraba mucho por su esposa, porque no se cansara y anduviese risueña y viva la color. Paramos o hicimos noche en Calatayud, Arcos de Jalón, Alcolea, Sigüenza, Guadalajara, Pastrana, Alcalá de Henares, Magerit y Aranjuez antes de entrar en Toledo, la vieja ciudad que había sido capital visigótica. Todas aquellas poblaciones son más o menos anodinas: el mismo cielo azul, un aire limpio, polvo a granel, iglesias, mezquitas, el castillo condal o ducal de la época visigoda y una destartada plaza con un pilón en medio donde abrevan las bestias y estercolan. Sólo Toledo merece una mención aparte y muy especial. Ciudad encaramada en una roca cuyo origen se pierde en la noche del tiempo, el río Tajo la rodea igual que una ballesta y abraza en sus dos tercios. A la orilla del río se encuentran las célebres fundiciones, productoras del

acero mejor templado de la tierra. Para muchos son las aguas del Tajo las que prestan al metal su especial dureza y flexibilidad. A Toledo vienen a encargarse de todo el orbe espadas, gumias, sables y alfanjes, reyes, príncipes, sultanes y hasta el sátrapa persa. Un camino escarpado, tras franquear la puerta del Sol, conduce hasta el zoco principal, llamado Zocodover, en el mismo centro de la urbe. La mezquita principal es bellísima, lo mismo que las viejas iglesias cristianas y las sinagogas, pues Toledo, a pesar de la feroz represión del tristemente célebre emir Ibn Muza, de un siglo y medio atrás, es famosa por su extensa y rica judería, que no gueto. Paseamos por el intrincado dédalo de sus callejuelas retorcidas, en anzueto, por el barrio cristiano revestido de aromáticas flores y por la zona árabe perfumada de albahaca y jazmín. Vi con cierta emoción, en la fachada de algunas casas, placas de bronce en las que se postulaban físicos y cirujanos-barberos. Toda la ciudad olía a gálbano, especie de resina que se quema para embalsamar el ambiente y depurarlo de miasmas. Jamás olvidaré la perdiz estofada con que nos regalamos un mediodía en el mesón en que nos hospedábamos.

Tras cinco noches en la ciudad tomamos el camino del sur hacia Almagro, Andújar y Córdoba por fin. Dos semanas más nos costó recorrer aquel itinerario, especialmente duro hasta Despeñaperros, un angosto desfiladero de tan curioso apelativo como cierto. La Mancha es árida, seca y desabrida. Tanto como un cordero detestable, correoso, que nos dieron en Almagro, capital del Campo de Calatrava. Todo cambió desde que se sintió el aire andaluz, el aroma de los olivos venerables y el perfume del Guadalquivir. Revivimos en Andújar con un ajoblanco y entramos en el arrabal a finales del agosto cristiano. Algo más de dos meses nos llevó tan extenso periplo, pero mereció la pena. Sin apenas tiempo para descansar, a mediados de septiembre inicié mis estudios en la prestigiosa Escuela de Medicina de la aljama.

La aljama o Medersa Superior de Córdoba se alojaba en un amplio edificio situado junto al alcázar viejo, sobre un altozano, disfrutando de una bella panorámica del río. Cerca del arrabal, tenías que cruzar el puente romano, pasar la puerta de Écija y subir la cuesta en curva que llamaban «del molino», pues una vez hubo allí un molino harinero. Ordenada levantar por Abderrahmán III en el primer año de su reinado, el edificio alzaba su fábrica de piedra arenisca tan orgulloso como el espolón de un navío de guerra que desafiaba al viento. En diferentes escuelas estudiaban allí más de noventa alumnos procedentes de todas las esquinas de Al-Ándalus. Dirigida cada una por varios profesores, se impartían lecciones de matemáticas puras o aplicadas, física, química, astronomía, geografía, medicina, astrología y alquimia. La escuela médica impartía sus lecciones en un aula luminosa, muy amplia, desde cuyos ventanales se observaba por completo el arrabal y, a lo lejos, la cerrada curva que dibujaba el Guadalquivir entre sotos, praderías y feraces campos. Disponía de cinco filas de bancos y pupitres, la mesa del maestro, estanterías que almacenaban libros y

distintos legajos, armarios para las vestiduras y un gran tablero de pizarra en donde los profesores dibujaban con tiza para mostrar de manera gráfica sus enseñanzas. Tres se encargaban de la formación de diecisiete alumnos. El principal, que al tiempo era director de la medersa, se llamaba Ahmed Al-Qurtubí. Se trataba de un cordobés castizo, árabe de origen yemení, que se había formado en la madraza de Fez y había completado sus estudios con Pedro de Egina, la isleta del golfo Sarónico a las puertas de Atenas. Hablaba griego, latín y franco además de la aljamía y el árabe. Cuando nos contaba sus experiencias helenas, en Epidauros, lugar del Peloponeso donde Hipócrates fundara su famosa escuela, se le encendían los ojos de emoción, temblaba la papada y se agitaba su solemne y atigrado bigote. Debía rondar los cincuenta años, pero se mantenía garrido y terne. Malas lenguas decían que en su juventud había sido un mujeriego impenitente, terror de Corinto, Nauplio y la Trípoli griega, depredador de harenes en Alejandría, y que reservaba sus últimas energías en complacer a una viuda de formas opulentas, del barrio aristocrático. En cuanto a medicina, era un ecléctico seguidor de los griegos, más ameno contando sus experiencias lúdicas — cuando te cogía confianza— que descifrando enigmas patológicos.

Al-Mayuri era el encargado de botánica y anatomía. Alto y fornido, de piel blanca y ojos zarcos protegidos por espesas cejas en visera, descendía de una esclava cristiana, montañesa por más señas, y alardeaba de ello. Conocía el norte de África, Sicilia y las penínsulas italiana e ibérica, pues su gran pasión era ver mundo. Sus clases en el campo, una vez por semana, eran agradables y al tiempo muy didácticas, íbamos caminando. Tras franquear la muralla por la puerta de Palma buscábamos verdes praderas o zonas arboladas y allí nos mostraba las plantas, hierbas y flores productoras de principios activos en el organismo, de benéfica acción. En una almunia de su propiedad, camino de la sierra, trataba de aclimatar, sin conseguirlo, especies orientales como pimienta, cinamomo, alcanfor, incienso o el árbol de la mirra, productor del bálsamo resinoso tan apreciado por su aroma. Por el contrario, en el jardín botánico del califa y a instancias de éste, cultivaba plantones de azafrán, caña de azúcar, algodón, granados y naranjas que injertaba para aumentar su peso y dulzor. Con él aprendimos las virtudes depurativas, astringentes, laxantes, carminativas, tónicas, diuréticas, transpirantes o antifebriles del arroz, cáñamo hindú, limero, sésamo, melón y regaliz, y de la berenjena, espinaca, sandía, coluquintida y albahaca. Su huerto de palmeras era famoso por el frescor que provocaba su espesura, la dulzura de sus dátiles y el licor de arack que obtenía de las raíces del árbol, un secreto del que sólo participaba Abderrahmán III. Referente a su arte médica, era un convencido galenista. Admiraba al médico de Pérgamo, aunque formado en Grecia y Alejandría. Se guiaba por alguna de sus obras, como *De pulsibus* y *Opera omnia*, que, traducidas por él mismo y editadas a su costa, lucían siempre sobre la mesa que presidía el aula. Se tenía por buen anatomista. Pero, como pronto supe, se trataba de

un anatomista de salón, que enseñaba una anatomía plana, sin profundidad ni perspectiva. Sus mejores enseñanzas las recibíamos al aire libre, en las ya referidas incursiones, en las que aprendíamos a distinguir hierbas y plantas medicinales que, tras recolectar, secaba y almacenaba en frascos.

Hasday Ben Saprut, médico de Abderrahmán III y durante varios años su primer ministro, era el tercero en concordia de los profesores, pero no el menor por su saber científico. Judío de origen, interpretaba las leyes de su libro sagrado de forma autodidacta, pues mantenía un harén si se quiere discreto, pero harén. Y es que, al gozar del favor del califa y en aquella sociedad abierta y permisiva, hacía y deshacía a su completo antojo. Desembarazado de cualquier prejuicio, mostraba a sus mujeres cada sábado por la alameda, paseando a caballo con las tres a rostro descubierto, distinguiéndose en eso de la mayor parte de los islamitas, que guarda y cela a sus hembras como a lo que son: su bien máspreciado. Con un gusto exquisito y amante de variar, una era rubia como los arcángeles, otra morena clara y la tercera negra como el esquisto egipcio. Las tres iban vistosas, muy arregladas, pues su amo dispensaba en ellas más dineros que el propio gran visir en el mantenimiento de su casa. Se comentaba que alguna de las niñas, las tres eran muy jóvenes, se entendía con un joven amante. No me extraña. Es el peligro de mostrar al público las joyas y las perlas: sólo se ambiciona la belleza y lo que puede verse. Desde el punto de vista médico, Saprut era seguidor del persa arabizado Al-Razi. Era más amigo de la física que de la cirugía, que despreciaba. Famoso por el buen tino en sus diagnósticos, abría su consulta, siempre llena, en plena judería. Se contaba entre su clientela a la aristocracia árabe, los ricos hacendados arabizados, los más selectos comerciantes mozárabes y hebreos y gentes poderosas y opulentas de cualquier creencia o raza que llegaban de Sevilla, Málaga y Granada.

El primer año se me fue en aprender nociones generales, rudimentos anatómicos y bases de botánica. Lo culminé con aprovechamiento, pero no estaba del todo satisfecho. Disfrutaba con lo que aprendía, pero sentía que me faltaba algo. Mis compañeros estudiaban de manera mecánica, sin andarse en honduras, memorizando datos, fechas y nombres, buscando la manera de labrarse un porvenir y ganarse la vida holgadamente. Yo anhelaba otra cosa. Quería conocer los secretos del organismo, ahondar en él, experimentar, investigar la causa de las cosas. Galeno, por ejemplo, fue el primero en afirmar que las venas y arterias contenían sangre. Pero ¿qué era la sangre? ¿Por qué era diferente su color según fuese pura o impura? El de Pérgamo basaba la patología en la teoría de los cuatro humores, ya mí aquello me parecía demasiado simplista. Por otra parte, sin investigación no había adelanto, de eso estaba seguro. La única forma de conocer el cuerpo era diseccionándolo, abriéndolo, y aquí tropezábamos con las leyes coránicas. Por primera vez miré con prevención al Alcorán, que impedía, por impuros, experimentar con cadáveres. Mala

cosa, pensé, mezclar ciencia y religión.

Seguía viendo los fines de semana a los amigos del arrabal. Fue iniciándose el segundo año cuando, una tarde de viernes, junto al Guadalquivir, comenté mis problemas con Aníbal. Primero me miró de hito en hito, como sin entender que tuviese un amigo tan raro, y por fin dijo:

—Conozco a un tipo que quizá pueda ayudarte.

—Lo dudo. ¿Quién es?

—Abdelaziz, el taxidermista. Diseca todo tipo de bichos, pues eso no lo prohíbe el Corán. Hace poco recibió el encargo de disecar un mono.

Una luz se encendió dentro de mi caletre. Allí podía estar la solución.

—Suenas interesante —dije—. ¿Vive muy lejos? ¿Podrías acompañarme a su taller?

Y así fue como, de la mano de Aníbal, conocí a Abdelaziz, un tipo en sí simiesco. Tenía su obrador en lo más profundo y miserable del arrabal, junto a las tenerías. Un profundo y desagradable hedor a tanino, corteza putrefacta de sauce y excrementos de paloma teñía más que aderezaba el ambiente de aquel sórdido taller sobre las azoteas. La más extraña y abigarrada colección de alimañas y aves de cualquier clase, disecadas o embalsamadas, se alineaban en varias estanterías. Había allí desde halcones peregrinos y águilas imperiales hasta conejos, serpientes, lobos, ciervos y cabezas de toro. El trabajo era tan perfecto que los animales parecían vivos. Tenía delante de mí a un verdadero artista en una ciencia que desconocía. Y que me explicó tras las presentaciones y saber el objeto de mi visita.

Dejando a un lado la presunta facilidad del procedimiento para la conservación de insectos, arácnidos y crustáceos, de los que vi una buena muestra en un panel, adelantaré que el arte de la taxidermia aplicada a las aves y mamíferos no es sencillo. Y es que cualquier arte exige rigor y disciplina. El taxidermista ha de tener tanto de naturalista como de artista, pues parte de su proceder es de pintor, escultor y hasta poeta. Nada de estas prendas artísticas parecían adornar a Abdelaziz, que era de piel cetrina, retaco en largo, rechoncho en ancho, desabrido de rostro y de maneras osunas. Tenía un pegote granujiento por nariz y orejas grandes, como extraviadas, que recordaban a un elefante asiático presto para volar. Practicaba un oficio que había heredado de su padre y ancestros. Cuando entré a su guarida, una joven descalza, bien parecida, que luego supe esclava, le servía una escudilla de cuscús de cordero. Tras las presentaciones le expliqué mi pretensión: aprender a su lado a disecar mamíferos.

—El problema es la conservación de la materia orgánica —aseguró, comiendo una zanahoria, secándose la boca en la manga de la chilaba.

Ante él se veía un tajine con restos de cordero. Le resbalaban por el belfo goterones de saliva mezclada con sémola. Gruesas manchas de grasa decoraban su túnica. Tenía las uñas negras de comer con los dedos y una mácula vinosa salpicada

de cerdas como de jabalí decorándole un pómulo. Llevándose a los labios el dedo índice en señal de silencio, dio un largo trago a una botella de contenido ignoto, por las trazas y el excelente aroma vino de Montilla. Comprendí que exigía discreción en cuanto a su querencia por los vinos de mérito.

—Las vísceras de cualquier animal se descomponen pronto, igual que las del hombre —afirmó—. La carne es otra cosa, pues, oreándola con ciertas pautas, se apergamina y momifica. Yo no tengo ese problema pues en la taxidermia se vacía el animal, tratándose la piel o el plumaje con ciertas sustancias para que no las echen a perder el tiempo o la polilla.

—¿Qué tiempo dura en buen estado, por ejemplo, una liebre muerta?

—Depende del calor. En verano tres días. En invierno ocho o nueve.

—Para mí es tiempo más que suficiente —le aclaré—. Si me dejas trabajar a tu lado te pagaré lo que sea justo. ¿Tienes instrumental?

—Yo utilizo escalpelo, tijeras, lupa, paja seca, hilo de lino y agujas adecuadas para coser las pieles. Pero conozco a un herrero que puede fabricarte, en acero, cualquier instrumento que precises y puedas diseñar, pues es analfabeto.

Me acompañó al herrero, un operario renegrado del humo de la fragua que chorreaba sudor acre, medio desnudo, que fundía cualquier metal y trabajaba el hierro y el acero. Para alguien no avisado podía pasar por un evadido del averno. Según Abdelaziz era esclavo liberto de un comerciante que importaba maderas. Para empezar le dibujé en un pergamino un escalpelo con su mango y la cuchilla larga y fina, pinzas de disección con y sin dientes y un instrumento alargado que terminaba en forma de garfio. Todo ello lo había visto en la biblioteca de la medersa.

—¿Podrías fabricarme esto en acero? —le pregunté.

—Seguro, amo Abul Qasim —dijo.

Por deformación de su mente tanto tiempo esclava, el herrero llamaba amo a los hombres y ama a las mujeres de piel blanca. Cuando recogí el pedido, a los pocos días, me encontré con un material bien trabajado, reluciente. Había amolado el filo del escalpelo de tal forma que podía cortar en el aire un sedoso cabello de mujer. Tras pagar lo ajustado, tardé poco en empezar a trabajar. Zaira, la esclava de Abdelaziz, me proporcionó de un pollero del zoco, sucesivamente, una gallina, una liebre y un cabrito. Cumplimentaba mis pedidos con presteza y un signo interrogante en sus pupilas, como sin explicarse para qué precisaba un muchacho como yo tales bichos. Tras escaldarla, me peló la gallina que pasé a Abdelaziz para que la vaciara de sus vísceras. Luego, mientras el taxidermista trabajaba en un simio capturado en el Gran Atlas, el capricho de un acaudalado traficante de especias, yo hacía mis primeras incisiones en una piel de ave sin cocinar, descubría tendones, músculos, huesos y nervios. Me había pedido mi mentor que le guardase los restos del volátil, pues pensaba añadirlos a un tajine tras estofarlos. Igual de sencillo fue disecar la liebre.

Zaira, tras retorcerle el pescuezo con arte y sangre fría y quitarle la piel, me la entregó orgullosa y se quedó mirando. Era bonita, coqueta, y sabía decorarse los párpados. Las curvas de sus senos se dibujaban a veces en su camisa de dormir, en la que, con poco o mucho seso, se paseaba por el taller sin cuidarse de su amo. Acostumbrada quizá a las burdas maneras de Abdelaziz y a la peste que exhalaba su cuerpo, creo que esperaba de mí una recompensa que ni debía ni estaba yo dispuesto a dar. No se debe mezclar el placer y el trabajo. También, era reacio a perder un valioso amigo.

El interior de una liebre no es tan distinto al de una gallinácea. Todo es algo más grande, pero hay las mismas o parecidas vísceras, músculos y aparatos. Más complicado fue matar al cabrito. El rumiante exhibió su mejor repertorio de balidos por toda la terraza antes de ser sacrificado de un certero tajo en pleno cuello, que esta vez le propiné yo mismo. Había perdido el respeto a matar cabras, cabritos y corderos. De ahí a rajar un cuerpo humano enfermo quedaban pocos pasos. Tenía dispuestos dos recipientes. En uno vertí la sangre que salía de una vena y en otro la que surgía de una arteria. Eran distintas, ligeramente más rojiza la arterial. Ello traducía la existencia de un espíritu vital que habitaba la sangre pura y que, tras vivificar las vísceras y músculos que regaba y perderlo, regresaba al corazón para recuperarlo. Luego disequé con mi escalpelo los músculos del animal, mucho más gruesos que en la liebre. Observé con especial atención el cuello. Por su parte anterior iba la tráquea, una especie de conducto cartilaginoso, rígido, que llevaba el aire a los pulmones. Detrás estaba el esófago descrito por Galeno, canal digestivo por el que bajaban los alimentos al estómago, y al fondo las vértebras cervicales, distintas de las dorsales y lumbares, que diseccioné una a una.

Dediqué un largo año a mis estudios anatómicos que efectuaba por las tardes, tras salir de la medersa, a veces hasta la madrugada. Perfeccioné los escalpelos y añadí al material quirúrgico diversos instrumentos de mi invención: una cánula larga que podía sustituir la tráquea, diversas lancetas para sangría, un punzón para evacuar líquido del tórax y otro más grueso para lavar la cavidad peritoneal en los ascíticos. Mi sueño era conseguir un animal lo más parecido posible al ser humano.

—¿Cómo podría hacerme con un mono? —pregunté una tarde a Abdelaziz. Trabajaba éste en un buitre leonado. Se veía tan natural que parecía alentar, a punto de levantar el vuelo.

—Los cuadrúmanos más corrientes y cercanos son los macacos del Atlas —respondió—. No es difícil cazarlos en aquellas montañas del sur de Marruecos, pues son confiados y acuden a la mano si les ofreces comida. Ya viste el que ya disequé por encargo hace algo más de un año. El problema no es traerlos, pues son pacíficos y viven bien enjaulados, sino sacrificarlos. A mí me lo trajeron recién muerto. Dada su semejanza con nosotros y actitudes casi humanas, yo no sería capaz de matar uno.

Le hablé entonces de la ciencia médica, de la cirugía y de la única manera de avanzar en ella: la experimentación.

—Si conociéramos a ciencia cierta la disposición del cuerpo humano sería mucho más fácil corregir sus anomalías con el escalpelo —sostuve—. Por ejemplo, el cólico miserere. Nadie sabe qué lo origina ni de dónde parte. Al-Razi opina que surge por la putrefacción de alguna parte del tubo digestivo; Pedro de Egina afirma que son las propias heces las que lo taponan y fermentan, originando la descomposición pútrida. Lo único que sabemos con certeza es que el que lo padece siempre muere. Si conociésemos mejor las vísceras digestivas estaríamos en disposición de actuar con efectividad.

—Lo dices de una forma que me entran ganas de comprobar con mis ojos cómo somos por dentro —dijo el taxidermista—. Te conseguiré un macaco de buen tamaño.

—Sé la mejor manera de sacrificarlo sin dolor —aseguré. Abdelaziz me miró interrogante—. Lo emborracharemos.

Antes del mes y medio llegó al arrabal el animal. Lo traía un cazador beréber que regresó a sus montañas tras cobrar dos dinares de oro, precio que incluía el macaco y los gastos del viaje. Contra lo que podría suponerse, el mono no venía enjaulado. Lo hacía de la mano de su captor, es cierto que encadenado, pero caminando por sus pasos. Tan alto como un rapaz de diez años, ligeramente corcovado, con el pelaje gris canoso, sus movimientos deslavazados y pesados recordaban a los de Abdelaziz. Su nariz era breve y sus orejas pegadas y pequeñas. Era tan gracioso, tan lleno de gestos y mañas y su mirada tan inteligente, que hubimos de darnos prisa en sacrificarlo para no encariñarnos demasiado. Lo hicimos con arreglo al plan previsto una fría noche de un viernes de marzo, administrándole severos lingotazos de aguardiente de Ojén. Reaccionó al primero dando grandes saltos. Se alegró ante el segundo con algo semejante a la risa humana y palmoteo como un niño. Se apagó a los pocos minutos del tercero y no se inmutó cuando, a la fuerza, le hicimos beber el resto del licor, casi un cuarto de azumbre. Quedó el pobre animal exánime, tendido boca arriba en la plancha de mármol que empleaba para mis disecciones. Todavía esperé diez minutos para que perdiese por completo la conciencia. No me tembló el pulso al seccionarle la vena yugular y se desangró sin emitir ni un mal quejido. En dos días con sus noches, en las que apenas me moví del taller, exploré de manera febril todas las cavidades, vísceras, músculos, tendones y huesos del animal. Descansaba unas horas, en las que daba cabezadas, comía y bebía algo, y proseguía mis investigaciones. El interior de un ser humano, como supe años más tarde, se diferenciaba poco del de aquel cuadrúmano. Tuve en mis manos. Por primera vez el encéfalo de un mamífero muy parecido al hombre, sentí el palpar de un corazón todavía caliente, vi los pulmones y conductos que hasta él llevan el aire, medí el sorprendente largo del tubo digestivo, más de cinco varas, comprobé la realidad de sus secciones de grosor distinto y la

existencia de una curiosa evaginación al inicio del intestino grueso. Descubrí lo que eran los riñones, según Galeno productores del líquido excreticio, y la glándula hepática, que para el mismo autor contribuye necesariamente al proceso de la digestión. Palpé y abrí venas y arterias, músculos y tendones, disequé huesos e investigué en las grandes articulaciones. En este punto, a los tres días, el cuerpo del simio comenzó a oler: se iniciaba el proceso de la putrefacción que nos devolverá a la tierra. *Memento, homo, quia pulvis es et in pulverem reverteris*, que dicen los cristianos en sus misas de difuntos. Vací el animal de todas sus vísceras y las incineré. Luego entregué su cuerpo a Abdelaziz. Nueve días lo tuvo macerándose en alcohol alcanforado. Después disecó la piel con gran cuidado y me devolvió el resto. El macaco, relleno con estopa empapada en aromas de mirra, pasó a formar parte de su colección. No duró mucho en sus estanterías: al poco fue comprado por un tratante en pieles. Hoy puede verse en el escaparate de su negocio como reclamo.

Para un cirujano, incidir la piel es adentrarse en un mundo de sensaciones nuevas, navegar por un mar proceloso. La consistencia de la piel varía según su localización y en atención al sexo. No es igual la piel del cuello que la de la planta del pie, queso manchego rancio, ni puede compararse la de una virgen de doce años, hecha al tacto de sedas y caricias, con la de un labriego del Aljarafe, expuesta al sol y al viento. Bajo la estrecha cutícula que rodea el cuerpo, compacta, hallamos un tejido más laxo, blanquecino, por el que discurren fibras y vénulas y, un poco más profundo, otro adiposo, blando y amarillento, que recuerda a la grasa del pollo. Al perforar ambas capas vemos folículos pilosos, tenues y delicados en las hembras, fuertes y recios en los varones, cuya constitución es fácil de desentrañar con una lupa. Ahondando más hallamos una capa fibrosa, delgada, que brilla casi argéntea. Es lo que los griegos llaman aponeurosis, cuyos haces se entrecruzan y sirven de envoltura a los músculos. Dividida aquélla por la aguda cuchilla, penetramos en la masa muscular formada por trabéculas alargadas, imbricadas entre sí, cuya contracción produce movimiento. Si buscamos con calma, siempre encontraremos el nervio que gobierna la entidad independiente, pues cada músculo lo es. El nervio, blanco mate, rodeado de una vaina, procede siempre de otro más grueso que a su vez emana de la cuerda dorsal que corre entre las vértebras, la médula espinal que describiera el inmortal Galeno. Separando las fibras musculares, lo que puede hacerse sin cortar, encontramos el soporte mecánico, el hueso. Hay huesos largos, circulares, con médula, y otros planos, carentes de aquella sustancia grasa, blanda y gelatinosa, amarillenta. Tres grandes cavidades conforman el interior del cuerpo en los mamíferos. La craneal encierra lo más noble, el cerebro, en el hombre hecho de pensamientos. De estructura delicada y friable, lo protegen en toda su circunferencia tres membranas fibrosas y una capa de hueso. El hueso no se puede escindir con cuchillo, por lo que acceder al cerebro sólo es posible con un trépano, como hacían los egipcios. Ya dentro de la esfera craneal, tras dividir las capas membranosas, las meninges descritas por Hipócrates, contemplamos absortos el encéfalo, blanda y deleznable materia gris conformada en lóbulos y circunvoluciones. Dentro de sus lóbulos, entre sus surcos y protuberancias, tiene que hallarse en forma de materia el soplo que, infundido por el Ser Superior, distingue al hombre del resto de los animales. La segunda cavidad es la torácica, protegida por la rígida jaula que conforman las costillas. Es a través de ellas como puede llegarse a la membrana, pleura de los anatomistas griegos, que envuelve los pulmones. Son éstos unos fuelles rosáceos que el aire expande lo mismo que una vejiga de pescado y que su falta, igual que si se pincha aquélla, reduce a un muñón miserable adherido a la tráquea. La sensación al hender el tejido que conforma el pulmón es parecida a la que se tiene al cortar una esponja marina. Vemos los bronquios gruesos, conductos cartilagosos

descritos por Galeno, resueltos en otros más delgados, bronquiolos, y éstos en alvéolos, diminutas cámaras donde el aire, en un proceso aún sin desentrañar, mezcla de alquimia y magia, se transforma en el espíritu vital que hace a los seres vivos alentar. Envuelto en el suave y esponjoso féretro que ofrecen los pulmones, el corazón aparece rodeado de venas y de arterias. Es el motor, el fundamento de la vida. Hay que incidirlo para comprobar la realidad de sus cuatro cavidades estancas, separadas por tabiques y válvulas. La última cavidad, y la más grande, es la llamada abdominal, pues la cierra por delante el abdomen, delgada capa de piel, aponeurosis y finos y estilizados músculos. Una vez abierta mediante el escalpelo, de forma en este caso fácil, se accede a su interior repleto de intestinos y vísceras. Todas se hallan tapizadas por una fina película transparente, el *peritoneum* galénico, que las envuelve e individualiza. El estómago, grueso y alargado en forma de anzuelo, es el continente de los alimentos recién ingeridos. El hígado duerme bajo el diafragma en medio de la incógnita que supone ignorar sus funciones. Bajo él, pendiendo como una vela nacida, se halla el reservorio que atesora la bilis, líquido amarillo verdoso que segrega la glándula y que, según absurdas enseñanzas antiguas, es causa de la ira, del enojo y de la irritabilidad que afecta en mayor o menor proporción a los mortales. Para mí que, merced a su conexión con el duodeno, la primera porción del intestino que describiera Al-Razi, su función debe de ser muy distinta, tal vez colaborar a la digestión de los alimentos. Hay una víscera a la izquierda, de color rojizo, en forma de habichuela, de la que ignoro hasta el nombre. A ambos lados se encuentran los riñones productores de orina, continuados por los conductos que llevan el líquido excreticio a la vejiga, bajo los intestinos, soportando su peso. Por fin, detrás de la vejiga, se halla la ampolla que almacena las heces y el músculo que, siempre que sea continente, las mantiene en lugar tan pedestre e inhóspito hasta el momento de ser excretadas por el ano.

Mis exploraciones se alargaron varios meses, pues el alcohol alcanforado mantiene en aceptable estado todo lo que no sean vísceras. Aprendí teoría, pues poco más puede obtener el cirujano en carne muerta. Me quedaba experimentar en seres vivos. ¡Ah! Ésa sería otra historia que me propuse desvelar en cuanto culminara mis estudios.

Aquel verano fue el de mi viaje a Fez. Iba con una carta de Al-Qurtubí para Abdul Omar Ibn Safi, un famoso oculista marroquí que operaba los males de la vista, entre ellos la catarata, una especie de telilla opaca, nacarada, que obstruye el cristalino, una lente del ojo, e impide la visión en muchos viejos. ¿Quién no ha visto en el zoco, entre tuertos y ciegos, a esos pobres ancianos con la mano extendida y la mirada mortecina y blanca? Ibn Safi había resucitado en la madraza de la vieja ciudad de las siete colinas las técnicas que permitían la citada intervención a los egipcios. Al-Qurtubí me enseñó una separata latina que hablaba de Sinuhé, el cirujano de un faraón de hace dos mil años, que fue el primero en idear y poner en práctica la intervención. Mi madre, temerosa, se oponía al viaje. Por ello, Hassan no consintió otra cosa que permitírmelo siempre que me acompañara un guardián de confianza. Así entró en mi vida Omero, el fiel senegalés que, a la muerte de su amo, quedó por exclusiva a mi servicio. La primera impresión, tras tenerlo a la vista, fue de pánico. Era dos cuartas más alto que yo, ancho como tres bueyes, pesaba diez arrobas, y con aquel costurón decorándole un pómulo, imponía respeto. Tras escapar del hambre de su tierra natal, había sido esclavo en un harén de Tánger. Con edad de quince años fue vendido para bogar al remo en una barcaza que cruzaba el estrecho con madera y pellejos de aceite, hasta que, visto por el propietario de un almacén de grano en Cádiz, se encaprichó de él para cuidar de su mujer, marchosa al parecer y ligera de cascos. Muerto el almacenero, a quien Hassan proveía de alfombras, se enteró mi padrastro de que la casquivana lo ponía en venta y pujó por él. ¡Veintiséis años decía tener cuando me acompañó! Pronto descubrí que sólo era fiero en apariencia. Como los osos y los perros grandes, gruñía únicamente si se le molestaba. Si el caso era más grave y el importuno afrentaba de palabra o del obra a su amo o propiedades, podía matar o dejar para el arrastre de por vida al osado que tal hiciese o tan sólo pensase. Jamás he dormido más tranquilo que en aquel delicioso periplo, ni desde que lo tengo a mi servicio, pues lo heredé de Hassan junto con un tapiz de Tabriz.

Hicimos el viaje aguas abajo del Guadalquivir amaneciendo agosto. Pasamos por Sevilla de refilón y recalamos en Cádiz dos jornadas, las justas para encontrar acomodo en un lanchón de vela que pasaba a la rada de Tánger. La travesía del estrecho de Djebel-Al-Tarik fue apacible, entre manadas de delfines, atunes y toninas que parecían querer nuestra amistad. Bella es la luz de Cádiz, tejida entre la cal que enjalbega los muros de las casas y la sal que crían sus salinas, pero nada comparable a la luz de África. Era tan fuerte la claridad y esplendía tanto que provocaba como un deslumbramiento cegador que no dejaba ver las cosas. Tuve que mantener la mirada entornada y la mano en visera protegiendo los ojos tras desembarcar, un buen rato, antes de encontrar de la mano de Omero limpia posada en la parte más alta de la ciudad, con una deliciosa vista sobre la bahía, con la península al fondo. Ansioso por

llegar a mi destino y no habiendo silla de postas, al día siguiente alquilé un carro campesino tirado por dos mulas y, con Omero en el pescante, partimos hacia el sur.

Gobernaba Marruecos el sultán de Fez, amigo y súbdito del califa de Córdoba, y semejaba hacerlo bien pues reinaba entre las tribus el orden y una pobreza digna. Aun así, no me fiaba y llevaba la bolsa cosida en una faltriquera oculta en la chilaba. Despacio por aquellos caminos bacheados, atravesamos campos de labor de aspecto desolado, algunas huertas chicas, viñas bien alineadas y sotos venturosos antes de llegar a Volubilis, las famosas ruinas romanas. Era la primera vez que contemplaba restos del pasado imperial y me admiraron. En medio de la indiferencia de Omero y de varias familias de gitanos nómadas que plantaban sus jaimas entre las derruidas construcciones, paseé por los restos del foro, recorrí un bello coliseo, el estadio y la que parecía vía principal entre muros caídos, columnas y capiteles muertos, decapitados. Once airoosas columnas restos de la celda de un hermoso templo elevaban al cielo sus plegarias. Cerré los ojos para imaginar aquellas calles, las plazas, los templos y el foro palpitante de actividad, el tráfigo de carros, las gentes sudorosas afanándose en mercados y el griterío en los zocos. Seguimos ruta hacia Meknés, yo sin dejar de pensar en lo breve y azaroso de la vida. Recordaba a Susana, mi hermosa hebrea, que amaba más según ahondaba la distancia. Habíamos proseguido nuestras curiosas citas, madrugada por madrugada, y sentía el amor brotar dentro de mí. Deseaba que nuestra luz no fuese efímera, que no llegásemos a ser luciérnagas fugaces que pasan por el mundo sin dejar rastro. Lo mismo que la sabiduría, que hunde sus raíces en el estudio, aspiraba a un amor que se anclase en la roca. Paramos en la vieja Meknés una noche en que apenas dormí. Me desvelaba la proximidad de lo que iba a ver y una claridad azulada que penetraba por la reja de la celosía. La última parte del trayecto la hicimos azuzando a las mulas. Mi avidez era tal que nada más traspasar las doradas murallas de Fez fuimos directos al hogar del mágico oculista.

Fez, la más antigua de las ciudades del Magreb profundo, hunde sus raíces entre las montañas que la rodean bañada por el río de igual nombre. Restos de fortalezas defensivas señorean aquellas cumbres entre olivos, naranjos y granados. Su madraza, que sólo cede en antigüedad a la de El Cairo, es un siglo más veterana que la nuestra de Córdoba. Toda la ciudad rezuma penuria señorial, si se me permitiese la antinomia. Hasta las paredes de su aljama destilan saber rancio. Todo es diferente: el color del caserío, el del aire que se cuele por los arcos, los patios porticados y las cúpulas de sus muchas mezquitas, la estilizada belleza de los minaretes, el aroma de sus arrayanes y el azul que decora las jambas, alféizares y celosías de las casas humildes. El más poblado de sus barrios es el Andalusí, pues fue fundado por muladíes andaluces expulsados de Córdoba por el emir Al-Hakán I hace cien años. Paseamos por sus pobladas callejas entre gentes que hablaban aljamía y parecían

andaluces trasplantados al África. Se escuchaban los cantes, se veía la alegría y palpaba el bullicio de una alcazaba sevillana o cordobesa.

El almuédano ya había salmodiado la oración de la tarde cuando una vieja beréber me abrió la puerta del físico Ibn San. Siendo los días largos, la luz era aún muy viva. Dos filas de macetas de barro colgadas en la pared exhibían geranios reventones rojo sangriento. Olía a albahaca, a comino y a fritura de ajo. La anciana me miró con cierta suspicacia tras atisbar la negra mole en forma humana que me custodiaba. Suspiró más tranquila cuando, sacando de mi pecho la carta de Al-Qurtubí y nombrándolo, me presenté como estudiante cordobés de paso en la ciudad. Se oyó una recia voz surgiendo desde atrás, en la penumbra cálida de un patio silencioso.

—Déjalo pasar, Harifa.

Nos adentramos por un pasillo angosto, de ladrillo apaisado a sardinel y techo en bóveda. En un patio espacioso de limoneros grandes, entre helechos, enredaderas de hiedra y plantas trepadoras, al lado de una fuente de mármol, leía un hombre mayor sentado en un sillón de mimbre. Tenía la majestad de un príncipe. Vestía caftán blanco y calzaba babuchas azules. Colgaba de su cuello un rosetón de oro con una inscripción que no pude leer. Se levantó ceremonioso y me abrazó besándome tres veces. Omero, desde atrás, contemplaba la escena sin osar dar un paso. Tras el saludo me separó de él estirando los codos y pude ver su rostro aún atractivo a pesar de estar surcado por profundas arrugas que parecían trazadas con punzón. Su mirada era clara, la nariz fina y recta, la frente alta y desembarazada y la tez pálida. Algunas vénulas verdosas decoraban sus pómulos de cutis transparente. Le alargué la misiva sin palabras y la leyó con avidez.

—Que Alá sea contigo y con tu gente —dijo—. Me llenas de alegría: mi viejo amigo Al-Qurtubí... ¿Qué fue de él? Es un gran enseñante.

Dije cuatro palabras sobre mi profesor y tres, tímidamente, sobre mis estudios y mis aspiraciones.

—Entonces eres hijo de una concubina del califa Abderrahmán III, que Alá guarde... —añadió, silabeando entre dientes—. Qué gran honor... ¿Deseas conocer mis humildes saberes y aprender mis técnicas?

—A eso he venido, señor. Sería para mí un honor intentarlo.

Desde el fondo del patio, tras una celosía de cedro trabajado a buril, se escuchaba un excitado murmullo de mujeres. Sería sin duda el gineceo. Las féminas hablarían entre sí o comentarían la llegada de un extraño. Ibn San, levemente contrariado, se dio cuenta.

—Harifa —llamó a la servidora en voz apenas entendible. Sus gestos, sus modales, el tono de su habla, todo se revestía de autoridad sencilla, innata, que no precisaba de alharacas ni aspavientos para hacerse respetar.

Apareció la esclava deslizándose como una brisa súbita. Debía de estar muy

cerca, pendiente del ademán o la voz de su amo. Hizo un gesto moviendo la cabeza y ello fue suficiente para que la mujer desapareciera casi al tiempo que el rumor importuno. Se hizo el silencio.

—A medida que cumpla años amo más la quietud y el sosiego —comentó.

Reapareció Harifa con una bandeja que contenía dátiles, dulces de almendra, pistachos, una jarra de cerámica vidriada con un líquido de color ambarino y dos copas.

—El profeta, bendito sea su nombre, nos perdonará si brindamos a la salud del califa de Córdoba con licor de palmera —dijo, alzando su copa.

Bebimos a pequeños sorbos el licor de arack, destilado macerando las raíces de la palma de oasis, la mejor, la que produce los dátiles más dulces.

—Cuéntame de Córdoba —pidió—. ¿Siguen tan bellas sus mujeres?

Le hablé de mi ciudad, que él conocía de su segunda juventud porque trabajó en el hospital curando enfermos. Le comenté las reformas que hacía en el maristán su viejo amigo Al-Qurtubí, las ampliaciones de la sala de apestados, la creación de una nueva sección para recién nacidos y la instalación de un amplio y ventilado quirófano. Conocedor por mi profesor de la afición del oculista a los buenos licores, le llevaba dos botellas de vino generoso. Hice un gesto a Omero y éste las acercó. Las contempló con arrobó antes de hablar.

—Para mí, Alá me absuelva, fue un error del profeta prohibir el vino. Nada hay mejor para la digestión que un vaso de buen mosto o un licor de garantía bebido con medida.

—Opino igual —dije, paladeando el arack, el mejor que había catado nunca.

—Cenarás conmigo y te alojarás en mi casa durante el tiempo de tu estancia en Fez, que fijarás tú mismo.

—De ninguna manera, señor. No deseo alterar la paz de tu hogar. Buscaré una posada.

—No lo consiento. No hay posadas decentes en Fez para alguien de tu alcurnia. Mañana me acompañarás al maristán y te iniciaré en los secretos de mi ciencia.

—¿Dónde la aprendiste, mi señor?

—En El Cairo. En su madraza de El Azhar, que conserva las sabias técnicas de los viejos egipcios. Tres largos años estuve a la orilla del Nilo, en la vieja El Fustat.

No tuve más remedio que acceder a su cortés invitación. Cenamos los dos solos, dialogando sin cesar. Fue una cena frugal: leche tibia de cabra como bebida, acelgas rehogadas con aceite de oliva, sémola con pasas de Corinto y de postre pastelillos de hojaldre con vino de Montilla, que descorchó para mí. Escuchó con cierta admiración mis experimentos de disección con animales.

—La experimentación es la única vía para adelantar en nuestra ciencia —sostuvo—. Nosotros tropezamos con los ulemas y el Corán —añadió, bajando más el tono de

su voz—. Ciencia y religión son temas antitéticos, que se repelen como el fuego y el agua.

—Los egipcios experimentaban con cadáveres —dije para picarle.

—Cierto —confirmó—. Pero fue antes de la llegada del islam. Yo tuve que conformarme en mis prácticas oftalmológicas con ovejas y cabras nubias, cuyos ojos son muy parecidos a los nuestros.

Dialogando se había hecho tarde. En compañía de un hombre sabio se pasan las horas sin sentir, pero él se veía inquieto. No pudo reprimir un bostezo. Aun así, yo mantenía una actitud hierática, a la espera de que fuese él quien decidiese concluir la velada.

—¿Tienes mujer? —dijo, iluminándose sus ojos.

—Aún no he cumplido los dieciocho.

—Yo tomé mi primera esposa con diecisiete —aseguró—. Las mujeres son nuestro galardón, un regalo del Altísimo, un adelanto del paraíso. No podemos prescindir de ellas.

Yo callaba. Participaba de su opinión al cien por cien, pero me parecía superficial refrendar lo que es patente. Por fin, apuró su segunda copita de licor y se decidió a dar por concluida la velada.

—Imagino que Harifa se habrá ocupado de alojar a tu siervo y de buscar el mejor acomodo para ti. Y ahora me perdonarás, pero debo retirarme. Mañana hemos de madrugar.

Chascó los dedos y apareció Harifa. La esclava susurró algo a su amo que no pude entender. Luego, llevando en sus manos una bujía de cera, me condujo por una escalera a una habitación que daba a una terraza. Me asomé: las luces de Fez titilaban a mis pies como luciérnagas. Dormí inquieto, alterado por el aroma a incienso de jazmín que empapaba las paredes de mi cámara, soñando con Susana.

—¿Cómo es que no hubo la más mínima queja por parte de la paciente? —pregunté.

Habíamos cenado y tomábamos licor de arack sentados en el patio, pues hacía calor. En el cielo estrellado brillaban los luceros con más fuerza que en Córdoba. Se escuchaba el rumor de la noche anterior, un delicioso cuchicheo de voces y risas sofocadas de féminas presuntamente hermosas. Sabía que finalmente las conocería, pues es costumbre mora presentar al invitado a las esposas y concubinas la noche antes de su partida, para evitar problemas.

—La túnica alba ocular, que Galeno llamó conjuntiva, es indolora pues no tiene nervios —sostuvo mi anfitrión—. Ocurre en otras partes del cuerpo. La mucosa de la boca, por ejemplo, es mucho menos sensible que la piel. Por ello, en las operaciones sobre la conjuntiva no se precisa ningún tipo de anestesia.

—¿Y en cuanto al lavado de manos?

—Para mí es importante. Sé que otros cirujanos no lo hacen en una actitud que considero impropia y sobre todo estúpida. Nos lavamos las manos y los pies para entrar purificados a la mezquita, y con ello admitimos que las manos y pies transportan impurezas y materias sucias e incluso emponzoñadas. Si ello es así en un templo, ¿cuánto más no lo será en el cuerpo humano, el más importante de los templos? El enemigo principal de la cirugía en general, y de la ocular en particular, es la infección. La supuración del ojo después de la intervención es un cataclismo que normalmente comporta la ceguera o la pérdida del órgano. Nada sabemos del mecanismo de la infección. Nuestra ignorancia es tal, que hasta Galeno suponía que el pus es algo natural en una herida y ayuda a su cicatrización. Al-Razi hizo algún tímido adelanto, pero sin salir de las teorías que conoces tan bien como yo: miasmas volanderas, humores pútridos, corrupción por el calor del aire, contaminación del agua... De mí puedo decirte que, desde que mi ayudante y yo nos lavamos concienzudamente, las infecciones casi han desaparecido en mi casuística o representan un porcentaje mínimo.

—La técnica parece sencilla a simple vista —me atreví a decir.

—Es sencilla —sostuvo Ibn Safi—. Sólo se precisa pulso, sentido común y material adecuado.

—No vi ni una gota de sangre...

—El cristalino es en la práctica una lente. Como pude saber durante mis prácticas con ojos de animales, no tiene vasos sanguíneos. Hay que hacer la incisión por la conjuntiva en una zona en la que, con la lupa, se compruebe la ausencia de arteriolas o de vénulas, pues aquella membrana sí las tiene.

—Pensaba que, utópicamente, podría sustituirse un cristalino averiado por otro de un material similar —osé decir.

—Muy agudo —dijo—. Yo también lo he pensado. En teoría, si diésemos con un

material que el cuerpo no rechazase, podría colocarse dentro del ojo una lente que daría la vista a los présbitas.

—¿Y no podría acortarse el tiempo de vendaje?

Hacía pregunta tras pregunta para tratar de resolver mis propias dudas, pues ya tramaba in mente iniciar en Córdoba mis tratamientos tan pronto como pudiera.

—Siete días es el tiempo comprobado por mí de cicatrización —aseguró Ibn Safi—. Si te fijaste, presioné sobre las gasas para que coaptase perfectamente la mínima incisión. Lo ideal sería dar un punto a la herida, pero haría falta una hebra de seda tan fina que apenas se viese y una aguja de idéntico grosor, algo inconcebible con la técnica actual y nuestros medios. Además, una exposición intempestiva a la luz en un ojo recién operado puede dañar la retina, capa noble del ojo, la que contiene el nervio óptico e importantes vasos vasculares.

Asistí a dos docenas de intervenciones oculares: cataratas, dilatación de abscesos palpebrales, incisión de pterigión y una muy curiosa para dar salida al líquido conjuntival y evitar el lagrimeo, que Ibn Safi bautizó con un pomposo nombre: *dacriocistorrinostomía*. Recorrí, con Omero a mi lado, todo Fez, ciudad curiosa y pintoresca donde las haya. Vimos sus zocos, la alcazaba, la mezquita de Karuein, la mayor de África, no tan rica en columnas como la nuestra cordobesa, pero con una increíble colección de lámparas, más de mil quinientas, con cristales de todos los colores, entre los que predominan el verde y el azul. El trabajo en mosaico de sus paredes, sus techos artesonados en cedro del Atlas y el etéreo trabajo de buril de sus muros calados, la convierten en un lugar de ensueño donde la oración al Creador surge espontáneamente.

No siempre hablábamos de cirugía. Una de las últimas noches, sugestionados quizá por las cantarinas risas que llegaban desde detrás de las celosías, acabamos divagando sobre mujeres, término natural de cualquier conversación entre hombres.

—Con diecisiete años —dijo—, no entiendo cómo puedes prescindir de las hembras.

—A la fuerza ahorcan —aseguré.

—Salvo que haya algo que yo no sepa... —añadió, entornando los ojos.

—Soy heterosexual —afirmé—. Ocurre que aún no tuve tiempo de casarme y mis experiencias en el lecho han sido negativas.

—Experiencias de burdel, supongo.

—Desde luego.

—Es difícil que una manceba aporte algo de valor en la iniciación al sexo de un varón —sostuvo—. Sin embargo, toda regla tiene su excepción. Sé de una mancebía de coimas especiales, reservada a las clases más selectas y por ello cara. Conozco a la mujer que la regenta. Si tienes interés te recomendaría.

—Agradezco tus desvelos, señor —repliqué—, pero, hoy por hoy, no preciso de

nada. Olvidé decirte que hablo en Córdoba con una moza de mi agrado y no quisiera agraviarla ni con el pensamiento.

No insistió. Me chocó una alusión al amor de pago que sólo podía venir de alguien con conocimiento de causa. Toda vida es un mundo y cada cual la enfoca como quiere en el ejercicio de su sacrosanta libertad. El caso hizo que arreciaran mis deseos de conocer a sus mujeres. ¿Cómo serían para que su señor precisara del concurso de rameras para darse gusto? La incógnita se despejó la última noche, ante un excepcional *meshoui* de cordero comparable al mejor que probara en Castilla, cuando mi anfitrión me presentó a sus esposas que, como suprema atención, nos sirvieron la mesa a cara descubierta y, al terminar, se sentaron con nosotros para beber el té de menta. Las tres iban descalzas para lucir los pies, delicadeza que un moro que se precie dedica únicamente a un amigo muy íntimo, y se decoraban las uñas en idénticos tonos violáceos. Su primera esposa, la mayor, Yaiza de nombre y árabe de raza, tendría cincuenta años, diez menos de los que aparentaba Abdul Omar. Vestía chilaba de ceremonia color azul turquí y se adornaba con un aderezo de plata martelada al modo del desierto. Collar triple, pulseras, colgantes y zarcillos daban a su piel olivácea brillo argénteo. La nota chirriante la ponía una ajorca de oro en un tobillo, y es que hay pieles que no sufren el metal amarillo. A pesar de su edad y de la competencia de las otras mujeres, mucho más jóvenes, sonreía todo el tiempo de tal forma que se hacía amable. Era algo obesa, desfigurada por la grasa en caderas y trasero de una forma que la chilaba no conseguía amenguar. Un extraño fulgor en sus ojos muy negros delataba bondad e inteligencia. Olía suavemente a espliego. Yaiza, desde luego, justificaba la visita a un prostíbulo si éste era de garantía.

Fátima, la segunda mujer, no tendría treinta años. Su caftán era verde con alforzas doradas. Lucía collar y pendientes de ámbar montado en plata, de diseño exquisito, trabajo sin duda de un orfebre de fama. Una graciosa cofia no lograba ocultar su pelo con matices cárdenos. Era guapa, delgada, de ascendencia persa. Más seria que Yaiza, resultaba evidente que se hacía perdonar ante ella su belleza aún en flor. Se movía con presteza y, de vez en vez, me dirigía miradas oblicuas que traducían al tiempo interés, curiosidad y respeto. Llevaba una ajorca de plata en cada tobillo. Sus ojos eran de un tono verde agua, agrandados por los párpados decorados en un glauco más claro. Sólo me sonrió una vez, al servirme el segundo o tercer té, y lo hilo con sonrisa abatida. Desprendía de sí un tierno aroma a lavanda fresca y, francamente, merecía más atención que cualquier meretriz.

Zara, la más joven de sus mujeres, no tendría quince años aún. En realidad no era todavía esposa, sino concubina. Vestía túnica lisa de hilo bordado, de color malva, con las mangas cortas que dejaban admirar sus bien torneados antebrazos. Su piel, iridiscente, tenía la calidad del cobre patinado. Por únicas joyas lucía en sus orejas sendos zarcillos de oro con esmeraldas chicas. Y en verdad que su dulce hermosura

no precisaba de otros aditamentos. No llevaba ajorcas en los tobillos ni las necesitaba, pues eran tan finos y delicados como los de la yegua más mimada del sultán de El Fustat. Quise entender que era de origen yemení. No me miró con fundamento ni una vez, ni siquiera al servirme el té cuando llegó su turno. Entonces se apoderó de ella una especie de impaciencia que hizo tintinear la vasija de vidrio sobre el plato y cubrió de un rubor delicioso su piel, desde la cima de sus pechos hasta la raíz del pelo. Éste era negro como alquitrán fundido, ligero, libre sobre sus hombros, lo mismo que sus ojos, grandes, como pasmados, que miraban sin ver. Por debajo del tejido sutil querían adivinarse sus formas de mujer en agraz: senos pequeños, firmes, con la dura textura propia de su edad, cintura de gama montañesa y caderas de núbil. Se movía con la agilidad de un antílope de la sierra de Córdoba y dejaba tras sí un suave olor a azahar. No hay puta, ni hetaira, ni ramera bajo la capa del cielo que resista compararse con aquella náyade. Ninguna de las tres dijo palabra. Sólo mostraron sus dóciles bellezas, cada cual en su estilo, y se exhibieron púdicas, como el mayor tesoro que eran de su señor y dueño. Tras acabar el té de hierbabuena besaron la mano de Ibn Safi, me hicieron una graciosa reverencia y se esfumaron.

—Soy feliz con ellas —dijo el oculista, dando un sorbo a su copa de arack.

El servicio aquella noche, quizá por ser la última, era diferente, mucho más delicado y obsequioso: una jarra de vidrio con forma de alminar y dos copas de cristal tallado, veneciano, rojo como la sangre del animal recién sacrificado. Libándolo en ellas, el licor sabía de manera distinta.

—No te ocultó que ya no volveré a ser lo que fui —añadió con la voz apagada y el acento nostálgico—. A tu edad era capaz de dar placer a un mediano serrallo, y ahora, ya ves...

Yo asentía de manera mecánica deplorando que se tocara un tema infausto para un varón de edad y más si es árabe: la virilidad. Pero no podía hacer más que escuchar.

—Es obvio —siguió— que hace varios años que no toco a Yaiza. No me motiva en absoluto, pero es la más inteligente de las tres. Lleva mi hogar, dispone lo necesario sin alterar la voz y pone orden y paz en las demás. De ella partió la iniciativa de mi segundo matrimonio. Con agudeza infrecuente se dio cuenta de mi desinterés en cuanto al físico, pues sabe que sigo queriéndola como el primer día, y me buscó mujer. Prefirió tener a su rival dentro de casa que fuera de ella. Y acertó. Es triste tener que buscar en el lupanar lo que no hallas en tu propia cama.

—Ahí estoy muy de acuerdo —dije por decir algo y para ayudarle en una confesión que daba la impresión que precisaba hacer, como un purgante que desatasca el tubo digestivo cuando es átono.

—Yaiza y Fátima son parientes, tía y sobrina. Yaiza me dio tres hijos vivos y Fátima otros tres.

—Comprendo. Son los causantes del rumor que a veces se escucha a media tarde —dije.

—Siento que te hayan importunado.

—No lo han hecho. Amo a los niños.

—Son los pequeños de Fátima, de doce, siete y cinco años. Los grandes ya volaron. No soporto sus gritos ni el escándalo que a veces ocasionan. Por ello viven con sus niñeras en la parte más alta y profunda de la casa. Sólo si quiero disfrutar de su presencia los demando y se acercan a mí. Yo también adoro a un niño. Quisiera tener cerca a un pequeño rorro o a un gateador para disfrutar de sus gracias. Nada hay más entrañable que ver a tus hijos dar los primeros pasos.

—Ni más fácil para un árabe rico y fecundo —afirmé.

—Cierto —corroboró—. Pero deploro el alboroto y el bullicio. Cuando me canso, que es enseguida, los despido.

—¿Hace mucho de tu último matrimonio? —pregunté, quizá imprudentemente.

—Zara es tan sólo concubina. La tomé hace un año. Es un ángel de luz y la amo tiernamente. De seguir así, pronto será mi esposa.

—Fátima es muy bella también, si me lo permites.

—Con Fátima, aunque en menor medida, me ocurrió lo mismo que con Yaiza: voy aborreciéndola en lo carnal. Es como si me poseyese una especie de hartazgo de su cuerpo. La tomo una vez cada tres meses como mucho. La que me motiva ahora es mi pequeña Zara. Está embarazada... Todo lo que tiene de tímida y pacata se transforma en el lecho. Te diré en confianza que sabe amar como una hembra de experiencia. Debe ser un arte que le ha venido infuso pues, como las demás, no conocía varón al entrar en mi casa.

Hubo un silencio, roto por el canto de una rapaz nocturna. Sentí una extraña comezón y el recuerdo de Susana me alteró las entrañas. La añoré con fuerza y deseé su cuerpo. Enseguida pensé en mi anfitrión, en su extraña manera de quejarse de su virilidad menguante: había embarazado a una niña de quince años y se aliviaba de la abstinencia que provocaba su preñez con coimas finas. Tal vez tenía menos de los sesenta años que aparentaba.

—Tendrás una opinión formada sobre las mujeres, imagino —dijo Ibn Safi, apurando su segunda copa de licor.

—Desde luego —afirmé resuelto—. Para mí, la menor inteligencia que le achaca el varón es tan sólo supuesta.

—Yo opino igual —coincidió el físico—. El Alcorán la sitúa en un plano más bajo con respecto al hombre, teoría con la que no comulgo. Que no nos oiga nadie —dijo mirando a ambos lados—, pero yo considero a la mujer más lista, hábil, dispuesta y capaz que el hombre varias leguas. No la dejamos levantar cabeza porque no nos conviene, pero el día que la alce, arderá Troya.

—¿Cómo es que no hubo la más mínima queja por parte de la paciente? —pregunté.

Habíamos cenado y tomábamos licor de arack sentados en el patio, pues hacía calor. En el cielo estrellado brillaban los luceros con más fuerza que en Córdoba. Se escuchaba el rumor de la noche anterior, un delicioso cuchicheo de voces y risas sofocadas de féminas presuntamente hermosas. Sabía que finalmente las conocería, pues es costumbre mora presentar al invitado a las esposas y concubinas la noche antes de su partida, para evitar problemas.

—La túnica alba ocular, que Galeno llamó conjuntiva, es indolora pues no tiene nervios —sostuvo mi anfitrión—. Ocurre en otras partes del cuerpo. La mucosa de la boca, por ejemplo, es mucho menos sensible que la piel. Por ello, en las operaciones sobre la conjuntiva no se precisa ningún tipo de anestesia.

—¿Y en cuanto al lavado de manos?

—Para mí es importante. Sé que otros cirujanos no lo hacen en una actitud que considero impropia y sobre todo estúpida. Nos lavamos las manos y los pies para entrar purificados a la mezquita, y con ello admitimos que las manos y pies transportan impurezas y materias sucias e incluso emponzoñadas. Si ello es así en un templo, ¿cuánto más no lo será en el cuerpo humano, el más importante de los templos? El enemigo principal de la cirugía en general, y de la ocular en particular, es la infección. La supuración del ojo después de la intervención es un cataclismo que normalmente comporta la ceguera o la pérdida del órgano. Nada sabemos del mecanismo de la infección. Nuestra ignorancia es tal, que hasta Galeno suponía que el pus es algo natural en una herida y ayuda a su cicatrización. Al-Razi hizo algún tímido adelanto, pero sin salir de las teorías que conoces tan bien como yo: miasmas volanderas, humores pútridos, corrupción por el calor del aire, contaminación del agua... De mí puedo decirte que, desde que mi ayudante y yo nos lavamos concienzudamente, las infecciones casi han desaparecido en mi casuística o representan un porcentaje mínimo.

—La técnica parece sencilla a simple vista —me atreví a decir.

—Es sencilla —sostuvo Ibn Safi—. Sólo se precisa pulso, sentido común y material adecuado.

—No vi ni una gota de sangre...

—El cristalino es en la práctica una lente. Como pude saber durante mis prácticas con ojos de animales, no tiene vasos sanguíneos. Hay que hacer la incisión por la conjuntiva en una zona en la que, con la lupa, se compruebe la ausencia de arteriolas o de vénulas, pues aquella membrana sí las tiene.

—Pensaba que, utópicamente, podría sustituirse un cristalino averiado por otro de un material similar —osé decir.

—Muy agudo —dijo—. Yo también lo he pensado. En teoría, si diésemos con un

material que el cuerpo no rechazase, podría colocarse dentro del ojo una lente que daría la vista a los présbitas.

—¿Y no podría acortarse el tiempo de vendaje?

Hacia pregunta tras pregunta para tratar de resolver mis propias dudas, pues ya tramaba in mente iniciar en Córdoba mis tratamientos tan pronto como pudiera.

—Siete días es el tiempo comprobado por mí de cicatrización —aseguró Ibn Safi—. Si te fijaste, presioné sobre las gasas para que coaptase perfectamente la mínima incisión. Lo ideal sería dar un punto a la herida, pero haría falta una hebra de seda tan fina que apenas se viese y una aguja de idéntico grosor, algo inconcebible con la técnica actual y nuestros medios. Además, una exposición intempestiva a la luz en un ojo recién operado puede dañar la retina, capa noble del ojo, la que contiene el nervio óptico e importantes vasos vasculares.

Asistí a dos docenas de intervenciones oculares: cataratas, dilatación de abscesos palpebrales, incisión de pterigión y una muy curiosa para dar salida al líquido conjuntival y evitar el lagrimeo, que Ibn Safi bautizó con un pomposo nombre: *dacriocistorrinostomía*. Recorrí, con Omero a mi lado, todo Fez, ciudad curiosa y pintoresca donde las haya. Vimos sus zocos, la alcazaba, la mezquita de Karuein, la mayor de África, no tan rica en columnas como la nuestra cordobesa, pero con una increíble colección de lámparas, más de mil quinientas, con cristales de todos los colores, entre los que predominan el verde y el azul. El trabajo en mosaico de sus paredes, sus techos artesonados en cedro del Atlas y el etéreo trabajo de buril de sus muros calados, la convierten en un lugar de ensueño donde la oración al Creador surge espontáneamente.

No siempre hablábamos de cirugía. Una de las últimas noches, sugestionados quizá por las cantarinas risas que llegaban desde detrás de las celosías, acabamos divagando sobre mujeres, término natural de cualquier conversación entre hombres.

—Con diecisiete años —dijo—, no entiendo cómo puedes prescindir de las hembras.

—A la fuerza ahorcan —aseguré.

—Salvo que haya algo que yo no sepa... —añadió, entornando los ojos.

—Soy heterosexual —afirmé—. Ocurre que aún no tuve tiempo de casarme y mis experiencias en el lecho han sido negativas.

—Experiencias de burdel, supongo.

—Desde luego.

—Es difícil que una manceba aporte algo de valor en la iniciación al sexo de un varón —sostuvo—. Sin embargo, toda regla tiene su excepción. Sé de una mancebía de coimas especiales, reservada a las clases más selectas y por ello cara. Conozco a la mujer que la regenta. Si tienes interés te recomendaría.

—Agradezco tus desvelos, señor —repliqué—, pero, hoy por hoy, no preciso de

nada. Olvidé decirte que hablo en Córdoba con una moza de mi agrado y no quisiera agraviarla ni con el pensamiento.

No insistió. Me chocó una alusión al amor de pago que sólo podía venir de alguien con conocimiento de causa. Toda vida es un mundo y cada cual la enfoca como quiere en el ejercicio de su sacrosanta libertad. El caso hizo que arreciaran mis deseos de conocer a sus mujeres. ¿Cómo serían para que su señor precisara del concurso de rameras para darse gusto? La incógnita se despejó la última noche, ante un excepcional *meshoui* de cordero comparable al mejor que probara en Castilla, cuando mi anfitrión me presentó a sus esposas que, como suprema atención, nos sirvieron la mesa a cara descubierta y, al terminar, se sentaron con nosotros para beber el té de menta. Las tres iban descalzas para lucir los pies, delicadeza que un moro que se precie dedica únicamente a un amigo muy íntimo, y se decoraban las uñas en idénticos tonos violáceos. Su primera esposa, la mayor, Yaiza de nombre y árabe de raza, tendría cincuenta años, diez menos de los que aparentaba Abdul Omar. Vestía chilaba de ceremonia color azul turquí y se adornaba con un aderezo de plata martelada al modo del desierto. Collar triple, pulseras, colgantes y zarcillos daban a su piel olivácea brillo argénteo. La nota chirriante la ponía una ajorca de oro en un tobillo, y es que hay pieles que no sufren el metal amarillo. A pesar de su edad y de la competencia de las otras mujeres, mucho más jóvenes, sonreía todo el tiempo de tal forma que se hacía amable. Era algo obesa, desfigurada por la grasa en caderas y trasero de una forma que la chilaba no conseguía amenguar. Un extraño fulgor en sus ojos muy negros delataba bondad e inteligencia. Olía suavemente a espliego. Yaiza, desde luego, justificaba la visita a un prostíbulo si éste era de garantía.

Fátima, la segunda mujer, no tendría treinta años. Su caftán era verde con alforzas doradas. Lucía collar y pendientes de ámbar montado en plata, de diseño exquisito, trabajo sin duda de un orfebre de fama. Una graciosa cofia no lograba ocultar su pelo con matices cárdenos. Era guapa, delgada, de ascendencia persa. Más seria que Yaiza, resultaba evidente que se hacía perdonar ante ella su belleza aún en flor. Se movía con presteza y, de vez en vez, me dirigía miradas oblicuas que traducían al tiempo interés, curiosidad y respeto. Llevaba una ajorca de plata en cada tobillo. Sus ojos eran de un tono verde agua, agrandados por los párpados decorados en un glauco más claro. Sólo me sonrió una vez, al servirme el segundo o tercer té, y lo hilo con sonrisa abatida. Desprendía de sí un tierno aroma a lavanda fresca y, francamente, merecía más atención que cualquier meretriz.

Zara, la más joven de sus mujeres, no tendría quince años aún. En realidad no era todavía esposa, sino concubina. Vestía túnica lisa de hilo bordado, de color malva, con las mangas cortas que dejaban admirar sus bien torneados antebrazos. Su piel, iridiscente, tenía la calidad del cobre patinado. Por únicas joyas lucía en sus orejas sendos zarcillos de oro con esmeraldas chicas. Y en verdad que su dulce hermosura

no precisaba de otros aditamentos. No llevaba ajorcas en los tobillos ni las necesitaba, pues eran tan finos y delicados como los de la yegua más mimada del sultán de El Fustat. Quise entender que era de origen yemení. No me miró con fundamento ni una vez, ni siquiera al servirme el té cuando llegó su turno. Entonces se apoderó de ella una especie de impaciencia que hizo tintinear la vasija de vidrio sobre el plato y cubrió de un rubor delicioso su piel, desde la cima de sus pechos hasta la raíz del pelo. Éste era negro como alquitrán fundido, ligero, libre sobre sus hombros, lo mismo que sus ojos, grandes, como pasmados, que miraban sin ver. Por debajo del tejido sutil querían adivinarse sus formas de mujer en agraz: senos pequeños, firmes, con la dura textura propia de su edad, cintura de gama montañesa y caderas de núbil. Se movía con la agilidad de un antílope de la sierra de Córdoba y dejaba tras sí un suave olor a azahar. No hay puta, ni hetaira, ni ramera bajo la capa del cielo que resista compararse con aquella náyade. Ninguna de las tres dijo palabra. Sólo mostraron sus dóciles bellezas, cada cual en su estilo, y se exhibieron púdicas, como el mayor tesoro que eran de su señor y dueño. Tras acabar el té de hierbabuena besaron la mano de Ibn Safi, me hicieron una graciosa reverencia y se esfumaron.

—Soy feliz con ellas —dijo el oculista, dando un sorbo a su copa de arack.

El servicio aquella noche, quizá por ser la última, era diferente, mucho más delicado y obsequioso: una jarra de vidrio con forma de alminar y dos copas de cristal tallado, veneciano, rojo como la sangre del animal recién sacrificado. Libándolo en ellas, el licor sabía de manera distinta.

—No te ocultó que ya no volveré a ser lo que fui —añadió con la voz apagada y el acento nostálgico—. A tu edad era capaz de dar placer a un mediano serrallo, y ahora, ya ves...

Yo asentía de manera mecánica deplorando que se tocara un tema infausto para un varón de edad y más si es árabe: la virilidad. Pero no podía hacer más que escuchar.

—Es obvio —siguió— que hace varios años que no toco a Yaiza. No me motiva en absoluto, pero es la más inteligente de las tres. Lleva mi hogar, dispone lo necesario sin alterar la voz y pone orden y paz en las demás. De ella partió la iniciativa de mi segundo matrimonio. Con agudeza infrecuente se dio cuenta de mi desinterés en cuanto al físico, pues sabe que sigo queriéndola como el primer día, y me buscó mujer. Prefirió tener a su rival dentro de casa que fuera de ella. Y acertó. Es triste tener que buscar en el lupanar lo que no hallas en tu propia cama.

—Ahí estoy muy de acuerdo —dije por decir algo y para ayudarle en una confesión que daba la impresión que precisaba hacer, como un purgante que desatasca el tubo digestivo cuando es átono.

—Yaiza y Fátima son parientes, tía y sobrina. Yaiza me dio tres hijos vivos y Fátima otros tres.

—Comprendo. Son los causantes del rumor que a veces se escucha a media tarde —dije.

—Siento que te hayan importunado.

—No lo han hecho. Amo a los niños.

—Son los pequeños de Fátima, de doce, siete y cinco años. Los grandes ya volaron. No soporto sus gritos ni el escándalo que a veces ocasionan. Por ello viven con sus niñeras en la parte más alta y profunda de la casa. Sólo si quiero disfrutar de su presencia los demando y se acercan a mí. Yo también adoro a un niño. Quisiera tener cerca a un pequeño rorro o a un gateador para disfrutar de sus gracias. Nada hay más entrañable que ver a tus hijos dar los primeros pasos.

—Ni más fácil para un árabe rico y fecundo —afirmé.

—Cierto —corroboró—. Pero deploro el alboroto y el bullicio. Cuando me canso, que es enseguida, los despido.

—¿Hace mucho de tu último matrimonio? —pregunté, quizá imprudentemente.

—Zara es tan sólo concubina. La tomé hace un año. Es un ángel de luz y la amo tiernamente. De seguir así, pronto será mi esposa.

—Fátima es muy bella también, si me lo permites.

—Con Fátima, aunque en menor medida, me ocurrió lo mismo que con Yaiza: voy aborreciéndola en lo carnal. Es como si me poseyese una especie de hartazgo de su cuerpo. La tomo una vez cada tres meses como mucho. La que me motiva ahora es mi pequeña Zara. Está embarazada... Todo lo que tiene de tímida y pacata se transforma en el lecho. Te diré en confianza que sabe amar como una hembra de experiencia. Debe ser un arte que le ha venido infuso pues, como las demás, no conocía varón al entrar en mi casa.

Hubo un silencio, roto por el canto de una rapaz nocturna. Sentí una extraña comezón y el recuerdo de Susana me alteró las entrañas. La añoré con fuerza y deseé su cuerpo. Enseguida pensé en mi anfitrión, en su extraña manera de quejarse de su virilidad menguante: había embarazado a una niña de quince años y se aliviaba de la abstinencia que provocaba su preñez con coimas finas. Tal vez tenía menos de los sesenta años que aparentaba.

—Tendrás una opinión formada sobre las mujeres, imagino —dijo Ibn Safi, apurando su segunda copa de licor.

—Desde luego —afirmé resuelto—. Para mí, la menor inteligencia que le achaca el varón es tan sólo supuesta.

—Yo opino igual —coincidió el físico—. El Alcorán la sitúa en un plano más bajo con respecto al hombre, teoría con la que no comulgo. Que no nos oiga nadie —dijo mirando a ambos lados—, pero yo considero a la mujer más lista, hábil, dispuesta y capaz que el hombre varias leguas. No la dejamos levantar cabeza porque no nos conviene, pero el día que la alce, arderá Troya.

Empecé mi cuarto año de estudios médicos con renovados bríos. Me envicié en el estudio. Era casi una obsesión: sólo vivía por y para saber de enfermedades y experimentar en carnes muertas. Me hice fabricar un recipiente de estaño que, llené con alcohol alcanforado y en él hacía nadar los restos de los animales que sacrificaba para mis disecciones. Duraban tres o cuatro semanas. Después se iniciaba la putrefacción que los desmenuzaba y convertía en despojos hediondos, inservibles para su cometido: identificar órganos y estructuras, hallar aponeurosis, nervios, vasos y huesos. Flotaron dentro del recipiente un cormorán y un águila real como volátiles, varios perros callejeros que atraparon para mí Abdul, Daniel y Aníbal, un jabalí cazado por mi taxidermista, cazador en sus ocios, y una garduña que aportó alguien. Una tarde, apuntando un crepúsculo desmenuzado en ocres y arreboles rojizos por detrás de las montañas a poniente, se me acercó con mucho misterio Abdelaziz.

—Tengo una cosa que puede interesarte —dijo pavoneándose.

—Tú dirás —contesté sin levantar la vista de una preparación que incluía un músculo de perro con su inervación completa y el paquete vascular, arteria y vena.

—Terminan de amputar la pierna a un obrero mozárabe. Ha sido en tu hospital. Por lo visto le cayó encima un muro que construía y le aplastó el miembro de tal forma que no hubo forma de salvárselo.

—¿Y qué?

—¿Cómo que y qué? Han entregado a su mujer la pierna envuelta en tela de saco para que la incineren, entierren o procedan con acuerdo a sus gustos o creencias.

Se me abrieron los ojos. La pierna de un cristiano... Allí no había inquietudes ni trabas religiosas. Como era carne de infiel, los ulemas no pondrían problemas si el caso llegara a descubrirse. Todo se reducía a sobornar a la pobre mujer, contarle cualquier mentira piadosa y dedicarse a investigar con carne humana auténtica.

—¿Dónde vive esa buena mujer?

—Junto a la tahona. Son tan pobres que no te costará mucho conseguir ese miembro.

—No hables de esto con nadie o te cortaré la lengua con mis manos y la salaré antes de disecarla —lo amenacé, intentando dar fuerza y verosimilitud a mis palabras.

Fui para allá pensando en qué decir o qué historia contar. Al final, como siempre, pensé que lo mejor era ir con la verdad por delante. Llegué a la casa, sórdida y miserable, y golpeé con el aldabón. Al poco me abrió una mujer que reconocí enseguida. Aparecía desgñada y llorosa. Al vivir puerta con puerta con la panadería, la había visto varias veces rodeada de mocosos llorones, pelando berzas o arreglando macetas de albahaca y romero. Ella también me identificó.

—¿Sabes quién soy? —pregunté.

—Lo sé, señor. Eres Abulcasis, el estudiante de medicina. ¿Qué deseas?

La suerte venía en mi ayuda. Tragué saliva. Estuve a punto de soltar por derecho que deseaba la pierna de su esposo para experimentar con ella, pero me pareció que no lo entendería. Preferí divagar.

—Soy quien afirmas —confirmé—. El año que viene culmino mis estudios en la aljama y, para completarlos con aprovechamiento, preciso efectuar ciertos experimentos y disecciones con el escalpelo. De esa forma, en su día, podré curar mejor a mis enfermos.

—Algo he oído —dijo la mujer ya más serena, apoyada en el quicio de la puerta, intentando desvelar con la agudeza propia de su sexo por dónde iban los dardos—. Dicen que te dedicas a abrir pollos y corderos en canal para hurgar en su interior, en lugar de comértelos asados —añadió—. Vivir para ver...

—Exacto. Como cierto es que sólo experimentar en el hombre conduce o aproxima al verdadero conocimiento de su cuerpo. Pero, antes de seguir, quiero expresarte mi pesar por la pérdida de la pierna de tu marido. ¿La conservas aún?

—Me la entregaron para que la inhumara, pues, al ser cristiano, no podían hacerlo en el cementerio árabe.

—Es como dices. No andaré con rodeos. Te propongo que me prestes la pierna tres semanas. A tu marido ya no le sirve y enterrada sólo valdrá de pasto a los gusanos. Yo la embalsamaré y, tras ese tiempo, te la devolveré para que la inhumes en vuestro camposanto o la incineres. A cambio te daré cuatro doblas de plata castellana.

Los ojos de la mujer se dilataron como si hubiese visto a una carnada de lobos esteparios. No daba crédito a lo que oía.

—¡Cuatro doblas de plata! Cuatro doblas castellanas por una pierna muerta... ¿Qué harás con ella? ¿No será cosa de magia o brujería...?

—Te juro por tu Crucificado que simplemente quiero indagar en su interior hasta llegar al hueso, diseccionarla, verla por dentro.

La mujer se tapó los oídos. Le chirriaban los dientes.

—No quiero saber más. Dame la plata y lárgate con la pierna. Diré a mi marido que la llevó a enterrar el sacristán de nuestra iglesia, a quien pensaba acudir.

Y así fue como dispuse por primera vez de un miembro humano. La amputación lo había sido por el tercio inferior del muslo. Al llegar al taller dividí en tres mi fúnebre trofeo y lo hundí en la piscina de alcohol alcanforado. Una parte incluía la rodilla, otra la pierna y la restante pie y tobillo. Fue un placer averiguar cómo es en realidad una articulación, ver la existencia de ligamentos, tendones y meniscos, comprobar la textura de la cápsula fibrosa que la envuelve, la inserción de los músculos y su agarre al promontorio óseo, el trayecto que siguen por la pierna las arterias y venas, los nervios, los diferentes grupos musculares y celdas aponeuróticas, los huesos, y, al llegar al pie, la disposición de los tendones en sus vainas dando cada cual movilidad extensora o flexora a los dedos. Reconozco que engañé a la mujer,

pero fue sin mala fe. Estudié uno a uno los huesos de la pierna, del tobillo, los que conforman el tarso y metatarso y los que dan su forma a los dedos. Cumplido el tiempo pactado, introduje en un saco los restos y piltrafas y se los devolví a su dueña para que hiciese con ellos lo que más le petase. El amputado, con la mirada ausente y una muleta, se sentaba a la puerta de su casa. El saco olía ya a buena distancia. La sufrida mujer, reprimiendo un gesto de repulsión, tapadas las narices, cogió el saco y, sin hacer ademán de investigar en él, lo llevó no sé si al muladar o al pequeño cementerio que los de su religión tienen en un ejido fuera del arrabal.

No fue la única vez que trabajé con material humano en mis investigaciones. Debió correr por todo el arrabal mi afición anatómica pues, una nublada mañana de domingo, tocó a mi puerta un tipo con aspecto siniestro. Lo atendió Omero. Yo escuchaba el rumor de sus voces desde el patio sin acabar de entender qué pasaba. Malo no podía ser, pues el esclavo hubiese despachado de un mazazo al que de forma artera pretendiese importunar a su amo. Por fin se hizo el silencio y llegó Omero.

—Amo Abul, un tipo insiste en verte —anunció con gesto de fastidio.

—¿Quién es?

—No lo he visto en mi vida. Trae una bolsa y dice cosas que no entiendo.

—Dile que pase y no te vayas lejos.

No temo a nadie, pero en estos tiempos nadie está a salvo de un loco homicida, un perverso o un fatuo truchimán. Vi entrar a un hombre pequeño de estatura, renegrido de tez, vestido con sucia chilaba y en pantuflas de esparto que mostraban los dedos de los pies de uñas costrosas. Miraba a todos lados, temeroso, como tratando de evitar que una aguda cuchilla le cayera del cielo y lo partiera en dos. Llevaba colgándole del hombro un bolsón de tela basta que parecía contener un melón o una sandía. No terminaba de aproximarse, cauto, mirándonos alternativamente a mí y a Omero. Parecía un perrillo recién apaleado.

—Acércate. No temas. ¿Qué deseas de mí?

—¿Su excelencia es mi señor Abulcasis, el estudiante?

—Soy simplemente Abul Qasim; dime qué quieres de una vez. No tengo todo el día.

—Traigo una cosa que tal vez pudiera interesarte.

—Si es algo de comer, déjalo en la cocina y discute el precio con la dueña.

—No es de comer, señor.

—Muéstrame de una vez lo que sea antes de que se agote mi paciencia.

Entonces el individuo aquel, un asesino quizá, un facineroso o un pobre desgraciado, extrajo de la bolsa la calavera humana más bella, y reluciente que vi nunca, una joya, el cráneo más excelso y digno de estudio que jamás tuve a mi alcance.

Hice averiguaciones. El hombre confesó que había encontrado la calavera junto a las tapias de un viejo cementerio cristiano abandonado, cerca de Lucena, al regreso de Málaga tras visitar a unos parientes. Pensando en que podía tener algún valor, la cubrió con unos trapos y la llevó hasta Córdoba. Dudó si entregarla al alguacil en el primer poblado, pero se asustó creyendo que podrían acusarlo de matar al propietario del cráneo tras robarle. Conocía a un muladí en el arrabal con fama de brujo y nigromante, y a él se la ofreció para que la colocara sobre la mesa en la que hacía sus vaticinios. El mago rehusó alegando que tal cosa podría ahuyentar a su ya escasa clientela, viejas desdentadas que acudían a él en busca de elixires rejuvenecedores, mozas que pedían pomadas que disimularan la rotura del himen y mujerucas en pos de pócimas o ensalmos contra el mal de ojo. Alguien le habló de la existencia de un estudiante de medicina que practicaba con animales vivos, huesos y cadáveres. Entonces me localizó y, armándose de valor, pues supo que yo era gente de alcurnia, se presentó ante mí. Su historia me pareció verídica y, propenso por sistema a no pensar mal de nadie, pagué por la osamenta medio dinar de plata, el doble de lo que me pedía. Aun así, no me fiaba, por lo que mandé a Omero que lo siguiera y se enterara de su vida y circunstancias. Se trataba de un pobre diablo de origen tuareg, incapaz de matar a una mosca a pesar de su aspecto siniestro, que vivía del trapicheo, comía restos que encontraba en un basurero tras el zoco chico y no tenía oficio ni beneficio.

No hay que decir que, tras limpiarla de adheridos restos de piel y tejidos, estudié a fondo mi calavera. Era el único estudiante que tenía una y por supuesto oculté a todos su existencia. Fuera de Omero y Abdelaziz, nadie sabía que manejaba restos humanos, algo prohibido por el Libro. Claro es que podría alegar que se trataba de un cristiano, pero a ver quién convencía al caído: los cráneos mondos y lirondos son parejos y sus características idénticas en cristianos, judíos, árabes y vikingos. A tratar de desentrañar los secretos craneales me apliqué sin desmayo noches enteras. La calavera era bastante antigua, sin más restos orgánicos que unos cuantos dientes y molares. Me guiaba por una lámina anatómica de Al-Razi que encontré en la biblioteca de la medersa. Pude comprobar cómo eran las mandíbulas superior e inferior, la órbita ocular, las ventanas nasales, la silla turca y el agujero occipital. Medí el espesor óseo en parietales con vistas a futuras trepanaciones. Sondé con hilo los distintos agujeros que perforaban el hueso. Era evidente que suponían el paso franco para nervios y vasos sanguíneos. ¿Cómo se habrían labrado? Cosas tan delicadas no tenían fuerza para perforar un material tan duro, ergo el calado tenía que producirse durante la gestación. De forma inexplicable, el hueso envolvía en amoroso abrazo a aquellas estructuras y crecía con ellas en largura y grosor. Y hay quien no cree en Alá el misericordioso...

Seguía viendo a Susana en cada despertar. Me esperaba con ansiedad a mi vuelta de Fez. Había madurado en tan sólo dos meses. El amor hermo seaba su rostro y daba un brillo especial a su mirada de un color que aun hoy soy incapaz de definir.

—He escuchado decir que experimentas con pájaros muertos —me dijo una madrugada de aquel otoño.

—¿Quién lo dice?

—Mi dueña.

—No es totalmente cierto. Hago determinadas disecciones necesarias para mi aprendizaje.

Los dos callamos. Le ocultaba los datos más macabros, difíciles de entender para una profana en la ciencia anatómica y además de apenas trece años. Una luz cenicienta, apizarrada, se colaba por el resquicio de la jamba entreabierta.

—Sabe que nos vemos —dijo.

—¿Quién lo sabe?

—Mi dueña está enterada de nuestras entrevistas.

—¿Cómo puede saberlo?

—Porque duerme a mis pies. A veces me desvelo, me entra terror y grito en la oscuridad. Dicen que muchas noches me levanto y camino lo mismo que una autómat a. Por ello mi padre le ordenó hace ya tiempo que durmiera conmigo.

—Eres sonámbula.

—Eso dice mi sierva.

—¿Tienes confianza en ella?

—Completa. Esther jamás me delataría.

Éramos cada vez más audaces. Nos veíamos más tiempo y nos acariciábamos con más intensidad. El día que cumplió trece años, al despedirnos, abrió su boca para mí y permitió que se alearan un instante nuestras salivas. Traté de beber de la suya, casi dulce, pero no me dejó. Se fue escaleras arriba con las mejillas rubras, ondeando el camisón y mostrando las corvas. Otro día tenté sobre la tela del camisón sus senos fríos, tensos, y fue tocar el paraíso. Intenté, en un golpe de arrojo que no pude evitar, progresar con mi mano por su tobillo arriba, pero al llegar a la rodilla se puso rígida, retiró mi mano y la besó. Por fin, un día de invierno, conseguí antes de irme que prolongara el beso y consintiera en pugnar con su lengua contra la mía terca. No fue mucho, pero lo suficiente para hacerme una idea de cómo era su boca en su interior, del sabor de sus labios. Perdimos el miedo y se relajaron las defensas. El cataclismo ocurrió durante la Navidad cristiana, que en Córdoba se celebra casi tanto como la Fiesta del Cordero o la Pascua judía. Estábamos sentados sobre el escalón de siempre, con las manos y las sienes unidas, y me disponía a irme. De repente, sin ruidos o algo premonitorio que hiciese recelar, resonó en el zaguán una voz campanuda. Era su padre.

—¡Susana! —chilló—. ¡Sube inmediatamente! ¿Y usted quién es? —gritó, dirigiéndose a mí—. ¡Desaparezca a la carrera!

Tal hice sin darle tiempo a repetírmelo mientras ella volaba escaleras arribas. Era un jueves. Al día siguiente su portal estaba cerrado a cal y canto cuando, a la hora de siempre, traté de repetir mi suerte. Aceché su terraza desde la mía con tristes resultados: amén de encontrarse desierta, su ventana había sido reforzada desde dentro, quizá con unas tablas, para evitar posibles vistas. El enigma se resolvió el domingo por la tarde, mientras estudiaba yo en mi habitación cualquier clase de morbo en el libro de Al-Razi. Una embajada que formaban Sara, la madre de Susana, Esther y dos criadas, se personó en mi casa. Querían hablar con mi padre o, en su defecto, con mi madre. Los pobres, ignorantes de todo, se sorprendieron mucho al saber que su hijo se entendía de palabra con una niña de trece años mal cumplidos. Me llamaron a voces. Mientras escuchaba las alegaciones aproveché para adecentarme, echarme por encima una chilaba limpia, atusar mi pelo y perfumar barba y bigote. Esperaba una reprimenda, pero no hubo tal. La madre estaba a punto de llorar y Esther aparecía compungida.

—Sé que te llamas Abul Qasim —dijo Sara, mirándome con atención no exenta de interés—. Mi esposo y yo te pedimos perdón si te hemos ofendido —añadió entre pucheros—. Susana se niega a comer desde el pasado jueves. No ha tomado más que un poco de agua. Dice que no comerá hasta que no te vea y hables con su padre.

—No quiero ni imaginar que te hayas portado mal con ella —dijo Hassan.

—¿Cómo puedes pensar tal cosa? —intervino Zulema—. Mi hijo es incapaz de hacerle daño a nadie, y menos que a nadie a una mujer.

Yo callaba. Me admiraba el tesón de Susana, impropio de una niña. Casi cuatro días sin comer...

—Vayamos cuanto antes —dije.

—Te acompañamos —dijeron mis padres a la vez.

—De ninguna manera. Soy capaz de resolver mis propios asuntos —aseguré.

Se oyó la voz de bajo, solemne, de Omero. Desde un rincón, no perdía detalle de la conversación.

—Si el amo Hassan me lo permite, yo podría acompañar al amo chico —aseguró.

Una ola de cariño piadoso me envolvió tras nacer en los pies y trepar hacía arriba, hasta el ombligo. Miré a Omero, aquel extraño ser de apariencia feroz pero lleno de afectos delicados que, hasta el día de su muerte, no hace tanto, veló por mí.

La entrevista fue tensa y antes cómica que trágica. Delante de Susana, lacrimosa, famélica, flanqueada por su madre y con Omero en un rincón oscuro, su padre y yo charlamos un buen rato. Fue en el salón de su casa, un espacioso lugar un poco tétrico, decorado con pesados muebles y arcones castellanos y vestido con cortinajes, tapices y colgaduras brunas que ya amarilleaban. La única nota de color la ponía un

tímido rayo de sol al reflejarse en el bronce de un gran candelabro de siete brazos, la menorá, que simboliza el culto hebraico. Sobre un aparador atiborrado de objetos raros y recuerdos de familia, se veía una Estrella de David en bronce y plata.

—El otro día me pasé de brusco, lo reconozco —dijo don Samuel, el padre de Susana, un hombre estrecho de hombros, alto y desarbolado, filiforme, que usaba monóculo de grueso vidrio verde mar pues era présbita. Aparentaba cuarenta años holgados. Vestía larga túnica hasta el suelo y cubría su cabeza con el kipá, como si estuviese en la sinagoga. Mantenía la lente en la órbita con rara habilidad, sin otra ayuda.

—No pasa nada —aseguré—. Lo entiendo. Yo hubiera hecho lo mismo de estar en tu lugar, señor.

—Antes de proseguir, por favor, di a Susana que coma.

Se ladeó dirigiéndose a su hija y la miró anhelante, de hito en hito.

—Come, hija mía. Te lo ruego. Ya lo tienes aquí. Ya está delante. Lo prometiste —dijo a intervalos.

Susana, sentada frente a una mesa baja ante un plato de sopa, se secó las lágrimas con el dorso de una mano, cargó la cuchara con un poco de líquido e inició con desgana la ingesta. Mostraba el apocamiento de una cría de seis años forzada a cenar tras una regañina. A pesar del ayuno estaba guapa, desgredada, con los ojos cercados por un halo violáceo. Me acerqué. Omero, semioculto, desde atrás, debió moverse, pues don Samuel reparó en él.

—¿Y éste quién es?

—Se llama Omero. Se trata de un esclavo de mi padre. Es inofensivo.

Llegué al lado de Susana y, con tierno desparpajo, le acaricié el cabello. Se estremeció. A pesar del ayuno conservaba el aroma a jazmín que me desesperaba. Me anegó una ola de piedad que humedeció mis ojos. La miré. Parecía más pequeña. Su propio desvalimiento la hacía amable. Abortó una cucharada de lo que parecía desabrida papilla de sémola y se abrazó a mi cintura. Ahora se deshizo en un convulso llanto.

—Está bien, mi pequeña —dije sólo para ella, bajando el tono de la voz, con el acento que se usa con los más desvalidos y los huérfanos—. No llores más y come —añadí—. Si no lo haces, morirás y a mí me matarás.

Mis palabras hicieron el efecto de un mágico abracadabra. Susana enjugó en la manga de la túnica cualquier resto lloroso y empezó a comer con ansiedad. Se tragó la sopa fría en medio de la expectación general y pidió algo más sólido. Esther, con los ojos brillantes, le trajo una tajada de pollo y un pastel de carne. Fue visto y no visto. Lo mismo que una pava, sin masticar, engulló las viandas. Se animaba a medida que saciaba su hambre. Bebió de un tirón media jarra de agua. Se comió de postre una manzana, una gran pera de agua y dos naranjas. Todos estábamos

pendientes. La luz volvió a sus ojos y el color a su tez, que olvidó su color gris perlino, plomizo, y tornó al suyo propio, cobreño iridiscente, todo frescor y vida.

—Resulta evidente que os amáis o creéis amaros —dijo el padre—. Pero eso cambia poco las cosas.

—Samuel... —intervino la madre.

—No afirmo nada que no sepamos todos —añadió el aludido, elevando el tono de su voz—. Estamos ante un escollo insalvable: Susana es hebrea y el muchacho islamita.

—¡Samuel! —chilló esta vez Sara.

—Mi nombre es Abul Qasim, señor —dije respetuoso—. Soy islamita en cuanto a religión, pero pertenezco a un género más amplio lo mismo que Susana: el humano. Amo y respeto a tu hija y, si ella me corresponde como parece, ninguna religión ni nada en esta tierra logrará separarnos.

—Tiene razón —aseguró la madre.

—Tal vez la tenga —dijo don Samuel—. Pero están las creencias y la sociedad. No vivimos en ningún desierto.

—Afortunadamente lo hacemos en una sociedad abierta —apostillé—. Son frecuentes los matrimonios entre miembros de distintas razas y religiones. Creemos en el mismo ser supremo al que damos nombres diferentes: Jehová, Dios y Alá.

Por primera vez intervino Susana.

—Sé que soy una niña; no ignoro que me debo a la religión de mis mayores y a ellos mismos, pero tengo derecho a opinar. Amo a Abul Qasim y seré de él o de nadie. Jehová, que es sabio y misericordioso, no puede oponerse a algo tan natural y lógico.

Todos callamos ante tan justa prédica en boca de una moza. Recordé las cercanas veladas de Fez y al bueno de Ibn San. Verdaderamente las mujeres son más inteligentes, obstinadas y constantes que los hombres. Don Samuel, desarmado por las atemperadas palabras de su hija, vacilaba. La madre exultaba de gozo. Omero sesteaba en su rincón tras comprobar que no había peligro para su amo.

Habló por fin el dueño de la casa.

—Abul Qasim mencionó la palabra matrimonio. ¿Por cuál rito sería?

—Nos es indiferente —dije—. Y creo hablar por ella. En mi familia no existen prejuicios religiosos. Una prima de mi madre casó con un cristiano, y yo, por amor, me casaría con una admiradora de Zoroastro.

—¿Qué edad tienes?

—Cumplí dieciocho el pasado verano. El año próximo culminaré en la aljama mis estudios de físico. Quiero ser cirujano y me preparo para ello.

—Susana cumplirá catorce años entonces —dijo el semita, entornando los ojos—. Os autorizo a veros a diario, pero no en la escalera, sino en este salón o en el patio de

tu casa, delante de Esther o de tu madre. Podéis pasear por la calle o a la orilla del río, sin tocaros, acompañados por quien yo designe. Si cuando Susana cumpla quince persistís en vuestro deseo, un rabino bendecirá vuestra unión.

Susana saltó como un resorte y besó las manos de su padre. Luego se abrazó a su madre, después a Esther y estuvo a punto de hacerlo con Omero, que observaba la escena con los ojos brillantes.

Fueron meses de estudio compulsivo, de constantes prácticas anatómicas y de amor consentido y silente. Hallé un hueco en el atardecer, poco antes de la segunda oración de los hebreos, cuando ella iba a la sinagoga con su madre, y los dediqué a hacer planes con mi amada en su salón siniestro o en el patio claro de mi casa, entre naranjos, bajo el rumor del surtidor del agua, siempre vigilados por dos pares de ojos. La luz azul y blanca del azahar contempló nuestras sesiones de platónico amor, todo lo más algún beso robado, tangencial, al hilo de un descuido de nuestras cancerberas. Distinto era en las callejas que rodean el zoco grande y la alcazaba, pues, a favor de las sombras y en el quicio de algún zaguán oscuro, despistada la guardiana de turno, la abrazaba y sentía sus duras redondeces y la arista afilada de su arco pubiano. Besos con fundamento no tuvimos, si acaso ósculos desabridos y urgentes. Paseábamos a la orilla del Guadalquivir y allí la celebraban envidiosos mis tres amigos, sobre todo Daniel. De verdad que Susana, en su habitual alegre y bullicioso, juguetón, resultaba atractiva y hermosa.

Un suceso fatal vino a enturbiar las cosas casi al año, cuando estaba a punto de graduarme. De resultas de un anasarca generalizado que se presentó en sólo nueve días, murió Hassan, mi buen padrastro. Un amanecer lo vi cenagoso del rostro, abotagado y mustio. No se quejaba. Lo achiqué a una mala digestión y no le di importancia. Al otro día amaneció hinchado de la cintura abajo, signo sin duda de insuficiencia excretora renal o de incompetencia cardiaca. Zulema dijo que llevaba durmiendo mal varias semanas, como ahogándose en el lecho, sin poder respirar. Ordené reposo en cama con almohadones levantándole tórax y cabeza. Prescribí un cocimiento de acelgas con valeriana y dieta estricta. La tercera jornada pareció mejorar, pero a la cuarta se instauró un proceso febril que al amanecer lo anegaba en un sudor húmedo y pegajoso que empapaba las sábanas. Llamé a Ben Saprut y a Al-Qurtubí y vinieron a verlo en consulta conjunta. Ambos torcieron el gesto al palpar el dilatado abdomen, auscultar su corazón y ver su facies demacrada y lívida.

—Se trata de un anasarca general y no hay ninguno bueno —dijo por ambos Al-Qurtubí—. La cavidad peritoneal se halla anegada por el líquido ascítico, los riñones no drenan lo bastante y el edema se extiende como una pleamar viva, del final del verano. De no evacuar el derrame enseguida la compresión que provoca lo asfixiará.

—¿Cuál es la causa? —pregunté.

—Es difícil saberlo con seguridad —afirmó Ben Saprut—. La más normal es el fallo cardiaco.

Al-Qurtubí sedó al paciente haciéndole ingerir una infusión de valeriana concentrada; al poco perforó la piel del abdomen más prominente y fina, casi transparente, con un afilado punzón. Lo ejecutó con decisión y sangre fría, haciendo caso omiso de sus quejas. Aun así, Hassan se portó como un hombre, mordiendo el

pañó que le daba mi madre, siempre a la cabecera de su lecho. Ella enjugaba también el sudor que Feriaba su rostro y aplicaba sobre la frente compresas empapadas en agua fría. Con maestría, Al-Qurtubí sacó el punzón y en su lugar dejó un junco grueso y hueco. Por el caño surgió un chorro de líquido ambarino, denso y caliente, que enseguida llenó una palangana. Cuando se había obtenido aproximadamente medio azumbre el cirujano detuvo la extracción.

—No es bueno evacuar todo el líquido —sostuvo—. Una evacuación excesiva o demasiado rápida puede empeorar el caso e incluso acelerar la muerte. Mañana seguiremos.

Obstruyó el junco con gasa y lo amarró con un sedal mientras Ben Saprut sacaba varias sanguijuelas de un frasco de cristal y las colocaba en los flancos del sufrido paciente. Antes de despedirse hablaron en voz baja conmigo y con mi madre, en el patio, mientras tomaban té de menta recién hecho. Es curiosa la voz doctoral, la que empleamos los médicos al emitir diagnósticos o plantear hipótesis clínicas. La de ellos sonaba hueca y vanidosa, hecha de majestad. Los pájaros, ajenos al sufrimiento de su dueño, gorjeaban con renovada ilusión.

—El pronóstico es malo dijo Al-Qurtubí—. El pulso en su canal de la muñeca es débil y ello es signo ominoso. Soy enemigo de augurios buenos o malos, que en medicina además suelen fallar, pero no le doy muchos días de vida.

Tristemente, se cumplió la previsión de los galenos y al día noveno Hassan amaneció muerto en su cama. Murió sin agonía ni sufrimiento, sin quebraderos de cabeza para nadie. En cierto modo fue de agradecer. Pocas cosas más tristes que el moribundo desahuciado que, después de penar un mes entero y alertar al vecindario con sus quejas, ni se termina de morir ni deja cenar en paz a la familia. Omero, que no se despegó de su lado el tiempo que duró su enfermedad, fue quien lo sintió más. Lloraba amargamente, como el niño grande que era, y había que consolarlo más que a mi madre. Zalema se veía muy tranquila y entera. Ella, ayudada por la servidumbre, se ocupó de los siempre indigestos trámites en todo óbito: amortajar el cadáver para la inhumación según la ley del Libro, perfumarlo, revestirlo con la túnica blanca y sin costuras reservada a los hadji, los que habían peregrinado a La Meca, contratar a los portadores que cargaron con la parihuela que transportaba el cuerpo, avisar al imán de la mezquita, buscar y pagar las plañideras y disponerlo todo para el ágape. Sin embargo, no fue al cementerio. Se quedó en su habitación ordenando cartas y escritos, archivando documentos, revisando en facturas saldos acreedores o deudas pendientes y leyendo el testamento del finado mientras el cortejo, conmigo al frente y Omero a mi derecha, como si fuese un hijo, partía hacia el cementerio islamita.

Fue un entierro sonado, pues todos querían o apreciaban al bueno de Hassan. Lo acompañó a la tumba medio arrabal; el escándalo de los golpes de pecho, lenguas vibrantes, llantos y alaridos de las plañideras atronó el espacio y sus ecos, tras

traspasar los siete ojos del puente romano, se esparcieron Guadalquivir abajo. El sepulcro, orientado a La Meca, era de mármol blanco y se hallaba flanqueado por cipreses. El imán entonó una plegaria mientras se desprendían del cielo gruesas gotas de lluvia. Ello y el calor terminaron por dispersar también a los más íntimos. Cumplido el trámite, aquella tarde mi madre recibió el pésame de amigos y parientes en la comida fúnebre. Para nuestra sorpresa, acudió Susana con sus padres. Fue una alegría para ella y también para mí: la confirmación de que los dos éramos aceptados por los otros. Cuando el muecín salmodió la última oración todos se despidieron. Era el momento temido por mí: el de mi madre sola con sus recuerdos en el dormitorio conyugal. No pasó nada. Ni siquiera cambió de habitación.

Aquella misma noche llamé a Omero. Sabía que la intención de Hassan era regalármelo, pero ello me resultaba odioso. Detesto la esclavitud, el execrable estado en el que un hombre se somete por entero al albedrío de otro. Sé que es algo natural e inevitable, tan normal como la luz del día, pero, no puedo evitar aborrecerlo. El gigante senegalés se presentó inquieto y tembloroso, ignoro por qué causa, pues mi trato con él fue siempre afable. Con su caftán de gala en honor, de su amo muerto, brillándole la negra piel de mil lavajes, oliendo a sándalo, descalzo, retorciendo los dedos de ansiedad, semejava un perrillo sin dueño expuesto al sol.

—Omero —dije—, muerto tu amo y por voluntad de él, soy tu nuevo dueño.

—Lo sé mi amo. Mi señor Hassan, que Alá haya perdonado y mantenga en su seno, me lo dijo muchas veces.

—Por ello te he llamado. Te doy la libertad.

Hubo un momento de estupor silente, como ese que sucede segundos antes de emitir el caíd su veredicto en un juicio de asesinato con premeditación. Omero abrió mucho los ojos. Abrió también la boca, pero ningún sonido emergió de sus labios. Sus ventanas nasales, verdaderos ollares que definen su raza, se dilataron buscando aire. Por fin, con un hilo de voz, consiguió hablar.

—No entiendo, mi señor... Amo Abul Qasim... ¿Qué es la libertad y cómo puede dárme la?

Ahora fui yo quien quedó mudo. Entre todas las desgracias que afligen a los hombres en la tierra, ninguna mayor que no saber qué es la libertad.

—La libertad supone disponer de tu tiempo, trabajar en lo que quieras o vagar libremente por los campos sin dar cuentas a nadie. Libertad es poder pensar o escribir lo que desees, reunirte con los amigos o no hacerlo, casarte o permanecer célibe, creer en Buda, en Alá o en Zaratustra o no creer ni en tu sombra, alzarte del lecho o no a tu libre albedrío y más cosas.

La enorme anatomía de Omero se tambaleaba. Noté que se aflojaban sus piernas, que temblaba como el ciprés en la tormenta y que las lágrimas señoreaban sus ojos.

—¡No! —chilló—. ¡No, por piedad, mi amo! —exclamó, cayendo de rodillas y

besando mis pies—. ¡No deseo otra libertad que la de trabajar para mi amo y ama, siempre, mientras viva! ¡Se lo suplico, amo Abul Qasim, permítame servirle!

—Pero podrías tratar de rehacer tu vida, volver a tus orígenes, recuperar a tu familia...

—Mi vida está junto a mis amos; mi origen y mi familia están aquí. Además, juré por el profeta hacerlo. Pongo por testigo de ello al amo Hassan, que Alá premie. Tú eres un buen creyente, joven amo, y no permitirás que me condene por faltar a un juramento.

Mi madre, que debía de escuchar curiosa desde su habitación, carraspeó indiscreta. Comprendí que nunca podría librarme del bueno de Omero, una carga por otra parte fácil de llevar.

—De acuerdo —asentí—. Tu nuevo cometido será proteger a mi madre y a la casa. Cuidarás de ella hasta que yo me case. Luego ya dispondré.

—Quien trate de hacer daño al ama Zulema morirá sin remedio por mis manos. Lo mismo que el que ose poner las suyas sobre mi amo Abul Qasim.

Lo cierto es que resultaba reconfortante sentirse protegido de tal forma. Se fue el fiel servidor y entré a saludar a mi madre. Muy tranquila, se disponía a acostarse. En camisón de noche, descalza y con el pelo suelto, continuaba siendo una bella mujer. A sus treinta y ocho años recién cumplidos, debía resultar un bocado apetecible para cualquier hombre.

—Te veo muy serena, madre —dije.

—La muerte es un hecho natural, y más la de un hombre mayor. Me apena el fallecimiento de mi esposo, cierto, pero mentiría si dijese que siento dolor. Otra cosa sería lo que fuese contra la naturaleza, el óbito de un hijo, por ejemplo.

—Me alegra que lo tomes así. ¿No te da miedo la soledad?

—Te tengo a ti y es suficiente.

—Con tu belleza, nunca te faltarán pretendientes. Podrías conseguir a quien quisieses...

—No, gracias. Ya está bien de hombres. Incluso de hombres buenos. Tengo la oportunidad de cultivarme, de leer, de viajar...

—Te alabo el gusto.

—No pude por menos de escuchar tu charla con Omero —dijo—. Eres una buena persona y el mejor de los hijos. Por si lo deseas, puedes leer el testamento de tu padrastro. Eres un hombre rico.

—¿Yo?

—En efecto. No de inmediato, pero al ser rica yo, todo lo mío será tuyo algún día.

Mientras se atusaba el cabello ante un espejo, leí las disposiciones testamentarias de Hassan. Todo estaba especificado con meridiana claridad, con la misma precisión que las cuentas que detallaba en los balances de su negocio, que cerraba

mensualmente. En árabe y aljamía se detallaban propiedades, inmuebles, negocios y dinero efectivo. Me sorprendió la magnitud de su legado. Delante de dos testigos —empleados suyos, que atestiguaban encontrarle en plenas facultades mentales— firmaba ante el cadí y un escribiente árabe. Para mí eran Omero, un tapiz de oración en seda pura manufacturado en Tabriz y una bolsa que contenía cien dinares de oro y doscientos de plata. Todo lo demás, a pesar de tener varios hermanos, era para Zulema. Mi madre recibía la casa con su ajuar y la servidumbre, en total cuatro siervas; el almacén de sedas y de alfombras con catorce empleados y esclavos, a pleno rendimiento; las cuadras anejas al negocio con los carros, caballos y yeguas; dos casas en el arrabal de nueva construcción, otra en Córdoba y tres negocios en el zoco grande rentando bien. El dinero efectivo arrojaba un montante de dos mil cien dinares de oro y treinta mil cuatrocientos de plata, amén de cantidades importantes en oro castellano y navarro. El oro y la plata se guardaban en dos arcones en los sótanos, a los que se accedía por una puerta de hierro con tres candados gruesos cuyas llaves guardaba mi madre en los cajones secretos de su bargueño, un precioso mueble cordobés de teca y palisandro, incrustado de marfil y hueso, que era la joya de su dormitorio. Se trataba de una fortuna inmensa, imposible de gastar ni en tres vidas. Para mí suponía la verdadera libertad, poder instalarme a mi manera una vez que me casase, dotarme de medios materiales para mis experimentos, disponer sin agobios de mi tiempo y viajar llevándome a mi madre a donde ella quisiera.

Me agobiaba el sufrimiento de los enfermos durante el acto quirúrgico, algo que a los cirujanos que ejercían en Córdoba y a los profesores de la escuela médica no parecía importarles mucho o poco. Los alaridos de los pacientes amarrados a la mesa de operaciones con cuerdas, o sujetos por tres pares de fornidos brazos, me ponían los pelos de punta. Entendía que los sacamuelas que trabajaban en la puerta del Agua oficiasen a la vista del público y extirpasen dientes e incisivos con sus pinzas tal cual, sin molestarse en administrar a los pobres diablos que caían en sus garras ni una copa de aguardiente de Ojén. Pero no era de recibo que en un moderno maristán, con quirófanos limpios y personal formado, se escuchasen aquellos bramidos que partían el alma. Los ulemas consentían en que los físicos administrasen previamente a cualquier intervención dosis variables de al-kuhl, el prohibido espíritu obtenido tras la destilación de vino, pues consideraban que, en aquellos casos, se trataba de un medicamento. Pero el alcohol no era todo lo efectivo que pudiera desearse. Se precisaban grandes cantidades para conseguir medianos efectos. Por ejemplo: la ingestión de un vaso de alcohol puro provocaba en el paciente un estado de sopor profundo de efectos secundarios, pues causaba vómitos y taquicardia y, a cambio, ni siquiera amenguaba el sufrimiento. No era tan raro el caso de afectos de un simple absceso anal que habían muerto, no de resultas de su mal, sino a causa de los efectos colaterales del al-kuhl. En resumen, el alcohol y el aguardiente eran malos remedos

como anestésicos, pues dejaban al enfermo hecho unos zorros durante día y medio y no suprimían por completo el dolor.

Comenté muchas veces mis escrúpulos con mis profesores y todos se encogieron de hombros. En el último año de mis estudios me decidí a investigar. Contaba para ello con tiempo y medios: la mejor biblioteca de Occidente. Fundada por Abderrahmán III, se instalaba en un edificio próximo al alcázar cordobés, un lugar donde se podía consultar todo lo escrito por el hombre en los idiomas cultos. La gran sala, silente y alfombrada, luminosa de claridad solar que penetraba por amplios ventanales orientados al río, era el sueño de cualquier hombre cultivado o en trance de serlo. Adosadas a las paredes se hallaban las estanterías de madera donde, perfectamente clasificados y numerados, se hallaban las obras, manuscritos, libros y tratados —varios miles— que componían aquel magno templo del saber, mucho más importante que todas las mezquitas, iglesias y sinagogas del califato. Sólo apreciar el brillo del lomo de los libros, los colores de las pieles que los encuadernaban y su disposición simétrica en las baldas, gratificaba ya. Contaba la biblioteca con una aneja escuela de traductores que era la gloria del califa, su creador. Cualquier libro de cualquier procedencia, escrito en el idioma más extraño, podía ser vertido al romance castellano o al árabe clásico por uno de los muchos traductores a sueldo de la modélica institución.

No sabía bien lo que buscaba. Consulté textos médicos persas y egipcios, bucé en los griegos: Esculapio, Hipócrates, Polibio, Herófilo y Erasítrato; indagué en los romanos: Asclepiades y su discípulo Temison, Ateneo, Celso y Galeno; examiné el *Códice de Metz*, una compilación de saberes médicos y astronómicos que monjes francos habían escrito en 815 de su era, y por fin en los bizantinos y en Al-Razi. Me detuve en la Escuela de Atenas sintiendo que atisbaba la luz: Celio usaba un anestésico que no especificaba, Oribasio nombraba una pócima de efectos mágicos con la que adormecía a sus pacientes, Aecio lo refrendaba con una gran casuística y, por fin, Pedro de Egina citaba a un tal Teodorico de Samos, un monje ortodoxo que en el silencio del claustro había desarrollado un anestésico eficaz, la «esponja soporífera», que así denominaba, pues se trataba de una esponja marina que empapaba de sustancia analgésica antes de aplicarla a las fosas nasales. Estudié con avidez las páginas del viejo legajo hasta dar con la fórmula: vino caliente en cantidad que no especificaba, tres pizcas de polvo de adormidera, jugo de moras amargas, beleño, mandrágora pulverizada, dos óbolos de euforbio, hiedra seca y semilla de lechuga. Recuerdo que aquella noche no dormí. Antes de amanecer estaba ya en el zoco en el que se iniciaba el movimiento: mujerucas baldeando suelos y pasillos para evitar el polvo, carros de ejes chirriantes descargando mercancía, hombres montando; puestos y tenderetes y el muecín proclamando el ebed, la oración que nace con el alba. Anhelante, aceché la llegada de Efraín, nuestro especiero. Apareció aún

legañoso, me miró como sin entender y alzó la tabla de madera que cerraba el tenducho tras desembarazarla del cerrojo que la aseguraba.

—Que Alá sea contigo —saludó—. ¿Qué dice el buen madrugador? ¿Quieres pimienta negra para desayunar?

—Tengo prisa, Efraín —contesté—. Te dejo esta nota. Dispón en distintos envases de cristal todos estos productos siguiendo exactamente las indicaciones que van anotadas. Pasaré a recogerlos a mediodía. Es importante la exactitud, pues andan de por medio el gran visir y el zabazoque —me inventé.

La invocación al todopoderoso mandatario y al jefe de policía de los zocos fue mano de santo. Efraín se deshizo en zalemas, besó los flecos de mi túnica y prometió tener lista la receta antes de la tercera oración. Fue como dijo. Compré una esponja de mar, tomé una botella de vino generoso, recogí los frascos que contenían mi tesoro y, con ellos en el pecho, me dirigí al taller de taxidermia. Antes pasé por casa y ordené a Omero que cogiese la jaula de los jilgueros y me siguiese. Ya en el taller, me dispuse a elaborar la fórmula. Abdelaziz contemplaba el trajín que provocaba la ansiosa confección de mi anestésico con mirada curiosa, inquisitiva, mientras disecaba una gaviota. Me llevó cierto tiempo hacer las mezclas y darles la proporción exacta. Al final resultó un líquido versicolor en el que predominaba el violeta. Su consistencia era densa, pegajosa, y su olor, repugnante. Deposité varias gotas en la esponja, saqué al pájaro más vistoso de su jaula y, sujetándolo con una mano, sin dañarlo, la apliqué contra el pico de manera que pudiese inhalar la sustancia. El efecto fue instantáneo: el volátil meneó las plumas timoneras y abrió y cerró los ojos antes de quedar aletargado, yerto, en mi mano abierta. Le pinché con una aguja y no reaccionó. Abdelaziz, asombrado, había suspendido su trabajo y me miraba con los ojos muy abiertos. Poco duró el efecto de la droga: a los dos minutos el jilguero movió un ala y después la otra, estiró una pata y se disponía a echar a volar, pero se lo impedí sujetándolo de idéntica manera que al principio. Hice una segunda probatura poniendo en la esponja más cantidad de líquido. Esta vez la narcosis duró más de cinco minutos. Tal es así que, perdida la paciencia, retorné a su jaula al pájaro y allí seguía exánime después de un rato largo, tanto que llegué a pensar que había muerto. Pero no. Respiraba, pues se movía su pecho. Al cabo de ese tiempo se recuperó sin daño aparente, comenzó su recital de silbos y gorjeos y se arrimó a una ruiseñora de vistoso plumaje a la que cortejaba. Abdelaziz suspendió la labor y se aproximó.

—¿Qué clase de magia negra es ésta? —preguntó incrédulo.

—Aquí no hay magia ni hechicería de ningún color. Lo mío es ciencia pura. He aplicado al jilguero un anestésico y funciona —dije, sin poder reprimir cierto orgullo—. Ahora sólo falta experimentarlo con humanos.

Silencio. Paseé mi vista por la estancia.

—No estarás pensando en utilizarme como cebo...

Sin contestar miré a Omero. Se entretenía admirando una pareja de avutardas disecadas, que parecían vivas, con el mismo asombro de un hambriento que ha descubierto el plato hondo.

—Omero, tengo que hacer un experimento y preciso tu colaboración.

—Dispón de mi cuerpo, amo pequeño —dijo, dejando las aves sobre su repisa.

Me decía tal en contraposición al amo grande, cuando él vivía, y a mí no me disgustaba el apelativo.

—Se trata —le expliqué— de saber si este líquido suprime el dolor en las personas. Tienes que inhalar varias bocanadas de aire a través de esta esponja impregnada en el brebaje. Después te pincharé con suavidad con una aguja y me contarás tus sensaciones. Para mayor comodidad, es mejor que te tumbes.

—No tengo miedo, amo. Puedes pincharme de pie si lo deseas y sin usar la esponja, que no me quejaré.

—Veo que no me has entendido. No quiero hacerte daño y mucho menos demostrar lo que ya sé: que eres el más valiente de los hombres. Pretendo conocer el alcance de un producto anestésico que he elaborado y que me permitirá operar sin dolor.

Creo que no comprendió nada. No obstante, dócil, se tumbó en un camastro y, descubriendo su peludo tórax, dijo:

—Adelante, amo pequeño.

Extendí sobre la esponja un chorretón del presunto anestésico, lo apliqué sobre las narices de Omero y, con la boca cerrada, le pedí que llenara el pecho de aire. Lo hizo poniendo empeño, diez o doce veces. El líquido era volátil y se esfumaba en el ambiente, pues llegué a detectar su olor acre y desagradable, productor de cierto cosquilleo nasal. Abdelaziz no perdía detalle. Pasaban tres minutos cuando Omero pestañeó levemente y bostezó. Me animé y lo pinché someramente. No dijo nada. Introduje la aguja algo más y aprecié cómo se contraía de dolor y apretaba los dientes, pero sin emitir ni una queja.

—Puedes pinchar más fuerte, amo. No me duele y no voy a quejarme —dijo al tercer pinchazo.

—¡No seas bellaco, Omero! —chillé—. ¡Di si te duele, por Alá...! —añadí, profundizando con la aguja.

—Sólo un poco, mi amo. Pero puedo aguantarlo —afirmó, llorándole los ojos.

Lo dejé por imposible. Algo no funcionaba. Me quedé mirando al enorme negrazo, a aquel pedazo de carne con ojos al que podría atravesar de parte a parte con un sable sin oír ni una queja. Negrazo enorme... ¡Allí estaba la clave! En el peso. No era igual un jilguero que un hombre, ni un hombre que pesara cien libras que otro que diera en la romana tres quintales largos, que era el caso de Omero. Empapé la esponja en el anestésico y la apliqué de nuevo a sus napias, Pero esta vez la mantuve varios

minutos mientras el esclavo respiraba ansiosamente. Al cabo de no mucho Omero aceleró su ritmo respiratorio, se desvió su mirada, entornó los ojos y terminó cerrándolos. Luego se desmadejó: se relajó su musculatura abdominal, se estiraron sus miembros y entró en una fase parecida a un sueño natural. Entonces le pinché con cierta fuerza. Hubo una pequeña contracción del brazo aguijoneado y un mínimo quejido. Repetí la experiencia y ahora apenas rezongó. ¡Tenía mi anestésico! Lentamente Omero recuperó conciencia y tino. Abrió los ojos, turbios y enrojecidos, y se quedó mirándome como sin comprender. Regresaba de un mundo entre larval y onírico, un mundo sin dolor ni sufrimiento, la antesala tal vez de una nueva era para la cirugía.

Los últimos meses hasta mi graduación fueron de intenso estudio y experimentación. Mi madre se dedicó a buscar para mí una casa apropiada.

—La necesitas. Pronto te titularás de médico y te casarás —me dijo una noche durante la cena.

Cuando apretaba el calor lo hacíamos en el patio, al frescor del limonero grande, bajo el cielo estrellado. En la fuente, cuatro amorcillos verdosos por la herrumbre lanzaban al aire sus chorros cristalinos. Era una de esas veladas cordobesas aromadas de jazmín y de dama de noche, paradisíacas, en pleno mes de laval. Dormían ya los pájaros, pero se mantenían vigiles los demás rumores: el canto del Otilio, el del agua salpicando sobre el mármol y el incansable del grillo frotándose los élitros.

—Podríamos acomodarnos aquí, en cualquier parte, y así estaríamos juntos —alegué con poca convicción.

—La casada casa quiere —dijo ella—. Susana querrá paz e independencia.

—¿Paz?

—La guerra resulta inevitable entre nuera y suegra en una estrecha y prolongada convivencia. El roce cotidiano produce sarpullido. Además, desearás atender a tus pacientes y lo último que quiero es ver a mi alrededor enfermedades y desgracias. Odio contemplar el dolor.

Le expresé mi intención de ejercer la cirugía en el arrabal y, en consecuencia, tras recorrer el inmenso suburbio varias veces, me buscó una preciosa almunia no muy lejana a nuestra casa. Una tarde, poco después de terminar mis estudios, me llevó a verla. En el centro de un inmenso jardín se levantaba el enorme caserón de ladrillo rojizo y teja árabe, en estilo tardo romano, con su patio central y, rodeándolo, las habitaciones. Las cuadras se encontraban aparte, en edificio propio. Circundaba el riad un alto muro excepto en la parte que daba al río, que era abierta, y lo presidía un romántico templete de columnas de mármol y techo de pizarra, frente al Guadalquivir. Las construcciones estaban en deplorable estado: los suelos levantados, las paredes desconchadas y los artesonados habitados de musarañas, sabandijas y murciélagos. En la parte que miraba al río tenía dos plantas. Lo mejor de todo era el jardín. A pesar de estar un tanto abandonado lucían las palmeras, magnolios, álamos, acacias, sauces y varios venerables olivos. Por detrás de las cuadras se encontraba la huerta, seca y muerta, pero fácilmente recuperable.

—¿Te gusta?

—Es una maravilla —dije perplejo, contemplando el patio—. Pero la encuentro demasiado espaciosa. No necesito tanto.

—Las casas se quedan siempre chicas —aseguró—. Precisarás espacio para instalar tu consulta, unas habitaciones para mí, por si aparezco, las de la servidumbre, el gineceo...

—¿De qué gineceo hablas? Yo seré siempre fiel a Susana. No necesito otras mujeres.

—Los hombres necesitáis mujeres siempre. ¡Nosotras envejecemos antes que vosotros y dejamos de interesaros!

—Eso no me pasará a mí.

—Te ocurrirá. ¿Vas a ser tú más sabio que el profeta? Y cuando ocurra, será mejor tener en casa las hembras que andar fuera a buscarlas. Además, se pueden tener varias esposas y serles fiel a todas.

No estaba muy seguro de sus afirmaciones, pero guardé silencio. Sin duda hablaba por ella la experiencia. Me parecía imposible cansarme de Susana alguna vez.

—Por mi parte, adelante —dije—. Sólo queda hablar de economía.

—No es preciso hablar de nada —replicó mi madre He logrado un acuerdo con los antiguos dueños. Aceptan canjear la quinta por el almacén. Dado que ni tú ni yo tenemos interés por el comercio, he llegado a un entendimiento con ellos. Esperaba a tener tu conformidad para empezar la restauración, que corre de su cuenta. Me aseguran que en dos o tres meses puede estar todo dispuesto para que te instales.

—¿Y qué harás con los empleados y esclavos?

—Los empleados seguirán a cargo del nuevo propietario y los esclavos están en venta. No quiero servidores varones a excepción de Omero. Con parte del dinero que resulte os compraré una esclava, ya casados, para que os sirva.

Así de resolutiva y eficaz era mi madre. Entre mi graduación, un emotivo acto presidido por el califa, y mi matrimonio transcurrieron seis meses. Yo estaba cerca de los veinte años y Susana cumplía quince el día de la boda, pues fue la condición impuesta por su padre. Pocos días antes de los esponsales llevé a mi novia a ver la que iba a ser su casa. La acompañaba una de sus criadas. Recorrimos el caserón entre operarios que daban los últimos toques de pintura, barnizaban muebles o pulían suelos. Vimos el pequeño baño que, a imitación de lo que viera en Fez, había ordenado instalar en el sótano. Disponía de conducción de agua caliente y fría por cañerías de plomo, que también llegaban a la cocina y el retrete, amplio y ventilado, orientado hacia el río. Le enseñé el que iba a ser mi gabinete de trabajo: mi despacho, el quirófano y la sala de espera. Recorrimos el patio de galerías cubiertas, artesonadas, suelos de ladrillo apaisado y macizos de arrayanes en torno a los lugares con agua: el pilón central y los cuatro canalillos que surgían de él. Susana no entendía que hubiese tantas habitaciones ni yo quise explicarle las ideas de mi madre. Aprobó las que iban destinadas a Zulema, un dormitorio y una salita en la parte más tranquila del piso bajo. Los ojos le brillaban con una luz extraña cuando me pidió que nuestro dormitorio se instalase en una de las habitaciones de la planta alta, las que miraban al río. Salimos al jardín y nos sentamos frente al estanque de agua quieta. Los rayos del

sol, calando entre las ramas de un magnolio, dibujaban en el suelo de tierra un curioso mosaico claroscuro. Las ranas croaban y los renacuajos saltaban entre flores de loto.

—Todo es precioso —dijo Susana—. Pero me perderé en esta inmensidad.

—Te entretendrás en decorarla, en ponerla a tu gusto.

Fue así. Nada agrada más a una mujer que disponer las cosas del hogar a su manera y llenarlo de flores. Empecé a ejercer antes de terminar mis estudios. Faltando un mes para los exámenes finales tocaron a mi puerta una noche. Yo leía ciertos temas médicos antes de entregarme al sueño. Era un empleado del zoco del pescado, un muladí a quien conocía, qué traía del brazo a una mujer de rostro descompuesto, gimiendo lo mismo que un perrillo.

—Te lo ruego, amo Abul Qasim, atiende a mi madre... —pidió.

—No puedo complacerte —respondí—. Aún soy estudiante y las leyes del califato me impiden ejercer. Si lo hago me expondré a una fuerte multa.

—Nadie se enterará, amo. Tengo fe en ti.

—¿Qué le pasa?

La mujer se quitó el hijab y el velo que ocultaba su cara y pude ver un gran flemón en la mandíbula. No hizo falta más aclaración. Se trataba de un absceso dentario cuya supuración, buscando la salida natural, trataba de drenar por piel. Tenía que ser muy doloroso, pues la pobre mujer se hallaba en un grito. Tuve lástima. Tenía conmigo el instrumental, y en un estuche, la esponja y un frasco con el compuesto soporífero.

—Pasa —dije—. Atenderé a tu madre si no propaga por ahí lo que vas a ver.

—Lo juro por el profeta y su libro sagrado, amo —aseguró.

Ordené a la paciente que se tumbara, preparé escalpelo y tenaza dental y di instrucciones al muladí sobre la mejor manera de sujetar a su madre si se quejaba. Le expliqué a ella la forma de inhalar a través de la esponja y, sin más, procedí. Tratándose de una mujer delgada no hizo falta mucha cantidad de líquido. A la sexta profunda inhalación, el anestésico empezó a dar muestras de actuar: se cerraron lentamente los párpados y se relajaron cuello y miembros. Todavía esperé unos segundos antes de seccionar la piel. Cuando lo hice brotó de la herida un manantial de pus verdoso, fétido, bien trabado. Enseguida abrí su boca, identifiqué la muela cariada y putrefacta y la extirpé con gran facilidad con la tenaza, pues estaba medio suelta. Ahora hubo un quejido sofocado, como cuando algo nos mortifica durante el sueño. El pescadero estaba estupefacto. La mujer se despertó y nos miró con incredulidad, saliendo del letargo. Coloqué una mecha de gasa empapada en vinagre diluido en la herida, puse tres gasas dobladas en el hueco que dejara la muela y vendé la cabeza como si se tratase de una momia egipcia.

—Ya no me duele, hijo mío —aseguraba la mujer, palpándose la cara a través del

apósito, sin creérselo.

—Gracias, amo Abul Qasim —dijo el muladí—. Dime cuáles son tus honorarios.

—No me debes nada, buen amigo, pero a cambio te agradecería que no olvidases tu juramento.

—De eso puedes estar seguro, señor.

Al día siguiente trajeron de la pescadería una merluza grande como un recién nacido, dura y fresca, que olía a mar. Tres días después apareció a media tarde una familia integrada por al menos once individuos gesticulantes y vocingleros. Traían al jefe de la jarea tendido sobre unas parihuelas, dando alaridos. Desde la puerta llamaban a gritos al «estudiante de cirugía». Hube de interrumpir mi lectura y salí para escuchar una demanda muy parecida a la del pescadero. Atendieron a mis explicaciones y, tras jurar por el Corán que guardarían silencio, no tuve más remedio que acceder a sus ruegos. En presencia de tres de sus hijos, pues todos pretendían presenciar la exploración, examiné al paciente, que se hallaba postrado en un puro gemido. Sufría a causa de un trombo hemorroidal, y el ano aparecía tumefacto y ocupado por la gran masa negra —del tamaño de una nuez— y abombada del coágulo sanguíneo. Tras preparar mis cosas, ordené que permaneciera en la sala sólo el hijo mayor. La intervención, con ayuda de la esponja soporífera, fue simple: diez o doce inhalaciones del anestésico, relajación del paciente, anestesia pasajera y ausencia de dolor cuando practiqué la generosa incisión sobre la adelgazada mucosa hemorroidal que envolvía el trombo. El viejo fue recuperando la conciencia ante el asombro de su hijo, más que por la operación en sí, por los negros coágulos que se apelotonaban sobre un paño.

—¿Qué son esas cosas negras, amo? —preguntó bizqueando.

—Se trata de trombos sanguíneos que, a veces, se forman en las venas hemorroidales. Son los responsables del dolor que hacía sufrir a tu padre.

—¿Puedo llevármelos?

Cometí la imprudencia de acceder. Los recogió en el mismo paño y se ofreció a pagar mis servicios, pero rehusé cobrar. Cuando el anciano salió caminando por sus pies y su hijo mostró al clan los negros coágulos arreció el griterío. Varias mujeres entraron y se postraron para besar la cimbría de mi túnica mientras el hijo mayor explicaba a sus hermanos mi actuación, incomprensible para él, y otros hijos y nietos se arrodillaban de cara a La Meca para agradecer al profeta el milagro. Era un sábado. El domingo por la tarde se presentaron de nuevo tres miembros de la tribu encabezados por el hijo mayor. Venían de gran gala: chilabas azules —como los hombres del desierto— recamadas en hilo de oro, fíbulas de plata martelada y azabache, gumías de empuñadura tachonada de fina pedrería y babuchas de cuero tan amarillo como sus capuchas.

—Nos envía nuestro padre —dijo el mayor tras besar mi mano.

—¿Cómo se encuentra?

—De maravilla, amo, gracias a Alá y a tu habilidad que bendiga y aumente el profeta. Nuestro padre te suplica que accedas a cenar con nosotros, única manera de agradecer lo que hiciste. Desea que vengas acompañado de tu señora madre y de quien quieras. Os tienen preparada una fiesta.

—Poco hay que agradecer —admití—. No hice más que aplicar mis conocimientos.

Los cuatro se prosternaron y arreciaron en su demanda.

—Hemos jurado no volver sin nuestros invitados —insistió el portavoz.

—Esperad un segundo —pedí entonces.

Conté el caso a Zulema tras ponerle en antecedentes de los hechos.

—Arréglate mientras yo me compongo en un segundo —dijo—. Rechazar la invitación del jefe de una tribu del desierto es una grave ofensa. Iremos.

Fuimos. Advertidos de la lejanía, mi madre y yo íbamos a caballo escoltados por Omero y los cuatro familiares del viejo. Cada vez más popular, las gentes me conocían como el «estudiante» y algunos proclamaban mi nombre. El sol doraba las copas de los árboles en un soto de la orilla del río cuando llegamos al campamento, diez o doce jaimas desperdigadas donde vivía la gran familia nómada. Eran más de cien, dedicándose al trapicheo, venta ambulante, confección de colgantes, dijes y fíbulas de plata. Habían preparado un gran festejo. En varias parrillas se doraban pollos y pinchos de cordero, mientras varias cocineras condimentaban los ingredientes del tajine marroquí. Nos recibió una orquesta con panderos, chirimías, flautas, panzudas tiorbas y guitarrones arábigos. El jefe de familia, radiante al hospedar a una antigua concubina del califa y a su hijo cirujano, nos sentó a su derecha y no dejó ni un segundo de obsequiarnos ofreciéndonos las mejores tajadas de pollo y el trozo más crujiente de pastel de pichón o rellenando nuestras copas continuamente. Hubimos de eructar varias veces para corresponder a los regüeldos de ellos, típicos y obligatorios en su tribu del Sahara. Tras los postres, deliciosos pastelillos de limón y almendra, hubo licor de arack y al tiempo música y danza. Jóvenes de ambos sexos del clan, con sus típicas túnicas, bailaron a sus modos para nuestro deleite. Era ya madrugada cuando mi madre hizo un pequeño gesto de cansancio, sin poder evitar un mínimo bostezo, y ello fue suficiente para que el anciano jerarca ordenase suspender las danzas y los cánticos dando por concluida la fiesta. Todavía nos obsequió, a mi madre con un mantel bordado y a mí con una fíbula de plata, antes de mandar que fuésemos escoltados por seis hombres armados hasta nuestra casa.

Faltando pocos días para diplomarme como físico vinieron a buscarme otra vez. Se trataba ahora de un obrero que, caído de un andamio, se había fracturado una muñeca. Hubo el mismo tira y afloja que las otras veces y un resultado idéntico. Bajo

los efectos del narcótico, enderecé los huesos desplazados presionando con mis dedos y los mantuve en buena posición con una férula de madera dorsal y otra ventral. Aseguré todo con vendas y, tras comprobar por su color que la sangre llegaba bien a los dedos, despedí al paciente sin cobrarle.

Tres días antes de examinarme de la última materia pasé casualmente por la pescadería del muladí. Me vio de lejos y se alborozó. Me acerqué.

—Tengo los pescados más frescos del arrabal, recién llegados de la bahía de Cádiz —pregonó.

—Estoy disgustado contigo, Alí —le respondí.

—Que me trague el infierno mil veces, señor, ¿qué he hecho?

—Te faltó tiempo para propagar por ahí mi actuación con tu madre, la forma como la curé de su flemón dentario.

—Que me muera aquí mismo si tal hice, amo. Ni a mi esposa le comenté el caso. Seguramente habrá sido mi madre, cotilla y habladora como mujer, la que se fue de la lengua.

Mi boda se celebró primero en la sinagoga y luego en la mezquita. El padre de Susana quiso festejarla a su manera y mi madre no se opuso. Nos juntamos en la mejor venta del arrabal las dos familias y los servidores en un ágape regio: medallones de langosta llegada del Algarve, rape al horno y faisanes rellenos a discreción. Hubo música árabe y canciones hebreas. Yo bailé con mi novia una danza muy lenta, en corro, cogidos de las manos, reminiscencia al parecer de aquellas que su raza bailaba para conmemorar algo, la huida del Egipto, quizá, o las nevadas del maná que, en medio del desierto, les enviaba Jehová para hacer llevadero el camino. Hubo postres de hojaldre rellenos de avellanas y miel. Quince horas duró el festejo a partir de las diez de la mañana, tras la ceremonia nupcial. Cansados, sudorosos, de madrugada nos despedimos de nuestros invitados y nos retiramos a la almunia.

Nuestro primer amor se estrenó frente al Guadalquivir, en una noche complicada y larga. Ayuno de experiencia, pues no entra como tal la desafortunada incursión a aquel burdel de mis catorce años, no pude presumir de maestría. En las artes de Venus y Afrodita cuenta mucho la práctica. Tras desnudarnos con cierta prevención, contemplé su cuerpo a la incierta claridad de una luna muy pálida. Luego nos abrazamos, besé su boca que se me ofreció esta vez sin remilgos y jugueteé con ella, pero cualquier intento de ahondar en su hendidura impar resultaba doloroso. Me excitaban los aromas que brotaban por los poros de su piel, distinto según su procedencia: jazmín en sus senos y espalda, caramelo tostado en su pelo, violeta en las palmas de sus manos, ácido en las axilas y acre sudor de niña en todo lo demás. Sangró y tornó a quejarse cada vez que intenté profundizar en se húmedo interior. Se abrazaba a mi cuerpo de manera convulsa, tanto que me pareció muy cruel hacerle daño. Besé otra vez su boca, acaricié su pelo, la estreché entre mis brazos y se quedó dormida.

Paseamos al día siguiente por la orilla del río, muy temprano, enlazados del brazo. Omero, sentado en el tronco de un árbol, impedía el paso por allí a los pocos intrusos siguiendo órdenes mías. Parecía defraudado. Esperaba quizá ver ondear en la terraza la sábana nupcial sanguinolenta, mudo vestigio de la virginidad perdida, como es costumbre tuareg. Nos habían subido al dormitorio leche y dátiles, zumo de naranja y mojicones de un convento cristiano, que habíamos devorado.

—Me siento avergonzada —dijo ella—. ¿Qué le diré a mi madre? Me explicó muchas veces lo que iba a suceder, mas no esperaba que fuese tan difícil.

—No debes preocuparte. Miente. Dile que todo fue bien.

—Esta noche lo haré mejor; te lo prometo, amor.

Cumplió su promesa. De manera espontánea, o heredada tal vez, entendí que el amor debe hacerse despacio. Es un proceso parecido al de la digestión: trágate un cuarto de cordero con grandes bocados y conseguirás sudar a chorros ganando un

sopor que te dejará inerte. Hazlo en cantidad adecuada, insalivando bien los bocados pequeños, y disfrutarás del alimento. En consecuencia, acaricié su piel desde la planta de los pies a la cabeza, lentamente, recorriéndolo todo. Lamí sus deditos pequeños y el surco que los separa. Subí hacia arriba. Hubo zonas sensibles y especiales que visité dos y tres veces. Tenía un ombligo hecho de curvas crípticas y un nido del placer lleno de enigmas que no pude descifrar por completo aquella noche. Los peciolos de sus senos de núbil crujían al ser mordidos lo mismo que el hojaldre de tahona recién hecho. Indagué con la lengua en los oídos, acaricié su espalda y el hoyuelo que conforma su final, allá abajo. Cuando se dilataron los poros de su cuerpo conformando el aroma que enloquece a los hombres, al notar un cambio en el sabor de su saliva, mucho más acre, y sentir que se aceleraban pulso y respiración, al tiempo de clavarme las uñas en la espalda y escuchar su súplica acezante, «hazlo ya, te lo ruego», entonces ahondé en ella en medio de rugidos y gemidos convulsos. Conseguimos un clímax exacto, compartido, simétrico, y dormimos machihembrados el resto de la noche.

Como no recordaba el mar —lo había visto de niña una vez en Almuñécar— la llevé a Málaga. Un dhow nos trasladó a Sevilla y después, costeando, a aquella capital tras fondear en Algeciras y Benalmádena. Le perdió el miedo al lecho y no rehuía los encuentros nocturnos en los limpios mesones y posadas que albergaron nuestro delirio acústico. Fue en Málaga donde le cogió el gusto, buscándome anhelante. Paseamos al sol, hablamos mucho, comimos pescado y ensalada en los figones de la playa larga, a la orilla del agua, y nos bañamos vestidos en el Mare Nostrum. Ahitos de amor y boquerones fritos regresamos a Córdoba a las cinco semanas en los caballos que, con Omero, enviaba mi madre. Andalucía exultaba del verdor de sus bosques cuando pasamos por Antequera y Cabra. Susana estaba cada día más preciosa. Lo primero que hizo al entrar en nuestra casa fue buscar un lugar adecuado donde vomitar.

Sabedores de mi vuelta al hogar, una larga fila de pacientes esperaba mi regreso. Mis jornadas eran agotadoras pero, a cambio, hacía lo que amaba y disfrutaba con ello. Contratado por el califato como cirujano, pasaba las mañanas en el maristán. Adoctriné a Omero para que desviara a los enfermos al hospital y allí me consultaban y eran tratados. Era la única forma de no convertir mi casa en la sucursal de un manicomio. Sólo aquellos que podían pagar mis tratamientos eran atendidos en consulta privada. Desde el principio lo tuve claro. La profesión de cirujano implica generosidad y desprendimiento: nadie debe quedar sin prescripción por falta de dineros, pero aquel que puede debe afrontar el gasto que supone nuestra larga preparación y el sacrificio. No todos abonaban similar peculio: el dueño de un mesón pagaba tanto, el propietario de un inmenso bosque cuanto, y el aristócrata terrateniente, amo de muchas almas y señor de grandes labrantíos, una cantidad

exorbitante. A cambio del dispendio, los recibía en mi casa, donde hacía también las operaciones delicadas.

En el maristán seguía a las órdenes de Al-Qurtubí. Quise detectar en él un cambio de actitud al principio sutil, pero no pasó de eso. Quizá lo alteraba mi fama en auge o la aureola que se formaba en torno a mi persona. En cualquier profesión surge el gusanillo de la envidia ante el recién llegado, el primerizo, algo inevitable que hay que entender y hacerse perdonar. De entre los estudiantes de primer año me buscaba ayudantes que iban rotando, para dar oportunidad a todos de formarse. Me acompañaban en la visita diaria a los pacientes y escuchaban muy atentos mis explicaciones y diagnósticos. La primera vez que utilicé la esponja soporífera en el hospital —para dilatar un absceso cutáneo— causó estupor. Me llamaron a sus despachos Al-Qurtubí, Al-Mayuri y Ben Saprut. A todos expliqué con pelos y señales la gestación de aquella fórmula científica, la búsqueda incansable de bibliografía durante meses y el hallazgo final. Podía, egoísta, haberme reservado la mágica receta, pero ni es mi estilo ni es conforme a la enseñanza médica y a nuestro juramentó. Los progresos deben comunicarse entre galenos para el avance de la ciencia. Diversos físicos y cirujanos comenzaron a utilizar mi esponja. En cualquier caso, ello no disminuyó la afluencia de pacientes: la mayoría, en el hospital, deseaba que fuese yo su cirujano. El primer año dilaté cuatrocientos seis abscesos de todo tipo e intervine ciento siete casos de hernia, hemorroides, amputación de miembros y tumores de piel.

La primera operación de catarata la efectué en mi clínica, como había visto hacer en Fez a Ibn Safi. Era una técnica demasiado delicada para hacerla en público, rodeado de estudiantes y sudorosos familiares del paciente, tal como ocurría en el hospital por norma. Tenía ya varios ansiosos candidatos pero, antes de decidirme, escogí a dos de mis alumnos y los formé despacio para que me ayudaran. Disponía del material idóneo, excelentes pinzas y escalpelos que fui a encargarse a Toledo personalmente, y del lugar ideal, un quirófano amplio, luminoso, con tres lámparas de petróleo por si se hacían precisas para complementar la luz del sol. El mejor óptico del arrabal me había fabricado una lente de aumento que, como innovación, podía acoplarse a unos anteojos similares a los que utilizan los présbitas. Elegí a la madre de Eleazar Al-Balluti, gran visir de Córdoba y personaje de confianza del califa. Se trataba de una mujer de unos sesenta años, famosa que fuera por su belleza y que, a consecuencia de su afección bilateral, había quedado ciega. Su aspecto además, resultaba patético: dos grandes manchas blancas que, velando los iris de sus ojos, causaban terror o franca repulsión, hasta el extremo de que había restringido sus salidas, ella, que era imprescindible en cualquier fiesta palaciega.

Sabía que me jugaba mi prestigio como cirujano si no obtenía la curación de la paciente, cosa que, supe de buenas fuentes, esperaba más de un intrigante y mezquino envidioso en el maristán y en la corte de Medina Zahara. Podía haber elegido una

paciente de menor entidad, pero preferí apostar fuerte. Tres días antes de la intervención ordené limpiar a fondo el quirófano y vedé la entrada en él. Quería impedir que hubiese polvo, un enemigo mortal de la operación, según Ibn Safi. Sólo entramos a la sala quirúrgica la paciente y mis dos ayudantes, descalzos, pues calculé que con las babuchas podía introducirse polvo. El visir, acompañado de algunos de los nietos, esperaba fuera. Exigió presenciar la intervención, pero impuse mi autoridad manteniéndome firme. Administré a la enferma una taza caliente de valeriana. Tras lavarnos las manos despacio, con cepillo, todo fue mejor de lo esperado. Ante el pasmo de mis colaboradores, practiqué la incisión en el lugar correcto de las córneas, extraje las telillas opacas y apliqué los vendajes. En menos de una hora todo estaba ultimado. Di las pertinentes instrucciones a Al-Balluti antes de retornar a su residencia de la sierra, una preciosa almunia y un terreno acotado para caza mayor. El visir y su escolta hubieron de sortear el gentío que se había congregado ante mi casa, sabedor de la presencia en ella del mandatario. La semana transcurrió para mí con mediana zozobra: estaba seguro del éxito de la intervención, pero la cirugía no es una ciencia exacta. Al octavo día se presentó la paciente rodeada esta vez de toda la familia, hijos —con el visir al frente—, nietos, sobrinos, primas y demás parientes. Eran tantos que llenaban mi patio, que es espacioso, y el zaguán. En silencio, expectantes y serios, aquello parecía más un velatorio. En presencia esta vez de Eleazar, fui quitando el vendaje lentamente manteniendo la estancia en penumbra. Al despegar la última gasa pude ver el antiguo resplandor en la mirada verde de la paciente. Hubo un momento de aguzada expectación. Ordené que, muy despacio, dejaran entrar algo de luz graduando el postigo. Paseé una mano por delante de su rostro mientras con la otra cruzaba los dedos.

—¡Bendito sea Alá! —exclamó—. ¡Veo!

Mi crédito creció de forma exponencial. Las mañanas eran un agobio de tullidos dolientes, en doble fila, solicitando mis servicios en el hospital, y las tardes un constante trasiego de enfermos que acudían desde cualquier punto del arrabal, Córdoba y sus alrededores a mi clínica. Hubo días que oscurecía y seguía viendo pacientes. Como última instancia, aumenté el precio de intervenciones y consultas privadas en aras a amenguar la demanda, con pobres resultados. Efectuaba al menos nueve intervenciones mensuales de catarata entre mi casa y el maristán. A las pocas semanas de operar a la madre del visir vinieron a buscarme de Medina Zahara: el califa precisaba mis servicios. Yo había cumplido veintidós años y tenía experiencia quirúrgica, pero reconozco que la llamada del todopoderoso Omeya me causó mediana desazón.

Ignorante del motivo del requerimiento, pero debiendo ser de tipo médico, me presenté en palacio con mi instrumental a punto y el estuche con el anestésico. Nada

había cambiado en el lugar que me viera nacer: la misma guardia muda del califa y el sol dorando iguales mármoles. Sólo habían crecido las palmeras, pues el gran salón central me pareció más chico, y es que el ojo del niño agranda la realidad a tamaños utópicos. Pisé los suelos de mármol de mi infancia recubiertos de alfombras marroquíes y orientales, vi las paredes cubiertas de tapices y me extasié ante las enormes lámparas de hierro de diez brazos, ascuas de luz girando eternamente. Dos mastodónticos guardianes me introdujeron en las estancias privadas del califa. Abderrahmán III contaba a la sazón cuarenta y seis años. Iniciándose ya en la vejez, con un batín de ataujía recamada y en babuchas, tenía un aspecto corriente, el de un tendero acomodado del zoco o un desahogado comerciante en sedas. Falto de fasto y ceremonia, nada en su figura delataba grandeza o la majestad que debe suponerse en un monarca. Era de mediana estatura, de tez clara y cabello trigueño, pómulos salientes, mirada negra y apagada y ademanes corteses. Al recibirme irguió su figura, tratando quizá de realzarla, pero el efecto fue poco convincente. Me lo quedé mirando: aquel ser anodino poseía más hembras que un ciervo dominante. Al entrar se retiraron dos mujeres que, posiblemente, lo distraían o leían para él. Tras la sonrisa que trató de esbozar, su gesto era de dolor inequívoco.

—Tenía ganas de conocerte, Abul Qasim —dijo en aljamía—. Se habla cada vez más de ti...

Me acerqué y me postré ante él, besándole la mano que alargó. Era una mano pálida, fofa, que temblaba como la vela de un jabeque puesto al paio. Olía a incienso.

—Dime qué es lo que deseas, mi señor, y veré si puedo complacerte —dije tras enderezarme y dar un paso atrás.

—Eres hijo de Zulema... —dijo pensativo, obviando mi pregunta—. Tienes la forma de sus ojos y un mentón semejante, pero ella es más hermosa.

—Espero... —repliqué.

—¿Por qué? No es mala la belleza en el hombre. ¿Qué tal está? Todavía recuerdo su tímido candor y su sonrisa. Supe de su viudez. Y lo sentí por ella. Hassan, el marido que le busqué, era un buen hombre. Y rico...

—Mi madre está bien, mi señor. Me envía sus recuerdos y besa tus pies —mentí—. Ha agradecido muchas veces tu munificencia.

Quedamos en silencio. Por un ventanal, a la derecha, se contemplaba una parte del riad: un bosquecillo de sicómoros y varios pavos reales. Llegaba el rumor de las aves canoras y del agua de los surtidores. Siempre el agua. Torné a mirarlo con incredulidad: aquel hombrecillo quejoso y semicontrahecho era dueño y señor de las inmensas posesiones de Al-Ándalus.

—He sabido del portento que obraste con Fátima, la madre de mi visir. Mejor: lo he visto con mis ojos. ¿Cómo lo hiciste? ¿Se trató de ciencia, hubo magia o fue

casualidad?

—Fue ciencia, señor, y cierta habilidad. Lo poco que sé lo he aprendido estudiando en la medersa y en la aljama que tu probidad ordenó construir. La técnica de aquella intervención la aprendí en Fez y no es difícil. Me propongo divulgarla para que puedan efectuarla otros cirujanos en nuestro maristán.

—¿Qué edad tienes? Me he perdido en la innúmero cuenta de mis hijos...

—Veintidós, mi señor.

—Y ya eres médico.

—También soy cirujano, señor.

—Tendrás mujer, supongo.

—Susana. Y un hijo de casi un año, que da sus primeros pasos.

—Ninguno de mis hijos legítimos ha estudiado con fundamento —admitió—. Sólo saben montar a caballo, cazar u holgar en fiestas y zambras sin cuento, la mayoría de final amargo. Tú eres más listo que todos ellos juntos. Me siento orgulloso de ti. ¿Te gustan los caballos?

—Me apasionan.

—Entonces compartimos afición. Mi problema es que desde hace varios días no puedo cabalgar. Por eso te he llamado.

—Lo adiviné al ver tu postura dolorida, mi señor, sentado en el borde del sillón. Algo te lo impide. Déjame verlo.

—¿Y si te dijera que me aterra hacerlo? Ningún hombre ha visto mi trasero.

—Los médicos, señor, en el ejercicio de nuestra ciencia, ni vemos, ni oímos, ni hablamos de lo visto u oído: siguiendo a Hipócrates, nos lo veda nuestro juramento.

Abderrahmán me miró calculando. Pasó por fin la mano por la barba rojiza y, sin decir palabra, se puso de rodillas sobre un diván, se alzó la bata y descubrió sus glúteos. Me acerqué. La nalga derecha se hallaba enrojecida, pero no se veían ni abombaban la piel abscesos purulentos.

—Preciso de tu colaboración para un mejor diagnóstico, señor. Puede que te haga daño. Separaré suavemente tus nalgas. Se trata de observar por completo la región anal.

—Adelante —llegó su voz nasal.

Lo hice despacio, para evitar dolor y contractura. Ante mis ojos apareció un grueso divieso perineal, junto al rafe medio. Contemplé su cráter verdoso del contenido purulento, las laderas levantadas, rojizas, y la base dura e inflamada. Estaba ya maduro para la dilatación. Cesé en mi acción y ordené al califa que se incorporara.

—Padeces un molesto divieso en salva sea la parte, mi señor. Es precisamente el cabalgar lo que lo ha provocado.

—No me lo digas —dijo, torciendo el gesto—. Hace unos años padecí un flemón

en parecido lugar y no quiero acordarme del sufrimiento que me dio, ni del inepto cirujano-barbero que lo abrió, que Alá confunda. Vi las estrellas de ambos hemisferios y la luna en sus fases completas.

—Si colaboras no sufrirás el menor daño —afirmé.

—No te creo. Me temo que habré de padecer...

—No lo harás, señor —aseguré—. Necesito un diván donde puedas tumbarte y alguien que nos ayude a separar: tus nalgas.

—Naira servirá para eso —dijo con la vista nublada.

Tras llamar a la enfermera ocasional, fuimos a un saloncito anejo donde había una otomana grande. Naira colocó un paño sobre ella y el califa se tumbó boca abajo mientras yo cargaba de anestésico la esponja. Cuando estuvo dispuesta, la coloqué en sus manos y ordené que respirara profundamente a través de ella.

—Se trata de un producto de olor desagradable pero que tiene efectos anestésicos —le informé—. Sentirás alguna molestia soportable, mi señor. Todo será muy rápido.

Tras docena y media de inhalaciones, calculé que el narcótico hacía su efecto y ordené a Naira que separara ambos glúteos con sus manos antes de dar un profundo y decidido tajo con el escalpelo sobre el cráter abombado y caliente. Abderrahmán lanzó un débil quejido mientras un chorro maloliente de sangre y pus trabada erupcionaba por el orificio lo mismo que lava de un volcán. Dilaté con la pinza de forma que no quedara magma putrefacto en lo profundo, introduje en la herida la punta de una gasa empapada en vinagre diluido y coloqué un apósito que fijé con venda. El califa volvía a la realidad, como después de un sueño.

—¿Ya está? —preguntó con los ojos en blanco.

—Siento haberte dañado, señor. Pero fue necesario: todo ese pus infecto criabas dentro de ti —afirmé, señalando el paño bañado en pus sanguinolento.

—Tan sólo noté un leve y lejano dolor cuando cortaste —aseguró—. Ahora puedo moverme sin molestias. ¡Apenas siento nada!

Durante una semana hice las curas. El truco en un absceso abierto es diferir la primera cuarenta y ocho horas, como mejor forma de ablandar los tejidos y no causar dolor o un dolor mínimo. De aquella forma obré. A los ocho días, la zona, indolora, presentaba un aspecto casi normal, con buen color y restos de la incisión que cicatrizaba sin problemas. Dije al califa que ya podía reanudar sus baños.

—Los echaba más en falta que el comer —dijo.

Pareció meditar unos segundos. Era como si lo poseyese un extraño pudor, tal que si no le saliesen las palabras. Por fin, con cara satisfecha, halló la mejor forma de expresarse:

—Te seré franco, Abul —siempre me llamó Abul—, hasta que topé contigo desconfiaba de físicos, médicos y barberos. Forman, por lo común, una banda de zafios de pocas letras, cantamañanas ineptos y pagados de sí. Tú, en cambio, me

deslumbras. Eres sincero y humilde, pero al tiempo más sabio y hábil que todos ellos juntos. Desde este instante quedas nombrado jefe de mi equipo médico.

Mi sorpresa fue enorme al salir: un palafrenero sostenía de las bridas la pareja de equinos de raza árabe más hermosa que ponderarse pueda; un alazán de capa rosarina y una yegua tan negra como noche de invierno sin luna y sin estrellas.

El año 959 del nacimiento del profeta cristiano, 337 de la Hégira, fue el de mi viaje a La Meca. Me acompañó mi madre, pues Susana terminaba de dar a luz a nuestro segundo hijo. Ella quedó al cuidado de los pequeños, ayudada por una corte de niñeras y sirvientas. En realidad, La Meca fue el pretexto. Que Alá me perdone, pero creo poco en dioses. Creo en el ser humano, en los árboles, en los caballos y en un Ser omnisciente que gobierna la tierra a su manera y es el mismo para cristianos, musulmanes, hebreos y budistas. Mi peregrinaje fue para ver caras nuevas, comprobar qué tipo de cirugía se hacía en Arabia, Constantinopla, Atenas, Roma o Nápoles e intentar conocerme a mí mismo.

He tenido que esperar toda una larga vida para responder a preguntas muy simples. ¿Quién soy yo? ¿Qué represento? Me tengo por hispano de ley. He nacido en plena piel de toro y me he hecho a sus maneras. Conozco el mundo y no comulgo con las costumbres ni la forma de ser de mis hermanos de raza en otras latitudes. Dije hermanos de raza y tal vez me excedí, pues la mía está mezclada. Sabiamente mezclada en una sana urdimbre de las razas hispanas que un día fueran tartesias, iberas, lusas, cántabras, vascas, cartaginesas, romanas y visigodas. Es el caso de muchos por aquí. Según Ibn Abdalah, un sabio profesor de la medersa que cuenta ochenta años, pocos árabes en nuestra península tienen sangre sólo árabe. Todos tenemos ya más sangre hispana que siria, yemení o beréber. Asegura Abdalah que fueron pocos los invasores islamitas y que, en realidad, los árabes «estaban aquí ya». Los escasos conquistadores encontraron un país tan asolado, tan pervertido, tal ultimado, que fue coser y cantar convencer a aquellas gentes míseras de que el islam representaba la seguridad. En cuanto a religiones, la cristiana se encontraba tan infestada de herejías e impostores, y tan desprestigiada, que fue fácil cambiarla. En resumen: para aquel docto profesor nuestra dominación se resumió en la incorporación al islamismo de un pueblo de sangre latina que adoptó la religión de Mahoma sin entusiasmo, pues tan sólo aspiraba a comer caliente y a medrar a la sombra de los nuevos amos.

Antes de partir había pasado dos años trabajando sin cesar, contaba con el reconocimiento general y el muy particular de Abderrahmán III. El califa, tratado por mí en el ínterin de su estreñimiento pertinaz y de un penoso absceso en una axila, bebía en mis manos. Éramos invitados fijos a todas las fiestas y recepciones palaciegas, recibiendo en ellas un trato principesco. Zulema, caso insólito, se sentaba a la derecha del califa en medio de la suspicacia de la favorita, una bellísima cristiana

granadina de dieciocho años, y yo lo hacía enfrente, con Susana a mi lado.

Al tiempo de nuestra marcha, que Abderrahmán consintió sin ocultar su pesar, nos fue asignada guardia personal, íbamos como grandes señores: pasaporte sellado y firmado de mano del califa y cartas para los emires y bajás de Tánger, Argel, Candía en la isla de Creta, Haifa en Palestina y los ulemas de Arabia. Como pensábamos regresar por Constantinopla, Atenas y la península italiana, el visir nos dio misivas de su mano para el emperador de Bizancio y el duque lombardo que gobernaba en Nápoles. Cuatro servidores propios encabezados por Omero portaban en tres grandes baúles el bagaje. Zulema exultaba de gozo. Era su segundo gran viaje, pues sólo había salido de Córdoba la vez que, conmigo acompañó a su marido a Barcelona. Dos bolsas, que estallaban con el peso de tanto dinar de oro, se ocultaban cada una en el doble fondo de los arcones.

Partimos a primeros del abril cristiano. El río Guadalquivir bajaba lleno y manso cuando embarcamos en el lanchen, sólo para nosotros, atracado junto al puente romano. Mi madre lo miraba todo con sus ojos más grandes. Sólo por ello merecía la pena aquel periplo. El patrón de la nave tenía órdenes de acceder a mi menor capricho hasta llegar a Tánger, donde terminaban sus servicios. Vimos Sevilla muy despacio y Cádiz no tan lento, como ciudad menor. La travesía del estrecho fue apacible. Zulema parecía soñar viendo a la nave y a su espumosa estela dejar la costa hispana. Me preguntaba cosas sin cesar, como una niña aplicada que aprende. Le advertí que en otras partes del islam no eran tan permisivos como en Al-Ándalus y las mujeres iban cubiertas, a veces de los pies a la cabeza, sin permitir que se viera de su piel ni el color. A partir de Tánger debería usar el velo delante de los hombres.

—No puede ser... ¿Cuál es la causa?

—Aplican de una manera estricta las normas contenidas en el Libro. En algunos lugares, de una mujer no se ven ni los ojos.

—No lo entiendo. ¿Qué hay de malo en que una fémina exhiba su belleza? ¿Para qué estamos hechas por el Creador si no es para mostrarnos como somos? ¿Si las cristianas pueden hacerlo, por qué no nosotras?

—Sé poco de religión y nada de teología islamita, madre. El profeta, que dictó las bases del sistema, pretendería, imagino, sojuzgar a la mujer, dominarla y poseerla con exclusividad, hurtándola a la mirada del varón ajeno. Afortunadamente, en nuestra tierra las cosas funcionan de otra forma y las hembras sois más libres.

—Tan sólo un poco más —sostuvo ella—. Si no vuelvo a casarme es por mantener mi independencia. Yo puedo hacerlo al ser rica, pero pienso en la inmensa mayoría de las mujeres árabes. Odio la idea de someterme a la voluntad de cualquier hombre.

—A ti no te fue tan mal como concubina del califa... —dije.

—Merced a mi belleza y maña, tuve suerte. Aun así, a ti puedo decírtelo, no he

amado a ningún hombre. Y eso es triste. Daría la mitad de mi fortuna por poder encontrar un varón que me amara de verdad y me respetara, aunque fuese cristiano.

Vimos Tánger en dos días espléndidos. Nos alojábamos en la mejor posada de la ciudad, a los pies de la ensenada tangerina de rubia y fina arena. Zulema quiso mojar sus pies en el agua del mar y lo hizo un par de veces, muy de mañana, vigilada de cerca por Omero, ante la atónita mirada de los pescadores que vaciaban sus nasas y el estupor de los escasos viandantes. Disfrutaba de su libertad y del anonimato, pues en el arrabal todos la conocían. Compró en el zoco varios aderezos de plata y se tatuó los pies con henna en un puesto de tatuajes al aire libre.

—Tienes ya muchas joyas...

—Lo sé —dijo—. Éstas son para Susana y el resto para guardar. Algún día serán para tus otras hembras.

Lo cierto es que, a fuerza de decírmelo, iba calando en mi cerebro la idea del harén. Si mi religión lo permitía, ¿por qué despreciar algo tan agradable? Era un hombre con medios económicos y tonto sería prescindir de mis prerrogativas. Pero aún no lo veía cercano. Pensaba en ello durante mis paseos con Zulema por la plaza, frente a la mezquita principal, a la vista de las moritas jóvenes. Se desprendía el deseo en sus miradas húmedas y brillantes. ¿Qué pensaría la gente de nosotros? Nos tomarían quizá por una pareja de extravagantes andalusíes en viaje de bodas. Y es que Zulema, tan delgada y vistosa en sus túnicas de colores chillones, parecía una niña. Indagué en busca de un maristán similar al de Fez, mas no lo hallé. Largas filas de enfermos, mezclados con pordioseros y lisiados de cien clases, hacían cola en uno de los zocos ante un truchimán con aspecto de físico embaucador.

Hallamos plaza en un dhow que iba por la costa, cargando o dejando mercancía. Al tercer día desembarcamos en Argel, que es lugar despejado, con un poblado puerto a los pies de una colina muy arbolada. Nos gustó Al-D'Jazair. Habitaban la ciudad beréberes, tuaregs, fatimíes y tribus nómadas del desierto que obedecían al bey, tributario a su vez del califa de Córdoba. Pero se notaba en el ambiente cierto desasosiego. Los fatimíes especialmente se mostraban inquietos, bulliciosos, pregonaban sin disimulo su despego al califa, al que llamaban despectivamente el «hereje de Córdoba». Tajantes y extremistas en las aplicaciones de las leyes coránicas, execraban de la vida del Omeya andalusí y tramaban independizarse de su yugo, como ocurrió no ha mucho. El bey se deshizo en atenciones con nosotros, sin consentir otra cosa que hospedarnos en su propio palacio, en lo alto de la verde colina donde medraban al alimón palmeras, abedules, sauces, magnolios y gardenios. Era un personaje muy curioso. De ojos claros, saltones, grueso hasta decir basta, pequeño de estatura, parecía embutido a presión en un caftán una talla menor o heredado de su padre aún más retaco. Al comer se cambiaba tres veces de chilaba, pues la grasa de cordero le caía por la papada como esos torrentes que se forman en los terraplenes

tras la lluvia con chorretones informes. Detrás de él, siempre que había cordero o pavipollo, se situaba un criado con una túnica de respeto doblada en su antebrazo. Aun así, se trataba de un ser afable, sonriente, que nos alojó en las mejores habitaciones de su alcázar, las que daban al mar, con unas maravillosas vistas a la bahía. Una delicia.

Recorrimos la poblada ciudad —se hablaba de doscientas mil almas— a lomos de borrico, pues, dado el constante sube y baja, era imposible hacerlo de otra forma. Con Omero de vigilante y un guía del bey, elegimos los asnos de apariencia más dócil y a ellos encaramados visitamos la kasba, la medina, la alcazaba y los mercados más notables. Jamás olvidaré los pinchos de cordero al modo local con que nos obsequiaron en un figón de la medina. No he comido nada más sabroso: en espetones de madera, entreverados de su propia grasa, se doraban trocitos de cordero mollar adobados de especias del desierto. El guía pidió dos docenas ante mi asombro. Tenía su explicación: se quedó corto. Culminamos la merienda con vino nuevo de la Cabilia y pastelillos de aromática miel de Bujía. Lo mismo que en Tánger, quise hallar un hospital moderno, al modo cordobés, pero no existe. Nubes de enfermos y tarados mezclados se veían tirados por las calles, alguno aspirando del humo vesicante que produce al arder la negra y maloliente pasta obtenida del bulbo de la adormidera.

Cinco singladuras nos llevó el viaje a Creta, esta vez a bordo de un bajel. La nave se movió rodeando Lampedusa, un islote frente al golfo de Sirte, en la Libia, pero ni mi madre ni yo nos inmutamos. Perro viejo en travesías marítimas, había aprendido de un marinero en el viaje que hiciera a Barcelona que el mejor remedio contra el mareo de mar son los licores finos. Previamente al embarque y todas las mañanas nada más despertar, lo mismo que si se tratara de un remedio contra la influenza, nos bebíamos una copa colmada de licor de arack, y era mano de santo.

Candía es ciudad pequeña, capital de una isla deliciosa que, a nuestro paso, estaba gobernada por un personaje que se titulaba Señor de Creta. Sus habitantes eran idénticos a los andalusíes: morenos, discretos de estatura y muy vivaces. Todos hablaban una extraña aljamía, como si hubiesen retrocedido en el tiempo un siglo atrás y su romance castellano permaneciese sin evolucionar, tal como era cuando los árabes cruzaron el estrecho hace doscientos años. La historia es muy curiosa. Tras la famosa revuelta del arrabal en tiempos del emir Al-Hakán II, en la que, tras ser bañada en sangre fueron ejecutados más de mil levantiscos renegados incluido algún ulema, fueron desterradas de Córdoba miles de familias. Tras cruzar el estrecho camino del exilio, muchas de ellas se dirigieron a Fez, donde se instalaron en su propio barrio andalusí que yo recorriera, pero el grueso de la expedición, cerca de cuarenta mil personas con un ejército de cuatro mil hombres curtidos en la lucha, partió hacia Alejandría en una marcha épica con carros y dromedarios por todo el norte de África, venciendo mil peligros. Los conducía Abú-Hafs-Omar, un valiente

guerrero renegado más tarde conocido como el Muladí en todo el Mare Nostrum. Llegaron a las puertas de la ciudad que fundara Alejandro, el inmortal general macedonio, la conquistaron y se quedaron allí más de diez años. Después, acosados por un ejército que mandó el sultán abasí de Damasco, aquellos muladíes embarcaron para Creta, que conquistaron a los bizantinos. Y allí estaban sus descendientes hablando el mismo idioma, con su misma alegría e idénticas costumbres. El Muladí gobernó con honradez y mano dura hasta su muerte, pero, como suele ocurrir, sus descendientes medraban en la indolencia y vivían de las rentas. Aun así se veía mayor orden y prosperidad que en nuestras anteriores escalas.

Sin aparente resquemor —al fin y al cabo nos recomendaba Abderrahmán III, un poderoso príncipe descendiente del emir que expulsara a su abuelo de Al-Ándalus—, el Señor de Creta nos recibió en su palacio y nos colmó de honores, y más cuando supo mi condición de cirujano. Según pude deducir de sus palabras, gobernaba una especie de república teocrática en la que él era el máximo pontífice. La población era teóricamente de religión islámica, pero en la práctica había completa libertad de cultos, cristianos —que allí son ortodoxos— y mahometanos vivían en armonía. Había conservado las buenas costumbres islamitas, haciendo gala de un bien nutrido harén, pero era amigo de las artes y las ciencias y había edificado una medersa que era ejemplo cultural en todo el oriente mediterráneo. Se ofreció a mostrármela y acepté. Era espaciosa, luminosa y ventilada, de amplias aulas.

Bien dotada de profesorado, tenía una particularidad: podían asistir las niñas hasta los quince años. A aquella edad culminaban sus estudios, pues les estaban vedadas las titulaciones superiores. Más vale algo que nada, me dije pensando en Córdoba. Había visto ciertos preparativos guerreros, pues reforzaban las murallas de la ciudad, y lo comenté. Me dijo el gobernante que rondaban Creta, perla de rara belleza rica en bosques y olivos. Comprendí que era cuestión de tiempo que cayera en manos de unos u otros. Y así fue: no hace mucho Bizancio recuperó el que fuera su emporio de manos de Nicéforo Focas, su bravo capitán.

En la visita al hospital y su quirófano, casi tan hermoso como el nuestro de Córdoba, me pidió el mandatario que hiciera para sus físicos una demostración de la técnica quirúrgica para la catarata, lo que hice sin esfuerzo, pues viajaba con mi instrumental. Tras seleccionar a dos de ellos como ayudantes, intervine tres casos avanzados y coseché gran éxito. Recorrimos gran parte de la isla, que es estrecha y alargada, de altas cumbres, y a las tres semanas embarcamos en un navío maltés que partía para Haifa. Nada más llegar al puerto palestino, un destartado villorrio inhóspito y ventoso, alquilamos un amplio carruaje cubierto donde nos acomodamos Zulema y yo, y, amarrado en la parte de atrás, el equipaje envuelto en lona embreada. Nuestros servidores iban a caballo y Omero hacía de auriga al lado de un guía que conocía la zona. Vimos Jerusalén a la carrera y, en cuatro calurosas jornadas, a través

del desierto del Neguev, llegamos a Aqaba, un puerto en lo más profundo de un golfo que emanaba del mar Rojo. Si encontrábamos posada decente, dormíamos en ella, pero lo habitual es que lo hiciésemos al raso, nosotros tumbados en los asientos del carruaje y los hombres envueltos en capotes de piel para combatir el relente nocturno. Poco hay que referir de Palestina. Jerusalén es un discreto mercado que se disputan árabes, hebreos y cristianos griegos. La mezquita de Omar o de la Roca —llamada así por contener la piedra desde la que, según la tradición, Mahoma subió al cielo— se halla en buen estado, pues es reciente, y es famosa por su gran cúpula y sus mosaicos coloristas, mientras que el templo de los judíos es sólo un murallón que muestra en sus adarajas las dentelladas del tiempo. Hay algunas iglesias dedicadas al profeta cristiano, entre ellas una con el sepulcro que contuvo su cuerpo tres noches, pero no tienen otro interés que confirmar que las religiones monoteístas son similares a la hora de relatar prodigios imposibles: si Mahoma ascendió por las nubes como un pájaro, Cristo resucitó de entre los muertos y Jehová alimentó a los israelitas con pan caído del cielo.

Descendiendo por la ribera del mar Muerto, era tal el calor asfixiante que decidimos bañarnos. Lo hicimos todos: las acémilas que tiraban del carro, los caballos, Omero, los sirvientes y nosotros. Lo organicé de forma que mi madre pudiera sumergirse en el agua sin peligro alguno de ser vista. Los dos quedamos rezagados en el carro, en una zona arenosa y abierta como toda aquella parte de la costa. Los hombres prosiguieron a caballo, siguiendo mis órdenes, hasta un punto hacia el sur tan alejado que sólo se divisaban las siluetas borrosas. Fue un baño delicioso. El agua rompía en la orilla originando marullos de ola chica y la brisa levantaba conchas y arenisca. Reconozco que me conmocionó ver el cuerpo desnudo de mi madre. Fue de perfil, de espaldas y de frente, apenas un segundo. Mantenía erguida la figura, sus senos no caían por su peso y su cintura era de núbil. Tuve una erección inexplicable o quizá no lo fuese. El hecho es que hube de lanzarme al agua de cabeza para refrescar en ella mis ardores. Zulema se dio cuenta. Aun así, pudo en ella más el eterno femenino y saltó entre las olas, brincó y celebró el chapuzón a grandes voces haciendo caso omiso de mi turbación. Ya limpios y frescos, salimos del agua al mismo tiempo. Ella me miraba sin cortarse y en sus labios se dibujaba una sonrisa.

—Precisas de una mujer más que el comer —dijo mientras se secaba el pelo con un paño.

No contesté. Un nudo corredizo me aferraba la garganta. Viendo el claroscuro de su goteante sexo y su piel asperjada de miríadas de gotas cristalinas, entendí de una vez a los autores griegos y sus grandes tragedias. Reanudamos la marcha tras regresar los hombres limpios y contentos. El guía nos mostró los restos de la fortaleza de Massadá, sobre una colina, donde los israelitas al mando de Bar Koseba perdieron su

última batalla contra los romanos e iniciaron una diáspora que aún prosigue. Encontramos cómoda y fresca posada en Aqaba. Zulema fue de compras al zoco custodiada por Omero mientras yo descansaba en mi habitación y repasaba temas médicos. Toda la tarde se entretuvo recorriendo el mercado y regresó al crepúsculo. Cenamos cordero con sémola, almendras y dátiles y lo regamos con vino de palmera. A los postres mi madre me tenía reservada una sorpresa.

—Encontrarás una mujer en tu habitación —dijo—. No quiero que te sorprendas o te asustes.

—Qué me dices...

—Más que una mujer es una niña. La he comprado para ti a un tratante de esclavos.

—Estás loca...

—Nunca he estado más cuerda. No puedes seguir en la forma que estás. Y sólo llevamos dieciocho días de viaje...

—¿Y qué haremos con ella?

—Mejor, qué harás. Vendrá con nosotros hasta que tú quieras. Si lo deseas, hasta Córdoba. Si no te satisface, podrás venderla en el mercado de Bizancio, el de Atenas o en Nápoles. Pero estoy seguro de que te gustará. Era la más joven y bella de la muestra. Lo he arreglado, teniéndola en remojo varias horas, para que esté limpia y dispuesta para ti. He pagado un sobreprecio al ser virgen. Tiene sólo un pequeño problema: no entiende árabe ni aljamía. Pero es casi preferible. Algunas mujeres están mejor calladas.

Y así, de aquella insólita manera, entró en mi vida Tania. La verdad es que no me aprovechó el té de hierbabuena. Corrí a la habitación como el varón de veinticuatro años que lleva casi cuatro semanas sin tocar ni oler a una mujer. Hube de acomodar mi vista a la penumbra que un resol azulado intentaba desvelar por los visillos albos. Éstos, a favor de la brisa que penetraba por la celosía, rilaban como velas de barco. Olía a avellanas verdes y a tintura de añil. Al fondo, acurrucada junto a mi baúl, había una sombra pequeña y encogida. Pude verla mejor aproximándome. Era una hembra de piel azafranada y pelo negro resuelto en largas trenzas, sentada sobre el suelo, mostrando la blancura de sus pies descalzos por debajo de una túnica de cendal que descubría sus hombros. Llegué ante ella y le acaricié el pelo, tratando de mostrar una serenidad que no tenía. Me quité la chilaba y descalcé mis pies sentándome a su lado. Entonces levantó la cabeza y me miró. Sus ojos eran grandes, tristes, y brillaban dentro de la negrura como ascuas. No pareció desagradarle lo que vio y suspiró muy fuerte.

—No tengas miedo —la tranquilicé—. No voy a hacerte daño.

Creo que me comprendió, pues esbozó una sonrisa tímida y giró levemente, como si tratara de observarme mejor.

—¿Cuántos años tienes? —pregunté, mostrándole mis manos abiertas y señalándola.

Cerró y abrió un puño dos veces y mostró tres dedos. ¡Tenía trece años! Se veía cada vez más tranquila. Sin duda temería haber caído en las garras de algún viejo y apestoso mercader y agradecía al cielo ser la esclava de un joven señor que olía bien y la trataba con miramiento. De repente recordé que era virgen y temí alertarla con mi desnudez. Estaba junto a una mujer que me pertenecía, desnuda debajo de una túnica leve, con su cuerpo inmaduro que olía a almendra, y, curiosamente, mi verga hambrienta se encontraba en reposo. Me alcé, la ayudé a levantarse dejándole mi mano y la llevé al balcón recubierto por la celosía. Era casi tan alta como yo, muy delgada. A través de las rejas vimos el mar de Aqaba y las luces del puerto. Una gabarra negra, con pescado, atracaba en el muelle en medio de un revuelo de cormoranes y gaviotas. Hacía tiempo que el muecín había desgranado la oración de la tarde. Besé su melena para olerla mejor y sentí cómo mi sangre se alborotaba por abajo. Ella debió notarlo pues, dándose la vuelta, se sacó por arriba la túnica. Se marcaban los huesos de su espalda como en la mejor descripción anatómica: los omóplatos, las costillas, la punta de las vértebras. Se revolvió y quedó a medio palmo. Era dueña de unos senos apenas esbozados, tan pequeños como los de una cervatilla de leche, de pezones veletos que se escurrían entre los dedos al tratar de besarlos. La cintura era angosta, de alondra o de cigüeña, y su andar inseguro, de lobezna que aprende. Maldije la penumbra que no dejaba ver lo aupado de su pubis y lo enrevesado de su mata de pelo, más rizado que el testuz de una érala. Palpé con la punta de un dedo y comprobé la integridad del himen. Cuando no pude más la cogí en brazos. Era de peso leve, como el plumaje del pecho de los mirlos. Gasté toda la noche en desflorarla. Lo hice despacio, recreándome, con el arte del amante experto que ya empezaba a ser.

Tres días después embarcamos en una nave yemení que partía para Arabia. Tania, equipada por mi madre, dormía conmigo en la estrecha litera de mi camareta. Con luz diurna mejoraba si cabe. Su satinada piel era más blanca y sus ojos tenían el tono de la corteza del aliso. En sólo unas jornadas, tras engordar dos libras, se tapizaron sus aristas demostrando que su escualidez era por hambre. La verdadera peregrinación se iniciaba en Jiddah, un puerto que se abrigaba bajo enormes taludes terrosos de colores cobrizos, poblado de centenas de bajeles yemeníes, jangas del Nilo, dhows sirios, matalotes somalíes y falúas de todas las banderas en un rojizo mar de velas blancas. Desembarcamos. Sobre el mismo malecón pedregoso se veían tinglados llenos de mercancía, mostradores de especias, corrales de caballos y camellos y puestos de cambistas. Una súbita ráfaga de viento levantó un nubarrón de polvo pegajoso que nos tino de amarillo retinto. El color predominante, sin embargo, era el pardo sombra de hueso, que era el de las túnicas que portaban hombres y mujeres, éstas recubiertas hasta las orejas. El gentío se movía a impulsos, dando la sensación de que todos pensaban a la vez o no lo hacían, dejándose llevar. Un aguador desnudo de cintura hacia arriba se encargó de apagar nuestra sed. Rodeados por nuestros cancerberos progresamos hasta llegar a uno de los cambistas que trocó moneda cordobesa por oro y plata arábigos. Con dinero local en abundancia, todo fue más fácil. No había carros. Los peregrinos marchaban a pie y sólo los privilegiados iban a lomos de equinos o rumiantes. Zulema contrató en uno de los corrales dos camellos con sus correspondientes camelleros, un caballo, dos yeguas y cuatro mulas tordas. Antes de partir alquiló una jaima desmontable, pues supimos que no existían posadas en el largo trayecto hasta La Meca, una distancia algo mayor que la que separa Córdoba de Sevilla.

Tras comer pinchos de dromedario, dátiles y un poco de harira en uno de los puestos, cargamos los camellos, uno con los baúles y el otro con la tienda portátil. Tania no se despegaba de mi lado ni un segundo. Callada, cubierta hasta la cabeza por tres capas de tela, apenas si divisaba sus tiernos ojos grandes, suplicantes, pero conservaba el olor de su cuerpo. Dormía siempre desnuda, abrazada a mi espalda, calentándome, impregnándome de su aroma especial, mitad almendra y sudor inmaduro de su piel de niña. Nos integramos en una caravana que progresaba lento por una carretera estrecha, atestada de peregrinos mezclados con caballos, camellos y asnos, de tierra apelmazada por el intenso tráfico. Se veían señores tocados con tarbush y alfanje al cinto, a lomos de camello, y caballeros en jacas o jamelgos caracoleando airosos, pero la inmensa mayoría de la gente caminaba en silencio, a pies descalzos. El camino se separaba despacio de la costa y ascendía lentamente. De cuando en cuando aparecían puestos donde se vendían melones o sandías, membrillos en sazón, granadas y limones. En otros, en grandes recipientes, se cocían diferentes

viandas. A las horas fijadas por el libro sagrado, la procesión se detenía y un ulema de los muchos que la integraban salmodiaba la oración pertinente.

Nosotros íbamos a lo nuestro. Abría la marcha Omero en la mayor de las mulas; seguían los cansinos rumiantes dirigidos por los camelleros, dos árabes del desierto renegridos, descalzos, de manos grandes como mazos de tundir en el batán; tras ellos, las mujeres en sus yeguas, yo a caballo, y, por fin, los tres guardias califales que nos custodiaban a lomos de sus mulas. No había reparado mucho en ellos hasta advertir cómo acechaban, primero a Zulema y luego a Tania. Lo cierto es que no me lo tomaba tan a pecho como es habitual entre los de mi raza. Debe ser el aire de mi tierra, más puro y libre, o mi carácter, que no lo centra todo en la mujer. Escuché una vez contar cómo, cerca de Tánger, habían cortado las orejas a un pobre hombre por mirar «con deseo» a la mujer de otro. ¿Cómo puede mensurarse el deseo visual? Y aunque pudiese hacerse, ¿qué ley bárbara permite tal acción? Execro de tal código, sea cristiano, romano, moro o visigodo. Mis vigilantes cordobeses miraban a Tania con afán, era evidente, y lo encontraba lógico. La mujer, el espectáculo más sublime de la naturaleza, está hecha para verse, y la única forma de no mirarla es estar ciego. Ellas lo saben. Saben que las miramos. Pero, si son recatadas, simulan ignorarlo. Era el caso de ambas. Mi madre los desechaba con desdén y la esclava con desprecio. Dos noches pasamos en medio del camino, echándonos a un lado y levantando la jaima lo más alejada posible de otras. Mi madre durmió en una litera, yo a su lado y Tania a nuestros pies. Lo mejor de aquella cabalgada interminable: la luz de la alborada en el desierto, la espumosa y caliente leche de camella, el crujir de la pulpa de las rojas sandías en los dientes y los dulces dátiles de oasis.

La Meca es un polvoriento poblachón en medio de la nada. Casas achaparradas y tiendas en confuso tropel se congregan en torno a la gran mezquita rectangular, soportalada, en cuyo patio se halla la Ka'ba, cubo de piedra gris recubierta de paños negros, hueca, donde dicen se encuentra la tumba del patriarca Abraham, padre de las tres religiones con libro. Una informe masa de creyentes, verdadera marea humana, daba vueltas al monolito sin cesar de orar a grandes voces. Nosotros dimos apenas una, pues mi madre se sintió morir medio asfixiada por aquella turba sudorosa y fétida. Al llegar a una de las esquinas de la Ka'ba vimos el estuche de plata, una especie de concha circular que rodea un pedrusco que aseguran cayó del cielo a los pies del profeta Mohamed. Nos escabullimos como pudimos, eludiendo la vigilancia de los ulemas puros que velaban por el cumplimiento del precepto que obliga a dar un determinado número de giros en torno al mausoleo. Al salir de allí, la gente, con el brillo en la mirada del fanático en cualquier religión, iba en bandadas a orar en la vecina y polvorienta colina de Arafa. Después seguían hasta el también cercano valle de Mina para el ritual sacrificio de un animal. En centenares de mostradores se proveían de palomas, tórtolas, conejos, gallos, serpientes y lagartos conforme a sus

posibilidades o sus medios. Por fin, inasequibles al desaliento, los más devotos arrojaban piedras a Satanás, erigido en forma de pilastra. Propuse a mi madre con la boca pequeña continuar a Medina, para ver la tumba del profeta, pero coseché una negativa por respuesta.

—Como experiencia ha sido interesante —dijo—, pero no me pidas que dé un paso más por estos pedregosos, polvorientos e inhóspitos lugares.

Retornamos por el mismo camino a Jiddah, sólo que algo más rápido, para embarcar en una nave turca que partía hacia Aqaba.

La travesía fue penosa de un viento de poniente que rizaba la mar e impedía el normal progreso del navío, que avanzaba a bordadas, danzando más que una peonza. El buque, viejo, incómodo y atestado de humildes peregrinos, la hizo además muy larga. Exhibiendo sus dinares de oro, Zulema consiguió el mejor camarote, un estrecho habitáculo cercano a popa donde nos acomodamos mis mujeres y yo. Día y medio antes de llegar a Aqaba hubo un brote de peste. Sentimos el escándalo de voces y alaridos que llegaban desde arriba. Tania, muy asustada, se abrazó a mi madre. Busqué a Omero, que estaba en cubierta con los demás apostando a los dados sus monedas de cobre. Al parecer, un tripulante descubrió a una mujer largando una negra mascada por la borda. Viéndola tambaleante y estuporosa, la siguió a uno de los departamentos de la sentina, donde viajaban los más humildes. Allí, chapoteando entre el agua de mar que trasudaban las cuadernas, deyecciones humanas y ratas hambrientas, vio a un hombre agonizante y varios emaciados o famélicos. Todos ardían en fiebre. El grito apocalíptico resonó por el buque como el aldabonazo del magistrado cuando rueda una cabeza: «¡¡Peste!!». El capitán ordenó enclaustrar a los afectos, tres familias oriundas de la Tunicia, en aquel sepulcro anticipado hasta llegar a puerto. Se les facilitaron baldes de agua, galleta seca y un caldero con habas hervidas, situándose en la puerta un guardián armado. Aquella noche hubo dos defunciones, arrojándose los cadáveres al mar con sendas pesas de plomo atadas a los pies. Al atracar en Aqaba encerraron a los familiares en el lazareto portuario para evitar la propagación del mal. Nosotros, con mal cuerpo, buscamos alojamiento en la confortable posada de la estancia anterior.

—¿No pudiste hacer nada por aquellos desgraciados? —preguntó mi madre.

—Ante la peste negra nos hallamos inermes —contesté—. Quizá hubiera intervenido de viajar solo. Hacerlo con vosotras por medio suponía haceros peligrar en caso de contagio.

Aquella misma tarde fuimos al baño público. Era como si tuviésemos necesidad de depurarnos, de enjuagar nuestras pieles del polvo del desierto y nuestras almas de la peste bubónica que nos pasó rozando. Lo ignoramos todo de tantas cosas... ¿Qué se hallará en el sustrato de las epidemias? Hablan los ulemas, sacerdotes y rabinos de culpas y pecados recientes o pasados, a veces heredados. Ignorantes. Seguro que

detrás de cada morbo habrá miasmas invisibles y sórdida miseria.

Zulema y Tañía tomaron su baño de vapor en su sección y yo lo hice en la mía. Fue un baño al modo romano: denso vapor caliente hasta lograr sudoración fluida, inmersión en la pileta fría y masaje adecuado.

—¿Qué tal te va con Tania?

Habíamos cenado en la terraza de la habitación grande, la mejor del mesón, y contemplábamos un ocaso teñido en mil tonos carmesíes y cobrizos. La esclava ordenaba mi baúl y preparaba el lecho en la de al lado.

—Es agradable y dispuesta. Y no da un ruido.

—No te andes por las ramas. Me refería a si vale como amante, pues la compré para eso. No es ninguna deslumbrante beldad, pero tiene un cuerpo precioso que se afinará aún más en poco tiempo.

—Tania es muy dulce. Y resulta un buen apaño a falta de Susana.

—¿Piensas conservarla?

—Me daría mucha lástima venderla o abandonarla dándole la libertad. ¿Qué sería de ella? Es evidente que nos ha cogido aprecio. Pero, por otra parte, temo la reacción de mi mujer.

—Susana hará lo que tú digas. Deberá hacerlo si tomas otras esposas, que lo harás. Han pasado ya cuatro años desde tu matrimonio. En cuanto a Tania, le diré que la he comprado para mí.

Callamos. Zulema se estaba aficionando al licor de palmera y gustaba de beber una copita cada noche, antes de acostarse.

—¿Te gustó lo que has visto? —pregunté.

Dudó un segundo antes de contestar. Seguía siendo muy bella, pero ya se marcaban las primeras arrugas en las comisuras de sus labios y en torno a los ojos, sabiamente disimuladas con negro de humo.

—No volveré a La Meca ni muerta —aseguró—. El desierto no se ha hecho para mí. Hay veces que me dan ganas de llorar al recordar las verdes riberas de mi río y el limonero del patio de mi casa, en el arrabal. Viajar no es tan agradable como parece.

Volvimos a Haifa pasando por Belén, el lugar donde afirman nació Jesús, el hijo de María, nuestra Leila Marian.

Al cruzar delante del mar Muerto repetimos la experiencia de la vez anterior. Nos refrescamos y dejamos allí el sudor del camino y el alucinante recuerdo del desierto arábigo. La Meca quedó atrás para siempre. Un barco bizantino nos llevó en cinco singladuras a Constantinopla. Qué gran ciudad. Capital del imperio de Bizancio, era en aquel momento la capital del mundo. No estaba tan poblada como Córdoba, pero era más bella. A caballo entre Asia y Europa, partida por el Bósforo, su rojo caserío se repartía en cuatro colinas con la catedral de Santa Sofía en su centro geométrico. El Cuerno de Oro, un brazo de mar en forma de retorcido anzuelo, penetraba por el

oeste hasta la muralla, junto a la puerta de Adrianópolis. Toda la población olía a cera derretida y a la flor del magnolio.

A nuestra llegada agonizaba Constantino VII, Porfirogéneta, y estaba a punto de coronarse el nuevo emperador Romano II. Después de recorrer el hipódromo y navegar el Bósforo para ver sus famosos castillos, me presenté en el hospital dándome a conocer como cirujano de Abderrahmán III. No hallé nada novedoso en aquel nosocomio: las salas de pacientes, la enseñanza, las aulas y el quirófano estaban a inferior altura que las nuestras de Córdoba. Pocos habían oído hablar de Pedro de Egina. Se realizaban intervenciones de orden menor: abscesos y amputaciones, pero se desconocía de las técnicas oftalmológicas hasta su existencia. Desilusionado, pues pensaba encontrar algo que aprender, dediqué mi estancia al placer con Tania, al ocio más ruin y a la cultura. Vimos las mejores muestras del arte bizantino en Santa Sofía y San Salvador en Chora, extramuros. Tras cruzar el Bósforo en una de las barcas que lo hacían de manera constante, visitamos Scutari, un bello arrabal de la ciudad. Mis mujeres disfrutaron de la belleza de aquel viejo barrio de casas de madera edificadas sobre una colina alrededor de un antiguo templo. Bebimos vino de palmera y comimos cordero con los dedos, a nuestro modo.

Nada más llegar a la ciudad mi madre había pedido audiencia a Romano II para entregar las credenciales que llevaba para él del califa. A los cinco días nos recibió el emperador en su bello palacio sobre un altozano que dominaba el Bósforo. Me decepcionó tan alto personaje: de estatura discreta si no fuese por los altos coturnos que trataban de magnificarla, esmirriado de cuerpo de forma que un mal aire podría derribarlo, pálido, demacrado, calvo hasta en las cejas, nada indicaba que nos hallásemos ante el más grande monarca de la tierra. Se revestía de un pontifical algo abstruso: túnica roja hasta los tobillos partida en cuarteles por una larga cruz, banda blanca que cruzaba en dos su pecho escuálido, capuz que malamente disimulaba su alopecia y una pechera plagada de insignias, dijes, cruces, medallas, divisas, emblemas, premios y galardones que es imposible que un hombre solo los reuniera por sus méritos ni en cien vidas. Lo armaban una espada de empuñadura en cruz, más grande que él, y una hermosa gumía turca con la pinta de no haber sido sacada de su funda jamás. Lo flanqueaban dos hombres fornidos que, más que defenderlo, parecían estar atentos a recogerlo del suelo cuando se derrumbase por el peso de ropajes de una talla mayor y condecoraciones ilegítimas, posibilidad nada remota. Se despidió invitándonos a la fiesta de su coronación y dándonos para Abderrahmán III una misiva y un bello códice bizantino de los tiempos de Justiniano. Estábamos ansiosos por partir para Atenas, pero a mi madre le pareció poco cortés hacerlo antes de la coronación y diferimos seis días nuestra marcha. El solemne acto tuvo lugar en la catedral de Santa Sofía, en una zona reservada para ello. El espectáculo, por su colorido, la pompa de que se rodea el culto ortodoxo, la belleza del templo y la

increíble altura de su cúpula, resultó grandioso. Nada más terminar la ceremonia se me acercó el chambelán del emperador:

—Su majestad Romano II desea comer contigo, físico —anunció—. Te espera en palacio mañana a mediodía.

La comida fue agradable pero ceremoniosa, rodeados de atosigantes servidores. Un camarero se encargaba de la salva, probando cada vino o licor que iba a ingerir el emperador, y otro catava los bocados y los postres. Se trataba de impedir el envenenamiento del monarca, intento que ocurría con frecuencia. Romano estaba interesado en saber cosas de Córdoba y de mi actividad quirúrgica. Le hablé del maristán y de las intervenciones que allí se realizaban. Escuchaba asombrado. Preguntó por la forma de vida en nuestro califato y por la situación de Al-Ándalus con respecto a los reinos cristianos. Tras los postres me entregó un libro del médico heleno Dioscórides, nacido en Anazarbo en el siglo I cristiano, escrito en griego. Por título *Materia médica*, había sido traducido al árabe en Bagdad durante el califato abasí, en el pasado siglo, pero de forma, según él, defectuosa. Contenía todos los saberes botánicos y farmacológicos de la época, y deseaba obsequiar con él a Abderrahmán para que, en la famosa escuela de traductores cordobesa, se vertiese al árabe en una transcripción correcta. Agradecí su generosidad y, levantándose, dio por concluido el ágape.

Aquella misma noche embarcamos para el Pireo, el puerto de Atenas. Sólo estuvimos en la gloriosa capital, cuna de la civilización en Occidente, dos semanas. Lo justo para ver su organización sanitaria, que era modélica, cambiar impresiones con distintos colegas del hospital más grande, pues existían dos, ver los monumentos de la Antigüedad y cruzar, en excursión de un día, a la isleta de Egina, que era ilusión antigua. Pasar en nave a Egina desde el Pireo sólo lleva dos horas. Fui acompañado por Omero, que es bueno dar licencia a las mujeres alguna vez. Mientras ellas, custodiadas de cerca por los guardianes, recorrían el Partenón y el Ágora haciendo compras y gastando plata, un vicio femenino, yo pateaba la diminuta isla patria de Pedro de Egina, a quien debía mi prosperidad tras el descubrimiento de su esponja anestésica. Persistía una escuela médica que llevaba su nombre en la punta más oriental, un abrigo costero de nombre Ajios Marina. Allí, a la sombra de las ruinas del templo de Afrodita, se reunían para impartir sus clases a un selecto grupo de alumnos los discípulos del gran médico heleno. En una mezcla de latín, mi griego deplorable y árabe, les indiqué quién era y supe de sus técnicas.

A finales de julio, una nave genovesa nos llevó a Nápoles. Recién recuperada a los árabes por bizantinos y lombardos, mi interés por conocer la bella ciudad se centraba en saber de un físico y notable cirujano que ejercía en la bahía de las Sirenas: Realdo

Conti. No se extrañó Conti, quien no ocultaba su condición hebrea, de ver en su consulta a un elegante joven vestido con ropas árabes: los aglabitas tunecinos se habían retirado a Sicilia, pero mantenían estrechos lazos con la urbe que dominaran tantos años y permanecían en ella árabes ricos. Sí se sorprendió al conocer mi condición de cirujano y, al saberla, me invitó a presenciar una de sus intervenciones en el hospital que dirigía. En un amplio, ventilado y bien iluminado quirófano, tras adormecer al paciente con una fórmula parecida a la que yo empleaba reforzada con grapa, un poderoso espíritu de graduación alcohólica muy alta, intervino un caso de hernia en la zona inguinal. Sólo operaba a los afectos de hernia reductible, aquellos cuya masa herniaria podía ser reintegrada al interior cavitario sin esfuerzo. Su técnica consistía en ampliar el orificio herniario con un dedo, introducir en la cavidad abdominal el saco intestinal y cerrar el agujero con puntos de seda trenzada. Yo conocía la técnica, que nunca había empleado, pero era la primera vez que veía utilizar el cauterio metálico, que incorporé desde entonces a mi arsenal terapéutico. El cauterio se reducía en esencia a un largo estilete de acero bien templado, provisto de mango de madera, cuya punta se mantenía al rojo vivo entre ascuas de carbón. Su efectividad era mágica: aplicado al punto sangrante, lo cauterizaba de inmediato y cesaba la hemorragia. En agradecimiento y para intercambiar información, efectué en su presencia una intervención de catarata. Presenté a mi colega y nuevo amigo a Zulema y lo invité a cenar. Lo hice en nuestra posada, la mejor de toda la Campania, situada en el Posílippo, el barrio aristocrático napolitano. Jamás olvidaré la belleza de aquella panorámica fantástica: una gran extensión de mar azul con la isla de Ischia a la derecha, Capri al fondo, el humeante Vesubio a la izquierda y, señoreándolo todo, el más bello crepúsculo sonable. Difícil describir la amalgama colorista de aquel cielo amarillo pajizo, limonado trigueño, bermejo arrebolado y lapislázuli. Realdo era casado, pero no paró de devorar con la vista a mi madre todo el tiempo. De una edad parecida a la suya, le hablaba en idioma toscano que, dicho despacio, se asemeja al romance castellano. Zulema, con los restos de la belleza que cautivara al califa más grande de la tierra, interesó a Conti hasta el punto de trastornarlo. Insistió tanto mi colega en devolverme la invitación que tuve que aceptar. Una semana antes del regreso a Córdoba nos llevó a un mesón del puerto famoso por la calidad de su pescado. Cenamos salmonetes y langosta a la parrilla. Ellos hablaban y hablaban hasta el punto de que, en un momento dado, me pareció estar de más.

—Daré una vuelta por las dársenas —dije, levantándome.

—Tómate el tiempo que quieras —dijo Conti—. Yo llevaré a Zulema a la posada.

Consulté a mi madre con la mirada y hallé ilusión aquiescente. Se confirmaron mis sospechas de entendimiento en la pareja cuando, al día siguiente, se presentó el napolitano en la posada a recogerla. Lo hizo con el pretexto de enseñarle el Vesubio, que flameaba en lontananza preludiando amor tórrido. Se repitió la escena en días

sucesivos hasta nuestra partida. Regresaban muy tarde, perezosos, enlazados del brazo. En cuanto a cosas íntimas, no sé lo que ocurrió ni lo sabré jamás. Sólo afirmo que Zulema volvía de aquellos encuentros alegre, la mirada perdida entre la bruma azul de la bahía, un suspiro en el alma y el aire soñador.

La chalupa navegaba despacio Guadalquivir arriba. Era de quilla plana para evitar los médanos que el largo estiaje dejaba en la corriente a ras de agua. De un único mástil, envergaba una gran vela triangular hinchada por la brisa. En las riberas del río, pobladas de juncos y de cañas, habitaban calandrias, patos y somormujos. Después de cuatro largos meses regresábamos. Omero y los guardianes canturreaban contentos del retorno, sentados en la borda, con los pies en el agua. Tania sofocaba las náuseas que le provocaba su primer embarazo y mi madre se almohazaba el cabello. Lo hacía mientras miraba soñadora hacia ninguna parte, o a la alquibla quizá, ese lugar del cosmos al que dirigimos la vista los islamitas durante el rezo.

—¿En qué piensas?

—Mira que eres curioso...

—O de otra forma, ¿qué tal te fue con Conti?

—¿Por qué quieres saberlo?

—No hace mucho me preguntaste a mí cómo me iba con Tania.

—Llegarán días de lluvia —dijo pensativa—, pero jamás olvidaré a Realdo.

Y eso fue todo. De repente, detrás de un recodo del río, apareció el alminar de la mezquita cordobesa. El lanchón atravesó el puente romano por el ojo más amplio y buscó la pequeña ensenada de mi propiedad. Susana y los pequeños, que parecían aguardar sentados en la terraza del dormitorio grande, bajaron a la carrera a nuestro encuentro. Salté a la orilla y me abracé a los tres mientras desembarcaban Zulema y los demás. Luego de un rato largo de besos y caricias, Susana reparó en Tania.

—Ésta es Tania, una esclava que compré para vosotros en Aqaba —dijo Zulema.

Tania se arrojó a los pies de su señora, que besó lo mismo que el faldón de su túnica. Quedó allí, entregada, sumisa, como una gata que restriega su lomo contra las rodillas de su ama. Por fin, fue tras la dueña. Entregué a mi mujer el regalo que traía para ella, un collar de gruesas perlas negras que había comprado en Usküdar. Le pergeñé, acosado a preguntas, mis impresiones viajeras, barcos, mares, ciudades... Después me cogió de la mano y fuimos hasta el lecho en la fresca penumbra. Había olvidado el sabor de su piel, pero el aroma seguía siendo el mismo. La colmé varias veces de manera sabia, pues tenía ansia de ella, aunque notaba en sus modos cierta desazón. Pensé que había descubierto en mí rastros del perfume de Tania, del sudor de su piel, pero no era posible, pues no la tocaba desde hacía varias semanas y había recibido, en el ínterin, distintas abluciones y baños de vapor.

—Todos preguntan por ti en Córdoba —dijo—. No cesan de llamar a la puerta

decenas de pacientes demandando tus servicios. El califa quiere verte en cuanto llegues.

—Todos tendrán que esperar, mi cielo —dije—. Lo primero eres tú. Déjame disfrutarte...

—Tómame otra vez, tesoro —pidió—. Siento un fuego interior, como si mi receptáculo se hallase dispuesto a acoger tu semilla, y quiero aprovecharlo. Deseo tanto que me preñes de nuevo...

Fue sencillo obedecer, no una, sino varias veces en toda aquella noche larga y tibia. Al final quedamos laxos, encajados, pues deseaba empaparse bien de mi simiente. Reanudé mis consultas y mis intervenciones con furor renovado. Al cuarto día se presentó a caballo un emisario de Abderrahmán acompañado de tres mudos. Tuve que dejarlo todo y acudir a Medina Zahara. Encontré al califa algo desmejorado, con la facies terrosa, la conjuntiva amarillenta y un aspecto cansado, signos todos de incompetencia hepática.

—Bienvenido, Abul. ¿Te fue bien por La Meca?

—Fue un viaje agradable, mi señor. Aunque el polvo del desierto es poco recomendable.

—No andaré con rodeos: preciso del concurso de todos mis médicos —aseguró—. Se trata de ayudar al rey de León, Sancho el Craso, que ha sido depuesto por Ordoño III. Ordoño cuenta con la amistad de los nobles leoneses y Sancho con la de los navarros y mis simpatías, pues sabrás que fue mi fiel vasallo además de pariente, al ser nieto de Toda, la reina de Pamplona.

—Un momento, mi señor —le interrumpí—. Creo que aquí se desliza un error grueso: ¿necesitas médicos y cirujanos o generales y soldados?

—Perdón, mi fiel amigo —dijo el califa—. Tal vez no me he expresado bien. Sancho el Craso solicita mi ayuda no sólo militar, sino médica. Debes saber que, como pesa más de veinte arrobas, no puede desplazarse por sí mismo y precisa el favor de fornidos criados para mover una pestaña. El pobre es el hazmerreír de sus súbditos. No puede cabalgar, vestirse, desnudarse o ir al retrete real sin que velen por él. Se dice que han debido agrandar las puertas de su palacio para que entre por ellas. Cuentan que, no hace mucho, aplastó a una de sus barraganas al tratar de amarla. Cualquiera mujer, incluida la propia, huye despavorida si es solicitada de amores. ¡Imagínate! Sólo por ello merece nuestro auxilio.

—Verdaderamente es triste —convine—. Dime, señor, ¿qué podemos hacer los físicos cordobeses para paliar la desgracia del monarca cristiano, hallándose como se halla a más de cien leguas?

—Te equivocas —me corrigió el califa—. Sancho se encuentra ahora mismo muy cerca de Alcolea, a las puertas de Córdoba. En penoso viaje, iniciado hace dos meses, se traslada en carreta tirada por seis bueyes. Ha soportado lluvias y granizo, vientos y

la cruel solajera manchega sostenido por una fe en nuestra ciencia que no podemos defraudar. Ya he hablado con la plana mayor de nuestros físicos, pero al mando de la tropa estaréis tú y Hasday Ben Saprut. Quiero que adelgacéis al rey Sancho hasta dejarlo presentable.

—Haremos lo imposible, señor.

Antes de despedirme entregué al califa los obsequios que traía de Bizancio y el libro de Dioscórides con las recomendaciones de Romano II. Se ocuparon de traducirlo al árabe los mejores conocedores del idioma griego de la escuela. En menos de tres meses tuve en mis manos tan bello como interesante tratado, un exhaustivo repaso a la botánica que hizo que prendiera en mi ánimo el amor a las plantas y hierbas medicinales, hasta el punto de iniciar su cultivo en mi huerto.

Por supuesto, aceptamos el desafío, nuevo para la ciencia, de tratar una obesidad mórbida. En el maristán sometíamos a diferentes dietas y usábamos distintas hierbas para corregir grosuras normales, pero veinte arrobas es lo que pesa una yegua de mediana alzada. No mucho más pesaba antes de reventar el pobre obeso del arrabal que describí en otra parte. He dicho reventar y sé bien lo que digo. Una noche, tras cenar su habitual caldero de habas secas, estalló y sus tripas se esparcieron como trágica lluvia que empapó a toda la familia. Me reuní con Ben Saprut, que tenía más experiencia que yo en aquellos casos, y diseñamos una estrategia conjunta a la espera de enfrentarnos al paciente.

La llegada del rey Craso a Córdoba fue un acontecimiento jamás visto. La larga comitiva atravesó la puerta de Andújar casi al ponerse el sol. En cabeza, dos batidores a caballo con los pendones leoneses despejaban el camino; seguían, siempre a caballo, cuarenta lanceros con sus vistosas túnicas celestes y sus yelmos; venía detrás el carro del monarca, desparramado Sancho el Craso sobre un lecho de almohadones y cojines de seda, protegida la cabeza por un parasol, y, a la zaga, su guardia personal: dos docenas de bravos luchadores curtidos en cien encuentros con moros, castellanos, aragoneses y navarros. La silenciosa multitud contemplaba abobada la curiosa procesión, felicitándose tal vez de no ser rey cristiano por no verse en tan penoso trance. Cada no mucho, el carromato había de detenerse para que el rey cambiara de postura, bebiera, comiera o diese del cuerpo. Este último evento se esperaba con ansiedad febril si no se daba en descampado. Si el fatal caso ocurría atravesando una población de mediano tamaño, era de ver. Varios soldados envolvían las cuatro pértigas del carro en blancos lienzos y, al abrigo de vistas, se producía el hecho fisiológico de la defecación. No hablamos de una exoneración normal y tempranera, esencial para el buen funcionamiento de las tripas, sino de una confusión de ruidos hidro-aéreos mezclados con pujos mucosos, sonoros cuescos y un olor nauseabundo, peor que una docena de gatos muertos. Sólo los más conspicuos servidores del soberano, monárquicos creyentes a machamartillo, resistían sin

desmayarse ni echar a correr las fétidas deyecciones que alcanzaban el paroxismo si eran diarreicas. El cortejo cruzó las calles cordobesas y siguió al maristán, donde habíamos dispuesto para el Craso un gran lecho en una sala aparte, alejada del resto de pacientes, un diwan que se abría a la parte más tranquila y bella del riad.

Al día siguiente reconocimos al monarca, Ben Saprut y yo, rodeados de estudiantes. Tras la anamnesis supimos su edad, cuarenta años, y las molestias que refería: ahogos, angustia matinal, micción difícil, mal de piedra, estreñimiento terco que alternaba con diarreas incoercibles, palpitaciones desbocadas del corazón dentro del pecho, podagra en ambos pies e impotencia general y *coeundi*. No podía dar un paso, era un ser completamente desvalido. Confesó que, durante muchos años, se dedicó a comer y a beber sin tasa devorado por la gula. Solía hacer siete comidas diarias. Su dieta fundamental era la caza. No le hacía ascos a nada. Se zampaba todo lo que cazaba o le proporcionaban los guardas de sus cotos: jabalíes, ciervos, corzas, perdices, faisanes, liebres y conejos a docenas, jinetas, urogallos y osos. Amaba sobremanera el asado de buey, del que era capaz de comer diez o doce libras de una sentada. Su plato favorito era un guiso al modo de Asturias, un energético alimento elaborado mezclando embutidos de cerdo con verduras. Tan sólo de nombrarlo temblaba finamente, cayéndosele la baba. Aderezaba sus enormes ingestas con una selección de los mejores vinos de León y La Rioja, que trasegaba sin tasa, y con jarras sin cuento de sidra, una espumosa bebida asturiana elaborada con manzanas fermentadas. Entre sus delicias favoritas, que consumía a diario en grandes cantidades, figuraban las anchovas, un pescado en salmuera del Cantábrico del que desconocíamos incluso el nombre, foie del Perigord, cierta exquisitez hecha del hígado de las ocas cebadas, truchas del lago de Sanabria ahumadas ex profeso para él, diferentes quesos, huevas prensadas de pescados extraños, langostas y bogavantes, percebes —un raro crustáceo que trató de describirnos, negro, de boca facetada y forma de pene humano— y cangrejos de agua dulce, muy apreciados en León y abundantes en el Órbigo, el río que lo cruza. Sus comidas y cenas nunca bajaban de catorce platos. Apenas si probaba las verduras y nunca tomaba fruta. Mientras escuchábamos tal sarta de disparates culinarios Ben Saprut y yo nos mirábamos alucinados, sin entender que alguien sensato, y más un rey, pudiese alimentarse de tan demencial forma y, sobre todo, que no contase con el adecuado asesoramiento de sus físicos.

Su aspecto era deprimente: una masa deforme, fofa, como insuflada por un fuelle de fragua, que parecía a punto de volar si una ráfaga de viento huracanado soplara de costado. Su cuerpo era una sucesión de rodetes de grasa que le daban la apariencia feroz de un paquidermo, a mitad de camino entre el elefante y el hipopótamo del Nilo. En contraste, sus manos y pies eran pequeños, lo mismo que sus ojos de rata, hundidos en el magma abisal de las violáceas órbitas. Se fatigaba al hablar y no podía

mantener una charla prolongada.

La exploración mostró unas carnes paradójicamente atroficas, ocultas en una capa de sebo de gran grosor. Sus músculos debían estar infiltrados de tocino entreverado, pues no podían con su propio cuerpo. El corazón latía tan débil que no fuimos capaces de hallar su pulso en el canal de la muñeca. Al percutir su tórax, pudimos constatar el aumento de su perímetro por el sobreesfuerzo que le pedía el tamaño de su organismo anómalo. Sus genitales no se veían, camuflados por la grasa acumulada en sus partes pudendas. Había perdido el pelo, tan sólo conservaba un mechón deslucido sobre la coronilla que recordaba al que se dejan los marineros para, en caso de naufragio de la embarcación en la que bogan, ser asidos de él para entrar al paraíso de los creyentes. Sudaba copiosamente, y el sudor pegajoso y maloliente contribuía a acentuar su repugnante aspecto.

Ben Saprut le hizo saber, de forma imperativa, la extrema situación en que se hallaba y la inminencia de su muerte si no se sometía de inmediato a nuestro tratamiento. Obtenida su llorosa aquiescencia, lo iniciamos de inmediato. Era muy simple. Se dividía en dos partes, la médica, que dirigíamos Ben Saprut y yo, y los ejercicios físicos, que eran de mi competencia. El tratamiento médico era en esencia una dieta muy estricta. Partía de la premisa esencial que, desde Hipócrates, proclama que la única forma de adelgazar es comer de manera adecuada y sobriamente. Se administraban al regio paciente cinco comidas, o mejor ingestiones, diarias. Temprano, con el alba, el desayuno: un gran vaso de leche, alimento esencial en los mamíferos que, por sí solo, permite la supervivencia. A media mañana el almuerzo: un quinto de libra de higos secos y agua de hervir acelgas a discreción. Al mediodía la comida principal: las acelgas hervidas del almuerzo, un puñado de avellanas y un cocimiento de raíz de herniaria, un poderoso diurético, es decir, que fuerza la eliminación de orina; antes de la oración de la tarde la merienda: una infusión hecha con un majado de mastranzo, trébol, sándalo y poleo, brebaje que estimula el corazón y los riñones. Y por la noche, antes de acostarse, una cena frugal: ensalada de canónigos con algo de vinagre, buena para el estreñimiento, otro puñado de nueces y dos vasos de agua. La ingesta de sal, azúcar, vino y licores estaba terminantemente prohibida. Durante dos semanas, hasta que el perezoso intestino del paciente se puso en marcha, se le administraba un enema jabonoso caliente nada más levantarse. Se empleaba para ello una lavativa especial, que construyó un herrero del zoco, capaz de almacenar un azumbre cumplido del líquido irrigante. Era tal la cantidad de heces retenidas, estíbalos y pelotas de mierda compacta evacuadas, grandes como piedras de bezoar, que el hedor era insufrible en todo el hospital, lo mismo que si cien perros se hubiesen puesto de acuerdo para pudrirse al tiempo. Dos sufridos enfermeros se encargaban del fiel cumplimiento de la dieta.

En cuanto a la parte física, no fui menos estricto. Establecí en siete horas el

tiempo máximo de sueño. El paciente recibía tres baños de vapor al día, seguidos de masaje y movimiento articular pasivo, hasta que, a las tres semanas, pudo empezar a movilizar las coyunturas por sí mismo. Al mes pudo ya caminar sin bastones y al mes y medio daba largos paseos por el riad del maristán. Después de los tres meses se ejercitaba en el gimnasio levantando pesas y haciendo flexiones de brazos y piernas dirigido por un monitor. Tras doce semanas de tratamiento, sólo le permitía sentarse a las horas de comer y tumbarse para reposar la siesta, media hora, sin dormir. La lectura, a la que era aficionado, debía efectuarla paseando, lo mismo que las oraciones cristianas en su libro de horas. A los cuatro meses pudo montar a caballo y a los ocho ir de caza a la sierra, a una montería que el califa organizó para él. Once meses duró el tratamiento completo. Sancho el Craso era bueno y disciplinado como paciente. Al llegar a Córdoba se ponderó su peso en la romana de las caballerizas: veintiuna arrobas de Aragón, equivalentes a cinco quintales largos de Castilla. Fue un espectáculo. Parecía una luna llena suspendida en el aire por un hilo invisible, una res en canal colgada del garfio después del sacrificio. Se comprobaba mensualmente la disminución de peso, lo que estimulaba al regio enfermo. A su regreso a Pamplona dio en la misma romana ocho arrobas. Era otro hombre. Todavía permaneció en Córdoba varios meses, mientras daban fruto las estrategias de Abderrahmán para reintegrarlo al trono del que había sido despojado.

El embarazo de Tania transcurrió sin problemas. Durante varios meses coincidió con el de mi mujer. Susana supo sin necesidad de palabras quién era el padre de la criatura. Sé que medió entre Zulema y ella más de una encendida conversación sobre el asunto. Charla más que polémica. Mi madre debió contarle mis apuros, por falta de mujer, en el viaje a La Meca. Tania, imagino diría, no representaba ningún peligro para ella ni para nuestro matrimonio. Al contrario: era una garantía. Tania, desde que dejó de vomitar al tercer mes, estaba pendiente de su ama, cuidándola, pintándole los pies, decorando sus uñas, peinándola y lavándole el pelo. La esclava suponía en parte el descanso del guerrero, la posibilidad de dormir tranquila aquellas noches en que no tuviese apetencia de varón o en los días impuros de la menstruación. Tener en casa una mujer de garantía, limpia, amable y obediente, era mil veces mejor que correr el albur de una lagarta callejera o de burdel, sucedáneos a los que acudía el hombre de manera inexorable, y más un hombre de veintisiete años, en la flor de la edad. Susana y Tania congeniaron enseguida. La sierva estaba atenta al mínimo gesto de las manos de su señora, o a la dirección de su mirada, para complacerla y mimarla. Se echaba a sus pies a la hora de la siesta. Se bañaban juntas en el aljibe grande, pues de esa forma le resultaba más fácil frotar la piel de su ama, limpiarle los oídos y restregar por todas partes con la esponja. La peinaba despacio cada tarde después de arreglarle las veinte uñas. Su entendimiento, por otra parte, tenía su lógica: se llevaban tan sólo cinco años, amaban al mismo hombre y eran como hermanas. Cuando Tania dio a luz

a una hermosa niña, Susana se volvió loca de contento. Habían preparado junto al cuarto de Abdul, mi primer hijo, una cunita, y en ella acomodaron a la pequeña. Según Susana era idéntica a mí: los mismos ojos, idéntica nariz e igual color de piel.

Los últimos meses de gestación de mi mujer fueron difíciles. Su abdomen parecía el de una yegua embarazada de potrillos, estaba incómoda, le dolía todo el cuerpo y, para colmo, hacía un calor tremendo. Tania había pasado ya la cuarentena. Una noche, luego de hacer el amor con las dificultades del séptimo mes y en las extrañas posturas que conlleva, dijo pensativa:

—Unas tanto y otras tan poco. Me encuentro tan incómoda que prefiero que te solaces con Tania hasta que yo dé a luz. La pobre te recibirá con los brazos abiertos pues te adora. Sólo te pido una cosa: piensa en mí cuando estés dentro de ella.

Obedecí y me lo agradeció, pues descansaba tranquila en nuestro solemne lecho matrimonial, con las piernas estiradas sin trabas en la limpia frescura de las sábanas de hilo. Yo leía o repasaba tratamientos a la luz de las bujías de cera, hasta que se dormía. Entonces la besaba, refrescaba sus sienes con un paño empapado en agua de narcisos, embozaba sus inquietos sueños y me dirigía al vecino cuarto, donde Tania me esperaba desnuda bajo las sábanas. El amor con la esclava era completamente diferente, sumiso, desinhibido. Enseñada tal vez de ciencia infusa, la misma que alumbrara a Salomón, me buscaba el placer por todas partes hasta hallarlo, tal como hiciera con el monarca sabio la reina de Saba. Tania era, moviéndose en el lecho, lo mismo que una gata siamesa: suave, sinuosa y llena de sorpresas. En su graciosa y peculiar aljamía, que casi dominaba con la listeza de sus quince años mal cumplidos, lisonjeaba mis oídos con frases implicantes: «Te adoro, mi señor, mi único amor... Nunca me dejes si no quieres que muera... Permite que sirva a tu mujer, que sea siempre su esclava...».

Mi tercer hijo legal se malogró. Fue un parto complicado, de nalgas, y el feto, una niña perfectamente conformada, nació muerta. Poco antes de cumplirse los cincuenta días del malogrado parto de Susana, Tania quedó encinta nuevamente. Y así seguimos varios años: a una preñez del ama seguía otra de la sierva. Al llegar a la treintena ya tenía seis hijos entre naturales y legítimos, pues se frustraron cinco al nacer o en los primeros meses. No es una mala media. Lo normal es que se pierdan tres cuartos de las proles en cualquier descendencia. Pero los que permanecen compensan con creces a los malogrados o nonatos. Ningún placer mayor que ver crecer a un hijo, contemplar sus primeros balbuceos inconexos, sus gateos o sus primeros pasos. Una legión de niñeras se ocupaba de atender y cuidar a los recién nacidos, de alimentarlos a sus pechos, pues Susana, para preservar la belleza de los suyos, sólo amamantó a mi primogénito. Siempre que andaba inmerso en los problemas de mi exigente profesión, buscaba la forma de aliviarlos en el amplio jardín que daba al río: allí correteaban los infantes, niños y niñas, se perseguían, gritaban, bañaban, brincaban y jugaban bajo la

vigilancia atenta de niñeras y esclavas, con Omero en la puerta. Cuando me fatigaban sus ruidos y chillidos, buscaba el silencio en un ala del caserón, donde estaban mi despacho y la clínica.

Durante el ramadán del año 960, que coincidió con la Natividad del profeta cristiano, muy celebrada entre mozárabes, enfermó gravemente Abderrahmán III. Inopinadamente se acentuó aquel cortejo hepático al que hice referencia: la palidez terrosa, la ictericia cutánea, el tinte amarillento de las túnicas albas, los vómitos biliosos y la fatiga pronta. Para combatir los dolores en la región hepática, Ben Saprut consintió en que el califa aumentara el consumo de vino y de licores, algo a lo que, como buen Omeya, era muy aficionado desde la juventud. Exploramos al paciente en consulta conjunta. El piso alto del abdomen se hallaba aupado como en un embarazo. La palpación era muy dolorosa y la percusión, también sensible, indicaba una enorme hipertrofia visceral.

—El hígado del califa no tiene solución— sostuvo el físico semita una mañana en el maristán, tras estudiar a otro paciente—. Se halla afecto —añadió— de lo que Al-Razi llama *hepatargia*, un proceso irreversible que conduce a la muerte de forma inexorable. Es por ello que le permito beber. Es una pescadilla que se muerde la cola: el espíritu del vino le calma los dolores y al tiempo lo mata lentamente. Hay poco más que hacer.

Instauramos un tratamiento que, dado lo avanzado del mal, resultó poco eficaz. Consistía en la ingestión de tisanas templadas de coriandro y asa fétida endulzada con miel, pues el azúcar favorece según Galeno el trabajo del hígado. Pero el paciente, al contrario que Sancho el Craso, era rebelde, no admitía consejo ni admonición alguna. Supe que, nada más dar media vuelta, la esclava encargada de administrarle aquellas pócimas vertía el contenido de las mismas en la maceta de geranios más próxima. Las flores se veían rozagantes día a día mientras el califa aparecía macilento, cerúleo el color de su piel y la facies hipocrática premonitoria del cercano tránsito.

Abderrahmán III, el monarca más poderoso de todos los Omeyas de Occidente, creador del califato cordobés y de la grandeza de Al-Ándalus, entregó el alma a Alá en la primavera de 961, poco después de cumplir cuarenta y nueve años.

Capítulo 2

Los funerales del califa, en la gran mezquita, duraron doce días. La inhumación tuvo lugar tres días después del óbito, en el cementerio de Medina Zahara, y a ella asistió su enorme familia al completo, la servidumbre y los más altos dignatarios del califato presididos por el gran visir. Certificamos la muerte Ben Saprut y yo. Tras comprobar que la boca del difunto, sin hálito, no empañaba un espejo, que no existía pulso yugular ni radial, que la rigidez era cierta después de doce horas, que había mancha verde abdominal y livideces glúteas y en ambos omóplatos, se permitió al imán anunciar el fallecimiento del califa desde el minarete más alto de la mezquita. El clamor de plañideras y de lenguas vibrantes, los alaridos y los golpes de pecho se difundieron desde Córdoba al arrabal y, a través de las arcadas del puente romano, Guadalquivir abajo. En el abarrotado templo se sucedieron diez días de plegarias que los ulemas elevaban al cielo por su alma. Llegaron desde todos los puntos del califato gobernadores, emires, beyes, bajas y visires para rendir el último tributo a su califa.

Y en verdad que, por una vez, era merecido el homenaje. A pesar de todas sus carencias, nunca tuvimos mejor; gobernante en todo Al-Ándalus. Abderrahmán III puso fin a la decadencia religiosa del islam peninsular con respecto a Bagdad y, al proclamarse califa en 929, se tituló también sucesor del profeta y Príncipe de los Creyentes. Fue una jugada maestra que sólo un hombre de la audacia e inteligencia del Omeya cordobés era capaz de hacer, pues con ella se cuestionaban los derechos de los fatimíes que, desde el norte de África, pretendían reunificar el mundo musulmán como descendientes de Fátima, la hija de Mahoma. Con su autonombramiento realzó su figura, rechazó la propaganda fatimí y alejó a aquellos sectarios de las rutas comerciales terrestres y marítimas con Oriente que controlaban los mercaderes de Al-Ándalus. Para ello se organizó militarmente, introduciendo en el ejército a mercenarios beréberes, esclavos de cualquier religión y esclavos comprados a bajo precio en los mercados europeos. Nosotros entendíamos por esclavos, no sólo a los oriundos de los Urales, sino a cualquier europeo de raza blanca. De esa forma convirtió a Al-Ándalus en la primera potencia comercial, militar y política de Occidente.

El largo reinado de Abderrahmán tuvo su momento crucial cuando se proclamó califa. Aquel instante marca el fin de las revueltas internas, de la anarquía, y señala el comienzo de la expansión cordobesa. En la carta que dirigió a emires, gobernadores y dirigentes religiosos les hizo saber que Alá lo había favorecido con el título de Príncipe de los Creyentes al ser miembro de la tribu de los Quraysh, a la que pertenecía el profeta. Es un pomposo título que, ciertamente, se ganó al frenar las ambiciones de los núcleos cristianos del norte peninsular y en sus campañas victoriosas contra los rebeldes del interior. Degolló a los cabecillas de las revueltas de

Sevilla, Bobastro, Mérida, Badajoz y Toledo, y así manifestó su autoridad. Perdonando a algunos segundones, al emir de Sevilla por ejemplo y a los muladíes de Bobastro, demostró la grandeza del demente. En Zaragoza, con suma astucia, se definió como excelente negociador; aceptó la sumisión de los tuchivíes, a los que permitió seguir allí pero bajo dominio de Córdoba con arreglo a un pacto que incluía el perdón a los rebeldes. Pacificado su reino, se halló con las manos libres para enfrentar el peligro cristiano.

Durante cincuenta años de anarquía musulmana, previos al califa, los reinos y condados cristianos afianzaron y extendieron sus fronteras, sobre todo en el oeste — casi hasta Lisboa— y centro de la península, donde asturianos y pamploneses llevaron a cabo una política conjunta frente a Córdoba y Zaragoza. Tras la batalla de Simancas de 929, victoria o derrota según el bando en que se mire, el califa practicó una política ambigua e interesada referente a los problemas de los cristianos. En León, a la muerte de Ramiro II, castellanos y navarros, con el apoyo de Córdoba, sostuvieron la candidatura de Sancho el Craso frente a Ordoño III. Ganó Ordoño, pero por poco tiempo. El califa impuso al Craso, le negó después su apoyo y lo volvió a promocionar cuando, expulsado de su reino, acudió a Córdoba solicitando ayuda médica y luego militar. Tropas cordobesas y navarras, aliadas, repusieron en el trono a aquel monarca obeso y, como pude comprobar personalmente, orgulloso, ambicioso, obtuso y huero. No duró demasiado el mentecato. Según fuentes fiables, volvió pronto a atiborrarse de sus delicias favoritas. Contra lo que pudiera suponerse, no murió de un atracón, sino envenenado con polvo de cantáridas quizá por un amante despechado, pues, para colmo de males, era sodomita o ambiguo.

Córdoba y Navarra se llevaron bien durante el califato, pues Abderrahmán III se entendía con su rey, García Sánchez I, aunque la reina efectiva era su madre, Toda, una enérgica mujer a la que llegué a conocer y tratar cuando era una anciana. Me mantengo en la hipótesis de que las mujeres son más inteligentes y hábiles diplomáticas que los hombres. Nada puede con la tenacidad de una hembra que, si además es bella, terminará con la resistencia y la paciencia del más pintado. En eso nos adelantan en los reinos cristianos, pues es frecuente ver allí a mujeres gobernando o aconsejando en los asuntos de gobierno.

Con el condado castellano hubo pocos problemas. Castilla se desperezaba bajo la tutela de su ambicioso conde Fernán González, demasiado débil para enfrentarse a Abderrahmán. El noble debió entenderlo así, pues se apresuró a estrechar la mano tendida y no romper una paz que le permitía crecer y el sueño de ver a Castilla convertirse en reino. Y en cuanto al condado catalán, ocurría tres cuartos de lo mismo. Primero Borrell II y después Mirón, pendientes de afianzarse en la Marca Hispánica que delimitaba hacia el sur el imperio franco que instaurara Carlomagno, se ocuparon de enviar embajadores a Córdoba para solicitar un statu quo que

permitiera a las partes medrar y evitar colisiones. Yo conocía Barcelona y a los catalanes, seres pragmáticos donde los haya, y puedo asegurar que nadie allí deseaba una confrontación en la que saldrían mal librados cien de cien.

El califato que yo viví fue el momento supremo de Al-Ándalus y dudo que vuelva a repetirse. Ahora, al final de mi vida, asisto a su lenta descomposición. ¿Qué es lo que nos espera? Posiblemente la disgregación en reinos más pequeños, vulnerables, y al final la rendición y el exilio. La unidad hace la fuerza. Mientras los cristianos van a más, aglomerándose, nosotros nos disolvemos, nos separamos. Yo, al menos, he conocido los momentos más dulces del califato, cuando éramos el estado más potente. Tras la toma de Tánger y Melilla, en 927, Abderrahmán controlaba el triángulo formado por Argelia, Marrakech y el océano Atlántico hasta casi Oporto. Ninguna fuerza beréber cruzó más el estrecho sin su consentimiento. El poder del califa se extendía hasta el norte: Otón el Grande, emperador del Sacro Romano Imperio, intercambiaba embajadores con Córdoba. Hugo de Arles solicitaba salvoconductos para que sus navíos mercantes pudieran navegar por el Mediterráneo, mediatizado por nosotros lo mismo que el estrecho de Djebel-Al-Tarik, el Gibraltar de los cristianos. En cuanto a economía, el califato era una potencia de primer orden fundada en el comercio, una industria artesana muy desarrollada y técnicas agrícolas mucho más avanzadas que en cualquier otra parte de Europa. Éramos grandes productores de aceite de oliva y cítricos; las uvas andalusíes eran afamadas en todos los mercados, lo mismo que las pasas de Almuñécar; nuestras sedas granadinas y valencianas competían con las mejores del orbe, igual que el azafrán, ajos y dátiles. Siempre me sorprendió la pobreza y desolación de los campos cristianos en contraste con los nuestros, más poblados, con molinos de viento, canales de riego e ingenios harineros o azucareros. El dinar de oro cordobés era la moneda más cotizada del momento, la de más rica ley, imitada por el Imperio carolingio. Nada semejante se había visto en Occidente desde la caída del Imperio romano. En ninguna parte había ciudades tan pobladas como Córdoba, más de quinientos mil habitantes censados a mediados de siglo. Tampoco eran desdeñables ciudades como Toledo, con treinta y siete mil, Almería, con veintisiete mil, Zaragoza, con veinte mil, Valencia, quince mil o Barcelona, con cuarenta mil pobladores en su censo. Ya hablé de los aspectos culturales de Al-Ándalus y de avances médicos, sólo me queda nombrar la famosa biblioteca de Abderrahmán III que, en tiempos de Al-Hakán II, alcanzó los cuatrocientos mil volúmenes y reunió todas las ramas del saber humano. Los dos primeros califas estaban convencidos de que crear medersas, construir maristanes y levantar aljamas era apostar por la cultura y hacerlo por el caballo ganador.

El acceso al trono del primogénito de Abderrahmán, Al-Hakán II, fue un acontecimiento brillante, como cualquier fasto real entre islamitas. El imán, jefe de ulemas de la mezquita, tomó juramento sobre el Corán al joven califa. Fue en el

mihrab, tras la oración del viernes. Cumplía entonces Al-Hakán veintisiete años, mi misma edad. Tras aquel juramento, al salir al Patio de los Naranjos, besaron su mano primero sus hermanos y tíos y luego todos los dignatarios presentes, gobernadores, emires, caídes y el viejo visir. Yo, enemigo que soy de multitudes y de reverencias, con más trabajo que nunca, simulé una indisposición y me ausenté lo antes que pude tras el besamanos. Por entonces dedicaba todas mis horas al diseño y fabricación de diversos instrumentos y aparatos médicos.

Tal idea era antigua en mi cabeza, pero resurgió con fuerza tras el viaje a Italia. Había visto en Nápoles instrumentos quirúrgicos nuevos para mí, como separadores, escoplos, gubias y erinas. Todo el problema era encontrar un herrero que supiese su oficio, empresa nada fácil, pues, aunque eran numerosos, la mayoría se limitaba a fabricar rejas de arado, verjas, sables o cimitarras y herraduras de caballo. La suerte vino en mi ayuda una vez más. Una tarde se presentó en mi consulta un hombretón con una niña en brazos. Su aspecto era moro. La pequeña, de unos siete años, se agitaba sostenida a duras penas por su padre, deshecha en violentas convulsiones que alteraban su rostro en mil visajes. Tan pronto estiraba las piernas como las flexionaba, lo mismo que los brazos. La exploré tras ordenar al hombre que la tumbara en la mesa apropiada. Ardía en fiebre. Sus músculos contractos se estremecían en violentas sacudidas, como si el invisible aguijón de una avispa picoteara su piel. Estaba obnubilada, era incapaz de responder a mis preguntas. Ello, y la angustia reflejada en sus ojos virados, me llevó a un rápido diagnóstico: *chorea* mayor. La corea, o baile de San Vito para los mozárabes, se veía en el arrabal con cierta frecuencia y no era el primer caso que trataba. Por la afectación mental, pasajera la mayor parte de las veces, Galeno y Al-Razi la asociaban a una inflamación del cerebro de etiología, como siempre, desconocida. Es curiosa la denominación cristiana, y a ella me referí, indiscreto averiguador de todo, en una ocasión en que traté las hemorroides a un sacerdote seguidor de Cristo. Aseguró aquel clérigo que Vito fue un cristiano de su siglo tercero que, perseguido por el emperador Diocleciano para que abjurara de su religión, fue torturado. En el suplicio se movía y agitaba de tal forma que su danza trascendió y ha pasado a la historia como «baile». Tranquilicé al padre. Le aseguré que su hija se curaría y le indiqué las pautas a seguir, facilitándole el remedio y marcando sus dosis. Luego de una semana de reposo en habitación oscura y calma con la niña abrigada, ingiriendo cada seis horas tres cucharadas de tisana tibia de malvavisco, cúrcuma y azafrán, alimentada sólo con leche de mujer y algo de flor de harina, nutritivo acemite que sólo se encuentra en las mejores tahonas, regresó el buen hombre. Esta vez se veía con gesto distendido y luz de estrellas en su mirada negra. Contagiaba alegría. En sus manos, envuelto en pergamino, venía el cordero desollado y limpio más hermoso que había visto en tiempo.

—No te pregunto cómo está tu hija, pues se te ve en la cara, Omar —dije a modo

de salud cuando le tocó el turno, pues mi sala de espera se abarrotaba de pacientes.

Dejó sobre la mesa su carga y se inclinó hasta rozar el suelo.

—Vive gracias a ti, amo Abulcasis. Finalmente mi apelativo en Córdoba y su arrabal era ya aquél. No quise desmentirle por no minusvalorar mi trabajo ni el prestigio telúrico que debe adornar siempre a un galeno que se precie, y más si es cirujano.

—¿No la trajiste?

—Ha reiniciado ya sus clases en la escuela, amo. Es increíble que haya revivido en sólo cuatro días. Ni en cien vidas podría pagarte lo que has hecho por ella y por nosotros. Amina es la luz de mis ojos.

—¿A qué te dedicas?

—Soy maestro herrero, con taller propio.

—¿Dónde lo tienes?

—En la calle de los plateros, junto a los baños públicos.

—¿Quién te enseñó el oficio?

—Lo aprendí de mi padre cuando era niño, allá, en la lejana Fez. Luego, cuando emigramos a Toledo, perfeccioné mis conocimientos al lado de Bonifacio Pérez, el mejor ferrallista a la orilla del Tajo y quizá de todo Al-Ándalus. Finalmente, por motivos que no son del caso, hube de emigrar otra vez y me establecí aquí va para once años.

Al escuchar la palabra Toledo estalló un foco luminoso dentro de mi cerebro. La vieja capital visigótica era patria de los mejores trabajadores en cualquier tipo de metal del orbe. En sus famosas fraguas se templaban los aceros y forjaban los hierros de espadas, alfanjes y armaduras de caballeros moros y cristianos. Hasta Yaroslav, el príncipe de la lejana Kiev, capital de la Ucrania, encargaba sus espadas y dagas en las forjas de la ciudad del Tajo. Toledo y acero eran sinónimos, algo sin discusión posible, que aliaba a todos los pretendientes a la excelencia metalúrgica. La vez que estuve allí, siendo estudiante, había oído hablar de Bonifacio Pérez, de su habilidad sin parangón posible para templar lo mismo un sable que el morrión del casco que protege la cabeza, pero no llegué a conocerle.

—¿Sabes trabajar el cobre? —pregunté.

—¿Bromeas, amo? El cobre es mi especialidad —aseguró—. Me proveo del metal en las mejores minas, en Almagrera, cerca de Almería. Conozco la forma de alearlo para conseguir el mejor bronce o el latón más maleable. Trabajo también la escultura en metal y domino el cincel.

—Si es como afirmas —dije—, podrás pagarme en vida lo que dices me debes por curar a Amina.

—Dime cómo, mi amo. Y hazlo pronto. Ardo en deseos de corresponderte, de serte útil.

—Calma. Quiero encargarte la confección en cobre de ciertos instrumentos que preciso para ejercer mi arte. Y han de hacerse despacio. Los tengo diseñados. Mañana pasaré por tu taller y veremos la mejor forma de que me complazcas si está en tu mano.

Y así fue como me hice con un excelente instrumental que me permitió ampliar mi radio de acción quirúrgica. Omar era en verdad un extraordinario artesano, tenaz, habilidoso e imaginativo. Construyó para mí sondas de cobre de distintos tamaños y grosores, escalpelos finísimos, crinas para mostrar mejor campos quirúrgicos, separadores para que el ayudante facilitase mi actuación, gubias, sierras, valvas, escoplos con la punta de acero, cauterizadores, cucharillas cortantes, espéculos de garganta, nariz y oído y uno, muy curioso, que se me ocurrió ante mis sucesivos fracasos en la exploración de enfermedades de la vagina. Con mango de madera de ébano, el tallo fino y largo en cobre y un espejuelo en la curvada punta, luz apropiada y un ayudante separando con valvas, pude visualizar a la perfección el hocico de tenca, el fondo de saco vaginal posterior y cauterizar afecciones en aquella mucosa. Ideé un aparato para romper piedras en la vejiga de la orina, tras sondarla, que Omar me construyó a la perfección y que denominé litotritor.

Provisto de mi arsenal terapéutico y con ayuda de un buen artesano que lo reponía, amplié de forma impensable mis posibilidades quirúrgicas. Mi primer caso de estruma lo operé en 963. La estruma, o bocio de Galeno, es mal que afecta al cuello a la altura de la nuez, se manifiesta en forma de tumor lobulado o redondeado, blando, y produce, además de las molestias propias de una masa en el pescuezo que impide la deglución, síntomas somáticos. A veces se acompaña de exoftalmia —que es la protuberancia del globo ocular—, casi siempre de adelgazamiento y diarrea y siempre de nerviosismo que impide el sueño. Su diagnóstico es fácil. Por ello, al ver aparecer ante mi puerta a un caballero alto y delgado, inquieto y sudoroso, que se agitaba como un sauce llorón delante de una brisa, de tez bermeja y una protuberancia a la altura de la nuez del tamaño de un huevo de gallina, no dudé. Lo invité a sentarse e inicié la anamnesis. Se trataba de un rico mercader valenciano —deduje lo de rico del séquito que lo acompañaba desde Játiva—, mozárabe, por nombre Vicente Roig Martínez. Tenía treinta años. Se dedicaba al negocio de la seda, del que era su máximo exponente en nuestro Levante. Tenía negocios propios en Játiva, Valencia y Gandía —donde vivía— y era el primer vendedor-exportador de la famosa Lonja de la Seda, en la ciudad del Turia. Había adelgazado veinte libras en los últimos tiempos. Padecía de insomnio, pujos y diarreas, y una melancolía que arrasaba sus mañanas y sólo le permitía medio vivir a partir del crepúsculo. Sacó con gran misterio una carta lacrada y me la entregó. Era del emir valenciano. Antes de leerla, terminé la anamnesis e hice la exploración. Mientras escribía en la tablilla los datos que extraía de mis preguntas le observaba a hurtadillas. Tenía el porte

aristocrático y unos rasgos que delataban grandeza y altura de cuna: ojos claros, piel muy blanca y esos aires de nobleza que sólo se transmiten con la sangre. A la palpación el tumor era tenso, renitente, doloroso, se acompasaba al ritmo deglutorio y dejaba una señal cutánea al intento de rasgado con la uña.

—Vuesa merced padece un bocio tóxico —manifesté—. No existe la menor duda. Su tratamiento exige tiempo, cierta medicación y algo que no sé si tendréis: reposo y paz.

—Coincidís en el diagnóstico con mi físico de Gandía —aseguró—. El tratamiento que me prescribió hace ya tiempo fue también parecido. Llevo varios meses tomando ciertas pócimas que, no sólo no menguan un ápice mis molestias, antes las acentúan. El tumor ha crecido impidiéndome tragar, respirar y dormir con fundamento. He perdido cualquier clase de apetito. Me posee la angustia que os referí y que va a más. Ni tengo paz, ni he venido desde tan lejos buscando un brebaje de hierbas. Me han dicho que sois cirujano.

—Lo soy —afirmé—. E igual os digo que nadie hasta aquí, al menos en Occidente y que yo sepa, ha resuelto un bocio de manera quirúrgica.

—A pesar de vuestra juventud, me aseguran que tenéis experiencia. Fuisteis cirujano del califa, que Dios haya acogido en su seno, y conocéis diferentes técnicas operatorias de vuestros viajes. En todo Levante se habla de vos con gran respeto. He venido con la firme decisión de ponerme en vuestras manos. No es posible vivir de esta manera.

—Aceptaré el desafío con una condición.

—Si es por dineros, no deberéis temer —dijo, rápido como el rayo—. Soy muy rico.

—Yo no trabajo sólo por una remuneración que premie mi larga formación y mi trabajo responsable. Desde luego la intervención saldrá cara, pero no es el momento de hablar de temas secundarios. Antes de ella deberéis someteros a un tratamiento que disminuirá el volumen del tumor y hará más fácil su extirpación.

—¿Durará mucho?

—Unas tres semanas.

—Vivo en un mesón de la ciudad, ¿podré seguirlo allí?

—Me temo que no. Deberéis ingresar en nuestro maristán. Es la única forma de allegaros sosiego y que haga efecto la medicación.

—Vine con mi mujer...

—No podrá acompañaros. Es mejor evitar cualquier tipo de actividad durante aquel tiempo. ¿Tenéis quien se ocupe de ella?

—Hemos traído con nosotros algunos servidores. Ellos lo harán.

—Para Susana, mi esposa, será un placer conocerla y entretenerla hasta la intervención, si vos lo permitís.

—Será un honor para ambos. Gracias por la delicadeza.

—Es lo menos que puedo hacer por alguien de vuestra alcurnia y que, además, confía en mí.

Quedamos en silencio. Del ventanal que daba al riad, por la celosía, se colaban al tiempo luz, aromas florales, color y el silbo de los pájaros.

—Supongo que sabréis que la cirugía resulta dolorosa, tiene riesgos y complicaciones —dije al cabo.

—Samuel Méndez, mi físico, ya me habló de ello. Me informó también de que sois el único cirujano hispano que maneja cierta fórmula que aminora el dolor.

—Habláis con propiedad: aminorar. Mi anestésico sólo consigue disminuir las molestias, pero no las suprime del todo; y menos en una intervención que no será corta.

Sin más que hablar y tras aceptar todas mis sugerencias, el paciente quedó ingresado en una de las habitaciones más tranquilas del hospital, que daba al patio. Le asigné un enfermero que velaba por el cumplimiento de mis indicaciones. Durante veinte días permaneció en reposo, sólo salía a la quietud del jardín interior, entre limoneros, naranjos, magnolios y azaleas. Leía sin cesar, pues era culto. Cinco veces al día, con cada comida administrada con parquedad, tomaba una taza de un cocimiento tibio de hinojo, ruda y abrótnano, hierbas que, según Hipócrates, combaten los tóxicos que produce la estruma. Iba a verlo todas las mañanas, en la preceptiva visita a mis operados del maristán, mientras su mujer y la mía recorrían, vigiladas por Omero y los lacayos, los negocios del zoco. Se trataba de una agradable mujer, algo mayor que Susana, con la que congenió enseguida. Dos veces cenó con nosotros, en mi casa, disfrutando de un tipo de cocina diferente. Llegó el día de la operación, un verdadero acontecimiento quirúrgico que presenciaron Al-Qurtubí y una decena de cirujanos jóvenes. Colaboraron mis dos ayudantes de confianza, expertos ya en toda clase de intervenciones, y un principiante que se ocupaba de dosificar el anestésico.

La estrumectomía fue un éxito que superó cualquier expectativa. Como siempre, el instrumental se había hervido en agua avinagrada. Es algo nunca hecho hasta aquí pero del más elemental sentido común: si lavamos el tenedor que pincha la tajada, el cuchillo que la corta y el plato donde comemos nuestros alimentos, ¿no habremos de enjuagar el escalpelo que corta nuestra piel? Del mismo modo, hacía tiempo ya que todos los miembros de mi equipo nos lavábamos a conciencia las manos y nos recortábamos y cepillábamos las uñas aunque la intervención no fuese oftalmológica. Además, oler a limpio reconforta al paciente. Tras adormecer al enfermo profundamente, haciendo que inhalara de la esponja soporífera más de quince minutos, practiqué en la piel de su cuello, por debajo de la tumoración, una incisión elíptica. La campana de una cercana clepsidra resonó nueve veces. El paciente, amarrado con ligaduras, se conmovió ligeramente. Ordené aumentar la dosificación

del anestésico mientras coagulaba con el cauterio varias venas sangrantes. La capa muscular, conocida por mí de mis disecciones experimentales, era tan laxa a ese nivel que pude separarla sin necesidad de cortar, simplemente con los dedos. Después, todo fue más fácil de lo que había supuesto. Un auxiliar enfocó sobre el campo operatorio la luz solar que se reflejaba en un espejo. Una masa rojiza, granulosa, mayor de lo previsto, se ofreció a mis ojos como en un alumbramiento la cabeza del feto al asomar por el canal del parto. Inverosímilmente la rodeé con un dedo para liberarla de adherencias y quedó a mi merced, prácticamente suelta. Una parte se fijaba a la tráquea y al hueso hioides y otra profundizaba detrás del esternón. Extraje la porción caudal con suavidad, utilizando un índice. La parte conectada a la tráquea no lo era íntimamente. Sabía de mis experimentos que la glándula hipertrofiada que conforma el bocio recibe su vascularización de cuatro arterias, dos en cada polo, superior e inferior. El paciente emitió un sordo quejido cuando tiré del tumor tratando de individualizarlas. Sin inmutarme —la frialdad es inherente y obligatoria en cirugía, tanto como la rapidez—, lo conseguí con cierto esfuerzo, pero allí estaban: una pequeña arteria pulsante y su vena correspondiente por cuadrante. Pasé cuatro ligaduras de seda, que amarré con fuerza, seccioné los vasos y extraje con la mayor facilidad el tumor en medio del asombro general y el mío propio. Repasé con el cauterio los puntos sangrantes, dejé un drenaje de esponjosa gasa para prevenir acúmulos de sangre o linfa, cosí la piel y coloqué un apósito. No eran las diez. ¡En menos de una hora había operado mi primer bocio tóxico! El postoperatorio fue muy bueno. El paciente se levantó aquella misma tarde. Cambié el apósito al segundo día y retiré el drenaje. Al cuarto apareció supuración en la zona donde se hallaba aquél. Era un pus amarillento, seroso, poco trabado, que se fue diluyendo con las curas y desapareció el octavo día, cuando quité los puntos. Quedó una cicatriz plana, limpia, indolora. Cuando se vio delante del espejo el valenciano, sus ojos se llenaron de lágrimas. Se abrazó a su mujer. Le contagié sus lágrimas y conseguí emocionarme a mí también.

—¿Qué haremos con vuesa merced? —dijo ella sollozando.

—Recordarme y hablar bien de mí —dije.

—No siento ya ninguno de los síntomas que me trajo hasta aquí, doctor —aseguró el buen hombre.

—Ni los sentiré más. No habiendo tumor, no existen las ponzoñas que vierte al organismo.

Los valencianos partieron a su tierra —me invitaron a visitar su casa de Gandía— y mi popularidad alcanzó cotas nunca vistas. De acuerdo con Al-Qurtubí, organicé un seminario para explicar a los estudiantes la operación, los síntomas que produce la estruma patológica y su tratamiento médico-quirúrgico, acompañado todo de láminas que diseñé y amplié en la pizarra. En mi mente surgió la idea de empezar a trabajar en

una enciclopedia, un magno tratado que llevaría por título *Al-tasrif* y que sería el compendio del saber anatómico y médico-quirúrgico de los que me precedieron y de mi propia experiencia. Como prolegómeno, iba ya muy avanzada mi primera obra sobre hierbas medicinales y botánica: *Compendio de agricultura*.

Con treinta años fui entronizado como hakim, reconocido poseedor de la excelencia intelectual y ética de un verdadero sabio. Aun a sabiendas de mi insignificancia, hube de aceptar el nombramiento pues procedía del consejo superior de la aljama. La ceremonia —odio las ceremonias— fue presidida por el propio califa Al-Hakán en el aula magna de la medersa cordobesa. La presenciaron todo el profesorado y los alumnos. El reconocimiento de cualquier médico como hakim no era ni mucho menos automático. La mayoría de los físicos no pasaba de tabib, un mero profesional en su arte, y algunos pocos se quedaban en mudawi, o simple practicante. Sin duda mis éxitos profesionales y el favor del califa influyeron en la investidura. Los médicos éramos protegidos por las leyes califales, y aun antes, durante el emirato. Ningún físico o cirujano podía ser detenido o sufrir penas de cárcel por acciones ocurridas en el ejercicio de su arte. En caso de denuncias por presunta mala praxis, el muftí consideraba que los fallos médicos son siempre involuntarios. Y lo son en pura lógica: nadie que haya jurado por Hipócrates curar con honradez comete a sabiendas un error en aquel a quien pretende sanar. Es como llevar a la cárcel a una cocinera a quien le queda duro y correoso el cordero de un tajine. ¿Existirá quien, por propia voluntad, eche tierra al potaje que ha de comerse? El origen de nuestro prestigio en la cultura islámica nace de la preocupación por el tratamiento y curación del paciente. «Sólo hay dos ciencias, la teología, o salvación del alma, y la medicina, o salvación del cuerpo», dice el profeta. De ahí la estimación por la medicina en el islam. Al contrario que en los reinos cristianos, en Al-Ándalus se valora a los físicos. Supe no ha mucho de un cirujano-barbero, en el reino de Aragón, que fue azotado y preso por achacársele la muerte del hijo de un noble herido a estoque en un duelo por asunto de faldas. La lesión le afectó malamente un pulmón, se infectó como suele y lo mató el empiema o pus derramada en el saco pleural. ¿Qué culpa tuvo el pobre físico? Hubiese sido el muerto un pelagatos y no pasara nada, pero fue un figurón aristocrático, un petimetre mujeriego y sin seso por más señas, y pagó el pato el médico. Entre nosotros ni siquiera se hubiese dado la denuncia, pero entre aquellos salvajes iletrados enflaquece el infortunado cirujano en un presidio.

Siempre traté de encontrar en mis diagnósticos la conexión entre la experiencia y el saber teórico referido a los tres órganos nobles: hígado, cerebro y corazón, tras lo cual instauraba el tratamiento. Cualquier intento de sanar debe iniciarse con una alimentación apropiada. Si falla la dietética, se recurre a la farmacopea natural, mediante hierbas. Como último recurso queda la cirugía que, de acuerdo con Galeno,

es «la síntesis y conclusión de la medicina». Suscribo la opinión del sirio Ibn Ridwan cuando dice: «Quien sólo es perfecto en medicina pero no en lógica, matemáticas, física y teología, más que un verdadero médico es un practicante en medicina, un *mudawi*». De ahí que el califa Abderrahmán estableciera la obligación de obtener, mediante examen previo en aquellas materias, el título de médico, nuestro diploma o *icaza* que nos habilita para la práctica legal.

Siendo hakim, se fundían en mí los tres saberes: el intelectual, que suponía ser sabio en la teoría y en la praxis; la ética médica, que daba por hecha mi probidad como hombre y mis buenas costumbres; y la ética pedagógica, que me obligaba a difundir mis conocimientos y a buscar la amistad con otros sabios, anteponiéndola incluso a la amistad fraterna y al amor a los padres o esposas. Había llegado, pues, a lo más alto. Mi condición social era equiparable a la del jurisconsulto cristiano, muftí entre nosotros, el obispo, recitador de preces o imán entre moros, y el gran jefe militar en Castilla o Aragón equivalente al emir islámico. Era considerado y respetado, pero se me miraba como a un extraño, pues, a pesar de ser famoso y rico, sólo tenía una mujer y una esclava. Era consciente de la anormalidad, pero pretendía perpetuarla, pues me encontraba bien con mi mujer y con Tania, la sierva. Amaba tiernamente a Susana. Disfrutaba mis momentos con ella, menos de los que hubiese deseado, aquellos en los que en nuestra terraza abierta a la curva del río repasábamos los asuntos del día y hacíamos planes mirando las estrellas. La necesitaba. Tenía una especial clarividencia que le hacía adelantarse a los hechos, saberlos antes de vivirlos. Un sexto sentido le hacía adivinar mis pensamientos. Se había aficionado a la lectura y leía a Hornero, un autor griego cuyos textos, transcritos en la escuela de traductores fomentada por mí, le facilitaba. Era un gozo contemplar su delgada silueta ante el facistol, la melena resuelta en negras guedejas acaracoladas colgándole en los hombros, descalza, la mirada prendida en los prietos renglones y un gesto de extrañeza arrugando su frente. Tania revoloteaba alrededor, como los gorriónillos, pendiente de su ama. Arreglaba las uñas de sus manos y pies, atusaba incansable su cabello o la perfumaba con esencia de jazmín, su favorita, que mi perfumista del zoco preparaba para ella. Mi mujer, a pesar de ser hebrea, se aficionó pronto a los gustos femeniles islámicos. Todas las mujeres son iguales y a todas enloquece cautivar a los hombres con sus mañas. Llevaba ajorca de oro en un tobillo, tatuaba sus pies con henna Y se depilaba al modo moro, dejándose en el pubis una especie de moña recortada. Tania se ocupaba de todas las labores relacionadas con su cuerpo: la vestía, desnudaba, maquillaba, Preparaba sus ropajes del día y la aromaba de forma que su señora estuviese siempre bella y apetecible. Mi relación con la esclava era muy ocasional. Su felino cuerpo, de tigresa, me atraía, pero sin connotaciones que no fueran meramente físicas. A pesar de mi intenso trabajo, a los treinta y dos años seguía siendo sexualmente muy activo. Por ello, si Susana se encontraba indispueta

o ella me lo pedía, buscaba a Tania en su lecho. Las dos eran muy dulces, pero la esclava, además, tenía una forma de amar siempre sorprendente, que me deslumbraba. Conocía ciertos misterios del arte de la fornicación, ingénitos tal vez o aprendidos de oídas en el gineceo de otras siervas, que me hacían levitar de placer. Era nuestro secreto, algo que Susana, a la que Tania veneraba, debía ignorar. El amor con ella tenía el aliciente, no de lo prohibido, pues era mía y lo alentaba mi propia esposa, sino de la aventura, de no saber lo que ibas a encontrar o te iba a dar. Formábamos un trío perfecto, sin fisuras, pues el amor entre ellas, lo sé, era sólo fraterno. Susana y yo nos entendíamos, habíamos encontrado la paz y la serenidad. Por ello me sorprendió que fuese mi mujer la que sacase el tema a colación.

—La gente opina que debieras buscar una nueva mujer —dijo una noche poco antes de acostarnos.

—¿Y tú qué crees?

Venus brillaba fuerte en su lugar de siempre y Sirius emitía su guiño eterno y misterioso, allá en lo alto. Desde lo más profundo del jardín, hacia el soto del río, llegó el lúgubre canto del Otilio. El aire era húmedo y fresco, una esperanzadora transición entre invierno y verano. Sentí un escalofrío.

—Tal vez tengan razón. He padecido ya ocho embarazos, casi uno por año.

—¿Padecido? El embarazo no es una enfermedad.

—Para vosotros. Os daba yo, no un embarazo, sino una triste regla de seis días.

Me recordó a mi madre. A cómo se quejaba lastimeramente de sus últimas preñeces.

—¿Hablas por ti o en boca de Zulema?

Sé que hablaban entre ellas lo mismo que esos cuervos indostánicos que articulan palabras. Mi madre aparecía para ver a sus nietos todas las tardes y Susana iba a su casa mañana tras mañana, tras volver del mercado con Tania. Eran ya más que hermanas, mucho más que suegra y nuera: verdaderas amigas.

—Ella opina lo mismo. Dice que eres el único hakim cordobés con una sola esposa. Que hasta el más humilde carnicero del zoco cuenta con dos o tres. Asegura que con tu posición podrías mantener un verdadero harén, que pasas por tacaño...

—Estoy bien como estoy. Sabes que te amo. Otra mujer sería una complicación para un hombre tan ocupado como yo.

—No es cuestión de amor, que también, sino de oportunidad y de buen juicio. Vivimos en sociedad y no es bueno distinguirse por nada, pasar por diferente. Hasta el imán de la mezquita grande se pregunta qué ocurre para que no te cases otra vez.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo ha dicho Zulema. Se encontraron la otra tarde y él lo comentó.

—Mi madre no es muy de mezquitas...

—Coincidieron en la alameda, delante del alcázar.

Quedamos en silencio. Por fuera de la sábana le asomaba un delicioso pie con las uñas decoradas en bermejo jaspeado, un color nuevo, travesura sin duda de Tania.

—Si a ti te parece oportuno, lo pensaré —dije.

—Diré a tu madre que estás de acuerdo. Lo curioso del caso es que también lo estoy yo. Quién me hubiera dicho cuando me casé, parece que hace un siglo, que iba a ser partidaria de la poligamia... Tenemos un enorme caserón con sitio suficiente. Te encantan los niños y yo no me siento con fuerzas de darte más. Si fuese la mujer de un campesino me conformaría, pero soy la esposa de un hakim. Sólo pondría una condición...

—Habla.

—Que fuese tu madre la que te buscase esposa y yo la que lo aprobase. Ella tiene suficiente tino para ello.

—¿Y yo no cuento?

—Sabes que Zulema tiene buen gusto. Los hombres, con raras excepciones, sois un desastre para encontrar mujeres. Ella encontró a Tania y nos va bien con ella. La esclava sería otra condición: la quiero sólo para mí. Tu nueva mujer tendría su propia esclava.

No sé cómo será vuestra experiencia, pero en la mía la mujer es el alma de la casa, la que manda. Ella organiza, decide y nos gobierna. Incluso, cuando parece que hemos vencido en la lucha dialéctica, es sólo una ilusión. Es igual que la rama vencida por el peso del manto de nieve que la cubre en los crudos inviernos. Parece sometida, silente, agobiada, a ras de suelo, pero es sólo apariencia. De repente, con una sacudida del viento o del deshielo, se endereza de súbito alzándose otra vez, orgullosa, proclamando su imperio. Tal vez, si me lee algún cristiano, se extrañará de mi escaso entusiasmo ante la posibilidad de poseer más de una mujer. He dicho poseer, y ésa es la diferencia: el hombre en el islam es dueño de sus hembras, al cabo que un cristiano pertenece a su esposa por mucho que lo niegue. Hasta, lo vi cientos de veces, las titulan sin rebozo de ama o dueña.

No es nada fácil poseer cuatro esposas y cinco concubinas. Ello requiere desde luego riqueza, pero sobre todo nobleza. ¿Y qué es ser noble?, preguntaréis quizá. Y yo os responderé que la nobleza es la prenda mayor que adorna el alma humana. No depende de la altura de cuna: se puede ser noble siendo hijo de un arriero y zafio y ruin nacido de un califa. Nobleza obliga a saber escuchar, a no elevar el tono de la voz, a dirimir con justicia las diferencias que inevitablemente surgen dentro del gineceo, a la imparcialidad. Nobleza es no distinguir entre hijos bastardos y legítimos, ser graciable con todas las esposas, concubinas y esclavas, no abusar jamás de nuestra fuerza o superioridad. Sé que el Alcorán habla de sometimientos e incluso castigos a la mujer díscola o revoltosa, pero yo no comulgo con ello. Poner la mano sobre la mujer, si no es para acariciarla, es de villanos. Y no hablemos ya de fuerza o

violación: mancillar la virginidad de una hembra contra su voluntad es vileza propia de chusma carcelaria, de remeros, y merece mil muertes. Violentar al ser más bello y delicado de la creación es sólo de humanos indecentes. Entre los animales no existen violadores. Tantas veces yací con una fémica como obtuve su anuencia, muchas veces implícita, entrevista en su rubor de núbil o leída en sus ojos tiernos y suplicantes. Por ello apruebo las leyes califales que condenan al violador a ser ahorcado después de la emasculación.

Obtenida mi aprobación a un nuevo matrimonio, Zulema desplegó sus redes por Córdoba y su arrabal. El reinado de Al-Hakán II transcurría mejor de lo previsto, desmintiendo la teoría de que de un padre diligente nace un vago.

El califa, a pesar de su juventud, demostraba la experiencia ganada a pulso aliado de su progenitor. Respecto a la cultura, superó a su padre Abderrahmán: creó nuevas medersas, amplió y dotó mejor el maristán, protegió las artes y perfeccionó la biblioteca, en la que solía vérsese, pues era muy aficionado a la lectura y a los libros raros. La instaló en un nuevo edificio, más amplio y luminoso, creando el cargo de archivero mayor o primer bibliotecario, como en el tristemente desaparecido museo de Alejandría. Como ya he dicho, en su mejor momento, años antes de que Al-Mansur ordenara quemar libros que él consideraba heréticos, contaba con cuatrocientos setenta mil ejemplares que versaban sobre todas las ramas del saber.

La relación del califa conmigo fue más que agradable. Siempre me llamó hermano. Es verdad que lo éramos, de distintas madres, pero también lo es que muchos se avergüenzan o reniegan de su propia sangre. Es cierto que amaba las mujeres y la caza, por este orden, pero ello no desdice su limpia trayectoria. De señores es venerar a las mujeres y besar donde pisan. Y en cuanto al arte cinegético, es propio de varones audaces, practicado desde que existe el hombre. Para enfrentarse a un oso o al jabalí que te ataca hace falta valor, y el califa lo prodigó en la caza y en la guerra, pues acudió a muchas batallas. Mienten como bellacos los que afirman que se entendía con algunos efebos. Para mí que aquellos testigos indiscretos, siempre eunucos resentidos, infelices, tomaron a jóvenes doncellas por muchachos lampiños. Luchó victoriosamente contra el conde de Castilla Fernán González, derrotó al rey García de Navarra, venció al rey don Sancho de León y oprimió a los condes catalanes Borrell y Mirón. Sólo fue vencido por guerreros vikingos, los diabólicos normandos que asolaron Lisboa tras desembarcar en el estuario del Tajo, en 970. Fue tanta su rabia que, poniéndose al frente de sus batallones, cabalgó hasta la Lusitania y obligó a los guerreros nórdicos a reembarcar dispersando su escuadra. Guerrero infatigable, en 975, un año antes de morir, dirigió las operaciones que culminaron con la conquista de todo el reino de Tánger que, por el sur, llegaba a las puertas de Fez. A la muerte de su padre, el califa Al-Hakán me heredó como médico. Fui, hasta su temprana muerte, su cirujano de cámara. Raras veces cayó enfermo y escasas se

sometió a la férrea disciplina de mi escalpelo. Cuando lo hizo, fue un buen paciente, demostrando valor y un talante risueño. Sus afecciones fueron simples: estreñimiento crónico, influenza ocasional, prurito anal que ocasionaban sus lombrices, pie de atleta y, en el aspecto quirúrgico, golondrinos y abscesos yuxtaanales que lo afectaban intercurrentemente. Su constipación intestinal mejoraba con aceite de oliva, medio cuenco en ayunas; los vermes que motivaban su prurito desaparecían —junto con el picor— tras la ingestión de tisanas de eléboro y hierba lombriguera, muy eficaz como vermífuga; el pie de atleta, dolorosas rágades en la planta de los pies y comisuras de los dedos, tendría algo que ver con el baño que gustaba tomar en compañía de diez o doce esclavas y concubinas tan desnudas como salieron del vientre de sus madres. Y ello es de fácil deducción, pues desaparecieron en cuanto se introdujo solo en las piscinas de agua limpia, recién renovada, siguiendo mis consejos. A pesar del alivio en sus molestias, me miró cierto tiempo con prevención, pues seguro que añoraba la delicia de aquellos baños excitantes rodeado de bellezas *in puribus*. Ignoro la causa del pie de atleta, pero tiene que estar relacionada con algo, polvo invisible, quizá escamas de otra piel, que produce las incómodas grietas al infectar la nuestra. En medicina ignoramos muchas más cosas que las que sabemos. Me costó trabajo convencerle de prescindir de aquellos baños lúdicos antes que higiénicos.

—No es posible que mis mujeres me contagien de otra cosa que no sea placer —dijo, amoscado, cuando le sugerí mis sospechas y la forma de corregir su mal.

—La piel desprende cutículas y escamas de forma natural. El pie de atleta se contrae siempre en medio húmedo —aseguré—. Tal vez alguna de tus hembras lo padezca sin saberlo, señor. Tendría que reconocerlas.

Lo permitió a regañadientes. En medio de mi asombro, no hallé rastros de excoriaciones ni de rágades en los pies de aquella deliciosa colección de ninfas, por más que rebusqué entre sus dedos adorables y sus cuidadas uñas. Ni que decir tiene que la inspección de las desnudas extremidades se hizo en presencia de una dueña y con la propietaria cubierta con caftán hasta las cejas. Hube de concluir, gacha la testa, que no hallaba la causa del problema.

—Te lo dije —abundó Al-Hakán.

—Aun así no puedo descartar, mi señor, que existan pieles aparentemente normales que transmitan el mal. La prueba que te propongo es sencilla: toma el baño en soledad y retoza luego con tus hembras. Como es la humedad lo que favorece la enfermedad no hay problema con el contacto en seco.

Me obedeció por una vez y me lo agradeció. A las tres semanas desapareció su pie de atleta. Otra cosa fueron sus pequeñas afecciones cutáneas, panadizos, abscesos axilares —«golondrinos» del vulgo— y fístulas anales. Combatí le abscesos dilatándolos y poniendo a plano las fístulas con escalpelo, ayudado por mi esponja somnífera. Bendito sea el momento en que la descubrí. Distinto fue el caso de una

fístula anal que cada dos por tres se le alteraba, entrando en erupción como un volcán, causándole dolores y alterándole el sueño. Hasta en seis ocasiones la traté con resultados dispares. Allí empleaba el cauterio. Por fin, la sexta vez, aletargado el paciente por el anestésico, logré pasar una sonda de cobre por el trayecto fistuloso. Dejé un grueso len de seda retorcida y lo anudé sin cortar los cabos, que fijé a la piel del periné con un apósito. Era una técnica que había copiado de Lucio Nero, un colega italiano del que me hablara en Nápoles Realdo Conti. A cambio de una semana incómoda para el califa, que soportó con entereza estoica sin dejar de atender cuestiones de gobierno, logré la curación sin recidivas limitándome, a los siete días, a seccionar con el cauterio la mortecina carne comprendida dentro de la ligadura.

Al-Hakán apadrinó mi segundo matrimonio. La elegida, por nombre Jezabel, era la hija menor de un rico comerciante de Sevilla. Le llevaba catorce años. No logré verla a gusto hasta el día de la boda, pero fiaba en mi madre, quien aseguraba que era de una belleza deslumbrante, que pasmaba. Lo que sí vi fue su dote, magnífica, propia de la gran señora que es. En un cofre de plata y malaquita me la entregó su padre la tarde en que la conocí, cuando nos prometimos: las escrituras de propiedad de una finca en Lucena, una gran extensión de labrantíos feraces, monte bajo rico en caza y cinco lugares que poblaban más de trescientos braceros muladíes. Jezabel era de origen yemení, como sus padres. La ceremonia de esponsales, petición de mano para los cristianos, fue en su casa de Sevilla, adonde fui con mi madre y Susana que estaba invitada. Dudé, pero al fin la llevé. Mi inmediata nueva mujer no habló en absoluto, al menos conmigo, quizá para mostrarme lo esmerado de su educación, limitándose a herirme con el dardo de sus ojazos negros, lo único de su rostro que descubría el sutil velo anaranjado. No se recató sin embargo de lucir sus pies pequeños, proporcionados, decorados con alheña azul, que exhibió orgullosa por debajo de la alforza dorada de su caftán de gala. Calzados en escaarpines de cordobán verde, eran la quintaesencia, la sublimación de la sensualidad. Yo le di mi regalo. Para hacerlo, debimos asomarnos al balcón, pues se hallaba en el jardín anclado a un árbol. Era una yegua de pura raza andaluza, de capa blanca, con las crines rizadas y los ojos rojizos, la mejor de mis cuadras, que caracoleó de gozo al sentirse admirada. Éramos seis a la mesa: su madre, que era la tercera esposa, todavía bella, sobrecargada tal vez de joyas y perfume; su padre, un obeso yemení de poblado entrecejo y barba de chivo, inmensamente rico; Zulema, en su línea habitual de hermosura y gracejo; Susana, discreta en su liviana túnica glauca bordada y luciendo el aderezo de oro y aguamarinas; Jezabel, tímida y silenciosa frente a mí, y yo mismo, que estrenaba atuendo: calzas de anca de potro, bombachos de seda a la manera turca, jubón de lino blanco recamado en puños y solapas, cinturón de damasco, tahalí con alfanje colgante y coletto amarillo de piel de anta. Miraba a mi próxima esposa sin entender mi suerte: aquella criatura delicada, cuyo aroma a nardo

sobrevolaba los manteles hasta mi pituitaria, me caía del cielo con los buenos augurios y la aprobación de mi mujer, del mundo y sus ciudades: ¡bendito sea el Corán!

Bendita también mi madre santa. Por su intercesión conseguí a Jezabel, que era mejor que todo lo pensado o imaginado. Tras la bendición del imán de la gran mezquita, celebramos la boda en Medina Zahara, que fue el regalo de Al-Hakán. Transcurrió en una tarde de danzas y de músicas, de exquisiteces que ella y yo apenas probamos. La tuve a mi lado en el banquete, ya sin velo, y pude comprobar su belleza sin tacha. Era completamente diferente a Susana, algo más baja, más redonda, con la piel más tostada, como polvo tamizado de nuez moscada. Su mirada era ardiente. Al principio pensé que simulaba, que aquel fuego en los ojos no era para mí. Pero me equivocaba. Suspiraba por mí, era yo quien originaba el aleteo en su pecho. No cabían peros en su rostro sin mácula. La nariz era cabal, antes larga que roma, recta, griega. Su cabello era negro como el ala del cuervo, resuelto en infinitos rizos que colgaban como tirabuzones de la testa en la medusa mítica. Nunca vi una dentadura más blanca que la de Jezabel, ni más perfecta. La mostraba al sonreír, lo que hacía sin tasa desde que perdió el miedo. El banquete y las danzas nupciales se alargaban. Yo no veía el momento de buscar el reposo en nuestra habitación, que daba al río, de hablar con mi nueva mujer, de intentar indagar lo que pasaba por dentro de aquella cabecita admirable, pero el califa lo pasaba en grande y aquello no acababa. Por fin, cuando la luz del alba traspasaba el cendal de los visillos del salón de fiesta, Al-Hakán se perdió hacia sus dependencias tras despedirse de los novios. Un carruaje nos trasladó a mi casa.

Estuvimos tres días sin salir del dormitorio. Todo lo más, nos asomábamos a la terraza tras ponerse el sol. Tania nos servía comidas y bebidas cuando yo lo pedía y renovaba las rosas de un jarrón. Tras llegar de la fiesta nupcial, luego de oscurecer la cámara corriendo los pesados cortinajes, desnudé a mi reciente esposa y la acosté. Vi en sus ojos cansancio y decepción. Agotados, dormimos diez horas seguidas. Al despertar caía ya la tarde. Una claridad ambarina se filtraba del río, igual que un espejismo. Se escuchaba el clamor de los pájaros buscando su acomodo para el sueño en los grandes arbustos y en los pinos cantores de la orilla del agua. Me giré y estaba allí, mirándome con sus enormes ojos negros, cauta, desnuda encima de las sábanas, un milagro. Le acaricé una mano y la besé. Se sonrojó lo mismo que una párvula.

—¿Estás a gusto?

—Te amo —dijo, mordisqueando el tallo de una rosa.

—¿Estás segura? ¿Cómo puedes saberlo?

—Lo sé. Las mujeres sabemos esas cosas.

—Pero no sabes cómo soy... Te llevo catorce años... Tal vez te impresione mi aspecto, mi fama...

—Sólo sé que te amo. Lo supe desde siempre. Desde que, hace seis meses, vino Zulema a vernos y me habló de ti. Sé que eres médico, un hakim. Sé que curas a la gente, que amenguas su sufrimiento, y eso hace que te quiera aún más.

Quedamos un instante en silencio. La luz del día se iba. Los últimos rayos del crepúsculo iluminaban su desnudez cobriza y realzaban en negro su mágica abertura, un nido de cigüeñas en la cúspide de sus muslos abiertos. Sentí la sangre hervir.

—No te sientas obligada a nada, ni mientas para obedecer a tus padres —dije—. Espera a conocerme si es tu gusto. Yo no puedo decirte que te quiera como quiero por ejemplo a Susana, mi primera mujer. Pero estoy seguro de que amarte será fácil, siendo como eres.

—¿Y cómo soy?

—Yo te encuentro preciosa y adorable.

—¿Tanto como para rechazarme esta mañana?

—No seas injusta... Entonces te deseaba tanto como ahora. No te toqué al ignorar tus sentimientos.

—Estaba muy asustada. Creí que no te gustaba y que pensabas repudiarme.

—Mi pequeña... Me gustaste desde que te vi. ¿Cómo podrías no gustar a alguien?

—Tengo hambre...

Lo dijo muy bajito, al tiempo que saltaba de la cama como un lebrato que explora por primera vez el mundo y, desnuda, salía a la terraza. La perseguí y la alcancé asomada ya a la barandilla, dentro de la negrura. Las baldosas estaban aún calientes. Toqué su piel, morena y suave como satén de Persia.

—¿Estás loca? Pueden verte...

—¿Quién? Tu maravilloso riad está desierto y la soledad es completa.

—Tu piel brilla en la noche con luz de estrella solitaria. ¿Qué haría si algún hombre contemplase tu desnudez? Tendría que matarlo.

—Tratas de asustarme —dijo, cogiéndome una mano y volviendo al dormitorio. Ya dentro, aupándose en sus pies, apretando sus duros senos a mi pecho y cerrando los ojos, me ofreció sus labios.

La besé de manera muy aséptica, apuntando con la lengua en su boca entreabierta.

—No siento nada —dijo con aire de extrañeza—. Mi hermana me asegura que un beso al hombre amado da placer...

—Veamos ahora.

Pegué mi cuerpo al suyo y la besé con fundamento, lentamente, aleando las salivas, trabajando las lenguas, desbrozando menhires de marfil. Ella colaboraba. Su boca destilaba el néctar de las flores, sabía a sirope tostado, y su piel olía a pétalo de nardo. Mi erección era tal que me hacía daño. Cuando la tumbé sobre el lecho ya había cambiado el ritmo de su respiración, que se agitaba, y el sabor de su saliva se hizo acre.

Hizo fácil y rápida amistad con todas las mujeres de mi casa y con Omero, que se entendía con ella de manera especial. La acompañaba si salía de compras o al mercado, protegía su cabeza de los rayos del sol con la sombrilla o la alzaba en sus brazos si llovía, para evitar que sus pies se enlodaran de barro. Su primer embarazo tuvo un mal desenlace: enrollada en el cordón umbilical, al dar a luz en la silla obstétrica, una rolliza niña a término nació muerta. Quedó preñada enseguida y ello le hizo olvidar sus penas y tristezas. Esta vez las cosas fueron bien y parió un niño sano y fuerte. Cuando el califa me pidió que acudiera a Pamplona a operar a la anciana reina Toda de cataratas, Jezabel se empeñó en acompañarme. Ello suponía enlentecer la marcha y, tal vez, crear problemas en los reinos cristianos. Pero me animó saber que Toda velaría por nuestra seguridad desde que traspasáramos las fronteras de Navarra.

—¿Cómo haremos? ¿Serás capaz de cabalgar diez leguas? Precisarás de un baúl para tus cosas... —dije al conocer su decisión.

—Viajaré con lo puesto. Y en cuanto a cabalgar, estoy acostumbrada a montar a caballo por todo el Aljarafe.

—No es tan sencillo. Eres la mujer de un hakim y debes ir equipada con arreglo a tu rango. Seremos recibidos en la corte del rey de Pamplona. Toda tu impedimenta no cabría en dos arcones.

Porfió tanto que al final accedí. Aquel viaje fue en realidad nuestra luna de miel. Fue lento pero cómodo. Me procuré un carromato de seis tiros con las mejores mulas que encontré de un tratante de ganado. Iba provisto de una lona abatible que lo cubría, protegiendo el habitáculo del sol y de los elementos: lluvia, viento y granizo. Tenía un banco corrido acolchado con respaldo y dos literas amplias. En el pescante, junto al cochero, se sentaba Omero. Detrás iba mi instrumental quirúrgico y nuestro equipaje, un enorme baúl que, en sus tres cuartas partes, lo llenaban las innúmeras y deliciosas cosas que precisa una mujer para vivir. Mi caballo y su yegua se amarraban por la parte de atrás al carruaje y trotaban felices cuando no los montábamos, lo que solíamos hacer para matar el tedio del camino y hacerlo llevadero. Al-Hakán nos proporcionó doce soldados a caballo de su guardia personal. Además nos facilitó un pasaporte con su sello y cartas para el emir de Toledo, el de Zaragoza y don García, el rey navarro. Al insoportable ritmo de seis leguas, tardamos once días en llegar a la ciudad imperial. A cambio de aquella lentitud, conocí a mi mujer bajo todos los prismas. Durante la jornada, sentados en el banco del carro o cabalgando, me hablaba de su vida. Era hembra inquieta. Estudió en la medersa hasta cumplir los once años, edad que marca la finalización del cultivo de la mujer en nuestra sociedad, pero, imponiéndose a su padre, prosiguió sus estudios en casa. Tuvo un buen profesor que perfeccionó su árabe materno, le enseñó aljamía y buenos rudimentos de latín y griego. Sabía de matemáticas y, a sus dieciocho años, conocía la historia y entendía

de astronomía y geografía. Por la noche descubrí todos los secretos de su cuerpo. Era muy lenta en el amor, perfeccionista. Me admira esa sapiencia innata en la mujer en el arte de amar, sin leer a Ovidio. Me recuerda al ballenato que, apenas salido del claustro materno, nada ya, come, caza y lanza su peculiar bramido. Lo más agradable, quizá, de aquel periplo fueron sus noches cálidas. Sin la necesidad de hallar mesón o venta, buscábamos la proximidad de un soto umbrío junto a un arroyo y levantábamos el campamento. Los soldados instalaban sus tiendas y ardían las hogueras a la luz de una luna acostada, indecente, provocándonos. Sus pálidos rayos, colándose entre las rendijas de la lona embreada, besaban piel de fémina dándole tonos lívidos. Antes de amanecer, sobre nuestras monturas, nos alejábamos buscando la soledad del río para poder bañarnos sin ser vistos, desnudos, dejando en el agua las huellas del amor y el sudor de la noche.

En Toledo, sabedores de nuestra llegada, nos esperaba el emir en la puerta del Cambrón. Hubo una recepción en el alcázar, de tan siniestra evocación. Jezabel apareció radiante de hermosura en su chilaba verde, con sus joyas. Al día siguiente el emir me pidió que atendiese a su tercera esposa, afecta de hemorroides, y a una larga serie de pacientes. Me excusé por la imposibilidad de intervenciones, pues no había maristán, pero traté de la mejor forma que pude a todos ellos. Acudí a la fragua de Bonifacio López, en la orilla del Tajo, y dejé al herrero el diseño de cierto material que recogería a la vuelta: un litotritor, rompedor de cálculos de la vejiga de la orina, y un juego de taladros de acero para trepanaciones. Había leído que los antiguos egipcios practicaban tal técnica en accidentados de cráneo, para evacuar derrames cerebrales, y deseaba conocerla de la única forma posible: ejercitándola. Sentí no dominarla a raíz de la caída de un obrero de un andamio, en una casa en construcción del arrabal, meses atrás. En medio de grandes convulsiones, el accidentado se me fue de las manos por no disponer de un trépano adecuado con que evacuar el derrame interior que sin duda tenía y que presionaba el cerebro comprometiéndolo hasta causar su muerte. Seguimos camino a Zaragoza. Como el trayecto era más largo, tardamos quince días en recorrerlo. Resulta muy agradable visitar lugares conocidos y evocar el pasado. El paisaje era el mismo y poco habían cambiado los pueblos y ciudades en catorce años. Magerit seguía siendo el mismo inhóspito villorrio, Sigüenza nos ofreció un cordero igual de exquisito y Calatayud parecidas alcachofas y deliciosas frutas que la primera vez. El emir zaragozano nos acogió en su bello palacio de la Aljafería, que entusiasmó a Jezabel. Cinco días paramos en tan bello y bien provisto alcázar. Nuestro alojamiento era principesco y las atenciones constantes, pero me pareció detectar en las palabras del mandatario, un tuchiví malencarado y que hedía a grasa de borrego, cierto despego a su lejano amo y cordobés señor. Y es que la distancia produce olvido y causa suficiencia. Rehusé participar en una cacería de patos a la que me invitó en las aguas del Ebro, que ya es

humor —sin contar el madrugón— pasarse la mañana soportando el relente y la humedad del río sentado en una barca, acechando la llegada de un pobre pato o un somormujo descarriado, arco en mano y el carcaj con las flechas al hombro. Dediqué las mañanas a pasear por la ciudad, que es vistosa, muy abierta al viento pirenaico que allí llaman cierzo, y las tardes a ver enfermos en un destartado hospital y a cambiar impresiones con algunos colegas, mozárabes, judíos e islamitas, que aportaron poco a mis conocimientos.

Proseguimos viaje Ebro arriba hacia la capital navarra. Cuatro días nos llevaron hasta Tudela y, desde la hermosa y rica capital, otros tres hasta Olite, donde se hallaba la frontera. Pasamos las guardas fronterizas sin mayor novedad, sellándonos cartas y el pasaporte. Nos esperaban allí media docena de lanceros navarros, delicadeza de la reina Toda que agradecemos. De Olite a Pamplona, siguiendo hermosos campos de hortalizas y praderas donde pastaban vacas, terneras y caballos, invertimos cuatro jornadas, a pesar de no ser mayor distancia, y es que la carretera se encontraba enlodada de las recientes lluvias. Entramos en la ciudad fortificada por la puerta de Olite. Pamplona es ciudad chica, con dos barrios, San Cernín y la Navarrería, que se apiñan en torno a un hermoso templo —catedral lo llaman los cristianos— que visitamos sin encontrar impedimento a pesar de nuestros islámicos ropajes.

Los navarros son altos, claros de piel, de pelo negro, blanco o rojo. Dicen que son arriscados de genio, pero con nosotros se mostraron corteses, curiosos antes que indiferentes. A Jezabel, que iba cubierta con túnica, caftán y con un velo casi diáfano que dejaba traslucir sus rasgos, se la comían con los ojos. Y lo hubieran hecho con cuchillo y tenedor de no ser por Omero y los dieciocho guerreros moros y cristianos que nos seguían a todas partes como alimañas fieras. Nos miraban como a una aparición, sin explicarse bien quiénes seríamos.

La aljamía del navarro tiene un extraño acento, igual que en Aragón. Se sorprendían mucho cuando, en los mercados o negocios de su plaza principal, nos expresábamos en su misma lengua. Algunos, incluso, fruncían el ceño. Pero nosotros, lejos de incomodarnos, sonreíamos.

La reina Toda nos recibió con alegría. Era una anciana de ochenta años, pero seguía lúcida. Sus nubladas lentes cristalinas le habían cegado por completo y tenía que andar a tientas. Nos instaló en su palacio, en una bella cámara con vistas al riachuelo de Pamplona cuyo nombre olvidé. En su amabilidad, no consintió otra cosa que comer y cenar con nosotros, dándonos un trato familiar. Traigo ello a colación porque no he visto en mi vida a una mujer de ochenta años tragar con el apetito y la ilusión de Toda de Navarra. No era de grandes cantidades, pero no dejaba plato alguno por probar: espárragos, alcachofas, truchas a la navarra, asado de buey, mirrauste, manjar blanco, pichones estofados... No probó el cerdo en nuestro honor

en todo el tiempo. Tampoco conocimos al rey don García, pues estaba guerreando por ahí con unos y con otros y no apareció en los doce días de nuestra estancia pamplonesa. Entregué a la anciana dama el regalo que traía para ella de su lejano pariente Al-Hakán, un hermoso colgante de oro y ámbar. Se conmovió al saber que yo mismo llevaba rastros de su sangre al ser hijo de Abderrahmán III y de Zulema, la más hermosa de sus concubinas.

—Entonces soy tu tía abuela —dijo muy seria, terminando un cuenco grande de arroz con leche requemada—. La hija de una hermana de mi madre fue la favorita de Abdaláh, el padre de Abderrahmán —aclaró.

Como científico, soy escéptico en líneas generales. Sólo creo lo que veo con mis ojos. Dudo hasta de que mi sombra sea realmente mía. No creo en la alquimia, en que dependamos de la alineación de los astros, las fases de la luna, la magia de cualquier color o la quiromancia. En cuanto a la naturaleza humana, mi escepticismo se convierte en aprensión.

Sólo una mujer puede saber quién es su hijo, y a veces. Por ello sonreí al escuchar de labios de la reina tal simpleza. Pero la agradecí. Prefiero descender de sangre noble antes que de un arriero.

Preparé la intervención con gran cuidado. Busqué en un dispensario que pasaba por hospital los ayudantes que me parecieron más conspicuos y los adoctriné en una larga tarde. Escucharon mi prédica orientando el pabellón de las orejas lo mismo que los lobos. Me miraban con los ojos tan abiertos como un melón maduro, tal que si escuchasen la ininteligible oración de un chino o vieses a sus abuelos redivivos, volviendo de ultratumba. No me desanimó que no entendieran, limitándome a exigir que cumpliesen mis normas. La operación fue un éxito. La efectué en una habitación ya preparada del castillo, iluminada por seis potentes lámparas, pues el día amaneció nublado, cosa nada infrecuente en aquel lluvioso reino dejado de la mano de Alá. Cuando, a la semana, levanté los apósitos y Toda vio la claridad y pudo distinguir, se abrazó a mí llorando, me llamó nieto y me cubrió de besos y caricias.

Lo mejor de Pamplona, con diferencia, son sus vinos. La bodega de la reina era excelente. Se proveía de caldos que llegaban del oeste, de una zona vinícola vecina al río Ebro. Ellos y sus extraordinarios asados nos hicieron más llevadera la vida entre el fresco ambiente y la bruma que cría el río Arga, me acordé, que la baña. Cercanos ya al Cantábrico, el mar que cierra al norte nuestra península, y tras consultar con Jezabel que palmoteo entusiasmada, me decidí a visitar sus costas. El viaje a Easo, edificada junto a una hermosa playa sobre las ruinas de un poblado romano, nos llevó dos días. En verdad que no existe ensenada más bella ni de más rubia arena. Tiene forma de concha. En su centro geométrico se alza un islote verde, cubierto de árboles y maleza, como una perla engarzada entre esmeraldas. Tuvimos suerte, pues Toda nos decía que allí puede llover sin descanso tres semanas. No fue el caso. Disfrutamos de

dos días de sol antes de regresar e hizo calor. Tanto, que no resistimos la tentación de tomar un baño en las azules aguas de la bahía. Nuestra posada daba al mar. Antes de amanecer, con sólo los ropajes de dormir, vigilados de cerca por Omero, desafiando a las olas, nos sumergimos en el frío Cantábrico, nada que ver con el mar Muerto. Al salir nos contemplaron dos audaces bañistas tan locos como nosotros. Y es que es la locura lo que parece regir en aquellas lluviosas latitudes. Los vascos son de cabellos negros, pero de blanca piel y ojos claros por lo común. Algunos hablan un raro dialecto, pero todos manejan la aljamía. Son serios, circunspectos, introvertidos pero correctos. Su trato con nosotros fue cordial en extremo. Si no los conoces, parecen inmersos en su mundo, un mundo al que semejan enfrentarse como si estuviesen descontentos de sí o padeciesen un extraño morbo. Será el frío o la humedad que crían sus hermosas montañas. Una vez indagas debajo del capuz donde cobijan la cabeza, una negra boina que desborda la testa, entonces todo cambia, se alegran, les sonrío la vida por los ojos y se convierten en buenos ejemplares de la raza humana. Beben sin terminar nunca de saciarse y comen como heliogábalos: el mejor chuletón de buey que probara en mi vida, de cinco libras, lo disfruté a la vuelta, en Tolosa.

Al regresar a Córdoba, dos meses y diez días después, mi segunda mujer estaba embarazada. El parto transcurrió sin novedad y dio a luz con facilidad a un rollizo niño. A partir del séptimo mes de gestación y hasta la cuarentena, me refugiaba por las noches en la cama de Susana o de Tania. Las dos me recibían alborozadas. Tanto, que hubo veces que, para no defraudarlas, las colmé a las dos. Bendita mi treintena... ¿Dónde estará? Nada, ni el intenso trabajo, ni las preocupaciones que causan los pacientes en un médico responsable, conseguían disminuir mi apetito sexual. Cuando contemplo mi remedo de verga, lacia, semimuerta, que apenas se altera cada cuatro semanas, recuerdo aquellas noches de placer dislocado. Simplemente el aroma de hembra, peculiar, único, que las define, bastaba para procurarme aquellas erecciones enervantes, que ya no volverán. Jezabel, sabedora del caso, dormía plácidamente mientras las otras me ofrecían su desnudez de bronce. Era la primera vez que no tenía que dar explicaciones a una esposa, al ser árabe. Susana me esperaba en su lecho. Tania descansaba encima de una estera de esparto, a los pies de su ama. Al ser invierno, el brillo de las ascuas del fuego que caldeaba la estancia se irisaba en sus pieles, pálida en mi primera mujer, bermeja arrebolada en la de Tania. De la solemne cama de Susana pasaba al duro y frío suelo, que también tiene sus alicientes.

Mi vida se deslizaba entre el amor de mis hembras, el maristán y mi consulta. Robándole horas al sueño, estudiaba y preparaba mi enciclopedia médica. Siempre he sido un avaro del tiempo, que gasto con usura y valoro más que el oro. Aprovechaba ratos muertos en diseñar la estructura de mi futura obra, por ejemplo, durante el trayecto al hospital, de vuelta a casa, entre el estudio de dos pacientes o cuando, los días de fiesta, paseaba por el jardín después del desayuno. Además, no preciso de

muchas horas para recuperar las fuerzas. Con cinco o seis horas de sueño profundo me basta. Los noctámbulos y madrugadores como yo, un don del cielo, tenemos el privilegio de vivir mucho más que la gente corriente, que necesita ocho o nueve horas para descansar. Paraos un segundo y echad cuentas. Multiplicad aquellas cuatro horas de ventaja por veinticinco mil, que son los días que vive un hombre que se cuida en Al-Ándalus: setenta años. Os dará una cifra de escándalo: cien mil horas. Cien mil horas son más de cuatro mil días, que traducido a años equivalen a once. ¡Once años! El que se acuesta tarde y es madrugador, vive once años más que el zote, el perezoso o el truhán que va al lecho tras la cena y duerme cuando ya brilla el sol. A pesar de todo, la vida es más que corta. La mía ha pasado en un soplo. Me arrepiento del tiempo perdido y que no supe aprovechar en leer, estudiar, escribir o bucear en pos de la sabiduría, único galardón del hombre que se precie de ser hombre, del ser inteligente, único e irrepetible que somos. Algún ingenuo, a la vista del aparente ajetreo de mi vida, de mis largas temporadas de estudio e investigación, de mis muchas consultas y operaciones, se preguntará dónde y cuándo perdí ese tiempo. La respuesta es muy simple. Meditad. Gastamos tiempo paseando por las cortes, ufanos, luciendo túnicas de seda y costosas preseas; lo dilapidamos charlando con figurantes vanos que únicamente buscan notoriedad; lo perdemos al discutir con todo el que no sea sabio, mirando el mar o el cielo, vacando durante meses, viendo romper las olas, volar el pájaro o reptar la serpiente, observando a los demás en la mezquita y criticándolos. Derrochamos nuestro mejor tesoro, el tiempo, como si nos fuera a durar eternamente, como si dispusiésemos de un repuesto infinito. Sólo nos damos cuenta del error cuando ya no hay remedio y es demasiado tarde.

Veía a Zulema raras veces, pues no coincidía con ella durante sus visitas a sus nueras y nietos. Corría el confuso rumor de que tenía un amante, un rico árabe tres veces viudo que la visitaba en su propia casa. Ni me extrañó ni le di pábulo. La sociedad cordobesa era entonces muy abierta, afortunadamente, y eran frecuentes tales casos. Por otra parte, no se trataba de adulterio, pues ambos eran libres. Pude indagar preguntándole, pero nunca fui en exceso curioso. Que allá se las componga cada cual o, como decían en Fez en los lejanos tiempos de mi aprendizaje, gráficamente: «Que cada perro se lama su cipote». Algo debía de haber, pues las escasas veces que veía a mi madre la encontraba exultante de gozo. No había cumplido cincuenta años y se mantenía esbelta. Tal vez, el brillo en su mirada y el buen humor perenne traducirían satisfacción carnal.

Mi trabajo de cirujano iba a más, si cabe, y terminó de desbordarse tras mi primera trepanación con éxito. Contaré cómo fue. Estaba terminando mi lección de anatomía en el maristán cuando llegó el bullicio desde el patio. Traían a un hombre joven, moribundo, derrumbado sobre unas parihuelas. Se debatía en crueles convulsiones que afectaban al lado derecho de su cuerpo y echaba sangre por la boca,

posiblemente por morderse la lengua en sus espasmos cíclicos. Ordené que lo pasaran al quirófano. Se trataba de un obrero beréber, muy joven y tal vez inexperto, pues estaba recién llegado del desierto. Indagué entre los compañeros que ayudaron al traslado. Había caído de cabeza desde un alto terraplén sobre una roca, en una excavación para cimentación de un edificio. Le dirigí la palabra pero no reaccionaba. Exploré sus pupilas: se veían contraídas, puntiformes, lo que traducía la presión que sufría su cerebro, aprisionado por el derrame hemático entre la calota ósea y las meninges, las capas fibrosas que describió Galeno envolviendo los sesos, protegiéndolos. A veces la pierna derecha se disparaba al aire, como el perrillo que hace la guitarra cuando rascas su panza. Su corazón reventaba de latidos desbocados en la jaula torácica, como si quisiera romperla. La respiración, por el contrario, era más lenta y espaciada cada vez, curiosa discordancia que he apreciado en casos de derrame cavitario craneal. Ordené a mis ayudantes que raparan completamente la cabeza del herido, que se debatía entre la vida y la muerte. Iba a estrenar mis trépanos toledanos. Y debía hacerlo pronto pues, por las muestras, el peligro de muerte era evidente. El instrumental hervía ya cuando aplicaron al enfermo la esponja soporífera que, quizá, no hubiese sido necesaria, pues el accidentado se encontraba inconsciente. Monté el trépano grueso, todavía caliente, en el artefacto de ruedas dentadas que, accionando una manivela, lo hacía girar. Incidí el cuero cabelludo sobre la zona parietal derecha, lo suficiente para permitirme apoyar la punta del trépano en el hueso. La expectación en el quirófano era enorme entre los más de veinte espectadores, entre alumnos y médicos. Perforar un hueso plano no es sencillo, y tratar de hacerlo con timidez un disparate. En consecuencia, giré la manivela con rapidez con una mano mientras, con la otra, hacía presión y fuerza. Seguían las convulsiones del paciente cuando la punta del trépano halló el vacío traductor de haber penetrado ya en la cavidad craneal. Detuve mi acción y saqué el instrumento esperando ver manar un chorretón de sangre negra, el derrame sanguinolento que la ocupaba. La tensión de todos era máxima y allí no ocurría nada: una mísera gota de sangre roja babeaba por la herida mientras se recrudecían los terribles espasmos del accidentado.

—No puede ser... —dije para mí mismo—. Los signos son incontrovertibles: las convulsiones, contractura, miosis, taquicardia y respiración pausada traducen el sufrimiento cerebral producido por una hemorragia intracraneal postraumática. Por este orificio debería salir sangre. A no ser que...

Una súbita luz iluminó mi mente. Tal vez había trepanado en sitio equivocado. Busqué el parietal derecho al ser el lado derecho el que padecía las fuertes convulsiones, pero en el organismo las cosas no son como parecen.

—Rápido —chillé—. ¡Escalpelo!

Un ayudante me lo facilitó. Incidí esta vez en la otra parte del cráneo, en el lado

izquierdo. Ahora fui expeditivo, pues aparecían los primeros estertores y los ojos virados del paciente mostraban las albas conjuntivas. Apliqué la broca y la hice girar con furia. El tiempo se acababa, ese oro al que hice referencia, el que marca la diferencia entre vivir y morir, ser o no ser. Al perforar hasta no hallar resistencia, incluso sin extraer el trépano, ya manó de la herida sangre en abundancia. Al retirar el taladro brotó por el orificio un surtidor negruzco que manchó el techo y me empapó manos y rostro. Surgían en confuso tropel sangre y coágulos mientras el enfermo parecía serenarse. Se llenó una batea grande, casi medio azumbre. Dos alumnos jóvenes se desmayaron y hubieron de tumbarse en el patio. Mejor así. La profesión de cirujano es dura y no apta para cualquiera. Más vale saber a tiempo que no vales, a conocer la triste realidad con veinticinco años y mil horas de estudio. En medio de un silencio absoluto cesaron las convulsiones, se distendió el rostro del enfermo y sus ojos se abrieron. Eran aún vidriosos, como los de una oveja que va al degolladero, pero reflejaban vida otra vez. Lavé la herida con vino caliente, coloqué una mecha de gasa empapada en vinagre diluido dentro de ambos orificios y vendé la cabeza. El accidentado había recuperado la conciencia, si bien se veía obnubilado. Lo llevaron a la sala de operados y me sometí al bombardeo de preguntas que gustaba de responder tras cada intervención. Es la mejor forma de subsanar y reconocer errores, de mejorar, de formar a cirujanos jóvenes.

—Hakim, ¿por qué buscaste el hematoma en el lado derecho si estaba en el izquierdo?

La pregunta venía de uno de mis alumnos preferidos, un muladí curioso e inquieto, que apuntaba muy buenas maneras.

—Porque es lo lógico. ¿Tú operarías el brazo derecho para extirpar un tumor del brazo homónimo? Pensé que dominaba la teoría, pero me equivoqué. Afortunadamente pude subsanar mi error a tiempo.

—Sigo sin entenderlo —dijo otro—. Yo hubiera hecho lo mismo, hakim: cien veces de cien hubiese practicado el orificio en el mismo lado de las convulsiones.

—Y hubiese sido natural. Tiene que haber una explicación, pues en medicina la hay siempre. Otra cosa es que sepamos encontrarla. Posiblemente las conducciones nerviosas del lóbulo cerebral derecho se entrecruzan y bajan por la médula espinal para dar movimiento al lado opuesto. Demostrarlo es difícil, pues en este momento de la ciencia desconocemos muchas más cosas de las que sabemos.

—¿Se recuperará el accidentado? —se interesó un tercero.

—Siempre que ceda la hemorragia, lo que sucede en reposo y con ciertas tisanas que la detienen, y no sobrepase cierto máximo, el paciente quedará sin secuelas.

—¿Cuánta sangre puede derramarse sin que ocurra la muerte? —insistió.

—Lo ignoro —admití—. Para empezar, desconozco la cantidad de sangre que contiene el cuerpo humano. También un hakim ignora muchas cosas.

Tres días después el beréber pasó a su domicilio y al mes se incorporó al trabajo. Mi fama llegó a la idolatría era los barrios más pobres del arrabal. Unos me tenían por un dios y otros por una especie de brujo, un nigromante. Corrían sobre mí las historias más peregrinas y curiosas. Había quien opinaba que había hecho un pacto con Satanás y quien pensaba que era la reencarnación del arcángel Gabriel. Las mujeres me presentaban a sus hijos alzados en sus brazos a mi paso, la mayoría de los recién nacidos llevaba mi nombre, los hombres besaban mis sandalias y los bajos del mi túnica y todos se inclinaban ante mí, reverenciándome, la cosa llegó a tomar tintes desagradables, pues no podía moverme o dar un simple paso sin causar alboroto. Comenté el caso con Al-Hakán, que participaba del entusiasmo general.

—La situación es insostenible además de absurda, mi señor —dije una tarde, tras sajarle un divieso pubiano—. No puedo ir por la calle sin escándalo. Ante mi puerta se congrega una gran multitud cada mañana para reverenciarme. Me atosigan presentándome enfermos incurables o desahuciados; como si fuese capaz de realizar milagros. Te rogaría me permitieses dar una explicación al público.

—¿De qué forma?

—Quiero aclarar mi condición de cirujano, de hombre de ciencia, pero normal y corriente. Dejar sentado que en mis actuaciones no hay nada sobrenatural y que cualquiera con adecuada formación puede efectuar con éxito todo tipo de operaciones exactamente igual que yo.

Atendiendo a mis súplicas, el califa ordenó que fuese fijado por el arrabal y la ciudad, en centenas de carteles, su edicto o *irade*. En él se anunciaba mi comparecencia el primer viernes, después de la última oración, en el Patio de los Naranjos de la gran mezquita. Se congregó allí una enorme multitud, tal vez más de treinta mil personas entre hombres, mujeres y niños. En el estrado se hallaban mis esposas, esclavas y Zulema junto al imán y los ulemas que impartían teología en la medersa. Estaban también Al-Qurtubí, Al-Mayuri y Ben Saprut. El califa me hizo la gracia de aparecer con su séquito y su guardia de mudos poco antes de iniciarse mi prédica. La expectación era grande, pues Al-Hakán llevaba colgado de su pecho, en la chilaba de las grandes ceremonias, el brillante amarillo, un enorme pedrusco de cincuenta quilates que fuera de su tatarabuelo Hixem I y que representaba para el pueblo la riqueza y fortaleza del califato. A un redoble de tambor se hizo el silencio, trepé a un preparado estrado de madera y tomé la palabra.

—¡Sólo hay un Dios, Alá, y Mahoma es su profeta! —grité, y escuché el clamor de miles de voces roncas y enfebrecidas—. Todos me conocéis —proseguí a grandes voces—. No desciendo del profeta, como el califa nuestro señor, aquí presente; he nacido y me he criado entre vosotros; soy un simple mortal que ha tenido la oportunidad, gracias a la probidad de Abderrahmán III, que Alá tenga en su seno, de

formarse en la medersa que él creó y allegar ciertos conocimientos. Ellos, y no la magia negra, blanca o cualquier clase de innoble superchería, me permiten poner mi técnica y saber al servicio de los enfermos. Soy un hombre de ciencia. La recibí de los profesores a los que reverencio, aquí, a mi lado, y mi obligación es transmitirla a mis alumnos. Cualquiera de ellos, en muy poco tiempo, será capaz de obrar lo que muchos de vosotros tomáis como prodigio y sólo es la aplicación de un discreto saber, de algo de erudición, el atisbo de una sabiduría que sólo Alá domina. Que Él os proteja y a mí me permita vivir en paz.

Alguien gritó: «¡Larga vida al hakim!», consigna que fue coreada por la multitud que, lentamente, fue disgregándose. Vi lágrimas de gozo en los ojos de Zulema y mis mujeres. Mis colegas me dieron un abrazo y me postré para besar la mano de Al-Hakán. De aquella forma laboriosa y astuta logré mi propia paz y la ardua concordia con mis iguales y mis superiores. Qué difícil es hacerse perdonar la fama...

Se aproximaba la muerte del califa y retemblaba el mundo con clamores de guerra. Aproveché mi tiempo para trabajar sin reposo en mi tratado médico-quirúrgico: *Al-tasrif*, que, en tres grandes volúmenes, pretendía aportar mi granito de arena al desarrollo de la ciencia médica. El trabajo, escrito en aljamía, romance castellano que era el idioma en el que yo pensaba, avanzaba despacio. Iba incorporando temas médicos quirúrgicos a medida que experimentaba nuevas técnicas. Mi primera trepanación exitosa me quitaba el sueño. Tenía que desentrañar el misterio de que un derrame cerebral en el lado derecho afectase al lado opuesto del cuerpo. Había comprobado en pacientes afectos de parálisis apoplética que algunos perdían el habla y otros no. Sabía por Al-Razi y de las autopsias de Galeno que tal parálisis era debida a un derrame hemático intracraneal, espontáneo o secundario a un traumatismo. Siempre había pensado que, dependiendo del hemisferio cerebral en que ocurriera la hemorragia, sucedía la parálisis del lado correspondiente del cuerpo. Pero evidentemente no era así. La única explicación razonable era la que expuse aquel día ante mis alumnos: el centro motor del habla debería encontrarse en determinado lugar de un hemisferio cerebral, y por ello sólo había afasia —mudez— cuando la compresión afectaba a ese lado. De igual modo, las fibras nerviosas que nacen en un lóbulo y gobiernan los músculos, debían cruzarse en algún punto del encéfalo y descender por la médula para dar vida y movimiento al otro lado. Recordar el hecho de que la afasia no acompañaba siempre a la hemiplejía fue el chispazo que, en la ocasión de la trepanación, me hizo buscar en la otra parte. Todo ello era lógico pero sólo teórico. Y en medicina es esencial demostrar, comprobar, definir. Lástima de autopsia... ¿Quién pudiera disponer de un cadáver? Maldije en mi interior las atrasadas leyes que, basándose en prejuicios religiosos y atávicos, impedían a los islamitas trabajar con cuerpos muertos. ¿Qué mal había en investigar en el cadáver de

un humano? Sabía por Conti que en la Italia del norte existía la clínica forense, aún balbuciente, y ello permitía a mis colegas transalpinos progresar en anatomía mucho más rápido que en ninguna otra parte. Los envidié mordiéndome los puños de rabia, mientras, como muda protesta, vaciaba la copa de vino de Montilla que bebía siempre al acostarme. Cerré los ojos. A mi lado sentí la rítmica; respiración de Jezabel. Tenía que hacer algo. Sumergiendo el rostro bajo la sábana aspiré con avidez su perfume de nardo, su sudor. Los vertebrados somos todos iguales, pensé. Tenemos pies y manos, las mismas o parecidas vísceras. Deslicé una pierna sobre sus muslos fríos como piedra de jaspé mientras mis dedos buscaban su satinada piel y la negra amapola del su sexo hendida en dos. La mayoría camina a cuatro patas y sólo ciertos monos y el hombre se yerguen sobre los pies, despertó, húmeda y lúbrica, y, sin palabras, me buscó con su boca por abajo. Fue un terremoto que convirtió mi mente en profusa confusión de trépanos, nalgas, vísceras sanguinolentas, senos de terciopelo, médulas blancas, pezones hojaldrados y salivas urentes. Bípedos y cuadrúpedos. Terminé besándole los pies y amándola con la lenta sapiencia que sólo la experiencia sabe dar.

—Búscame una oveja de buen tamaño —dije aquella mañana a Abdelaziz.

El taller tenía una luz distinta temprano en la mañana, limpia, clara, de tonos azulones y verdejos. Hacía frese Se escuchaba el alborozado silbo de una alondra. El taxidermista me miró de hito en hito tras dejar la labor que efectuaba, la disección de un águila culebrera. El diestro operario se superaba a sí mismo: tanto el ave como la culebra de que portaba en el pico parecían vivas.

—¿Qué te traes entre manos ahora, hakim? Creí que habías dejado atrás tus experimentos con todo tipo de bichos.

—Lo de ahora es diferente. Esta vez preciso de tu estrecha colaboración. Consígueme la oveja. Tras sacrificarla, has de abrir su cabeza como si fuese un coco, despacio, con cuidado, empleando la sierra, sin dañar los sesos. Es un trabajo lento y que requiere maña. Deberás serrar también por detrás cinco o seis vértebras, las superiores, de forma que pueda extraerse médula y encéfalo en un bloque. Luego sumerges todo en el tanque con mi líquido conservante y me llamas.

—He de ultimar este trabajo y tengo un pedido del zabazoque que no puede esperar: una jineta que cazó el sábado y quiere regalar a una de sus mujeres tras ser disecada.

—Lo mío es urgente. Ignora al jefe del mercado: mete la jineta en salmuera y deja el águila. Tendrás tu recompensa: un dinar de oro y la carne de la oveja, que te comerás a mi salud con tu esposa y la esclava.

—Eso ya es otra cosa, hakim. Ven por aquí con más frecuencia.

Dos días más tarde Abdelaziz irrumpió en mi consulta muy excitado.

—Costó trabajo, amo, pero cumplí tus órdenes. Están listos los sesos de la oveja, con su médula. Por si acaso, completé el pedido con la asadura.

—No quiero la asadura, mentecato. Puedes comértela. Iré al taller en cuanto termine con el último paciente.

El que tenía delante, un obeso especiero del zoco que me proveía de cardamomo, boldo, clavo y pimienta negra de las islas Molucas, me miró como a un poseso evadido de un lugar de locos. Nada más acabar la consulta fui al taller. Iba a ser mi primera disección en un cerebro y ardía en deseos de iniciarla. Saqué la pieza del tanque en que se conservaba y la iluminé con dos focos de petróleo. Abdelaziz había hecho un buen trabajo. El cerebro, un tercio menor que el de un humano, tenía parecidos lóbulos, surcos y circunvoluciones, recordaba en conjunto a una nuez grande. Se continuaba por un pedúnculo que lo unía a la médula, de la que a su vez salían pequeñas raicillas, como las que brotan del bulbo del narciso si se deja en agua. Parecía extraordinariamente delicado, frágil y deleznable como el queso tierno. Lo dividí exactamente en dos mitades con el cuchillete. Era igual que cortar manteca fría, recién hecha. La superficie seccionada era de color gris blancuzco, sin poder identificarse en su parénquima estructuras visibles. Yo esperaba encontrar haces nerviosos bellamente dispuestos, algún orden de fibras, y sólo hallaba un misterioso retículo dispuesto al buen tuntún, amorfo a simple vista, sin orden ni concierto. Indagué en otras partes. La corteza cerebral era algo más compacta que el meollo esponjoso, más grisácea también. Seccioné con el más fino de mis escalpelos una delgada capa de *corteza*, donde la materia era más gris, y, dejándola reposar sobre un cristal, la observé con la lupa de aumento. Distinguí unas diminutas formaciones imbricadas, en forma de pirámide, que, en su parte caudal, parecían continuarse con un delgado hilillo cien veces más sutil que un cabello. Varios miles, tal vez millones de aquellos diminutos hilos formarían un nervio. Volví a indagar en el puente que unía ambos hemisferios, buscando el lugar donde se entrecruzaban los hilillos formadores de nervios, pero una vez más quedé *in albis*. Di varios cortes transversales a la médula, a distintas alturas, y seccioné de través algunos de sus nervios emergentes. Con la lupa e iluminación fuerte, se veían nadar en un magma blanquecino puntos más oscuros, los hilos a que hice referencia. Estuve trabajando hasta la madrugada, pero saqué poco en limpio.

Regresé a casa rumiando mi fracaso. Para progresar en el conocimiento del sistema nervioso hacían falta instrumentos de los que no disponía, tal vez imposibles de fabricar: poderosas lentes de miles de aumentos y tintes especiales que dibujaran los trayectos y las conexiones del enigmático retículo. Pasaba por el callejón de curtidores, saltando para evitar los charcos que había dejado un chaparrón, cuando alguien me chistó desde detrás de un fardo de algodón. Apenas se veía, pues por toda luz había la que reflejaba un lejano farol de petróleo desde la plaza. Agucé vista y oídos. Se repitió el sonido, ahora un suave siseo. Iba desarmado, como suelo, y a pesar de ello me acerqué. Nunca he tenido miedo. Un hombre de aspecto patibulario,

pequeño, apoyado en una caja de embalaje, me indicaba con un índice que me aproximase. Llevaba una especie de renegrado turbante, deshilachado, tapándole cabeza y frente.

—¿Me conoces? —pregunté.

—Todo el mundo en el arrabal conoce al hakim Abulcasis —contestó, mondándose los dientes con una ramilla seca.

—¿Qué es lo que quieres?

—Pensé que quizá te apeteciese una mujer.

—Siempre me apetecen las mujeres —repliqué—. Sobre todo las mías.

—La que te ofrezco es pura ambrosía: una virgen de once años.

—¿Dónde está?

—Aquí mismo, detrás de esa mampara —dijo, levantándose y haciendo el gesto de invitarme a entrar.

Señaló una sórdida tela de arpillera sujeta con alambre que cerraba un hueco en la pared de lo que fue una casa. Pude haber rechazado la oferta y desaparecer, pero me ganó la curiosidad. Traspasé el agujero agachándome y entré a un angosto habitáculo de suelo de tierra apelmazada y techo bajo, hecho de cañas y hojarasca. En un rincón, tumbada sobre un lecho de paja, cubierta con una manta tuareg, había una mujer, en puridad una niña. A la luz de un cirio de llama vacilante, en la otra esquina, pude verla tras acomodar mi vista a la penumbra. No era fea. En su cara tiznada brillaban de ansiedad sus grandes ojos negros. Sujetaba el borde de la manta con sus manos pequeñas, de uñas negras, mientras dilataba sus ventanas nasales más que una cervatilla sus ollares acosada por la jauría de perros. Se veía en su rostro resignado el dolor y la angustia, adivinándose en su boca de labios apretados una sorda llamada a la piedad.

—¿Es tu hermana?

—Es de mi propiedad —aseguró el rufián, escupiendo en el suelo.

—¿Y estás seguro de que viene entera?

—Tal como la puta de su madre la echó al mundo —dijo.

—Eso es fácil de decir...

—Ve la mercancía por ti mismo y juzga —dijo, y, sin más, le arrancó de un tirón la sucia manta.

Tenía el escuálido cuerpecillo de una muñeca grande, de ésas de cartón pintado que fabrican en el Lejano Oriente para las niñas chinas. Lo contrajo al sentirse observada lo mismo que una merluza de anzuelo y se tapó los pechos con las manos a pesar de abultar menos que un par de brevas. Apenas se dibujaba en su aupado promontorio de Venus un pelambre sutil, tal que el vello incoloro que tapiza los melocotones en sazón. Varios verdugones rojizos le cruzaban el vientre. No tenía caderas. Aquello no era tan siquiera un proyecto de mujer: canija, macilenta, no podía

pasar de diez años ni era virgen, pues aquel degenerado se habría encargado de mancillar su honra. Iba yo a hablar pero se adelantó al verme vacilar.

—¡Separa las piernas, perra! —chilló el energúmeno—. Que el señor vea el género...

—No hará falta. No me interesa. Es demasiado joven —dije por decir algo.

—Pero la has visto... Y eso vale dinero...

—¿Para ti o para ella?

—¿Para quién ha de ser? Yo soy su dueño.

Aquello culminó mi paciencia.

—Mientes como el bellaco que eres —dije, colocándome en jarras—. Para tener esclavos hay que ser un señor y tú eres un patán muerto de hambre.

—Seré un muerto de hambre, pero tú morirás si no me pagas lo que es justo.

Y diciendo y haciendo sacó una faca del cinto y la abrió para mostrar la largura y el ancho de su hoja. Sin inmutarme, trinqué un garrote que debían utilizar para trancar la puerta y le aticé en el antebrazo sin remilgos, desarmándolo. Hizo ademán de agacharse y coger de nuevo la navaja.

—Atrévete a intentarlo otra vez y diré al Sabih-al-Mazalim que te desuelle vivo.

Nombrar al juez que juzga los agravios y abusos de poder fue mentar al diablo.

—No lo hagas, mi hakim, por piedad. Y no me debes nada —dijo, reculando.

—Ni te debo, ni pensaba pagarte. No te delataré si me dices dónde encontraste a esta pobre niña. Si me engañas, ordenaré que te corten la lengua.

—Sus padres murieron aplastados al caer de un terraplén que cedió por la lluvia, aquí, en el arrabal. Vivía con una vecina que ya tiene nueve hijos. Ella me la vendió por un dinar de plata.

—¿Y de dónde sacaste, rufián, un dinar de plata? Seguro que lo habrás robado, lo que te costará tal vez la mano. ¿La has forzado?

La expresión de la pequeña era de puro pánico. Posiblemente había sido maltratada y recibido más de una paliza.

—Habla, facineroso —dije con una autoridad que me sorprendió a mí mismo.

—¿Qué otra cosa podía hacer, hakim? Vivo solo. No tengo mujer, ni medios de allegarla.

—Eres un miserable violador de menores. Sabes que eso se castiga con la muerte. Desaparece de mi vista a la carrera. Si vuelvo a verte por el arrabal, haré que te corten las orejas y luego te capen como a un cerdo.

Estaba pálido. Miró a su alrededor, como haciendo inventario de sus cosas. Por fin, demacrado y sin parar de sudar, dijo:

—Salima, vámonos.

—Ella no va a ninguna parte. Yo la cuidaré.

—Pero... Es mía... ¿Y mi dinar de plata?

—Lo perdiste. Y da gracias a Alá por no perder más cosas. Desaparece antes de que cambie de opinión.

Huyó como las ratas de un navío al llegar a puerto, perdiéndose en la noche. Alboreaba. La niña me miraba sorbiéndose los mocos, tragándose las lágrimas.

—Levántate, Salima, y vístete. Vendrás conmigo.

—No tengo qué ponerme...

—¿Qué edad tienes?

—Voy a cumplir once años.

—Enróllate la manta y sígueme.

Salima fue puesta en remojo por Tania y la dueña durante un par de días. Comió hasta hartarse y durmió lo que quiso. Al final, gordita y reluciente, no la habría reconocido ni su propia madre. Fue la mejor cuidadora de niños que tuvimos jamás. Ella sola se bastaba y sobraba para gobernar a una jarca de ocho chiquillos, muchos más grandes que ella. Bailaba, cantaba, los entretenía, dominaba la mímica y sabía dibujar. A mí me tenía un amor perruno, que es el amor supremo, imposible de entender por los humanos. Estaba pendiente de mi entrada en la casa cuando, de regreso del maristán o de la aljama, cansado, me tumbaba en el diván para coger resuello. Se acercaba descalza, silente y muda, para ofrecerme el té de menta, hirviente, con el punto exacto de dulzor que sabía amaba. Me descalzaba, besaba mis pies y los masajeaba con sus dedos pequeños, ágiles, con una extraña fuerza. Le gustaba entretenerse en ellos, limar sus asperezas con la lija, suavizar sus plantas con aceite de sésamo, recortar las cutículas que rodean las uñas o aplicar a éstas bálsamo de benjuí, para endurecerlas. Sentía predilección por Jezabel, mi segunda mujer. De ella prefería el pelo, que lavaba y atusaba incansable, almohazándolo, retocándolo si había de salir a alguna compra o formándole bucles con las tenacillas. Al cumplir dieciocho años le di la libertad, pero la rehusó. Amenazó con negarse a comer si la despedíamos. No quería saber nada de su vida anterior, de sus hermanos, que vivían en el arrabal, o de aquella vecina que la malvendiera. Aseguraba que nació aquella noche que la rescaté de las garras del miserable alcahute que la desflorara, que nosotros éramos sus padres, y sus hermanas, Tania y mis otras siervas.

Mi existencia hasta la muerte de Al-Hakán II fue tan feliz como lo había sido en vida de su padre, Abderrahmán III. Abderrahmán fue un príncipe guerrero, conquistador generalmente victorioso, pero que nunca descuidó la cultura. Su hijo lo superó en este último aspecto: culminó la gran mezquita, amplió las medersas, perfeccionó la aljama y convirtió a la biblioteca cordobesa en la primera de Occidente. Abderrahmán mantuvo a raya a los fatimíes, chiíes y a su grupo más fanático, los ismailitas, confinándolos en el norte de África. Aplicando la vieja divisa romana, *divide et impera*, enzarzó a los radicales ismailíes contra sus enemigos tradicionales, los beréberes zanafas, mientras buscaba la amistad con los alfaquíes ortodoxos. La ocupación de Ceuta obedeció a razones estratégicas: impedir nuevos desembarcos beréberes en la península y favorecer la llegada de las caravanas procedentes de Oriente y del centro de África con oro para sus acuñaciones de moneda.

La política de Al-Hakán fue diferente. Repartió donativos entre los jefes beréberes para atraérselos desde el punto de vista económico y religioso. Haciendo gala de una exquisita tolerancia, convirtió Córdoba en el centro cultural del mundo. Profesores de cualquier parte de Europa se acercaban a su aljama para escuchar a los

hakim en medicina, cirugía, matemáticas, alquimia o astrología. Otón I, el emperador romano-germánico, pidió la protección del califa para navegar por el Mediterráneo, y cuando el papa cristiano, desde Roma, solicitó el amparo de la flota genovesa y pisana ante el peligro de ataques berberiscos, Al-Hakán se declaró neutral.

Todo cambió al morir el califa e incluso un poco antes. El gobierno civil, las libertades, iban a terminarse. Lentamente llegaron los militares y, con ellos, la intransigencia, la guerra y la desintegración del califato. Es una descomposición que yo ya no veré, pero cuyos síntomas se sienten, se palpan en el aire. Un joven ambicioso, Abú Amir Mohamed, el futuro Al-Mansur, hizo su aparición con sólo veintisiete años de la mano de una mujer: la sultana Sobh, vascongada de cuna, que de concubina pasó a favorita y luego a esposa legítima de Al-Hakán II. Sobh había sido capturada en una aceifa veraniega, con sólo doce años, al comienzo del reinado del que más tarde sería su marido. Cuando yo la traté de cierto intrascendente mal, poseía una belleza deslumbrante, que aturdí. Era la sustanciación de lo que un árabe ama en una mujer: candor en la mirada, la piel muy blanca y suave como espuma de mar, cabellos blondos y ojos que se irisaban en una sinfonía de colores con arreglo a la incidencia de la luz: azul turquesa, zarco, gris leonado, albaricoque o índigo. Todo encajaba en su rostro perfecto que cumplía el canon clásico. Su figura no desmerecía ante la de las ninfas o una de aquellas reinas lágidas alejandrinas: Arsínoe o Berenice.

Miembro de una familia noble de Algeciras, descendiente de una tribu yemení del Moafir, Al-Mansur era hijo de un distinguido teólogo y jurisconsulto muy apreciado por Abderrahmán III. Intentó seguir los pasos de su padre y estudió leyes en la aljama con poco aprovechamiento. No conseguía avanzar y nunca pudo terminar sus estudios jurídicos. Yo veo aquí la raíz de su futuro resentimiento contra las letras y la cultura en general. Era sin duda apuesto, pero, falto de recursos, se vio obligado a instalar una oficina a las puertas de palacio donde hacía de amanuense, redactando memoriales para el califa. Ello, también, debió sembrar en su mente retorcida la semilla del rencor. Ascendió a empleado subalterno en la administración de justicia y, en 967, por mediación del visir Moshafi, obtuvo el cargo de administrador de los bienes del joven Abderrahmán, hijo y heredero de Al-Hakán II. Fue cuando conoció a Sobh, la favorita, y logró su favor. Ocurrió en una recepción palaciega. Afirmar o negar que hubiese algo más que amistad en aquella relación es entrar en el terreno, siempre resbaladizo, de las hipótesis. Conociendo como yo conozco el intrínquilis de Medina Zahara es difícil, pero no imposible, pensar en que la cosa pasara a mayores. Yo me inclino porque no hubo nada o sólo roces intrascendentes. Pocas veces está sola y accesible una sultana. Y el que, simplemente, la mira, se expone a ser colgado por los pies y devorado por los perros tras ser desollado. En cualquier caso, Sobh, impresionada por la apostura del joven intrigante, logró de su marido que Al-Mansur fuese nombrado administrador de sus bienes e inspector general de la moneda. Tan a

su gusto debió cumplir nuestro héroe tales sinecuras que un año después fue designado cadí de Sevilla, gobernador de Niebla y administrador de los bienes de Hixem, que tras la súbita muerte de su hermano Abderrahmán, fue nombrado heredero del trono.

Recapitulemos: un hombre apuesto y ambicioso se enriquece merced al favor de una mujer. El heredero del trono, un joven fuerte y sano, muere de repente, y su administrador, el hombre ambicioso, es nombrado gran visir por el nuevo califa. ¿Verdad que huele a crimen? Conocí bien a los hijos legítimos de Al-Hakán II, pues, como médico de palacio, me llamaron varias veces para atenderlos. Abderrahmán, Harifa, Hixem, Fátima, Abdulah, Ahmed, Xania..., todos los que lograron cumplir diez años eran fuertes como robles y sanos como jabalíes montaraces, de ahí la extrañeza que causó la repentina desaparición del primogénito.

En un harén de noventa mujeres entre esposas, concubinas y esclavas, nacían al año treinta o cuarenta niños, de los que vivían ocho o diez. Lo normal era que corretearan por los patios y jardines entre treinta y cincuenta arrapiezos de ambos sexos y edades de dos a once años. Los hijos de Abderrahmán III éramos más, pues su serrallo era mayor. Un árabe noble y rico se rodea de mujeres no por placer, que también, sino para asegurar una descendencia que le dé protección y riqueza. Ahí el profeta anduvo fino. Mientras los abasíes sirios y yemeníes se sucedían de forma horizontal, de hermano a hermano, los Omeyas de Córdoba, imitando a los reyes cristianos, lo hacían de manera vertical, de padre a hijo. El heredero del trono entre nosotros es el primogénito de la primera esposa, aunque no siempre. Cuando la favorita es lo suficientemente bella y deseable, que suele ser el caso, se las arregla para que su hijo mayor pase a ser el primero en la lista. Abderrahmán era hijo de la primera esposa de Al-Hakán e Hixem lo era de Sobh, la hermosa esclava cristiana. Hay veces que el damnificado se conforma, lo que suele ser bueno para él, y otras en que se rebela y lucha: entonces muere. Así ocurrió con el pobre Abderrahmán. Además los hechos jugaban en su contra. El primogénito era poco favorecido por la naturaleza: de pequeña estatura, la tez cetrina de los beduinos del desierto, el pelo enmarañado, el gesto hosco y la mirada negra, al cabo que su hermano de padre, Hixem, era gallardo: alto, de frente despejada, facciones correctas, ademanes graciabes, piel blanca, pelo rubio que recogía en una larga trenza y los ojos claros de Sobh. Ambos salieron a sus madres. Por ello, cuando un oscuro amanecer en el invierno de 967 Abderrahmán Omeya apareció muerto en su cama, tan sólo lo lloró la autora de sus días. Se quejó lastimera a su señor marido y sólo consiguió ser desterrada a Marrakech. Ya movía los hilos de la trama Abú Amir Mohamed, el que un día no lejano iba a ser el terror de los cristianos: Al-Mansur, Almanzor para ellos.

No intervino ningún médico en el óbito, pues no hubo enfermedad. Dieciocho años tenía el príncipe cuando fue asesinado impunemente. El encargado de certificar

la defunción fue Ben Saprut, que habló de muerte súbita, una entelequia que no acusa ni compromete a nada. Sin duda el buen médico judío valoraba su cabeza, igual que yo la mía. Me alegré al no tener que intervenir, pues miento mal. Supe por una de las camareras de Abderrahmán que el olor a almendras amargas que traducía el envenenamiento invadía su habitación, los diwanes contiguos, el patio y el riad, donde era tan intenso que camuflaba el dulzón aroma de las adelfas. Sin duda, quien manejó el veneno que se extrae de la expresión de las acres semillas del almendro amargo se excedió en la dosis. Pero aquí, como en todo, vale más pasarse de largo que no llegar. Meses después, ya pasado el peligro, el bueno de Saprut me confesó su desazón, sus temblores de piernas al examinar la lengua del finado: no le cabía en la boca y su color era azul índigo, como la de esos perros chinos que abundan en la corte.

El futuro Almanzor proseguía su imparable ascenso. En 972 fue nombrado jefe de la policía de Córdoba. Con su astucia ganó la voluntad de todos los cadíes del arrabal, la de los jefes de los mercados y mezquitas y la de los ulemas. Entonces nos conocimos. Ocurrió precisamente en el Patio de los Naranjos de la gran mezquita, tras la oración del viernes. Él tenía treinta y tres años, tres menos que yo. Era consciente de su fuerza y lo demostraba con su aire suficiente, como esos ciervos dominantes que se saben amos de la manada. Yo, que no le debo nada a nadie, mentiría si dijese que devolví su mirada altanera. Me tragué las ganas de escupir en su chilaba blanca, que ya adornaban multitud de galones e insignias, o de rebanar su garganta con la daga, pues soy pacífico. «Mano que no puedas cortar, bésala», dicen los yemeníes. Sonreí de oreja a oreja y me apliqué el dicho de los hombres azules del desierto: «Siéntate a la puerta de tu casa y verás pasar el cadáver de tu enemigo». Una sola vez me llamó el engreído a Medina Zahara para que le dilatase un lobanillo en la rabadilla, donde acaba la espalda, que le causó un roce de la silla de montar. Actué con profesionalidad, pues no me gusta mezclar cuestiones personales con mi arte médica, y cargué bien la esponja soporífera. No se quejó. Agradecí su marcha a Mauritania, en 974, adonde iba como primer cadí y a vigilar la administración del ejército. Tantas idas y vueltas, vigilancias y administraciones convirtieron al petulante en un hombre muy rico. Su verdadera intención al volver a Córdoba, un año después, era aupar al poder a Hixem, marioneta en sus manos, mimado de la fortuna. Para ello había que acelerar la desaparición del califa que lo había hecho hombre, y a esa tarea se dedicó con el ansia y la determinación de los traidores.

Me casé por tercera vez a los treinta y ocho años. Fue mi último matrimonio por amor. Ella era mozárabe, se llamaba Carmen, y también me amaba. Cuando la conocí tenía diecisiete años. Fue en mi consulta, pues acompañaba a su abuela, que padecía de hidropesía. Me deslumbró con la luz de su mirada serena, dará y limpia. A pesar de ser cristiana, vestía al modo árabe, como suele ser habitual entre las de su raza si

habitan con nosotros. Exploré la dilatada panza de su abuela en busca de la causa que provocaba aquella inundación de linfa, que no otra cosa es el derrame que ocupa la cavidad peritoneal en la hidropesía. La encontré pronto. Palpando en el flanco derecho hallé dolor y cierta contractura del plano muscular. Algo más hacia el centro, bajo la punta del esternón, se palpaba una masa dura, sensible, extensa, que ocupaba también la parte izquierda. Era sin duda un neoplasma que infiltraba el estómago y el páncreas, la glándula que lo lubrica y alimenta. Carmen, que bajara los ojos al enfrentar los míos durante la anamnesis, no los quitaba de mis manos, pendiente de ellas y de mis dedos, que palpaban, percutían y buscaban datos en la paciente.

—¿Te interesa mi ciencia? —dije al verla muy atenta, sin dejar de explorar.

Enrojeció desde el cuello visible hasta la raíz del pelo que dejaba al descubierto su pañuelo de cabeza, prenda similar al hijab que utilizan las campesinas andaluzas. Intentó hablar, pero no pudo. Por fin tosió, como tratando de expurgar sus vías respiratorias, miró a sus pies y dijo:

—Resulta subyugante verte trabajar.

Me tuteaba, como es habitual entre islamitas, pero no me daba el título de señor o de hakim. Sabía —por mi interrogatorio a la paciente— que vivía en una pequeña aldea no lejana a Córdoba, con sus hermanos, padres y abuelos.

—¿Tienes estudios?

—Fui a la escuela cristiana, pero conozco el libro musulmán —afirmó ya más resuelta—. Amo las matemáticas...

Quise hacerla salir de la consulta para practicar una primera evacuación del exudado, tras explicarle mi pretensión, pero me preguntó:

—¿Podría verlo?

—Preferiría que no —dije, admirado de una audacia que motivaba el ansia de aprender—. No resulta agradable —añadí.

—Por favor... De esa forma la abuela se verá acompañada...

La paciente me guiñó ambos ojos.

—De acuerdo —asentí—. Pero te portarás bien: no toques ni hagas nada. Si te mareas o te notas incómoda, sal fuera para que te dé el aire. Siéntate allí —le ordené.

Obedeció. Se sentó como las mozas buenas, al borde de la silla, muy derecha, con los brazos cruzados. La túnica, una especie de caftán sin adornos, mostraba sus desnudos tobillos. Sus pies, en sandalias cristianas de mediano tacón, eran menudos, con las uñas cuidadas y pintadas de color rosa pálido, tornasolado. Mientras mi ayudante lavaba la piel del abdomen, preparaba la dosis de anestésico y hervía la cánula, yo enjuagaba mis manos sin dejar de observar sus reacciones. Lo miraba todo con la expectación de una niña que contempla a una ardilla volar. Era de verdad guapa: rostro sin tacha, alba de tegumentos, blondas las raicillas del cabello que se escapaba del pañuelo y rodillas simétricas, dos planetas prontos a colisionar bajo el

vestido. Sus facciones emulaban a la Señora que adoran los cristianos y cuya imagen en arcilla puede verse en los altares de sus iglesias. Se llevó las manos a la boca cuando incidí con mi escalpelo en el punto que más abombaba en aquella barriga, pero no dijo nada. Al salir el líquido ambarino no se inmutó. Se dilataron sus ojos al ver que se llenaba la primera batea. La abuela se portaba como una real hembra. En un momento dado extendió su mano con los dedos abiertos, temblorosos. Carmen, sentándose en el suelo, la asió entre las suyas para acariciarla. Era obvio que la amaba tiernamente. Al terminar, coloqué un apósito, fajé el abdomen y escuché a la paciente. Su cara había cambiado. Respiraba mejor.

—¿Cómo estás?

—Me siento bien, hakim —dijo.

—Es natural. Ha desaparecido la presión que el derrame provocaba en los pulmones y la molesta sensación de peso gástrico. Pero la mejoría no es definitiva. Será necesario hacer una nueva evacuación dentro de doce días.

Mientras la anciana dama, por su pie pero ayudada por dos servidoras que entraron a asistirle, se dirigía al carruaje que la había traído, hablé un segundo con su nieta. Fue ella quien preguntó:

—Dime la verdad, médico amigo, ¿es grave lo de abuela?

—Tristemente sí. Padece un mal contra el que nos hallamos inermes: el neoplasma gástrico. Morirá en breve, pero con mi ayuda su final será plácido y llevadero.

—Estamos en las manos de Dios...

—Bendito sea su nombre —corroboré.

Y eso fue todo. Me dejó cavilando sobre dioses y musas y con su peculiar aroma flotando en el ambiente, un olor a vainilla, el que surge de la flor del heliotropo. A los doce días vino un hombre a caballo, el padre de Carmen. No tendría más de cuarenta años y era el vivo retrato, en varón, de su hija. La abuela había empeorado y no tenía fuerzas para desplazarse, dijo, intentando ocultar la emoción que reflejaba el amor que sentía por su madre. Me rogó que lo acompañara hasta su casa para efectuar allí el tratamiento, como hice. Vivían en un pequeño cortijo en el camino de Baena, al lado de una aldea, a algo más de dos leguas. Fuimos a mediano galope, pues, según él, se ahogaba. Pasamos por la aldehuela de casas agrupadas, pegadas al terreno, recién enjalbegadas y con cruces de mayo en los portales, ya que, al ser mayo cristiano, celebraban a su virgen adornando con flores la plazuela junto a la iglesia, los patios y la calle mayor. La otra mitad del pueblo, islamitas de cualquier procedencia, miraba con respeto a sus vecinos e incluso participaba de la fiesta. Nada más salir del lugar, en un recodo del camino, topamos con el cortijo. Sobre un altozano, abrigado por dos filas de altos chopos cuyas copas se movían con la brisa, se alzaba su fábrica de ladrillo rojizo y teja árabe. Se encontraba vallado por un muro

de obra recién pintado en sepia, protegido por alambre de espino. Entramos por un portón abierto a un camino de piedrecillas blancas, entre cuidados parterres de flores amarillas y de plantas de adorno. Había pinos, alisos y un bosquecillo de naranjos. Sentada sobre el filo de un murete bajo, junto al estanque que almacenaba agua de lluvia para el riego, estaba Carmen. Leía. Con la espalda apoyada sobre una columna de alabastro y las rodillas flexionadas, la luz del sol, bañándola de costado, aureolaba su cabeza dándole apariencia beatífica. Me recordó a uno de esos santones que ilustran las cubiertas de los libros hindúes. El tejido sutil de su túnica blanca, transido por la luz, dibujaba la silueta de su cintura y de sus muslos. Debió escuchar los cascos de los caballos, pues miró a la izquierda y, tras divisarnos, cerró el libro y corrió hacia nosotros.

—¡Ha venido...! Te dije que lo haría, padre —exclamó. Y luego, dirigiéndose a mí—: Gracias, hakim.

—No tienes por qué darlas, Carmen —dije—. Veamos qué ocurre con la abuela.

Me llevaron ante ella. Se hallaba postrada en una cama baja, levantado su tórax por varios almohadones que facilitaban la respiración. Su rostro se afilaba en aristas ya casi descarnadas, premonitorias del inmediato tránsito. En sus ojos de mortecina claridad se adivinaba el final de su jornada terrenal. Por otra parte, se la veía limpia, olía a agua de rosas, sin rastros del penoso aroma que da la ancianidad, mezcla de orina incontinente, abandonada suciedad y ropa mal oreada. Le ausculté aplicando el oído a su pecho. Su cansado corazón batallaba una guerra perdida, lo mismo que un delfín en un barreño, parecía que daba los últimos coletazos. Descubrí su abdomen a punto de estallar. Sus paredes, dilatadas y adelgazadas, casi transparentaban el derrame ascítico. Lo palpé y percutí como la primera vez.

—Está muy mal —dije, saliendo de la estancia—. El tumor ha crecido. No quiero hacer pronósticos, siempre inciertos en una ciencia aleatoria como la medicina. Lo único que puede alargarle la vida unas horas o días es la evacuación del exudado.

La nuera de la pobre mujer, abrazada al marido, lloraba mansamente. Carmen sollozaba en un rincón, con las manos cubriendo su bello rostro. Nunca supe la dureza que supone el perder a una madre hasta que la sufrí en mis carnes, no hace tanto. De un plumazo quedamos huérfanos y al tiempo sin testigos: se fue la que nos crio a sus pechos, nos vio gatear, dar los primeros pasos, la que nos consoló, sufrió nuestras travesuras y veló por nosotros sin tiempo y sin horarios. Sentí que mis ojos se humedecían, se poblaban de lágrimas como siempre que contemplo el dolor o la desgracia ajena. Saqué un pañuelo y lo llevé a mis ojos.

—Adelante, hakim —me instó el hombre con voz firme—. Si podemos tenerla con nosotros un día más, es más que nada.

—Necesitaría un ayudante —dije—. Lo preciso para trabajar mejor y más ligero.

—Me presto a ello —intervino Carmen resuelta—. Lo he visto hacer una vez y

sabré cooperar.

Herví mi instrumental y lo coloqué sobre una blanca sábana encima de una mesa. Carmen trajo una jofaina donde lavé mis manos. Ella sostuvo la esponja anestésica mientras yo evacuaba sin molestias dos buenas palanganas de contenido ascítico. Esta vez dejé una mecha de gasa en la herida, para evitar la recidiva inmediata, antes de colocar un apósito blando. La mejoría, como siempre, fue espectacular. La enferma revivió, abrió los ojos, se sintió mejor y suspiró con fuerza. Su nuera y el hijo se miraban atónitos. Si algo agradecí de mi dura profesión de cirujano fue el reconocimiento a mi labor, lo tantas veces mágico de sus resultados que compensa con creces los momentos amargos. Carmen dejó la esponja sobre la mesa y me besó las manos en silencio. Olía más intenso que la primera vez, a vainilla, a canela, a su leve transpiración de moza limpia.

—Deberá beber mucho líquido y comer ligero —recomendé—. Que intente caminar. Carmen cambiará el apósito a diario, pues se humedecerá del trasudado ascítico. No dudéis en llamarme si empeora —dije, tras desasir mis manos con suavidad de las de Carmen para recoger mis cosas.

Salí al patio donde un criado sostenía las riendas del caballo. Antes de saltar sobre la silla se acercó la muchacha.

—Te vi llorar, hakim —dijo—. En mi corazón siempre habrá un lugar para ti. Eres bueno...

—¿Por qué no había de serlo?

No contestó. Sofocó un llanto, corrió hacia el bosquecillo de naranjos y buscó un lugar, posiblemente el suyo, en el que consolarse con un libro. Regresé al arrabal con el extraño aguijón del deseo clavado en las entrañas. No pude quitarme de la imaginación a la bella joven. Resonaban dentro de mis sesos los ecos de sus palabras. ¿Reservaría en su corazón un lugar para mí o era sólo retórica? Ocho días después, ella en persona, amazona en una yegua blanca moteada, acompañada por dos servidores, vino a verme y desveló la incógnita. Lo hizo envuelta en los negros ropajes con que los cristianos muestran su dolor y su luto. Esperé pacientemente a que le tocara el turno. Tenía los ojos enrojecidos y el rostro tenso.

—La enterramos ayer —dijo al pasar.

—¿Cómo fue su final? —pregunté.

—Se apagó como una lamparilla a la que falta aceite. No demostró dolor —aseguró—. Venía para agradecerte tus desvelos por ella.

—No hubo desvelos. Era mi obligación. Me preocupé por ella como por todos mis enfermos. Además, cobré mis honorarios.

—Jamás olvidaré tu conmoción al saber mi dolor y el de mi gente. Por eso vine. Y también para decirte que mañana por la tarde serán los funerales por el eterno descanso de su alma.

—Iré con gusto.

—¿Puedes hacerlo a pesar de tu religión? —preguntó.

—Mi religión son las mujeres y los hombres que padecen. Soy islamita, pero no tengo otra fe que la que dicta el sentido común, la ciencia y el amor a los que lo merecen.

—A nosotros nos vedan la entrada en la mezquita...

—Nuestra religión es todavía joven. Está oscurecida por ciertos fanatismos, un sarpullido que confío desaparezca poco a poco, igual que un tabardillo. Si de mí dependiera, levantaría un gran templo común para las tres religiones del Libro, para los que adoran a un mismo Dios.

Mi madre estaba en casa y, como solía hacer, pasó por la consulta para saludarme. Le presenté a la muchacha cristiana y esboqué en tres palabras la causa de su visita, pues se veía muy sana. Zulema y Carmen se besaron tres veces, al modo árabe. Luego, en medio de mi asombro, la arrastró al patio como si fuesen viejas amigas. Terminé de ver a mis pacientes, de ordenar y clasificar ciertas historias clínicas y pasé adonde estaban ellas. No estaban solas. Bebían té de menta y picoteaban mojicones, manjar blanco y miel sobre hojuelas junto a Susana y Jezabel. Al fondo se escuchaba el confuso rumor de los niños en sus últimos juegos. Reían, sofocadas, y se contaban cosas. Nunca terminaré de entender a las mujeres.

Jamás había pisado una iglesia cristiana. La de aquella aldehuela era más una capilla, de una sola nave, sin crucero. La llenaban los lugareños parientes y amigos de la difunta, incluido algún islámico. Yo vestía chilaba de gran gala en honor a la muerta. Quería impresionar a Carmen y lo logré. Supe mucho más tarde que terminaron de enamorarla el verde brillante de mi túnica, la fíbula de plata, las pesadas alforzas bordadas con pan de oro, el sable de ceremonia y la gumía con el mango dorado engastado en rubíes que me regalara Abderrahmán III. El sacerdote salmodió sus rezos en latín, lengua que seguro que comprendía yo mejor que aquella sudorosa turbamulta de pobres campesinos. Sólo eludían aquella condición Carmen y su familia, que destacaban en reservados sitiales de la primera fila. Eran sin duda los ricos del lugar, propietarios de tierras e integrados en la comunidad árabe tras pagar el impuesto de capitación y la alcabala y aceptar nuestras leyes. El varón tenía al parecer un título cristiano, de su vieja monarquía visigoda, no sé si hidalgo, conde o duque. En una pausa de sus inextricables oraciones, el fraile hizo en aljamía un panegírico de la difunta. Luego trazó la señal de la cruz sobre un cáliz y una gran torta blanca y repartió tan nimia colación entre los asistentes que tocaron a un sorbo y a una mínima parte de la rosca. Años después, ya casados, supe que el contenido del cáliz era vino corriente y que la torta —que los cristianos llaman hostia— estaba hecha de pan ácimo. Carmen creía firmemente que el vino era la sangre y el pan la carne de su profeta, el Cristo, que muriera en la cruz.

Llegué a pensar que aquella increíble ceremonia no terminaba nunca. Era tal el calor sofocante de aquel final del mayo que más de una cristiana se derrumbó allí mismo y tuve que asistirle sacándola al atrio para que, con la cabeza baja cogiera algún resuello en la fresca penumbra. Pero todo tiene su compensación, y el buen final corona la buena obra. Culminados los ritos, Carmen y su familia se situaron a la entrada del templo y recibieron la condolencia de los asistentes. Muchas viejas campesinas lloraban, lo mismo que la madre de Carmen. Mi niña estaba seria, con la mirada turbia por el llanto. Todos, en procesión, estrechaban la mano o abrazaban a los deudos de la finada. Pensé en acercarme y sumarme a la larga ringlera, pero observé que, quizá como modo de expresar su pesar, emitían una frase especial, algo similar a un sonsonete que debía tener un significado que yo desconocía. Ello me disuadió de hacerlo. Cuando el último de los asistentes al acto desapareció, Carmen se me acercó y me tomó del brazo. Me agradó aquella libertad, impensable entre las mujeres de mi raza.

—Mis padres han preparado un modesto refrigerio en honor de mi abuela. Nos sentiríamos muy honrados si nos acompañaras. Es algo íntimo, sólo para familiares y amigos de verdad.

Desde luego acepté, pues, amén de agotado, estaba hambriento. Caramba con el modesto refrigerio... Probé un poco de una olla que llamaban «podrida», que contenía verduras y diferentes clases de carnes, estofado de liebre y el mejor cordero que había probado nunca, al modo de Castilla: el animal de leche cortado en cuartos, salpimentado y asado en horno de panadero.

—El secreto reside en la calidad del cordero, que no debe haber comido hierba. Por eso lo llamamos lechal. Para que su aroma lo haga más apetecible, debe asarse empleando como combustible sarmientos de vid seca. También influye el recipiente de cocción, que debe ser de barro.

Me informaba Carmen en su rincón favorito del huerto, entre naranjos. El perfume del azahar no terminaba de disimular el suyo propio. Su mirada, dos faros claros entre la hojarasca, se hallaba fija en mí. Sentada sobre un poyo de piedra con respaldo, descalza, me mostraba los tobillos y el arranque de sus piernas hasta el suave inicio de las corvas.

Sentí un escalofrío propiciado por la verde umbría, el relente de la noche apenas iniciada y el delirio de mi imaginación.

—Entiendo —dije—. Estaba delicioso. Felicita a tu madre.

—Soy yo la cocinera —afirmó, haciendo oscilar la melena en ese gesto tan femenino que me enloquece.

—No te creo...

—¿Por qué había de engañarte? Aprendí desde muy niña, de mi abuela, el arte de los fogones. Ella era de Valladolid, una vieja ciudad castellana famosa por la calidad

de sus asados. Y sé hacer muchas más cosas.

—No estarás postulándote...

Calló. Un fino rubor tapizó sus mejillas.

—Reconozco que me caes bien. Pero no eres el tipo de hombre con el que sueño.

Estaba entre suspenso y admirado. Ninguna mujer me había hablado así, con aquel desparpajo. Y quien lo hacía era una chiquilla de diecisiete años.

—¿Y cómo es el hombre que te desvela?

—En parte como tú: rico, cultivado y poderoso, pero para mí sola. Soy una mujer libre: no podría compartir a mi marido con nadie.

—Nadie es completamente libre —sostuve—. La libertad es pura entelequia. Siempre hay algo que nos ata, que coarta nuestra libertad. La única libertad la da el dinero, el oro. Y ninguna mujer, en ninguna parte, posee en exclusiva a un hombre.

—No es verdad. Las cristianas tenemos un solo esposo.

—Cierto, pero no es vuestro en exclusiva. Su mirada te observa, sus manos te acarician, pero su cabeza está en otra parte. Y a veces su cuerpo: raros son los cristianos que no tiene una amante.

—Odio la idea de compartir mi hombre con otra u otras —dijo pensativa.

—Quizá no sea tan malo. Mira mi caso: yo amo a Susana y a Jezabel y procuro tratarlas con igual deferencia y respeto. Acudo a una u otra e intento complacerlas, buscando tanto su gusto como el mío. Tú las viste sonreír. Las oíste y hablaste con ellas. ¿Te parecieron tristes?

—No... Estaban muy risueñas. Reconozco que me chocó. No lo esperaba. Pero detesto los harenes.

—Exactamente igual que yo. Nací y me crié en uno de ellos. El harén es cosa de sultanes y califas, de grandes visires. Las mujeres no salen de su entorno, celadas por sus amos y vigiladas por decenas de eunucos. Ocurre igual en los serrallos y gineceos en otras partes del islam. Pero en Al-Ándalus es diferente. Yo tengo mi propio islam, y si no pudiese tenerlo, emigraría a algún reino cristiano. Mis mujeres van descubiertas si lo desean, salen a diario de compras o al mercado, solas o en pareja, pues son amigas, y viajan conmigo.

—Y te comparten en la cama...

—Míralo desde otro punto de vista. Los hombres somos, normalmente, más fogosos que las hembras. Vosotras, en asuntos sensuales, sois pasivas lo mismo que las gatas; nosotros somos activos, parecidos a los canes. Sé por experiencia que mis mujeres agradecen a veces la soledad nocturna, poder dormir a pierna suelta sin sentir la calidez en ocasiones pegajosa de un hombre ebrio. Si me solicitan, siempre me hallan dispuesto. Tienen a sus esclavas que se ocupan de ellas, de mimarlas tanto o más que yo, de vestir las, desnudarlas o componerlas. Pueden espaciar sus embarazos a su albedrío. Tienen tiempo, que vale más que el oro, y pueden dedicarle a pasear,

leer, escribir o cultivarse. Compara todo ello con la vida de una cristiana casada con su único hombre: a embarazo por año, la que no muere en uno de ellos es abandonada cuando aparece otra más bella y joven.

—No me convences.

—Dejé algo en el tintero: si algún día encontrara una mujer que supiese cocinar como tú, sería la favorita en mi pequeña y deliciosa burbuja femenina.

Nos miramos. Una carcajada resonó en el espacio y atronó todo el huerto. Estuvo a punto de caer del banco de piedra en el que se sentaba. Me encantaba aquella risa cantarina que me contagió. Si cesaba, se recrecía de nuevo de manera espontánea, como si algo le recordara en su interior el motivo hilarante. Sus padres y algunos familiares que charlaban en el cercano pórtico trataban, atisbándonos, de descubrir la causa de nuestro regocijo. Lentamente fuimos calmándonos.

—Termino de enterrar a la abuela y no recuerdo haber reído tanto. No me conozco. ¿Eres real?

—¿A qué te refieres?

—No lo sé... Resultas muy varonil con esa facha. Y luego el hecho de que seas un hakim, un hombre sabio... Me fascinas igual que la flauta del domador al áspid.

Me despedí de la familia, pues la noche se echaba encima y debía madrugar al día siguiente. Cabalgué a la luz de la luna y llegué a casa poco antes de las once. Omero rezongó en el zaguán y se movió, como si lo afectara un sueño inquieto. Había encontrado un perro callejero y lo había prohijado. Era un can gestero, ladrador, de pelo enmarañado y ojos vivos que relucían al fondo de la selva que conformaban sus cerdas y pestañas. Descansaba en postura curiosa y sus facciones, por un extraño mimetismo, recordaban a su amo. Como condición inexcusable para andar por la casa y el jardín, la dueña lo había tenido en remojo tres mañanas y cepillado a fondo para terminar con pulgas y piojos. Crucé el patio bañado de resplandor lunar y reflejo de estrellas rutilantes. Todos dormían. Jezabel rozó mi piel con la punta de un pie al notar que ingresaba en el lecho. Aspiré su perfume y palpé su desnudez caliente.

—Vienes de verla...

—Sí. Sabes que vuelvo del funeral de su abuela. Estaba allí.

—No me refiero a eso, la has tocado, te impregna su aroma. ¿La amas?

—Tal vez...

—Es encantadora. Y parece inteligente.

Se giró y se aupó sobre mí. Me enervaba tocar su carne palpitante, sentir sobre mi vientre su alfombrada rendija, la humedad. Me besó con la boca muy abierta. Cuando se hartó de libar de mis labios se ahorcájó en mi cintura, separó mucho los muslos e introdujo mi endurecido miembro en su interior. Se echó hacia atrás. Luego se movió con destreza, alzando sus caderas y cayendo sobre las mías como el marrón que bate el yunque, hasta lograr un gozo compartido y exacto. Amaba a mi segunda mujer,

pero pensaba en ella.

Carmen apareció a los quince días. Venía en su yegua. La escoltaban dos varones de su casa, a caballo. Cuando montaba al natural vestía calzones de hombre, con zahones a la cordobesa, un gracioso colete de piel y sombrero de ala ancha. Me pareció mayor, como si de repente se hubiese hecho mujer. Despaché a los últimos pacientes mientras ella saludaba a mis mujeres. Luego fuimos al zoco paseando, vigilados de cerca por sus dos cancerberos. La llevé a la calle de los j especieros, entre coloristas montones de especias y aromas de mil clases, al callejón de los prodigios, donde vivían los lisiados y la mujer barbuda, una muladí de luengas barbas rojas y poderosos senos, exhibida por su propio marido por dos cequíes de cobre; fuimos a la explanada de las tenerías, entre cientos de pieles de cordero y de liebre tendidas sobre alambres, goteantes, los estanques repletos de líquidos de colores chillones y el imposible tufo a tanino y excremento de paloma de las curtiembres; a los tabucos de los zapateros, labrados en el muro de una vieja mezquita derruida, trabando con sus cuchillas, leznas y martillos suelas y tacones de botas y de calzas, y a la tapia desconchada y orinada tras la que trabajaban los barberos y los sacamuélas.

—¿Podrías enseñarme tu ciencia? —preguntó muy seria.

—La medicina se aprende en nuestra aljama. Y no es cosa de un día. Se precisan cuatro años para que el gran vi sir extienda el certificado que autoriza a ejercer. Otra cosa es mostrarte sus rudimentos, dejar que veas cómo trabaja un cirujano; incluso, si estás muy interesada, podría instruirte y nombrarte mi ayudante.

—Ando medio peleada con mis padres —dijo, viendo cómo un remendón jalonaba de tachuelas una suela.

—¿Qué ha pasado? No les habrás ofendido... «Respetaras al padre y honrarás a tu madre», dice un sura del Corán.

—Nosotros también tenemos en nuestras escrituras citas parecidas. No se trata de una ofensa. Tú eres la causa. No quieren que te vea.

—¿Tú quieres verme? Eso es lo único que cuenta.

—Me das una gran paz. Los pocos muchachos cristianos de mi edad, en la aldea, no me dicen nada.

La cogí de una mano. Estaba fría y húmeda.

—Yo también deseo verte —admití—. Eres distinta a las demás mujeres que conozco. Si te lo propones, puedes llegar a ser una buena ayudante de cirugía. Pondrías orden en la consulta y en el quirófano.

—¿Sólo eso?

—De momento sería bastante.

—Tendría que hablarlo con mis padres —dijo.

Una de las últimas veces que se vio al califa en público fue en mi tercera boda, pues quiso presidirla. Se celebró en Medina Zahara, como la anterior, con semejante cantidad de invitados y un fasto similar. Se hallaba presente el gobierno en pleno. En una mesa muy cercana a la mía destacaba el príncipe heredero, Hixem, y los que le bailaban el agua: el gran visir Moshafi y el ambicioso advenedizo Abú Amir Mohamed.

Me sorprendió el desparpajo con el que conspiraban abiertamente, en presencia del califa que parecía estar en otro mundo. Llevé a Carmen a Granada y a la costa de Almería y Málaga. Corría el mes de marzo de 976. Vivimos unas inolvidables jornadas de amor a la sombra del Mulhacén y en la bella y coqueta Almería. Habíamos programado un viaje de tres semanas, pero hubimos de interrumpirlo en Salobreña, donde un correo califal nos trajo la noticia de que Al-Hakán había resultado herido en una cacería de venados, un día atrás. El jinete, con su montura reventada, había cabalgado sin descanso, pues la lesión era muy grave, según una nota manuscrita de Al-Malluri, el director de la aljama, que solicitaba mi presencia. Sin dilación regresamos a Córdoba. El califa me dio mala impresión nada más ver su cara demacrada y los ojos hundidos en sus órbitas. Parecía un anciano a sus cuarenta y cinco años. No había testigos presenciales del presunto accidente. El visir informó al pueblo, a través de los imanes, del que Al-Hakán II había recibido casualmente un flechazo perdido, algo que ocurre en toda cacería. Reconocí al califa en presencia de Al-Qurtubí y de otros médicos. Ardía en fiebre, tenía escalofríos y respiraba con dificultad. Nadie se había atrevido a desbridar la lesión: simplemente habían extraído la punta de la flecha provocando grandes molestias al paciente, que me llamaba a gritos. En el tórax, sobre la base del pulmón derecho, se veía la herida tumefacta, violácea. Procedí de inmediato, lavándola con agua jabonosa. Adormecí al califa con la esponja y sondé la lesión: la sonda metálica penetraba sin hallar resistencia, lo que traducía la afectación del pulmón que, herido por el dardo, se retraía colapsado, vacía de pneuma. Al retirar la sonda salió un chorretón de pus amarillo verdoso, denso, de olor fétido. Era evidente que la supuración no drenaba de manera adecuada por el estrecho orificio, por lo que, de acuerdo con Al-Qurtubí, lo desbridé ampliamente obviando las quejas en sordina del enfermo. Es claro que mi esponja soporífera no es todo lo efectiva que debiera, pero es más que nada. Tras ampliar la herida, el pus fluyó más fácilmente, sobre todo cuando ordené que ladearan al paciente para que lo hiciera por su peso. Por fin lavé la cavidad pleural, coloqué una mecha empapada en vinagre rebajado y adocriné a los enfermeros para que el califa descansara sobre el costado donde estaba la lesión, de forma que fluyera la supuración, facilitada por la postura.

La mejoría fue espectacular. Después de la tercera cura empezó a disminuir la

fiebre y cedieron los escalofríos. La respiración era aún difícil al trabajar solamente un pulmón, pero desde que, a las dos semanas, el exudado pútrido fue menguando, el califa suspiraba mejor por momentos, lo que indicaba que el pulmón estaba expandiéndose. Le autoricé a levantarse. Daba pequeños paseos por el riad del brazo de sus esclavas favoritas, dos hermosas jóvenes nubias, negras como el esquisto de su tierra. Moshafi había ordenado una investigación sobre el accidente, la forma en que se produjo y la procedencia de la flecha. Se notaba de lejos que trataba de cubrir el expediente. Como era de esperar, no pudo sacarse nada en limpio. Lo que no me perdonaré jamás fue mi exceso de confianza: a pesar de mis sospechas de intento de magnicidio, bajé la guardia. Nunca se las comuniqué a Al-Hakán. No tenía pruebas de la conspiración, y una acusación sin pruebas es siempre peligrosa. Debí haber ordenado una vigilancia especial con enfermeros de confianza, si es que existiese la confianza en Medina Zahara, desde hacía años dominada por la intriga, pero no lo hice. La herida torácica estaba ya cerrada y el califa casi recuperado cuando un amanecer me despertó un enviado del palacio real: Al-Hakán II había muerto.

La noche debió de ser movida en palacio. Lo rodeaba la guardia muda, que impedía el acceso a cualquiera. Cuando llegué no estaban los otros miembros del equipo médico. Por orden del visir, sólo nos habían avisado a Ben Saprut y a mí. El cuerpo sin vida del califa yacía sobre el suelo, la piel amoratada, el rostro congestivo, en un charco de orina y de sus propias heces. No había rastros de sangre. La lengua, negra, igual que una enorme morcilla de sangre, no le cabía en la boca. Por la frialdad del cuerpo, su muerte debía de haber ocurrido en la madrugada. Todo era muy extraño. Lo había curado por última vez la mañana anterior y estaba bien, contento, dispuesto a reintegrarse a su trabajo. Había dormido vigilado por las esclavas nubias, pero una de ellas había desaparecido. Hablé con la otra, que, llorosa y desgredada, lloraba en un rincón. A duras penas pude sacarle información.

—¿Qué ocurrió, Yahya?

—No lo sé, amo Abulcasis. Yo dormía. Era el turno de Leila. El califa descansaba plácidamente cuando yo me eché a sus pies, en la esterilla.

—¿No oíste ni viste nada raro?

—Sus eunucos entraban y salían, hablaban en voz baja y parecían interesarse por su estado. Pero no me chocó. Lo hacían otras noches.

—¿Te refieres a Faic y Chodar?

—Sí, hakim —dijo, sofocando un sollozo.

—Continúa.

—De repente algo me despertó. Me alcé y vi a mi señor caminando por la cámara. Se tambaleaba, lo mismo que un borracho sonámbulo. Tampoco me sorprendió, pues el califa, Alá me perdone, bebía alguna noche. Miré a mi alrededor, en la penumbra, y no vi a Leila. Por fin el califa tropezó con una mesa y se desplomó muerto.

—¿Se quejaba? ¿Respiraba normalmente?

—Emitía un rumor sordo y echaba espuma por la boca. Me sorprendió la forma en la que se rascaba con las uñas su desnudo cuerpo, lo mismo que si un ejército de tábanos se cebara en él. Con la lengua fuera, respiraba muy tenue.

—¿Qué hiciste entonces?

—Corrí en busca de ayuda. Chodar y Faic no estaban en su puesto, delante de la puerta de la cámara. Llamé a gritos a Leila, mas no obtuve respuesta. Volé al puesto de guardia y alerté a los soldados.

Terminaba de escuchar la versión de la esclava cuando penetró en la cámara el visir. Moshafi se veía tranquilo, muy compuesto a hora tan mañanera. Venía de hablar con Ben Saprut, que, antes que yo, había inspeccionado el cuerpo del califa.

—Qué gran desgracia —dijo—. ¿Qué opinas de esta muerte, hakim?

—Hay claros síntomas de envenenamiento —sostuve—. Ignoro todavía cuál es el tósigo. Es posible que Leila, la desaparecida esclava nubia, pueda aportar más datos. Tal vez fue la mano que, inducida por otros, administró la ponzoña.

—Ben Saprut opina que pudo tratarse de una embolia que le afectó al cerebro. Resto, quizá, del mal que produjo la flecha o de los licores que trasegaba en cantidad creciente.

Hubo un silencio denso. Aquello no tenía ni pies ni cabeza. Era imposible que un veterano y sabio médico marrase de esa forma. Comprendí que detrás de aquel diagnóstico habría veladas amenazas. Amo la vida; por ello actué con astucia.

—Es una teoría no descartable por completo —dije.

—Sin embargo, yo no descarto por completo tu tesis del envenenamiento —me sorprendió Moshafi—. Puede tratarse de una conspiración. Nada más morir el califa, sus eunucos Faic y Chodar corrieron a avisar a Moguira, hermana de Al-Hakán y, como sabes, pretendiente al trono. En su residencia se hallaba dispuesta una tropa encargada de ocupar el palacio real para nombrarlo califa y sentarlo en el sillón dorado. Nuestras testas habrían rodado por el suelo de no ser por mi rápida acción. Sabedor del caso por gente de confianza, ordené a Abú Amir Mohamed que detuviera a los conspiradores. Cumpliendo mis órdenes, acudió al palacio de Moguira con los mudos y ejecutó a los sospechosos. Sus cabezas están cortadas ya.

—¿Y en cuanto a Leila?

—Están buscándola. Pero no creo que tenga que ver en el caso. Pudo asustarse y correr para esconderse, temerosa de ser mezclada en la muerte de su amo.

Para mí las cosas estaban claras, meridianamente diáfanas. Al frente de la trama estaban Moshafi y el futuro Almanzor. Pero, instalados ya en el poder a la sombra del nuevo califa marioneta, Hixem, eran poco menos que intocables. Oponerse a ellos o tratar de descubrir sus crímenes era simplemente suicida. Habían encontrado en el ambicioso Moguira y los eunucos los perfectos chivos expiatorios y se habían

apresurado a silenciarlos. Resignado e impotente, me dediqué, por gusto y sin hacer alardes, a tratar de averiguar el tipo de veneno empleado. En la biblioteca existían numerosos tratados sobre tósigos, entre ellos el famoso de Abdul Graib Salimi, un egipcio alejandrino, médico de la reina Cleopatra, quien, tal vez, proporcionara el áspid que causara la muerte de la amante de Marco Antonio. Dar con el veneno fue sencillo. El acónito es una bonita planta de flores azules, pequeñas, sin apenas olor pero vistosas, que adornaba más de un arriate en el riad palaciego. Del macerado de sus pétalos en vino caliente se obtiene un tóxico tan fuerte que, según Graib Salimi, provoca la muerte con una simple dosis de dos óbolos. Explicaba el egipcio los síntomas y me parecía escuchar la exacta descripción de aquella discreta esclava nubia. Casi al momento de su ingestión, mezclado por ejemplo con un té edulcorado, pues su sabor es acre, el sujeto percibe que se le hincha la lengua y lo afecta un hormigueo imparable que de la boca se extiende como mancha de aceite a todo el cuerpo. Entendí la causa del insufrible picor que refería la pobre Yahya en el califa. Un poderoso zumbido en los oídos, que confunde al infortunado, le hace tambalear, al tiempo que su respiración y el pulso van debilitándose. Finalmente, en plena posesión de la conciencia, se produce la muerte por asfixia. Una muerte horrorosa y fatal, pues no existe antídoto eficaz contra el acónito. Sentí una súbita piedad por la esclava que presenciara el fin del poderoso Omeya. Omero la localizó y me la trajo con sigilo a la almunia. Le hice saber el peligro en el que se encontraba y, provista de una bolsa con dinares de plata, la embarqué al amanecer en un jabeque que bajaba el Guadalquivir en dirección a Túnez.

Hixem II fue proclamado califa de inmediato, con sospechosa rapidez. Moshafi tomó el título de hachib, o primer ministro, y Abú Amir fue nombrado gran visir. Los fastos en Medina Zahara duraron doce días. Invitado oficial, hube de acudir con Zulema y todas mis esposas, pues otra cosa hubiese significado desprecio. Por supuesto, silencié el asunto de Yahya —que era buscada— y sólo comenté mis sospechas de magnicidio con Al-Qurtubí, en voz baja y a medias, pues no quiso escucharlas.

—Prefiero no saber, mi buen y viejo amigo —dijo—. Voy haciéndome mayor y quiero morir en mi cama. Tampoco quiero que mis hijos paguen por mis culpas.

Se refería a los descendientes varones de Moguira, el traidor para algunos. Sus catorce hijos, sobrinos de Al-Hakán, habían corrido la misma suerte que su padre, siendo decapitados en sus propias casas. Sus mujeres acudieron a la fiesta con sus mejores galas, enjoyadas, recién tatuadas, y fueron las primeras en besar la mano del nuevo califa, postradas ante él. El inicio del reinado de Hixem no pudo ser más calamitoso. Espoleados por el cambio de amo en el trono de Córdoba, los ejércitos cristianos se abalanzaron sobre nuestras fronteras. Uno de ellos, el del rey Ramiro III de León, llegó a las puertas del arrabal en una algará. El califa, refugiado en Medina

Zahara con sus ninfas y efebos, no parecía darse cuenta del peligro. Moshafi, dudoso y pusilánime, no se atrevía a enfrentarlo. Por ello, Abú Amir, sin ninguna formación militar, pues procedía del ámbito civil, tuvo que ponerse al frente del ejército. La cobardía de Hixem y el miedo asustadizo de su primer ministro tuvieron la virtud de alumbrar a un guerrero: Al-Mansur, el que pronto sería conocido en los reinos cristianos como Almanzor.

En febrero de 977 emprendió Almanzor su primera batida seria en tierras cristianas. Llegó con sus huestes a Baños de Cerrato, muy cerca de Palencia, que cercó y asoló tras quemarla. Baños era famosa entre los cristianos por un templo románico y por su célebre manantial de curativas aguas, que tomara entre otros el rey goda Recesvinto. Supe por uno de los miembros de la guardia de Abú Amir que, tras la acción, el guerrero se bañó en la piscina de aguas tibias y obligó a las monjas cristianas de un convento cercano a lavarle, frotarle la piel y perfumarle antes de violar en cadena a las más jóvenes. Dos o tres que hicieron resistencia fueron decapitadas en el acto. Así se las gastaba el energúmeno. En mayo del mismo año fue la segunda aceifa. Acompañaba entonces Al-Mansur al generalísimo Galib, máximo exponente de las milicias árabes en tiempos de Al-Hakán, con cuya hija Asma se había prometido. Ambos rivalizaron en destreza guerrera y en vesania: conquistaron el castillo aragonés de Mola y colgaron de sus almenas a los doscientos varones que capturaron vivos en la aldea. El terror en reinos y condados cristianos comenzaba a asociarse al nombre de Almanzor.

Al regreso de la incursión se concertaron para derribar a Moshafi. El hachib había alcanzado demasiado poder y excitaba la envidia de los conspiradores. Sobh, la sultana madre, seguía patrocinando a su joven protegido Abú Amir y accedía a su menor capricho. Dominaba por completo a su hijo Hixem, que no hacía nada sin su consentimiento. Al ser viuda, podía recibir al guerrero en sus aposentos privados, donde se amaban entregándose a un placer impuro y sin peligro. En su descaro lúbrico, no se recataban de hacerlo a la vista de las esclavas ni de amenguar sus alaridos de placer. Contaba ella cuarenta y un años y Almanzor treinta y ocho. Era prefecto de Córdoba, Ahmed, un hijo de Moshafi. Una mañana apareció acuchillado en su propia cama, en un charco de sangre, junto a su mujer. Para aplacar las iras del ministro se simuló un robo con escalo, culpándose a una banda de desharrapados muladíes, que fueron empalados. Al-Mansur, sin cortarse, sucedió a Ahmed. Un lúgubre silencio se extendió por Córdoba y su arrabal. Regresábamos a los olvidados tiempos de la consternación y el sobresalto de cien años atrás, en las anárquicas épocas del emirato.

En septiembre Almanzor organizó la tercera aceifa en pocos meses. En combinación con las fuerzas de Galib, avanzó en territorio cristiano talando bosques y asolando aldeas. Tomó distintas fortalezas y cercó Salamanca, cuyo arrabal deshizo.

A su vuelta, cargado de botín y de mujeres que convirtió en esclavas, se casó con la princesa Asma. Fue el primer día del año 978 del calendario cristiano. Por entonces, su harén ya contaba con setenta esclavas, todas blancas. Al contrario, su esposa tenía la piel de un tono leonado, parecido al azafrán maduro. Asma era delicada de aspecto, dulce de carácter, una flor en medio del desierto. En aquel odioso, interesado y obligado matrimonio sólo había una voz, la del varón. Traté a Asma durante su embarazo y pude leer en sus ojos la tristeza, la desazón más turbia. Padecía ardor de estómago, que cedió enseguida con mi tratamiento de leche tibia de vaca ingerida en ayunas. Por ciertas moraduras en su dermis deduzco que el infame la castigaba de obra. Tres meses después de aquella boda, por influjo de la sultana, el califa firmó la destitución de Moshafi, quien partió al destierro. Pocos años más tarde supe que había sido asesinado en Marrakech por un sicario. Almanzor dejaba tras de sí muy pocos cabos sueltos.

Galib fue nombrado hachib y su yerno confirmado gran visir, pero en realidad compartían juntos el poder. El califa, anulado por su madre la sultana, se apartó de los negocios públicos y permaneció prisionero en su propio palacio. Vi mucho a Hixem aquellos años, pues continuaba como médico de cámara y cirujano del califa, y puedo atestiguar que le importaba una higa judía que gobernase otro por él. Su única obsesión eran las hembras, cada vez más jóvenes y bellas, los efebos más tiernos, garzones en la denominación mora, y toda una batería de vino y de licores que se hacía traer de todos los puntos cardinales de la piel de toro. Lo traté de distintos abscesos perianales en los que su afición bisexual tendría mucho que ver. Las múltiples excoriaciones bucales, las rágades mucosas en el ano y hasta desgarros orificiales, traducían sin duda la magnitud creciente de las vergas que lo sodomizaban. Supe, *sotto voce*, que emisarios del califa indagaban con disimulo por todo el arrabal en pos del bardaja poseedor del falo más gigante. Por lo demás, era tan buen paciente como su padre y abuelo. Tengo comprobado que la raza humana que no se cultiva degenera. A un hombre rico, recto y sabio, sucede otro que se empuerca, tuerce y dilapida su fortuna. Fue el caso de Hixem con respecto a su padre. Dicen que estaba enamorado de su madre y que, en su bajeza, llegó a holgar con ella igual que un nuevo Edipo.

Aquellos años transcurrieron despacio, como siempre en épocas de opresión, tiranía o vileza de los que gobiernan. Instalado en mi propia aséptica burbuja, los vi pasar con aprensión, sin respirar apenas, inerme, como el que sufre la descarga de una negra nube de tormenta en medio de la estepa o cruza por un muladar con la nariz tapada. Aislado de las cosas de Medina Zahara, ausente de fiestas y recepciones palaciegas salvo contados ineludibles casos, me dediqué a lo que hago medianamente bien: trabajar. Perfeccioné mis técnicas quirúrgicas, modifiqué para mejor instrumentos y aparatos e inicié relaciones epistolares con distintos sabios: Conti, el

napolitano, Andreas Pavanopoulos, un cirujano bizantino de Atenas, y Sergei Titov, un físico de Kiev, en la lejana Ucrania. Invité a Realdo Conti a la aljama de Córdoba, de la que ya era director tras la muerte de Al-Qurtubí, en 980. Se trataba de organizar con él varias sesiones quirúrgicas ante mis estudiantes, demostrativas de su técnica reparadora en hernias inguinales. En medio de mi alegría, recibí su respuesta afirmativa. Conseguí de un abúlico Hixem una amplia sala en Medina Zahara donde celebrar la reunión, un verdadero congreso de cirugía, amplí mi invitación a Samuel Pérez, un cirujano valenciano que había ideado una técnica para reducir fracturas, y a Benito Itoiz, otro quirurgo, navarro, que conocí en Pamplona y que dominaba cierta técnica de amputación del muslo.

Cuando Zulema supo de la llegada de su antiguo amor, palideció de júbilo. A sus sesenta años mi madre se conservaba bien. No había engordado, problema que afecta según tengo observado con mayor intensidad a la mujer árabe que a la de raza blanca, manteniendo el humor y el magnetismo de su mirada negra. Dos semanas duraron las sesiones, intercalándose teoría y práctica. Ni Galib ni Al-Mansur, para mi suerte, se interesaron en el evento lo más mínimo ni aparecieron por allí por cortesía. Ayunos de cultura, se hallaban enredados en dura pugna por derribarse el uno al otro, como dos ciervos que luchan entre sí para imponerse en la carnada. Conti, que se alojó en mi casa, estuvo magistral operando a un obrero. Con ayuda de mi esponja soporífera, cuya fórmula conocía desde mi estancia en Nápoles, corrigió un fallo herniario sin apenas quejas del paciente. Sus manos habían ganado agilidad y se movían por el campo quirúrgico como culebras en su nido. Samuel Pérez, el hebreo valenciano, tras adormecer al accidentado con mi anestésico, alineó una fractura de tibia, el hueso de la pierna, traccionando fuertemente del tobillo con un dispositivo de cuero a manera de cincha. Un ayudante estiraba la pierna mientras él manipulaba con sus manos. Una vez los fragmentos óseos en su sitio, los mantuvo con un rígido apósito de madera de fresno, sin acolchar, íntimamente adherido a la piel con vendaje. Lo peor de su técnica fueron los berridos del paciente, menores con mi anestésico que con el *aqua ardens* que él solía emplear. Benito Itoiz se lució en una amputación de muslo, tras acortar el extremo del fémur seccionado y limarlo. Suturó la piel de forma que el colgajo posterior, más largo, protegiera el muñón. También aquí se escucharon poderosos bramidos. En cuanto a mí, operé un par de cataratas. A mis cuarenta y cuatro años, encontrándome en el momento culminante de mi habilidad quirúrgica, coseché un enorme éxito.

Hablé mucho con Conti durante las cuatro semanas en que fue mi invitado. Después de cenar en compañía de Zulema y mis esposas, charlábamos hasta la madrugada ante un vaso de licor de Ojén, parecido a la grapa italiana pero más dulce.

—Me reafirmo en que la única forma de progresar en cirugía es la experimentación con cadáveres —afirmó.

—Totalmente de acuerdo —subrayé—. Mi problema es que, al no permitirlo nuestra religión, hube de conformarme con disecar gallinas, ovejas y algún perro. En un par de ocasiones dispuse de macacos, que es lo más parecido a un ser humano que encontré.

—Yo tuve más suerte —admitió—. Al inicio de mi carrera traté en el hospital napolitano a un enfermo de fiebres tercianas. Era un pobre mendigo que falleció. Nadie reclamó su cadáver. Me pasé cuatro días con sus noches investigando la región inguinal, que me subyugaba durante mis estudios. Supe de aquella manera la disposición de la musculatura, del cordón que, compuesto de arteria, vena, nervio y un conducto blancuzco, nutre los testes.

—Es el conducto deferente de Galeno —dije.

—Cierto. Lleva, como sabes, la esperma del testículo al órgano viril. Al cuarto día, cuando el cuerpo ya empezaba a oler, dispuse su inhumación en la fosa común. En Nápoles es frecuente la llegada al hospital de cadáveres no identificados: pordioseros o asesinados en ajuste de cuentas cuyos cuerpos no reclama nadie. He efectuado infinidad de autopsias, única forma de saber la causa de una muerte.

—Daría cualquier cosa por tener tu suerte.

—La rapidez de manos es también indispensable en cirugía, máxime al no disponer de un tipo de anestesia eficaz por completo. Tu esponja es un paso adelante, sin duda, pero mientras no dispongamos de algo que aporte un efecto anestésico más profundo y duradero, no avanzaremos. En la hernia de la ingle, por ejemplo, quisiera tener tiempo para intentar reparar las más complejas, cuyo saco se introduce dentro del cordón espermático. Las veces que lo intenté fue imposible, pues el intenso dolor y los aullidos del paciente lo impidieron.

—Amén de todo ello, la cirugía requiere sentido común y tino en los diagnósticos —sostuve.

—Y también el buen pulso de que tú haces gala —terminó Conti.

Fueron jornadas muy agradables. Zulema mostró a Realdo Córdoba y su arrabal. Quedó el napolitano asombrado por la magnificencia de la gran mezquita, que visitó vestido a lo moruno. Mi madre lo trató como a un rey. Comieron juntos varias veces en casa de ella, atendidos por la servidumbre, y pasearon por la orilla del río. A veces se presentaban para cenar con media hora de retraso, motivando mi suspicacia sin malicia y la de mis mujeres. El italiano, que era algo más joven que mi madre, poseía la gracia y vivacidad de los de su raza. Hubo varios eclipses totales, alguno de tres horas de duración, coincidentes con la hora de la siesta. Lo que hiciesen en ellos es de su exclusiva competencia y pertenece, como dicen los buenos juristas, al secreto del sumario. Zulema se empeñó en enseñar Sevilla a su recuperado amante y despedirle allí. Acompañada por Omero, partió con él. Regresó a los tres días con los ojos brillantes y un suspiro en el alma. El amor no tiene edad.

Todo volvió de nuevo a la normalidad: la plácida vida hogareña mimado por mis mujeres, el intenso trabajo ahora con la ayuda de Carmen y la interminable cola de pacientes. Mi última esposa se había adaptado con facilidad a su nueva vida. Quedó embarazada enseguida, pero tuvo mala suerte, pues precisó de tres preñeces para allegar nuestra primera hija, una preciosa niña idéntica a ella. Le busqué la mejor esclava que encontré, una cristiana que el ejército de Galib había capturado en una aceifa por tierras de Aragón. Pagué por ella seis dinares de oro. Era un esbozo de mujer, de trece años, apenas una niña. Se llamaba María. Cuando la encontré —en el mejor tratante de esclavos del zoco— era un sórdido rebuño de carne escuálida, pies cubiertos de roña y ojos suplicantes. Caminó tras de mí, descalza, asustada quizá de las trazas de Omero, que me acompañaba, o pensando que buscaba un lugar donde violarla. Daba pequeños saltos, igual que un petirrojo, y miraba a ambos lados temerosa tal vez de un hachazo imprevisto. Cuando entramos al patio, la rodearon las mujeres y esclavas, curiosas, sin dejar de preguntar su nombre y circunstancias. Se relajó, sorprendida de aquel recibimiento y de escuchar su lengua. Volví a verla cinco días después. Tras lavarla a conciencia entre Carmen, Tania y Sara, la esclava de Jezabel que aún no nombré, parecía otra. Había devorado cualquier cosa a su alcance y se veía más rellena. Su piel, blanca, libre de suciedad, brillaba con luz propia. Era de ojos muy verdes, pelo rubio y rostro sin malicia a pesar del trance que vivió y que me contó Carmen. Había visto la muerte de sus padres y hermanos. Tras su captura, fue mancillada en batería por cuatro feroces guerreros beréberes. Luego consiguió ocultarse en lo más profundo del carro que la traía a Córdoba para ser vendida. Permanecía allí durante el día, bajo unas lonas fétidas, y salía por la noche, durante la acampada, en busca de un mendrugo de pan. A cambio de mal comer se libró de nuevas violaciones. Pronto se acopló a los modos de Carmen, que la trataba como a una hija. Dormía en una esterilla a la entrada de nuestra habitación, pero, si su ama se hallaba indispuesta o yo visitaba a mis otras mujeres, acercaba la esterilla a los pies de la cama o, incluso, en noches frías, se acostaba en mi lecho, requerida por ella para darle calor. Las escuchaba rezar sus oraciones cristianas y las veía santiguarse antes de entregarse al sueño. Mostró señales ciertas de embarazo al mes y medio de llegar. Lloró sin descansar un día entero. Pero se consoló al ver la reacción de las demás y la mía propia.

—Amo —dijo una noche—, si me lo pides, me desharé de un hijo que no deseo, pues no es fruto del amor. Sé que puede hacerse.

—Aunque sea en contra de tu voluntad, lo que llevas en tu seno es vida —dije—. Y abortar un ser vivo es un pecado grande en nuestras religiones.

Odio el aborto. Es algo cuyas repercusiones veo a diario: inocentes mujeres que mueren víctimas de drogas abortivas o por la acción de parteras y brujas sin

escrúpulos. Son cientos en todo el arrabal. Por cuatro monedas de cobre introducen dentro de la mujer tallos de laminaria, una planta rizoide que crece en las orillas de los ríos y que tiene la virtud de expandirse en medio húmedo. Otras tratan de perforar el hocico de tenca —el cuello uterino adopta en la vagina la forma de la boca de aquel pez de agua dulce— con agujas de coser o de hacer punto, con el fatal resultado, tantas veces, de la perforación de la matriz. María, apoyada por todos, tuvo un buen embarazo y un mejor parto, propiciado también por su radiante juventud y la ternura y flexibilidad de carnes y osamenta. Como suele ocurrir, lo que se anhela se malogra y lo indeseado llega a puerto. Parió un rollizo niño que era una mezcla de ella y del beréber infame que implantó la semilla: piel de color canela, ojos enormes del tono del eraje silvestre y el pelillo enredado. Meses antes hablaba de abortarlo, pero lo amaba tanto desde que vio la luz que hubiese deshecho con las uñas al que hubiese pretendido hacerle daño. Las cosas del califato seguían revueltas. Continuaban las aceifas y algaras en un tira y afloja inacabable y trágico. Hixem II permanecía semirrecluido en Medina Zahara. El general Galib no veía con buenos ojos aquella especie de secuestro que facilitaba los amoríos de Sobh, la viuda alegre, y se distanciaba cada hora más de su yerno. Yo los vi discutir a voz en grito, muchas veces, cuando acudía a palacio para visitar a la sultana, que padecía de flujo. El origen del flujo en las hembras está muy claro para mí: la promiscuidad sexual de su marido o amante. Jamás lo vi entre mis mujeres, cuyo único hombre, y hombre fiel, era yo. Siempre deteste el amor de pago o el logrado con amantes de un día, causa de tantas pestes. Era el caso de Al-Mansur, que, antes de hacer el amor a la sultana, pasaba por el lecho de decenas de inmundas barraganas, esclavas o golfas de ocasión. Sin duda, existen mefíticas miasmas que medran en las zonas pudendas del hombre y la mujer y que se transmiten en el acto de la fornicación.

Aquellas ásperas discusiones entre militares eran el preludio de la guerra total, que no tardó en llegar. Galib no soportaba el absolutismo que pretendía implantar su yerno. Abú Amir, recelando de aquél, se rodeó de un poderoso ejército y, en febrero de 981, se enfrentó a Galib —que contaba con ayuda castellana— en campo abierto. Galib se afianzó en la Marca Superior, coincidente con la sierra de Credos, y llegó a inquietar a su rival en varias escaramuzas, pero al final Abú Amir lo sitió en Atienza. El resultado fue la victoria del yerno y el aniquilamiento físico de su enemigo, que, obligado a salir de la ciudad y presentar batalla, fue capturado y decapitado por orden del implacable Al-Mansur. Ramiro de Pamplona corrió la misma suerte que Galib, no así el conde castellano, su otro aliado, que logró huir. Envalentonado, Al-Mansur se dirigió a Zamora para tratar de conquistarla, pero fracasó ante la resistencia de aquella capital leonesa de Ramiro III. Hubo de conformarse con arrasar las tierras que cruzó y con el pequeño éxito de Tarancueña, fortaleza que era la llave de los castillos del Duero. Las tropas regresaron a Córdoba con la hedionda cabeza de Galib clavada

en una pica. En medio de un silencio de tundra siberiana, el sangriento trofeo fue exhibido en plena plaza del mercado, muy cerca del alcázar, para que fuese pasto de las aves carroñeras. Ni siquiera su hija Asma se atrevió a protestar. Su despótico marido detentaba ya el poder absoluto y hubiese sido capaz de eliminarla. En la primera recepción palaciega Almanzor adoptó una estricta etiqueta y protocolo: exigió que todos, arrodillados, le besasen la mano como si se tratara del propio califa.

El resto de aquel año lo fue de duras incursiones del déspota en territorio cristiano, sobre todo contra el rey Ramiro de León, por la ayuda que prestara a Galib en la anterior contienda. Tomó y saqueó la ciudad de Zamora, derrotó al rey leonés frente a Rueda, se apoderó de Simancas y llegó a las puertas de León. Ramiro III se apresuró a pagar una fuerte compensación en oro, declarándose vasallo de Córdoba. Hubo de entregar además doscientas vírgenes menores de quince años, que fueron repartidas entre sus capitanes o vendidas como esclavas. Las más bellas pasaban por la tienda de Abú Amir para ser desfloradas por él antes de entregarlas a sus destinatarios. El regreso del dictador a Córdoba fue en olor de multitud, mezclándose en la plebe la admiración y el pánico. Fue cuando exigió que comenzaran a llamarlo Al-Mansur, que quiere decir el Victorioso.

Al año siguiente se iniciaron las obras de un nuevo Palacio de gobierno-placer. Fue en las márgenes del Guadalquivir, a menos de una legua cauce abajo. Con la ayuda de cientos de operarios, la mayoría esclavos cristianos y renegados, en menos de tres años se levantó Medina Zahira, que superaba en lujo y ostentación a Medina Zahara. Su fábrica de ladrillo y mármol, rodeada de jardines, canales y regatos de agua del río, era algo nunca visto. Yo sólo fui una vez, pues odiaba y temía la proximidad del nuevo amo. Su vesania no conocía límites. En un levantamiento en Sevilla, ante el alza de los precios del pan, ordenó empalar a cuatro levantiscos que encontraron robando una hogaza para alimentar a sus hijos hambrientos. Su harén de doscientas mujeres reunía las bellezas más notables de todo Al-Ándalus. Ninguna mujer, ni siquiera en los reinos cristianos, hacía ostentación de su hermosura. Si llegaba a sus oídos, era capaz de enviar hasta Oviedo un destacamento de su ejército para robarla. Nadie osaba levantar la cabeza frente a él. Sus mudos ganaban en ferocidad a todo lo anterior y estaban autorizados para decapitar a algún curioso que, a su paso, mirara al nuevo señor todopoderoso en lugar de humillar la cabeza.

Desapareció la proverbial tolerancia religiosa del califato. En connivencia con los alfaquíes y para contentarlos, Almanzor ordenó quemar gran parte de la biblioteca de Al-Hakán. Ardieron en medio de la mayor impunidad valiosos tratados de teología, alquimia y astrología. Aduciendo su importancia para el adelanto de la ciencia, y jugándome la testa, una mañana que lo curé de un flemón dentario le hice ver el valor de cientos de libros sobre medicina, matemáticas, poesía e historia. Lo cierto es que a mí me tenía cierto respeto y me hizo caso. Tal vez temía no hallar otro que lo curara

de sus pústulas. Pero procuraba evitarlo, pues sólo contemplar su engreída figura me producía náuseas.

Lo mejor en épocas de penuria intelectual o cultural es concentrarse en el estudio, el trabajo y buscar acomodo entre gentes sencillas y apacibles, confiando en que una mala peste se lleve al tirano de turno. Pero el tiempo pasaba y Al-Mansur se afincaba con más fuerza. El califa proseguía como en hibernación, no interesándose nada más que en la calidad de los vinos que le suministraban del Priorato, La Rioja, Rueda o Toro. No contaba. El jefe supremo gobernaba a su antojo y hasta dejó de hacer la visita semanal, en la que informaba a Hixem de asuntos de estado. Desde enero de 983, la oración de los viernes la presidía Al-Mansur en la mezquita grande. A los fastos del año siguiente, para la inauguración de su nuevo palacio, vinieron delegados y emires de todos los puntos del califato. Yo, sabedor de las fechas del evento, me quité de en medio con la suficiente antelación, partiendo hacia Lisboa. Por primera vez viajé con todas mis mujeres. ¡Qué delicia! El fin primordial de aquella gira era conocer las técnicas de un cirujano lisboeta que operaba varices.

Navegamos por el Guadalquivir en su mejor momento, en marzo, cuando el río baja con su mejor caudal y las cigüeñas regresan de sus lares africanos a sus viejos nidales en torres y alminares. Éramos diez: ocho mujeres y dos hombres, casi la misma comitiva de un gran señor. Mis doce hijos quedaban al cuidado de sus niñeras y sirvientas dirigidas por la dueña. Zulema llevaba consigo a su mejor sierva y mis esposas a sus respectivas esclavas. Las tres presumían de su belleza en sus mejores galas, cada una en su color y con su aroma propio. Se llevaban, aproximadamente, diez años entre sí. Susana mediaba la cuarentena, Jezabel la treintena y Carmen terminaba de cumplir veinticuatro. Causaban sensación en todas partes. Tañía, Sara y María, sus esclavas, las tres con vestiduras de idéntico color que sus señoras, competían en lograr para ellas el mejor aderezo, el peinado más vistoso o la piel más brillante y mejor aromada. Omero iba de eterno vigilante, pendiente del menor gesto mío o de sus amas. Una barca nos llevó a Sevilla y de allí a Cádiz. Parábamos siempre en la mejor posada que, en la práctica, llenábamos nosotros.

Si alguna vez fui equitativo amando a mis mujeres, fue en esa ocasión. Dormía cada noche con una de ellas, por riguroso turno. Sólo descansaba si la correspondiente se encontraba indispuesta, pues, como deferencia especial, no toqué a las esclavas en todo el viaje. Dónde estarán mis cuarenta y siete años... Sin duda el gusto está en la variedad. Seguimos a Lisboa en un dhow de tres palos que arrendé para mí. Tres singladuras nos llevó el trayecto, que hicimos sin recalar en puerto. Al atracar la nave en el mar de la Paja, frente a la plaza grande lisboeta, nos esperaba ya Joao Alves, el cirujano lusitano. A la sazón la ciudad era feudo califal, aunque sin la libertad de modos cordobesa, por lo que nos miraron con interés no exento de malicia al vernos descender por la oscilante pasarela. Debía resultar curiosa la extraña,

colorista y aromática comitiva de mujeres preciosas con ropajes morunos, a rostro descubierto, custodiadas por un gigantesco mastín en forma humana, rodeadas de baúles y esclavas. Alves nos había buscado alojamiento en un excelente mesón que daba al estuario del Tajo y, como muestra de la hospitalidad lusa, preparado una cena en su casa con su mujer e hijos.

Hablan los lusitanos un idioma parecido al que usan más arriba, en tierras celtas, pero casi todos manejan con soltura la aljamía. Fueron tres semanas de un placer mundano, libres, mimados por nuestro anfitrión. Recorrimos la ciudad, que es bella y ventilada, orientada al sur, y sus alrededores, sobre todo Cintra, levantada sobre una montaña de verdor imposible. Mientras las mujeres recorrían los mercados, Joao y yo disertábamos en el hospital que él dirigía. Practiqué, utilizando mi esponja soporífera que causó estupor, diversos tipos de intervenciones: cataratas, hernias y litotomías. Alves usaba como anestésico cierto aguardiente de uva que se hacía traer del norte de Galicia, pero, al ver el efecto de mi narcótico, me pidió un frasco, que le facilité, así como la fórmula. Utilizándolo, hizo una habilidosa demostración de la extracción de un trombo en la vena del muslo. Tras extirparlo del conducto ocluido, ligó con seda doble y resecó lo dañado del vaso, pues afirmaba que, de no hacerlo, se reproducía el mal. Luego de diversas autopsias y disecciones en cadáver —hechas en épocas de dominio cristiano de la ciudad—, afirmaba que las venas de los miembros inferiores se diferenciaban del resto del sistema venoso al poseer ciertas válvulas que impedían el retroceso de la sangre. Era sin duda el más experto cirujano vascular de la península. Aseguraba que los trombos, aquellos negruzcos pelotones de sangre coagulada, podían desprenderse de sus lechos y navegar por el torrente sanguíneo hacia otros territorios, especialmente los pulmones y el cerebro, ocasionando en ellos lesiones irreparables. Por ello, previniéndolo, en los casos de trombosis intensa, disecaba con maestría la vena safena que él llamaba «magna», en la raíz del muslo, y la ligaba con doble hilo de seda como mejor forma de impedir el paso de los trombos. Mi encuentro con Alves fue una experiencia inolvidable, que me confirmó en la idea de que no existe adelanto médico o quirúrgico que no sea avalado tras contrastarse por diferentes sabios. Con el matrimonio Alves como guía navegamos el amplio estuario que el río Tajo, el mismo que baña Toledo, forma en su desembocadura en el mar Tenebroso, en el que acaba el mundo en esta parte. Sus riberas son verdes, cubiertas de praderas y boscosa vegetación abundante en pinos. Desembarcamos en Alverca, una aldehuela marinera famosa en el mar de la Paja por la finura de sus pescados. Gentes de la ciudad acuden los domingos, día festivo para los cristianos, a sus muchos figones, a la orilla del agua, para degustarlos fritos o sobre brasas. Poco acostumbrados a comer pescado fresco, pues la mayor parte de la pesca que se consume en Córdoba va prensada en salmuera, mis mujeres y yo disfrutamos de algunos peces desconocidos para nosotros: sardinas, salmonetes y meros.

Dejamos Lisboa con tristeza. Es ciudad que ha cambiado de manos varias veces en los últimos años, multicolor, como lo es su población, mezcla de razas y religiones. En la parte más vieja, edificada sobre una colina que llaman Alfama, se hallaba el más popular entre los barrios árabes. Lo recorrimos despacio varias veces, sintiéndonos en casa. En sus empinadas callejuelas, un intrincado laberinto en el que es fácil perderse, podían olerse idénticos aromas que en el arrabal: frituras de comino, ajo y cebolla humeando en sartenes callejeras, romero y albahaca en decenas de tiestos y macetas e innúmeros jazmines y damas de noche aromando el ambiente nocturno. Había un gran gueto judío de calles rectas, estrechas, por donde circulaban presurosos los hijos de David. Extraño pueblo. Nunca pude sacar a Susana más de tres palabras sobre sus creencias, que, lentamente, dejó de practicar. Los hebreos caminan silenciosos en sus barrios envueltos en sus ropajes negros, concentrados, casi siempre recelosos, como si temieran o acecharan un peligro que, por una rara maldición, se abate sobre ellos con cadencia execrable. Sólo conocí la sinagoga la vez que me casé en una de ellas. Me alabaron la belleza de las de Toledo, Granada o Zaragoza y quise verlas, pero me vedaron la entrada lo mismo que en Lisboa. Triste pueblo. Cristianos e islamitas adoramos a un Dios que ya ha llegado y para mí es el mismo, y ellos todavía aguardan a su Mesías. Tal vez no llegue nunca, pues, para Carmen, lo crucificaron sus antepasados.

Regresamos a Córdoba por el mismo trayecto, aunque esta vez con mar que los marinos llaman gruesa. Sólo Omero y yo, hechos ya al mal de mar, contemplamos serenos cómo las mujeres echaban por la borda sus primeras papillas. Al doblar la bocana del Guadalquivir y traspasar la barra de Sanlúcar, ver los pinos de las marismas besando el agua y el arenal y las salinas blancas confundidas en el mismo espejismo, sentí la sensación de tantas veces al volver: saber que pisaba mi tierra, que estaba ya en mi casa. Si agradable es viajar, mucho más placentera es la vuelta. Las cosas del califato seguían igual: Almanzor guerreaba por el norte y la plebe, enfebrecida e inculta, se alimentaba de sus victorias.

Reanudé mi trabajo en el maristán y, con menos ímpetu, en mi consulta privada. Empezaba a pesarme la edad. Próximo a cumplir cincuenta años, no tenía ya el empuje de veinticinco años atrás. Ordené a Carmen que sólo admitiese diez pacientes diarios y derivase el resto a los nuevos cirujanos que, formados por mí y hechos a mis modos, abrieron sus consultas en Córdoba, el arrabal y diversos puntos del califato. Perfeccioné la técnica de João Alves y conseguí fantásticos logros en la cirugía de varices. En una misma sesión extirpaba un rosario de trombos negroazules que mostraba a la paciente —la inmensa mayoría de afectos de varices son mujeres— en medio de su asombro. Comprobé que la mejoría era más rápida si se vendaba el miembro y se permitía caminar a la enferma el mismo día. Comunicué mi hallazgo a Alves, pues mantenía con él una fluida correspondencia, y me lo agradeció al tiempo

que me informaba de sus éxitos en operados de catarata con la «técnica de Fez», aprendida de mí, que era el nombre con el que se conocía entre galenos la intervención.

Una mañana de agosto de 985 ocurrió el incidente que abre mi relato, el de Marcial, el carnicero, que culminara con la traqueotomía que impidiera la muerte de María, su hija. Los ecos del suceso volaron como el viento y llegaron a Medina Zahira. El déspota, en uno de sus pocos descansos belicosos, me llamó a su palacio. Terminaba de casarse con una hija del rey de León, Bermudo II, llamada Teresa. No sé exactamente el número que hacía en sus esposas, creo que la undécima. Su demanda podía obedecer a la curiosidad o estar relacionada con mi arte. Por ello, cabalgué lo más ligero que pude llevando la cartera con el instrumental y el estuche con la esponja soporífera. Tuve que ver con mis ojos, a la fuerza, el despropósito arquitectónico que, en forma de ostentosos edificios de gobierno, monumentos inútiles y preciosos jardines, había ordenado levantar para alimentar su ego insaciable. Su enorme palacio era bello de apariencia, pero feo en su interior, grotesco, deslucido, de un lujo chabacano. Me recibió en el Salón de Plata, un enorme recinto cuyos adornos y elementos —lámparas, mesas, sillas y marcos de ventana— eran o contenían el material argénteo. Pululaba por allí una legión de esclavas nubias y sudanesas, negras como azabache, que le servían de día. Por la noche cambiaba de color: las esposas y esclavas que le daban placer eran blancas, de mórbida y lechosa piel y con los ojos claros.

—Caro te vendes, médico —dijo, tomando de una bandeja de plata un dátil y ofreciéndomelo—. No asististe a la inauguración de Medina Zahira... —añadió mascando otro.

—Recibí tu invitación, señor, pero fue tarde, pues ese mismo día me embarcaba para Lisboa en un viaje científico que no podía diferir. Sentí mucho no poder acompañarte en la inauguración de tu bello palacio —contesté aceptando el fruto, aunque detesto comer entre horas.

—Lisboa... Hermosa ciudad que pienso mantener para Al-Ándalus contra viento y marea —aseguró.

—Allí sigue, tan bella como siempre, señor. Es la mejor perla entre tus posesiones —afirmé para halagarle.

Me observó con la suspicacia tatuada en sus pupilas, como intentando saber si hablaba en serio o me mofaba de él. Escupió al suelo la semilla del dátil, el muy puerco.

—Háblame del prodigio, Abul Qasim —pidió, mirándome con tal intensidad que me turbó. Siempre me llamó por mi nombre árabe. A pesar de ser unos años más joven que yo estaba avejentado. Le temblaban los párpados y profundas arrugas surcaban sus mejillas—. ¿Qué es eso de una niña que ha resucitado? —añadió.

—No hay prodigio que valga, señor —dije—. Los que te han informado lo han hecho mal. Se trató de una intervención que ya hacían los antiguos egipcios y que yo

me limité a sacar del olvido.

—Cuéntame con exactitud lo que pasó. Notable debió ser cuando tu nombre se corea por todas partes más que el mío.

Le describí la operación sin hacer alusión a su morboso aserto. Debo reconocer que le temía. Su poder era omnímodo. Era dueño de la vida y la muerte en todo el califato. Ni siquiera se libraban del temor en los reinos y condados cristianos. Allí el miedo se convertía en pánico. Sólo con mencionar a Almanzor huían las gentes abandonándolo todo: campos, viñas, casas y alquerías. Escuchaba mi relación con interés, bailándole en los ojos una mueca indecente.

—Dicen que manejas un producto que suprime el dolor...

—Que lo aminora, señor. Quien te ha informado me quiere bien o estima mi trabajo en más de lo que vale.

Tenía buen cuidado en darle el adecuado tratamiento de señor, que le correspondía como primer ministro, cargo que ostentaba desde la muerte de Galib. Dudó antes de seguir.

—Tal vez debas utilizar conmigo tu buen arte. Para eso te he llamado.

—Ordena, señor, y veré qué cosa puede hacerse.

—Tengo un mal que me incomoda desde hace algunos días y que va a más.

Le pedí que me mostrara la parte afecta. Se alzó la túnica y descubrió en una de sus ingles una masa enrojecida, levantada, del tamaño de un huevo de paloma. La piel que lo cubría, distendida y brillante, no era muy dolorosa a la palpación. Era blanda, pastosa, fluctuando ya, esperando el momento de que hablara el escalpelo.

—Padeces una buba venérea, señor.

—¿Venérea?

—En el Oriente se denomina desde épocas remotas «mal de mujer», pues se piensa que son ellas las que lo transmiten con la fornicación.

—¿Algún tipo de mujer en especial? ¿Blancas, negras?

—Por lo común, mujeres públicas, señor.

—¿Estás diciendo que pierdo mi precioso tiempo con ramerías?

—Jamás diría tal cosa, señor. Me preguntas y te informo. Si haces memoria, tal vez descubras alguna relación con mujeres de no mucho fiar en los últimos tiempos.

Parecía temeroso, como si odiara que alguien más compartiese sus secretos de colcha.

—No temas, señor. Cualquier cosa que oiga no saldrá de mis labios, pues, de acuerdo con Hipócrates, me debo al secreto en todo lo que vea o escuche en mis actuaciones médicas.

Su rostro se nubló. No se veía muy convencido y desde luego no parecía saber quién demonios era Hipócrates. Miró a un lado y al otro antes de hablar.

—Hace un mes, tras el sitio de Segovia, me trajeron dos furcias a mi tienda y

dormí con ellas —admitió al fin.

—Seguramente una de ellas o las dos estaban infectadas del morbo.

—Hijas de perra... Las recuerdo muy bien. Mandaré que las busquen y capturen y las despedazaré con estas manos.

—Yo no pensaría más en ello, señor: las miserables ignoran que padecen el mal. Además, en cuanto resuelva tu problema, te olvidarás del caso.

—¿Qué harás?

—Relájate, señor. Debo dilatar el absceso, pero no sentirás dolor en absoluto.

—¿Estás seguro?

—Como que ahora es de día.

—Adelante pues.

Ordené que se tumbara en un diván mientras preparaba el escalpelo e impregnaba con una buena carga la esponja. Vino una esclava que iba a hacer las veces de ayudante. Era un caso sencillo, de esos que ni siquiera requieren anestesia. Los bubones venéreos apenas la precisan. Inhaló el anestésico que mantenía la esclava ante sus nupias y dejé que pasaran varios minutos. Sólo cuando dormía plácidamente practiqué la incisión. Evacué gran cantidad de pus amarillento y dejé una mecha de gasa para que drenara y no cerrara en falso. Puse un vendaje a manera de ángulo. Me lavé las manos en una palangana que, con agua jabonosa caliente, ordené dispusiese la esclava. Cuando despertó hube de convencerle de que estaba operado.

—No puede ser... —dijo—. Fue tal como dijiste. No sentí nada.

—Deberé curarte pasado mañana y en días sucesivos, señor.

—Lo harás. Quiero estar listo para montar, pues en tres semanas parto para una aceifa.

—Quiero que sepas que tu mal permanece en tu interior, señor, y que se manifestará en el futuro con bubas semejantes.

—Tú me las tratarás.

Prometí hacerlo. Al-Mansur, buen paciente, curó muy rápido. En agradecimiento, y sabedor de que poseía tres mujeres, envió para ellas tres preciosas yeguas árabes de capas diferentes: blanca, rucia y castaña. En el tiempo fijado partió para el norte al frente de su ejército. Todo lo que le faltaba de señorío auténtico, de nobleza, le sobraba de guerrero valeroso y estrategia eficaz, el mejor de su tiempo. Sus dotes militares y su arrojo, a la altura del mejor héroe antiguo, hacían olvidar a la plebe su vesania y despótica manera de gobernar. Armaba el mejor ejército europeo de aquel siglo y la marina más completa. En cuanto al ejército, lo integraban en total doce mil hombres, pero nunca guerreaban a la vez. Componían sus fuerzas la caballería ligera, cuatro mil entrenados lanceros beréberes armados con alfanjes y picas; la infantería, seis mil curtidos guerreros muladíes ávidos de gloria y de botín, provistos de afilados alfanjes y gumías, y dos mil arqueros de a pie, temidos en todas partes por su

particular destreza empleando arcos y flechas envenenadas. La efectividad del ejército califal se basaba en la rapidez con que era capaz de desplazarse, en su movilidad. La infantería y los arqueros se trasladaban en carros donde se hacinaban hasta treinta hombres, la mayor parte mercenarios, de una fidelidad a su jefe rayana en la idolatría. La marina en tiempos de Almanzor alcanzó la máxima importancia desde que la fundara Abderrahmán III. Un almirante estaba al frente del diwan o Ministerio del Mar, imprescindible para defender una extensa línea de costa en el Mediterráneo y el mar Tenebroso. Desde que los vikingos iniciaran su acoso a nuestras costas, un siglo atrás, y los desembarcos en puntos estratégicos como Lisboa, Sevilla o Málaga, fue aumentando el número y el tamaño de los barcos y el de atarazanas donde se construían. Nuestros navíos tipo eran el bajel y la fusta, buques de dos o un palo y una vela cangreja, de gran maniobrabilidad y velocidad, que podían tripular cuarenta marinos, la fusta pocos menos. Cuando Almanzor fue generalísimo de mar y tierra, disponía de una flota de trescientos bajeles y cien fustas.

Al-Mansur era generoso con sus soldados y marinos, de ahí la lealtad e idolatría a que hice referencia. Amén de pagarles en buenos cequíes de plata, repartía con ellos un tercio del botín y autorizaba saqueos y violaciones. Otra causa del éxito guerrero era su forma de luchar. No era Al-Mansur un general de retaguardia, de esos que estudian la batalla desde su jaima de campaña, analizando los puntos de ataque, los espacios de avance del enemigo o los lugares para una retirada estratégica. Se situaba siempre en primera línea, en el sitio de mayor honor y riesgo, y ello enardecía a sus tropas. Avanzaba al frente de la caballería con el alfanje desenvainado, desmelenado, rubro de furia, a pecho descubierto, pues amaba sentir —me lo comentó más de una vez— el silbido de las flechas cristianas rozándole el yelmo. Se decía de él que tenía *baraka*, la suerte de su parte. A su paso por una aldea cristiana quedaban sólo ruinas humeantes, peor que cien manadas de lobos esteparios. De la saqueada iglesia nada quedaba en pie. Se aprovechaba como botín hasta el bronce de los candelabros. Tras torturar al sacerdote para que entregara el último cáliz de plata, un esbirro lo colgaba boca abajo o empalaba frente al atrio del templo. Todas las mujeres sin distinción de edad o estado eran violadas. Luego, a las puertas de sus casas, entregaban a los alféreces sus posesiones de valor: el oro y plata en monedas, los dijes, las medallas, cadenas, pulseras, collares y anillos. Si alguna se resistía era descabezada en el acto. Los hombres eran empalados después de ser sodomizados si eran jóvenes. Los niños y muchachos se encerraban en pajares y eran amordazados para silenciar sus alaridos cuando ardían tras ser prendidos fuego. Sólo se salvaban las viejas, que quedaban en el lugar, y las niñas y jóvenes, que eran conducidas en carros que regresaban a Córdoba y Sevilla para ser vendidas como esclavas. Con tan expeditivos métodos, cundía el terror cuando, a cinco leguas, se divisaban las avanzadillas del ejército moro: los pueblos se despoblaban en pleno y las puertas de las murallas y casas se

dejaban abiertas. Tales facilidades tenían por objeto entretener a los soldados mientras los moradores huían a las montañas y salvaban la vida.

Aquel año de 985 fue especialmente cruel para los cristianos. El victorioso guerrero, implacable, marchó hacia Cataluña tras avituallarse en el emirato amigo de Zaragoza. Siguiendo el curso del Ebro por la margen derecha, cruzó el río en Tortosa, por el puente romano. No lo esperaba nadie. Con su habitual celeridad ascendió asolando comarcas, villas y poblados hasta Tarragona, que rindió. Prosiguió su rápida subida, lo mismo que un relámpago, hasta las puertas de Vilanova y la Geltrú, donde lo esperaba el conde Borrell II. Había reunido el animoso conde catalán lo mejor de su ejército, cuatro mil guerreros, que se enfrentaban a una fuerza que los superaba en más de mil. Tras dura batalla, Borrell se batió en retirada a las vecinas montañas dejando el paso franco a Barcelona, que se rindió el 6 de julio. Hubo varias escaramuzas a sus puertas que resultaron baldías y enfurecieron a Almanzor, que ordenó quemar la ciudad. Tras varias semanas en las que saqueó a su modo iglesias y conventos, llenas las arcas de oro que exigió como castigo a los regentes de la urbe, repletas las tartanas —que así llaman en Cataluña a los carromatos campesinos— de jóvenes esclavas, regresó a Zaragoza y de allí a Córdoba, en donde entró el 17 de septiembre en medio del delirio del pueblo.

Me llamó a su palacio nada más llegar, pues se había recrudecido su bubón inguinal. Tenía escalofríos. Dilaté el absceso y traté sus fiebres con tisanas de ruda y coriandro. Mejoró enseguida. Una de las veces que lo visité conocí a Teresa, su mujer cristiana. Era poquita cosa: chica de estatura, delgada, sin apenas pechos, estrecha de caderas y de pies grandes, sin duda un matrimonio por razones de estado. Almanzor la ignoraba físicamente, pero escuchaba sus consejos, pues era inteligente. Por su mediación conseguí que aceptara mi dieta, pues era un comilón insaciable, y ello contribuyó también a su recuperación. Hubo dos años de relativa paz, pues no hubo aceifas y sí algaras cristianas que se desbarataron fácilmente. El inconveniente de Al-Mansur inactivo, pacífico, era tenerlo en Córdoba, escuchar su insoportable ronroneo de abejorro y tener que asistir a sus fiestas y banquetes, que odiaba. Pero no tenía más remedio que hacerlo, pues se había acostumbrado a mi presencia y a mis tratamientos y no podía soslayarlos sin caer en su enojo, siempre peligroso. Caer en desgracia con Almanzor equivalía a la muerte.

En 987 me casé con mi última esposa, la cuarta. Había cumplido cincuenta y un años y pensé que la vida se me escapaba entre los dedos. Quizá conozcáis la sensación si tenéis esa edad o pasasteis por ella. De repente os parece que lo habéis hecho todo y no lograsteis nada, que todos vuestros actos son mecánicos, que ya no sois capaces de crear ilusión, que vuestras fibras se endurecen y nunca más volveréis a gozar de carne tierna. Fue una boda en la que los sentimientos tuvieron poco que ver, fueron secundarios. Quise demostrarme a mí mismo que todavía era capaz de

enamorar. Conocí a Jazmina en mi casa. Me deslumbró su manera de andar, mejor, de deslizarse sobre el mármol lo mismo que una tigresa bengalí. No había cumplido diecinueve años. Zulema y su madre, Nadia, eran muy amigas. Era hija del diwan de Hacienda, encargado de las finanzas del califato, el hombre de confianza de Hixem II, como lo había sido de su padre, Al-Hakán. Sus antepasados eran oriundos de Somalia, un rincón africano más allá del río Nilo. Zulema, Nadia y su hija solían tomar el té en mi casa, donde hablaban con mis esposas y sus esclavas. Jazmina era muy sociable a pesar de su juventud. Nunca nos tocamos y pocas veces nos dirigimos la palabra, pues era muy callada: un exiguo saludo inaudible si yo entraba o salía y un adiós taciturno al llegar el crepúsculo, cuando se despedían. Últimamente venían dos o tres veces por semana, sin cansarse de hablar unas con otras. Hasta mi consulta llegaba el rumor de sus voces y risas. ¿Qué se dirían? Lo que puedan decirse entre sí las mujeres en sus inacabables charlas de tres horas es para mí un misterio. Cosa quizá de sentimientos o amoríos si son núbiles, de sus partos las que hayan dado a luz y de trapos y afeites en todo caso. Se muestran unas a otras sus chilabas, bragas y enaguas, alaban la calidad del hilo del caftán mientras cosen, o, tal vez, se interesan por detalles de sus cuerpos, no sé, el grosor de una cintura, el color de sus uñas, las estrías cutáneas en su abdomen o el volumen de un seno. Conocedor de la calidad como casamentera de mi madre, comencé a preocuparme al ver la asiduidad de las visitas y la sonrisa cómplice en las bocas de todas. La única seria y de mirada baja era Jazmina. Detecté su aroma diferente la vez que pasó junto a mí envolviéndome en la brisa que dejaba tras ella el vuelo de su túnica: limón y nomeolvides. Pude alabar también la leve oscilación de sus redondeces al andar, más opulentas de lo habitual para su edad. Era mediana de estatura, de caderas rotundas y pies pequeños, cuidados, adorables. Su rostro no era tan bello como los de mis mujeres, pero su cuerpo me atraía de una forma distinta, completamente nueva para mí. Se trataba de una atracción magnética, animal, irresistible. Al cabo de seis meses de agobio claudiqué. Sentí que me daría un tabardillo si no poseía a aquella niña de adivinadas formas excitantes, que me mataba con su aroma, y la única forma de lograrla era el casorio. Tan nervioso y excitado como un amante primerizo, cambié impresiones con Zulema. No hubo necesidad de mucha charla.

—Jazmina está catequizada y predispuesta —dijo—. Nadia, su madre, y tus otras mujeres aprueban esta boda.

—¿Cómo sabes...?

—Hasta el último grillo del jardín se da cuenta de cómo la miras, devorándola.

—Entonces...

—La boda será en junio, cuando ella cumpla diecinueve años.

—¿La has visto íntimamente?

—¿Desnuda, quieres decir? Es perfecta de cuerpo: dura, rellanita, abarcable. Te

llevas una verdadera mujer. Además, aporta como dote un huerto de naranjos en Lebrija, una finca en la sierra de Aracena y una docena de caballos y yeguas. Deberás encargarte para ella una gema especial, pues adora las joyas.

La siguiente vez que la vi se sonrojó desde los tobillos hasta la parte visible de su cuello. Sin duda estaba impuesta en mi conversación con Zulema. No dormí aquella noche y manché la cama de manera espontánea: todavía era hombre. Aún era capaz de provocar pasión y de alborotarme con la mente, como a los veinte años.

Ajeno a las vicisitudes de la guerra que mantenía Almanzor en todas las fronteras, mi pensamiento volaba en pos de ella, de sus formas apenas entrevistas, del presentido sabor de su cuerpo. Merqué para Jazmina a un mercader hebreo el brillante más grande de los que atesoraba y ordené montarlo en un anillo de platino. La boda, dada la calidad de los contrayentes, no fue todo lo sencilla que yo hubiera querido. Nos apadrinó el propio Al-Mansur, pues no pude soslayar su ofrecimiento. Hubo dos días de músicas y fiestas antes de conseguir que nos dejaran solos. Nuestra primera noche fue un delicioso forcejeo que nos dejó empapados en sudor afanoso, lima y nomeolvides. Antes de amarla contemplé en la penumbra su figura de diosa, la más perfecta que he conocido en hembra, y admiré el color de su piel, tan morena, corteza de alcornoque puesta al sol. Le llevaba treinta y dos años. Cuando, después de mil diabluras en las que jugué con su cuerpo de sílfide celeste, penetré en ella, sentí que no era virgen.

Era muy angosta, desde luego, pero no estaba entera. Emitió en el trance un quejido muy suave, sin embargo, no hubo sangre. Se sintió descubierta y, al terminar, se abrazó a mí de manera convulsa. Esperaba y temía mi reacción, mi rechazo tal vez, pero no dije nada. ¿Qué decir? Jazmina estaba educada a la manera del islam y era buena mujer, eso seguro. Como siempre, debería haber una explicación que no pedí y que, para no abochornarla, dejé para más adelante. Detesto los celos, odiosos además si son retrospectivos. Los días siguientes pareció avergonzada. Los pasamos en la sierra de Aracena, en una finca de montaña que heredó de su padre. Montamos a caballo y nos bañamos en la alberca grande, pues hizo calor. Omero vigilaba el cortijo y varias siervas nos atendían. Nos poseíamos sin horario, como los locos, pues su cuerpo me atraía como jamás antes el de otra mujer. Adoraba su aroma, el sabor de su piel y el de su boca, me excitaba saber que había habido otro. Si sentí decepción, fue aplacándose al ver cómo me amaba. Conozco a las mujeres y sé que el brillo en su mirada, su decir acezante y su comportamiento, pendiente de mi menor deseo, traducían amor. Al fin me decidí a enfrentarme a los hechos.

—Creo que tienes algo que contarme —dije una noche cálida poblada de mil grillos.

Las estrellas caídas se reflejaban en su negro cabello, muy rizado, y el aire transportaba de afuera aromas de jazmín y, de más lejos, olores de fogata y estiércol.

Alguien quemaba rastrojos en la linde del bosque. Me miró de hito en hito antes de hablar, con los ojos muy abiertos. Estaba muy asustada.

—No me delates, mi señor, por lo que más quieras. Ni me repudies. Lo que hice estuvo mal, lo sé, pero lo motivó sólo el amor.

—¿Lo sabe alguien?

—Mi madre nada más. Ella buscaba para mí un hombre honrado y me aseguró que tú eras ese hombre.

—Cuéntame tu aventura.

—Hay poco que contar. Tenía catorce años cuando una mañana vi en las cuadras a Alí, un siervo de mi casa, ocupado en dar el pienso a los caballos y tenerlos limpios. Era un año mayor que yo. Me sentí atraída hacia él por una aspiración insoportable, superior a mis exiguas fuerzas. Después de varios meses de ocultas entrevistas nos amamos.

—¿Muchas veces?

—Varias... Sí... No me avergüences... Todo acabó cuando nos descubrió mi madre un día que bajó a las cuadras.

—¿Cuál fue su reacción?

—Primero quiso delatar a mi amante para que lo ajusticiaran, pero lloré implorando perdón para él, pues lo amaba y era tan inocente como yo. Conseguí ablandarla. Alí partió en secreto al lejano Yemen, de donde era oriundo y allí debe de seguir.

—¿Quedaste embarazada?

—No. Y no lo entiendo. Quizá sea estéril...

—Hay veces que el estéril es el hombre. ¿Aún lo amas?

—Juro por el profeta que mi viejo amor murió y está bien enterrado. Que no vea el paraíso si te engaño. Ahora te pertenezco en cuerpo y alma. Juro amarte por siempre, mi señor, y sólo a ti. Si me descubres, labrarás mi ruina y la de mi padre, ignorante de todo.

Creí su historia y prometí mantenerla en secreto. Desde luego acerté. Nunca me arrepentí de mi prudencia ni de evitar hacer de juez omnímodo. Nadie es perfecto, y la mujer es débil. La conducta de Jazmina a mi lado siempre fue ejemplar. Me dio tres hijos en sus ocho embarazos y lloré su muerte amargamente. Ya llegaremos a ella: repasemos primero otras historias. La que me obsesionaba por entonces era la redacción de mi tratado médico, *Al-tasrif*, un compendio en tres grandes volúmenes que trata de todos los aspectos conocidos de la ciencia médica, el primero sobre farmacología: principios activos que contienen las plantas, descripción del instrumental quirúrgico, empleo de anestésicos y utilización del cauterio. El segundo versa sobre fracturas y su tratamiento, y el tercero sobre cirugía general, oftalmológica, obstétrica y del oído. Añadí un anexo donde explico el método

curativo de la obesidad mórbida y técnicas para la extracción de cálculos en la vejiga de la orina, partos, amputaciones y extracción de fetos muertos. Carmen y Jazmina, que se entendían a las mil maravillas, me ayudaban en la redacción de los textos, sobre todo mi última mujer, que poseía una letra muy legible y bella. Seis años me llevó la magna obra. Una vez culminada, en 991, conseguí de Almanzor que varios amanuenses de la biblioteca hiciesen copias que fueron encuadernadas por el mejor librero de Córdoba. En total se editaron ochenta tratados de tres tomos, que fueron repartidos por todo el califato. Mandé ejemplares a Lisboa, Nápoles, Constantinopla y Bagdad. Hubo demanda de los reinos cristianos y de ciertos países islamitas que obligaron a una reedición. Antes del final de siglo, mi obra, escrita en romance castellano, había sido traducida al árabe, catalán, franco y toscano. Las cosas de la guerra iban bien para el furioso e incansable Al-Mansur. Se había casado varias veces más, una de ellas con Blanca, hija del rey de Navarra, Sancho Abarca. Blanca era distinta a Teresa: alta, espigada, de ojos claros, generosa de carnes y muy rubia. Nunca entendí su sacrificio, el que transigiera con su padre en ser moneda de cambio con el déspota. La traté varias veces de su estreñimiento, que arrastraba de antiguo y que curó con aceite de oliva y cabalgando. Me pareció más de una vez que trataba de disimular ciertas moraduras en sus brazos con polvos de coral. Por la luz mortecina en sus ojos y su aspecto rendido, estoy por afirmar que el energúmeno la castigaba de obra. La salud de éste se desmoronaba lentamente. Entre batalla y batalla yo sajabo sus pústulas, pero su mal iba en aumento. Los bubones venéreos se sucedían de manera implacable, cada vez más rápida, resultado de la propagación del morbo y, quizá, de las oraciones de los cristianos a su dios que, en un clamor que traspasaba todas las fronteras, llegaban hasta Córdoba. La campaña del año 987 fue especialmente victoriosa para los árabes. En marzo Almanzor cayó sobre León, que arrasó tras duro asedio. Los moradores que pudieron escaparon al norte, mientras sus casas eran saqueadas. Hubo cientos de muertes y violaciones, recogándose un enorme botín. En mayo se capturó Zamora, donde se repitieron las escenas leonesas. En julio, los mercenarios árabe-eslavos, con endiablada rapidez, sitiaron Coímbra. No quiso rendirse su gobernador al caudillo cordobés, y éste ordenó el asalto a la ciudad, que resistió heroicamente. A los diez días, tras escalar sus murallas y degollar a los vigilantes de la puerta del río Mondego, en plena noche, penetraron en la bella Coímbra los asaltantes, que quemaron la ciudad y la arrasaron. El botín rapiñado era tan grande que no cabía en los carros. El año siguiente, en mayo, en ataque combinado desde el mar por la armada califal y por tierra con Almanzor al frente del ejército, se reconquistó Lisboa, que meses antes había caído en manos cristianas. Supe poco después, por carta de João Alves, la ferocidad que desplegaron las tropas moras para doblegar la resistencia de los lisboetas. La hermosa Lisboa que yo recorriera cinco años atrás regresó a las manos de Córdoba. Hubo una gran

mortandad, violaciones sin fin y un colosal saqueo. Con las naves repletas de presas, trofeos y hermosas esclavas, Almanzor volvió a Córdoba por mar, embarcándose con la escuadra. El delirio acompañó al victorioso adalid a su paso por Cádiz, Sevilla y a su llegada a la capital de Al-Ándalus.

Aquel simple escribano público de sus comienzos se había convertido en dios supremo, dictador con poderes absolutos. Enfrentado al dominio omeya, que representaba el califa Hixem II en un puesto cada vez más secundario, y odiado por los jefes del ejército a los que destruyó con Galib a la cabeza, era consentido por la aristocracia, mimado por la nobleza y adorado por el pueblo. Sus dotes guerreras y su origen árabe lo avalaban. Rebajó los impuestos a los comerciantes de los zocos, anuló la alcabala en épocas precarias y favoreció el comercio. Realmente, fuera de su aversión cultural en aspectos puntuales y de su crueldad con el vencido, hay que reconocer que sus veinte años de gobierno engrandecieron Córdoba.

La ciudad lo recibió igual que a un nuevo Héctor. Se alfombraron sus calles con hojas de palma y se ubicaron en las plazas toneles que manaban leche y miel. Instalado en Medina Zahira, exigió desde entonces un trato califal. Nadie podía darle la espalda y todos se postraban ante él cuan largos eran. Organizó un besamanos que dejó cortos a cualquiera de los de Abderrahmán. Se desbordó su pasión por el lujo. Comía en servicios de oro puro y bebía en copas de cristal tallado que se hacía traer de Bohemia. Ningún varón, excepto sus eunucos, podía entrar en sus dependencias privadas. Sus servidoras eran sus cientos de mujeres, esposas, concubinas y esclavas. Éstas iban desnudas y descalzas todo el año, depiladas hasta la cabeza. En los meses fríos caldeaban las estancias estufas de pared, que hacían grato el ambiente impidiendo que la pulmonía las diezmasen. No consentía la menor distracción o fallo en el servicio: si una esclava vertía una gota de agua en una alfombra persa, era azotada hasta el desvanecimiento.

Tales modos despóticos terminaron por volverse en su contra. Una formidable conjura encabezada por su propio hijo Abdalah, en la que entraban el virrey de la frontera norte Abenmotárrif y el emir de Toledo Ibn Abdalah, conocido como Piedra Seca, se revolvió contra él. Procedió Almanzor en este trance con rapidez y sagacidad admirables. Descubierta la conspiración por un traidor comprado, y sin dar muestras de ello, destituyó al virrey Abenmotárrif con el pretexto de llevar mal la guerra fronteriza y lo mandó ejecutar por malversación de caudales. Su hijo Abdalah supo por una delación lo que había detrás de aquella muerte y huyó a Castilla, donde pidió protección al conde García Fernández. Almanzor salió en su persecución con cuatro mil hombres y entró en aquel condado. Conquistó Valladolid, Alcobaca y la ciudad de Osma, donde se hallaba la corte castellana, exigiendo al conde la entrega del traidor so pena de arrasarse la población y violar a mujeres y hombres. García Fernández se vio obligado a obedecer. Cargado de cadenas, descalzo, Abdalah hizo la mayor parte

del camino de regreso caminando. Si desmayaba por el agotamiento o caía al fango, era azotado con látigo de púas. En la plaza grande del arrabal, en presencia de sus mujeres e hijos, niñas y niños de pocos años, fue degollado y expuesta su cabeza en una pica. Dicen que no lo descuartizó por ser su hijo... Luego, su familia al completo fue obligada a rendir pleitesía al poseso postrada ante él en Medina Zahira.

El emir toledano Ibn Abdalah se había refugiado en la corte de Bermudo II de León, quien, por la pérdida de su capital, residía en Astorga. Almanzor envió de nuevo a su ejército y sitió la bella población. Tras dos meses, Bermudo se vio compelido a entregar a Piedra Seca. Con parecida ceremonia a la de su compañero de conjura, el cautivo fue cargado de cadenas y llevado a Córdoba. Agotado y famélico, Ibn Abdalah entró en la ciudad enjaulado en un carro. Hubo de ser protegido de la turba, que pretendía lapidarlo. El día anunciado para su suplicio se llenó la gran plaza. En el recinto adornado con estandartes y banderas no cabía un alfiler. Se había montado un estrado de madera desde el que presidía Almanzor y en el que la familia del traidor tenía reservada la primera fila. Yo excusé mi presencia alegando mi trabajo en el maristán. Cuando salió el infortunado emir al centro de la plaza se hizo el silencio. Antes de amarrarlo por las manos y pies a la cola de cuatro caballos jerezanos de bella capa gris, se le permitió hablar. Pidió clemencia Piedra Seca con inaudible queja, babeando, exigiendo la decapitación por sus antiguos servicios al estado. Almanzor bebía jugo frío de moras mientras denegaba la petición con la cabeza. Según Omero, que presencié la ejecución, su descuartizamiento dio muy poco quehacer a los equinos, dada la endeblez del ajusticiado. Ya en cuartos, sus restos palpitantes fueron devorados por una jauría de perros hambrientos.

Ajeno a la barbarie, perplejo ante la maldad de que es capaz el hombre, me entregaba cada día con más intensidad a mi trabajo. Había perfeccionado mi instrumental obstétrico. Extirpaba pequeños tumores vaginales, como profundos pólipos, verrugas o papilomas pediculados, o los fulguraba. Hice numerosas litotricias vesicales exitosas. Carmen, que llevaba mi casuística, anotó en la libreta mi operación de catarata número trescientos. Eran innúmeras las amputaciones, herniorrafias y operaciones de varices realizadas en treinta años de actividad quirúrgica. Se contaban por miles las consultas y tratamientos médicos de decenas de enfermedades diferentes. También hubo problemas, inherentes al escalpelo y presentes siempre que se utiliza. Haciendo un cómputo global, puedo decir que las muertes, infecciones y secuelas importantes de mi actividad de cirujano no llegaban al sesenta por ciento. Y un cuarenta por ciento de buenos resultados es una estadística brillante en cirugía.

A raíz de mi boda con Jazmina, tomé la costumbre de alejarme de Córdoba durante el ramadán y siempre en la canícula. En los meses de verano, hasta bien entrado septiembre, la capital y su arrabal se convierten en una insufrible caldera a

presión aderezada de polvo, mugre, tábanos grandes como gorriones y voraces mosquitos. Y en cuanto al ayuno coránico, reconozco que nunca lo cumplí estrictamente. Fingía hacerlo de cara a la galería, pero en soledad bebía si tenía sed, comía si me apetecía o amaba cuando era procedente. Por ello, por no mostrar indiferencia o hacer público alarde de mi indolencia religiosa, me quitaba de en medio. En la fresca y silenciosa umbría de nuestra casa de la montaña, entre pinos rientes y olorosa retama, nos reuníamos todos: mis cuatro mujeres, sus esclavas y nuestros hijos. Como disponíamos de espacio, la chiquillería se acomodaba con las niñeras en un edificio colindante que ordené levantar. Mis hembras se arreglaban para estar bellas y dispuestas, como siempre. Nunca fui de apetencias excesivas en asuntos de colcha: me conformo con tener a mi lado a una fémina limpia, diligente, que me alegre el ánimo con su sola presencia. Si son cuatro, mejor. Y si las cuatro se llevan bien, miel sobre hojuelas. Jamás hubo discusiones o malos gestos entre ellas a la hora del amor.

En la sierra de Aracena culminamos mi tratado médico-quirúrgico. Yo dictaba de mis apuntes, tomados durante años, y Carmen y Jazmina los copiaban despacio en letra bastardilla. Sin su ayuda, la aparición de *Al-tasrif* se hubiese diferido mucho más. Lo mejor de las jornadas serranas llegaba al caer el día, cuando la luz crepuscular se difuminaba en una sinfonía de colores calientes del rojo bermellón y el índigo al lívido violeta. Entonces, con un té de menta, dialogábamos en torno a la mesa de mármol, debajo de los pinos, escuchando a los grillos su cantar y viendo parpadear entre la hierba la luz de las luciérnagas. ¿Quién ha dicho que las mujeres son menos inteligentes que los hombres? Allí, en la quietud del monte, sin agobios hombrunos, en la libertad que da el espacio abierto, en ausencia de cualquier temor, mis féminas mostraban su saber delicado, su erudición, hablaban con propiedad o resolvían el problema más enrevesado con su ingenio. Somos los hombres, los más broncos y sanguinarios de los animales, los que las hemos convencido de su inutilidad, cuando los ineptos y cerriles somos nosotros. La mujer es más hábil que el varón, más dispuesta, lista, sensible, trabajadora, diplomática y tierna. Sólo las ganamos en mal genio y fuerza bruta. He disecado decenas de cerebros de animales de ambos sexos, y son idénticos. Si dejásemos entrar a las niñas en las medersas y a las mujeres en las aljamas y madrazas, a la vuelta de muy pocos años nos superarían en todos los terrenos del saber y la industria, relegándonos a lo poco que sabemos hacer bien: trabajar con el pico y la pala y matarnos entre nosotros. Ahora, al final de mi vida, en mi querida patria, que se descompone como una carroña puesta al sol rodeada de buitres, añoro aquellas doctas charlas a la luz de la luna y a mis cuatro mujeres, el galardón supremo que me regaló Alá. ¡Quién pudiera disfrutar otra vez de sus aromas que amenguaran el tufo desabrido de tanta pestilencia!

Desde siempre mantuve correspondencia con Vicente Roig, el valenciano, mi

primer operado de estruma tóxico. Sabía por el correo del califa, y hasta por emisarios propios que enviaba de vez en vez, que estaba bien. En cada carta el levantino me repetía su invitación a visitar Gandía hospedándome en su casa. Abrumado por el trabajo, nunca pude aceptar tan grata oferta, hasta que se presentó la ocasión en 994. Fue con motivo de tener que trasladarme a Elche para efectuar, compelido por Hixem II, una operación de catarata. Era el caso que Eleazar Benazir, un judío converso al islam que era el muftí principal de aquella bella población alicantina, había quedado ciego por causa del citado morbo y no podía desplazarse a Córdoba, pues lo impedía su edad —tenía setenta años— y el reuma que le atenazaba caderas y rodillas. Al ser muy amigo del califa, había implorado a éste para que le operara el «experto hakim en cataratas», y no tuve más remedio que acceder. Comenté el caso una noche cenando con mis hembras.

—Tal vez sería la oportunidad de, estando cerca de Gandía, visitar a los Roig —habló Susana—. Llevamos muchos años ya de negativas a su cortés invitación.

—Tienes razón —respondí a mi primera esposa. A sus cincuenta y tres años aún era hermosa. Se mantenía erguida, el brillo de su mirada clara era el de siempre y no había engordado apenas, pues se cuidaba.

—¿Serías de la partida?

—Por supuesto. Me encantaría volver a ver a aquella agradable mujer.

—Habría que cabalgar...

—Podríamos hacer el viaje en calesa, sin prisas.

—Tienes razón. Tendría que venir también Carmen, para ayudarme en la intervención.

—¿Y nosotras? —preguntó Jazmina.

—Tú y Jezabel quedaríais a cargo de la casa, cuidadas y atendidas por las siervas, pero os prometo llevaros a mi próximo viaje, si es que surge —aseguré.

—Os traeremos regalos —dijo Carmen—. Me ocuparé de ello.

Nos pusimos en camino en primavera, la mejor época para viajar por Andalucía y el Levante. Hixem puso a mi disposición una bella calesa de seis tiros y un cochero que, al lado de Omero, conducía el carruaje sentado en el pescante. Susana, Carmen y yo nos acoplábamos en el habitáculo, pequeño pero cómodo. Los campos exultaban de verdor y los olivos, en los caminos hasta Jaén y Úbeda, se hallaban en su mejor momento: sus frutos en sazón lucían en las ramas plateadas como perlas argénteas. Fue un placer lento visitar los deliciosos pueblos blancos, atravesar por el sur la sierra de Cazorla y adentrarse en las tierras de Murcia hasta su capital, a orillas del Segura. En la sierra vimos ciervos, corzas, osos y jabalíes que causaron el terror en mis mujeres. Los buitres leonados y las águilas reales señoreaban el azul de los cielos sin nubes. Olía a pinocha y a aceite de las muchas almazaras que ya exprimían las primeras aceitunas de una cosecha óptima. Apenas nos detuvimos en Murcia y

seguimos a Elche, donde entramos nueve días después de iniciado el viaje. Benazir nos había preparado acomodo en el palacio de justicia, en las mismas cámaras que disponían para las visitas de los califas, el último de los cuales fue Abderrahmán. La operación fue un éxito completo. Aprovechamos nuestra semana ilicitana para recorrer la bella e industriosa Elche, sus muchas obras hidráulicas y el gran Huerto del Cura, un inmenso palmeral de medio millón de ejemplares datileros, los mejores del orbe junto con los de la isla de Djerba. Recibía su nombre el bosque de palmeras de una ermita en sus proximidades, de culto cristiano, donde los curas que la regentaban tenían la obligación de hacer de atandadores, encargándose de su mano o por sus sacristanes de abrir y cerrar las esclusas que regaban el huerto.

Proseguimos viaje a Gandía por la costa, cruzando Alicante y las aldeas pesqueras de Benidorm, Altea y Denia antes de entrar en aquélla a finales de abril. El paisaje cambiaba lentamente: olivos, pinos y, a partir de Calpe, limoneros, granados y huertos de naranjos. El aroma del azahar lo invadía todo y te esponjaba el alma. Varias veces detuvimos la calesa para comprar a los campesinos que las vendían al borde del camino bolsas de naranjas gruesas como membrillos. Su pulpa era rojiza, plena, granujienta. Era un placer mancharse la boca con su jugo sanguíneo y refrescante hasta saciarse. No menos gozo suponía detenerse en cualquiera de las tabernas que, casi al borde del agua, en mínimas caletas cuajadas de pinos, ofrecían a caballeros y caminantes los frutos del mar en esa parte: langostas, salmonetes coleantes, pez espada y gambón rojo. Alertados por Omero, que se adelantó algunas leguas, el matrimonio Roig nos esperaba en la puerta de Alcoy de su ciudad.

Uno no se da cuenta de que envejece pues, viéndose en el espejo a diario, se hace al propio rostro y a sus lentas arrugas. Por ello supone una severa conmoción ver a un amigo treinta y un años después. Los surcos del rostro se agudizan despacio, como la roca en la cárcava erosionada por el agua y el viento; los ojos pierden su luz y brillo con idéntica calma a la del beduino del desierto cuando ve avanzar al dromedario; pero el tiempo trabaja el organismo sin cesar, día y noche, con constancia maníaca, ineluctable y que prefija el hado. Vi a Vicente Roig como supongo que él me vería a mí: hecho una triste ruina. Aparentaba de largo los sesenta años holgados que tendría y yo no debería andarle muy lejos a mis cincuenta y ocho. Como cosa curiosa no se notaba la cicatriz del cuello, surcado por decenas de regueros tallados en la piel como a buril. Su otrora bella cabellera castaña se había convertido en haces desteñidos de estopa amarillenta. Su mirada se apagaba como la luz de un día de invierno, pero aún reflejaba vigor y ganas de vivir. Había engrosado al menos treinta libras castellanas, y enseñaba su panza y la papada sin muestras de pesar. Nos dimos un abrazo mientras Susana y su mujer hacían lo propio. Carmen y Omero presenciaban la escena. Presenté a mi tercera esposa a la pareja y fuimos a su casa caminando, pues no estaba lejos. Se hallaba en una altura, rodeada de pinos, envuelta en la hortaleza de miles de

limoneros y naranjos, con una espléndida vista del Mare Nostrum y de la isla de Ibiza en lontananza si el día era limpio.

Dos semanas estuvimos en la bella Gandía, paradigma de la concordia entre distintas razas. Convivían en la ciudad de origen griego, en perfecta armonía, cristianos, islamitas y hebreos. La villa de los Roig era más un castillo con fábrica de roca, gruesos muros revestidos de mosaico hasta los techos, artesonados de madera de roble en estilo moruno, patios también de trazas árabes y columnas de mármol blanco labrado en ataurique. Un surtidor de cobre, verde de herrumbre, vertía el agua a un estanque con plantas lacustres y percas japonesas de colores chillones. Supe que los Roig habían sido señores de la ciudad antes de nuestra dominación, y que, merced a un juego de artimañas y astucias en las que el oro tenía mucho que ver, seguían siéndolo en la práctica. Mejor así.

Creo que el dominio árabe se mantendrá en Al-Ándalus mientras sepamos llevarnos bien con todos y distinguir al hombre valioso para la comunidad, haciendo abstracción de sus creencias y el color de su piel.

Gandía es bella entre las bellas. Amurallada y casi inexpugnable si no es por mar, posee todo lo apetecible en una ciudad que se precie: mercados y zocos bien provistos, deleitosos huertos con los mejores productos que da la tierra, pesca abundante y fresca, bosques umbríos y una buena cabaña en los feraces campos que la rodean. El trato fue exquisito por parte de nuestros anfitriones. Mis esposas dormían juntas en una habitación que comunicaba con la mía, que daba al mar. Fruto de la paz y tranquilidad, de la comida fina y abundante, fue una especie de resurrección de mi libido, que regresó al pasado. Hice el amor con Susana y con Carmen alternativamente y, una vez, me sonroja decirlo, con las dos a un tiempo. No resisto evocar los banquetes con que nos obsequiaron. Especialmente un arroz elaborado en una sartén grande, de hierro, sobre el que nadaban deliciosos frutos del mar, garrofo, olivas negras y conejo de monte. Lo llamaban paella.

Hasta 996 el ansia guerrera de Al-Mansur pareció serenarse. Repletas las arcas califales de oro y plata, pagadas las tropas mercenarias beréberes y eslavas, el caudillo se dedicó a alimentar indecentemente sus ansias de poder. Pero era una ilusión: no se saciaba nunca. Nombró a su hijo Abdelmélic primer ministro y él tomó el título de *movaiyad*, de su invención, poniendo su sello en los documentos oficiales. Quería significar con tal apelativo que se consideraba rey de reyes, algo semejante al emperador entre cristianos. Daba a besar su mano lo mismo que si fuese el califa y nadie podía hablar en su presencia sin su consentimiento. A un lado estaba él y al otro el mundo. Exigía de los demás una humillación tan abyecta que, cuando me llamaba, como muda protesta, decidí hablar sólo lo imprescindible. Pero no le alteraba mi silencio. No entendía que alguien no lo temiera o adulara. Me consultaba cada vez

más, pues su mal avanzaba. Los bubones se extendieron a ambas ingles y axilas. Raro era el mes que no le sajava alguno. Cuando partió a la aceifa de 997 exigió que lo acompañara para tratarle durante la incursión, pero me negué en redondo. Aduje que me debía al maristán y a mis pacientes y, en la disyuntiva, le propuse el nombramiento de un cirujano de campaña, uno de mis ayudantes de confianza, ya formado, que aceptó. Llegué a odiarle. No soportaba su bestial trato con los hombres, el inhumano comportamiento con sus hembras y la ignominia en su conducta con esclavas y eunucos. Se complacía especialmente en hacer sufrir a los castrados, como si no padeciesen ya bastante por su virilidad perdida. A uno de ellos lo martirizó con singular deleite por rozar a una de sus concubinas a su paso. Alguien fue con la copla hasta el oído del tirano. Llevado a su presencia, desnudaron al infeliz, cegaron sus ojos con tizones al rojo y lo arrojaron a la piscina de los peces carnívoros, pequeños pececillos de afilados dientes que traían para él de los ríos africanos, ávidos comedores de carne. Durante breve tiempo el estanque fue un bullicio espumoso y sangriento. No quedó de aquel infortunado ni una raspa. El hombre es, con mucho, la peor de las bestias sanguinarias.

Por aquellos años fue la conspiración de cierta parte de la nobleza yemení azuzada por la sultana madre. Sobh, que fue quien lo ensalzó hasta lo más alto, celosa del poder de su antiguo protegido, pretendió defenestrarlo. Pero era tarde. Abierta la caja de Pandora, nadie era ya capaz de amansar a la fiera. Se trataba de envenenar al mítico guerrero. Tras muchas precauciones y misterio encontraron a la mano asesina: una concubina sometida a bajezas que da sonrojo publicar. Pero, delante de Al-Mansur, tembló la mano que sostenía la copa. El tirano, tras darse cuenta de que ocurría algo anormal, ordenó a la desventurada que se bebiera el líquido sin dejar una gota. Se arrepintió enseguida. Mientras veía morir a la mujer en medio de terribles convulsiones, comprendió que se llevaba a la tumba su secreto: el nombre de los conspiradores.

Ello salvó la vida de Sobh y de los conjurados. Aun así, loco de rabia, quiso hacer un escarmiento en su propio harén y ordenó ejecutar, al buen tuntún, a dieciséis mujeres entre esposas, concubinas y esclavas. Cuando partió a la guerra fronteriza de 997, todos en Medina Zahira respiraron aliviados. Fue la aceifa más brillante quizá de las que realizara el excelente guerrero y brutal gobernante. Se dirigió a Galicia por mar, desde Lisboa, y por tierra desde Mérida, Cáceres y Coria. Tomó Porto, Braga, Orense, Lugo y Santiago de Compostela, que saqueó y asoló excepto la tumba de Santiago el Mayor, el apóstol favorito del profeta de los cristianos, que aseguran reposa allí en una urna de plata.

A final de siglo, operé con éxito mi primer cólico miserere. Antes había tratado muchos otros con malos resultados. Repasando la amplia bibliografía médico-

quirúrgica de la gran biblioteca, desde el tiempo de los egipcios de las primeras dinastías hasta Alejandría y luego Grecia y Roma, nunca encontré que una sola de aquellas intervenciones terminase bien. Dedicué muchas horas al estudio del morbo y a la disposición del intestino en distintos mamíferos. El cólico miserere —que recibe su nombre del intenso dolor abdominal, a latigazos, y el fatal desenlace al que aboca indefectiblemente— es el resultado de la infección de la completa cavidad peritoneal, de etiología desconocida. Puede sufrirse a cualquier edad a partir del nacimiento. Hasta aquí, cólico miserere equivalía a muerte. Después de mi operación se abre un resquicio a la esperanza. Pero dejémonos de prolegómenos.

Me trajeron el enfermo a la consulta consumiéndose en fiebre. Era un muchacho de dieciocho años. Su rostro se contraía del intenso dolor al tiempo que, con las manos, trataba de sujetarse el vientre. Ordené que lo pasasen al quirófano y llamé a Carmen. Desnudaron al paciente y lo tumbaron sobre la mesa de operaciones. Su abdomen, adelgazado, duro como una tabla de esas que las mujeres utilizan para lavar a la orilla del río, mostraba las muescas de su contracta musculatura.

—¿Qué tiempo lleva así? —pregunté a los familiares.

—Doce días —contestó el padre, un campesino acomodado pues traía dos criados—. Al principio la fiebre era poca, pero desde anteayer arde en escalofríos que lo dejan sudoroso y exhausto —añadió.

—¿Ha obrado?

—Nada desde hace cinco días, hakim —dijo la madre ahora, muladí como el padre—. Si acaso, un cuesco revenido que provoca arcadas al que lo padece, del mal tufo que suelta.

—¿Vómitos?

—Los tiene —tornó a decir la madre—. Y, desde ayer, de tan mal olor como los cuescos. Es como si, con perdón, largara mierda por la boca.

Ninguna definición mejor que la del vulgo para referirse al vómito fecaloideo, que sucede normalmente a la obstrucción de las tripas cuando no llega a resolverse.

—No existe duda alguna —sostuve—. Vuestro hijo padece cólico miserere.

Los dos se echaron a llorar al mismo tiempo, como el convicto de leso crimen al escuchar de labios del caído su sentencia de muerte. Hasta el pobre muchacho pareció arreciar en sus gemidos lastimeros al oír el veredicto.

—Sabéis mejor que yo lo que ello significa —dije—. Soluciones hay pocas: dejarlo morir en la paz de Alá o intentar una nueva técnica que estoy desarrollando. Puede intentarse, pero no os garantizo nada. Además el mal va muy avanzado.

—Haz lo que debas, hakim —dijo el padre—. Sabemos que si alguien puede salvar a nuestro hijo ése eres tú.

—Manos a la obra pues.

Mis ayudantes y Carmen, quien dirigía la anestesia, se hallaban ya dispuestos.

Mientras lavaba mis manos pensaba en las novedosas líneas de ataque que había diseñado. En realidad eran muy simples, puro sentido común: si el peritoneo se hallaba invadido de pus, lo trataría como un enorme absceso. El fracaso en anteriores tratamientos del miserere era debido, según mi parecer, a errores de concepto. El cólico no era una entidad médica, sino quirúrgica. Galeno lo trataba con purgantes y Al-Razi con sangrías. Yo lo haría con el escalpelo.

Ordené salir a la pareja. Amarraron al joven a la mesa, prepararon mechas empapadas en agua caliente avinagrada y me dispuse a actuar sobre el punto de la piel del abdomen más doloroso, casi fluctuante: la fosa iliaca derecha, cuatro dedos por encima de la espina del íleon, el hueso en forma de ala que compone las caderas. Esperé tiempo antes de incidir con decisión. Cuando la respiración se hizo pausada y se ablandó el músculo, a un pequeño gesto de Carmen, que manejaba la esponja, saqué la piel con generosidad, un palmo largo. El muchacho se quejó, contrayéndose, pero no volvió a hacerlo. Cautericé con rapidez dos vasos que sangraban y, con los dedos, separé la capa muscular a lo largo del músculo que Galeno llama *rectus*. A mis ojos se ofreció, lisa y brillante, la capa serosa que conforma el peritoneo. Dejaba traslucir por transparencia el líquido verdoso que la llenaba: pus franco. Lo demás fue sencillo: corté con tijera la telilla al tiempo que evitaba impregnarme la cara del chorro purulento que salpicó hasta el techo. Un olor nauseabundo llenó la estancia. Metí la mano dentro de la cavidad caliente y húmeda, palpando vísceras e intestinos, dando salida al aluvión de miasmas pútridas. Se llenó de pus cremoso y fétido una batea en la que cabía medio azumbre. Lavé la cavidad con agua jabonosa muy caliente y torné a evacuar los restos corrompidos removiendo las asas intestinales con los dedos. Fue entonces cuando palpé una masa dura, una especie de aglomerado purulento que surgía del intestino ciego. Pasé una ligadura de len grueso sobre su base y lo extirpé. Evacuado el absceso, la intervención estaba concluida: dejé dentro de la cavidad, en todas direcciones, nueve gruesas mechas de gasa impregnada en vinagre y, sin dar puntos, para no interferir en la espontánea salida de pus, coloqué un gran apósito rodeando la cintura firmemente para evitar que saliesen las tripas. Mientras enjuagaba mis manos en vino y agua jabonosa caliente para evitar la contaminación, el paciente parecía revivir. Lo trasladaron a la sala de hombres mientras yo salía fuera para hablar con los padres.

—Es pronto para sacar conclusiones y detesto hacer pronósticos —dije—, pero mi primera impresión es buena. De momento el paciente está bien. Se ha drenado una ingente cantidad del pus causante del mal. Voy a dejarlo algún tiempo en el maristán, donde será vigilado y se harán las curas pertinentes. Confíemos en Alá.

—Bendito sea su nombre —exclamaron a la vez, besándome las manos.

El muchacho tardó en recuperarse, pero lo hizo. Fueron once semanas de tensa expectación y curas diarias, retirando gradualmente las mechas. La supuración fue

amenguando y cediendo la fiebre. El enfermo se levantó a la semana y defecó espontáneamente a los seis días. Todo ese tiempo estuvo a dieta estricta: agua de arroz azucarada y hierba de reseda, que tiene la potestad de ayudar a mover el tubo digestivo. Por primera vez en mi vida me sentí un elegido de los dioses: era capaz de vencer un mal tenido por incurable.

Hubo el natural revuelo entre las gentes del Aljarafe, donde el padre del enfermo era muy conocido y todos lo daban por muerto, pero esta vez la expectación se trasladó al maristán, a la aljama y los ambientes médicos. El alboroto fue grande entre los estudiantes, los jóvenes cirujanos y el anciano Ben Saprut, cuando supieron que un paciente de cólico miserere había sobrevivido tras mi intervención. El consejo de cirujanos me propuso, dado el interés general, celebrar un seminario en el aula grande de la aljama, que se llenó a rebosar. Expliqué en la pizarra, esquematizándolas, las vísceras abdominales donde se fraguaba el morbo. Expuse mi tesis de que era la putrefacción del tubo digestivo, en una de sus partes —hice un dibujo de aquella especie de apéndice que extirpé—, la que ocasionaba la enfermedad, el brutal cólico. Todo era empírico, pero fundado en una razonada observación. La fermentación pútrida llenaba la cavidad peritoneal de pus, y éste, al no hallar salida, se diseminaba por el torrente circulatorio, causaba los escalofríos, la postración general y ocasionaba la muerte sin remedio en pocos días, dependiendo de la fortaleza del enfermo. Por ello los purgantes y sangrías fracasaban al no actuar sobre la fuente del mal: el absceso. Mi tratamiento era sencillo: previo adormecimiento del paciente, había que evacuar el exudado purulento y, dado que la cavidad que lo contenía era muy grande, drenarlo de forma suficiente. El resultado lo ofrecí a la vista de todos: el joven casi recuperado, todavía con un vendaje abdominal que aún drenaba, pero sin fiebre ni trastornos del tránsito intestinal.

Escuchar la estruendosa ovación de la sala, puesta en pie, retribuyó toda una vida de estudio intenso, experimentación y trabajos sin cuento. Recuerdo que se abrieron las esclusas de mis lágrimas, sobre todo cuando Mustafá, mi buen paciente, se levantó de la camilla y me dio un abrazo. A instancias del sahib prefecto de la aljama, su rector, se redactó una separata de la intervención que fue enviada a Bagdad, Atenas, Lisboa, Nápoles y Padua, pequeña ciudad del norte de Italia donde un grupo de médicos esbozaba lo que quería ser una aljama cristiana.

Antes de los cuatro meses me llegaron las felicitaciones de Alves y Conti. Pero mi mayor satisfacción vino después: en el invierno de 998 se presentó en Córdoba una delegación de físicos y cirujanos que, desde Bolonia y Padua, venían para conocer de primera mano mi intervención y, en general, el tipo de cirugía que hacía y las enseñanzas que, como primer hakim, impartía en la aljama. Reconozco que Al-Mansur, interesado por el prestigio que la presencia de tales sabios representaba para el califato, se volcó con mis invitados. Los alojó en el ala más suntuosa de Medina

Zahira, se ocupó de los traslados a la aljama para las sesiones culturales y quirúrgicas y organizó para ellos banquetes y espectáculos lúdicos como conciertos musicales, bailes típicos y danzas a cargo de hermosas bailarinas. Son las danzas que aman los cristianos, las que han dado en llamar «del vientre», pues en ellas muestran las bailarinas sus ombligos desnudos, que hacen oscilar al son de tamboriles y dulzainas.

Al ser el cólico miserere muy frecuente, y más en ciudad tan poblada como Córdoba, operé ante mis invitados el primero que se me presentó. Actuando como ya describí, con el quirófano grande lleno a rebosar de cirujanos, la intervención y el resultado fueron muy similares. Dedicué otras sesiones a mostrar mis técnicas en cirugía ocular, del oído y obstétricas. Mis colegas cristianos quedaron asombrados cuando vieron parir en la silla que yo había diseñado, siguiendo el modelo egipcio, años atrás. Su admiración llegó al pasmo al contemplar el esmero con el que me lavaba las manos hasta el codo. Ellos no se las enjuagaban al asistir a un parto y la mujer paría tumbada en una cama. Una tarde, en mi casa, Carmen les mostró mi casuística, y no daban crédito a lo que veían. Yo tenía una mortandad *intra* y *postpartum* del cuarenta por ciento y ellos del ochenta.

Nada hay más placentero para el hombre que el trabajo bien hecho. Mi vida entera ha sido una búsqueda de la verdad, de la razón científica en pos de la sabiduría, el galardón supremo. Lo que más nos acerca al Creador es el saber, y lo que más nos aproxima a las bestias es la ignorancia, el fanatismo y la superstición. Tuve la suerte de nacer en el rincón más civilizado de mi época, dedicado al arte, la ciencia y la cultura, y confío continúe siéndolo a pesar de no ser optimista. Están ya aquí los signos de la descomposición: un gobierno despótico, fanatismo religioso, guerra, intolerancia, quema de libros... No me consuela que en los reinos y condados cristianos europeos anden peor que nosotros. Con Platón, creo en el ser humano y, si de mí dependiera, fundaría una república de hombres y mujeres libres, pacífica, sin distinción de razas y colores, con plena libertad religiosa y de toda índole.

Mi río baja con buen caudal, tanto que el agua rebasa un poco sus orillas y penetra en el parque. Son frecuentes las crecidas del Guadalquivir. Ocurren normalmente en primavera, cuando el invierno ha sido bueno en nieves en la lejana sierra de Cazorla, donde nace. Hace poco pasé por Cazorla con Susana, mi primera mujer, y Carmen, la tercera. Es un lugar privilegiado, de verde y ubérrima naturaleza, donde el pino es el rey después del oso. Desde el abrigo de nuestro carromato tuvimos la fortuna de disfrutar de la visión de una familia de plantígrados pardos al completo: el matrimonio y dos oseznos. Estaban tan cerca que podíamos olerlos: almizcle, barro seco, orina rancia y mugre. Vimos también grandes águilas reales, jabalíes, halcones leonados, enormes buitres, lince, jinetas y pequeñas ardillas. Hay veces, cuando me afecta el desgobierno y agobia el inevitable sentimiento que nace al paso de los años, en que quisiera ser trampero o leñador en uno de los inmensos

bosques de mi patria. Tiene que ser agradable vivir en plena libertad, sentir la soledad calándote el sentido y el aroma a pinocha en plena pituitaria, la mucosa descrita por Galeno que tapiza las fosas nasales, donde nace el estímulo que provoca el olor. Debe ser placentero comer caza y beber agua de manantial, fundirte con la naturaleza y palpitar al mismo ritmo, sin prisas, sin fatigas, sin someterse al capricho del déspota de turno. Ha de ser seductor escuchar el silencio del bosque o sentir la mejor de las músicas, la que causa la brisa al mecer las copas de los árboles.

El otro día hablaba de superstición y fanatismo. Ningún ejemplo mejor de aquellas lacras que el que se dio en el orbe cristiano ante la llegada del año 1000 de su era. De rebote, la histeria alcanzó al califato y más concretamente al arrabal, donde eran numerosos los mozárabes. También algunos islamitas y hebreos, afectos de un extraño contagio, incluso sortilegio, participaron de aquellos despropósitos. Yo, desde mi atalaya, observaba incrédulo los acontecimientos. Si hay un solo Dios, como es notorio para cualquiera con dos dedos de frente, resultaba estúpido que hiciese coincidir el fin del mundo con una fecha redonda para los adeptos de una religión. Para nosotros, el año 1000 cristiano coincidía con el 378 de la Hégira. Nuestro año 1000 será el 1622 de los discípulos de Cristo y el cinco mil y pico de los israelitas. Vaya lío. Lo fue, discreto, en el arrabal, pero una notable calamidad en Atenas, Roma, París, Londres o Barcelona. Desde varios meses antes de la fecha fatídica, el primero de enero del año 1000, los cristianos más pusilánimes se dedicaron a ayunar, no sé si como penitencia o para estar presentables a su entrada al infierno. Esperaban grandes desastres: terremotos, sequías terribles, erupciones volcánicas, desbordamientos y riadas gigantescas, lluvias de fuego, maremotos... Curioso ante los hechos, dediqué una tarde a consultar en la biblioteca distintos textos proféticos cristianos buscando una alusión al fin del mundo. No la hallé. Los profetas mayores: Isaías, Jeremías, Ezequiel y Daniel, ni lo nombraban. Los menores, una larga relación de doce visionarios que omitiré por no cansar al sufrido lector, tan sólo se oponían al disoluto ambiente contemporáneo que les tocó vivir, resaltando y adjudicándose el hecho de ser voceros de su próximo Mesías. ¿A qué entonces tanto terror y pánico? El *Códice de Metz* citaba de pasada una posible colisión entre planetas hacia el año 1000 y el Beato de Liébana, en sus *Comentarios al Apocalipsis de San Juan*, afirmaba en aljamía, hacia 790, o sea hace algo más de doscientos años, que vendría el fin del mundo pero no lo fechaba. ¿Por qué entonces la histeria? En Roma, miles de creyentes se encerraron en las iglesias para esperar la muerte, negándose a comer. En la vieja Atenas de los áticos, centenas de asustados cristianos se flagelaron los unos a los otros durante los últimos días de diciembre de 999 sin dejar de trasegar vinos búlgaros y espíritus llegados desde Bosnia. En Nápoles, según Realdo Conti, hubo disparidad de pareceres: algunos acudían a las ermitas para orar y esperar a la parca, mientras otros llenaban los prostíbulos u organizaban bacanales y orgías

tratando de aprovechar el tiempo basándose en la teoría clásica: si se deja escapar la ocasión de ayuntar, ya no vuelve. Por ello en Barcelona, más vivos y realistas, los seguidores de Cristo se dividieron en dos facciones contrapuestas: los que hacían dieta estricta y oraban en los templos con los ojos en blanco y los que aplicaban la tesis de los viejos helenos en el ágora: aquí te pillo, aquí te mato, violando a toda cosa con velo que se moviera a legua y media a la redonda. En París, la capital de los francos, frío lugar donde reinan la suciedad y el hambre, patria del ludibrio, hubo muchos más partidarios del desenfreno que de la expiación. Al cabo que unos pocos se congregaban en capillas y cenáculos para pedir clemencia, la inmensa mayoría acudió a las orgías donde, desnudos y borrachos de *aqua ardens*, entonando canciones lascivas, fornicaban con prisas las unas con los otros, las otras con los unos y todos entre sí en fantásticas y nunca vistas ruedas perpetuas. Pero nada como los aquelarres que, meses después, me contó un viajero que había estado en la que fuera romana Londinium. Allí, a la orilla de un río de agua turbia, entre una espesa niebla, habían improvisado unas tremendas carpas a las que se entraba sin invitación. Desde dos días antes de la fecha terrible, temulentos de un licor que fabrican fermentando la cebada y el lúpulo en las montañas escocesas y que dicen *wirge beatha*, miles de inmundas prostitutas de las que pululan por los andenes de su lóbrego puerto y otros tantos proscritos se dedicaron a poner en práctica cualquier aberración pensable o impensable: amor contra natura, felaciones en cadena, interminables cunnilingus, besos negros y actos de bestialismo con perros y caballos.

Llegó la data fatal y no ocurrió nada. El rico seguía siendo rico y el mísero pobre de solemnidad. Los borrachos debieron de superar sus bascas, las inmundas rameritas volver al lupanar y los facinerosos a sus tareas de siempre: robar y asesinar. Las iglesias se vaciaron de nuevo. Sólo el frío y el hambre eran mayores que antes. La peste que siguió en muchos lugares tenía poco que ver con el fin de los tiempos: era el lógico resultado de la depravación humana sumada al hambre y la miseria.

Capítulo 3

Con el nuevo milenio cristiano, Al-Mansur retornó a las andadas. Lo suyo era la guerra, y yo imploraba por su reanudación, pues una aceifa era para mí sinónimo de *paz*, al tener al déspota muy lejos.

En 1002, enfermo y achacoso, inició, Alá y su profeta sean loados, la que sería su última batalla. Subió a Toledo, donde recibió la babosa sumisión del emir, y siguió a Guadalajara y Sigüenza. Supo en La Almunia que el conde castellano, el rey Alfonso V de León y Sancho de Navarra, su suegro, lo esperaban bien pertrechados en las cercanías de Soria. Entiendo el caso del rey Sancho: yo habría estrangulado con mis manos a quien tratase a mi hija como aquel rufián. Dicen que el facineroso castigaba a Blanca, su esposa, de palabra y de obra. Que la obligaba, de rodillas, a presenciar cómo fornicaba con cualquier barragana. A mediados de julio se encontraron los dos ejércitos en Calatañazor, una pequeña aldea no muy lejana a Osma. Los cristianos habían congregado a cuatro mil guerreros por una cifra pareja de los nuestros. La contienda quedó sin decidirse, con medianas pérdidas por ambas partes y una herida de espada, tangencial, que afectó un hombro de Almanzor. Me contó el cirujano que lo intervino que se trataba de un corte intrascendente, pues la cota de malla impidió que el acero penetrase profundo. Tan es así, que lo arregló con varios puntos de sutura y el guerrero prosiguió camino de Canales, en La Rioja, donde hizo de las suyas: ordenó empalar al cura párroco tras dejar que lo violaran sus alféreces. Lo de que Almanzor se dejó morir de hambre tras la derrota de Calatañazor es una patraña de las muchas que cristianos y moros cuentan de las batallas fronterizas. Para empezar, allí no hubo victoria ni derrota. Y, en segundo lugar, la inapetencia del temible guerrero era debida al mal que lo minaba: la peste blanca. A las tres semanas de aquella refriega sintió un súbito desfallecimiento y, viendo que llegaba la muerte, pidió ser trasladado lo más rápido posible a Córdoba, pues reclamaba mis servicios. Tuvo tiempo al menos de pasar la frontera y entrar en tierra mora. En la ciudad de Medinaceli, a los sesenta y cuatro años de su edad, entregó el alma.

Conozco el final de Al-Mansur de primera mano por el testimonio de Eleazar Ibn Abdulah, el cirujano que le asigné y que había sido mi ayudante de mano muchos años. Cerca de San Millán, lo afectaron la fiebre y los escalofríos. Eleazar, desbordado, pues no encontró abscesos ni apostemas que explicasen la fiebre, recabó el auxilio de un físico hebreo famoso en la zona, en la cercana Logroño. Éste descubrió los chancros venéreos —los tenía hasta en la boca— y diagnosticó mal de mujer en avanzado estado. El cuadro febril y estuporoso lo achacó con buen criterio a la afección que Galeno denominaba lúes. En la fase final de la enfermedad, el médico romano describió la presencia de tumores cefálicos y viscerales que ocasionaban la desorientación, la locura y los fuertes dolores que acompañaron al feroz luchador en

su vejez anticipada. Ello no es eximente, pero la demencia que le llevaba a cometer los actos más crueles y terribles tendría quizá etiología luética. Al final pagó por sus pecados con una muerte infame. Su agonía fue espantosa: dolores terroríficos lo hacían blasfemar de Alá y de su profeta, me llamaba a gritos para que lo calmase con mi esponja y lo rodeaba un hedor insufrible. De repente se le abrieron al tiempo diez o doce bubones, manantiales de pus que convirtieron su cuerpo en un pudridero de cadáveres. Para acabar cuanto antes, trató de suicidarse con la daga, pero se la quitaron de las manos. Reconozco una vez más que era valiente. En medio de incesantes alaridos, tardó tres días con sus noches en bajar a la tumba. Más de uno de los ajusticiados o torturados en su larga vida se conmovió de placer en la suya.

El cuerpo sin vida de Al-Mansur fue trasladado a Córdoba con más honores que el sultán de Damasco. No fue fácil. El bueno de Ibn Abdalah, a la vista del tufo insoportable que exhalaban sus restos, hubo de encerrarlos en un ataúd de plomo que selló y lacró. La entrada en el arrabal del cortejo que llevaba el cadáver del dictador omnímodo fue inenarrable. Durante doce días una marea de chilabas blancas, el color del luto en el califato, señoreó Córdoba y su suburbio.

Un muladí, seguramente despistado o borracho, que iba con un caftán azul, fue lapidado por la turba. Aquello era tan nauseabundo que opté por no salir de casa salvo al maristán. Pocas veces he rezado, pero aquella vez lo hice: di gracias al Señor de cualquier nombre por haber librado al mundo de aquella peste. Cuando pasó el duelo, se desató la lucha por el poder. Hixem II no contaba. Embrutecido, ebrio, ahogado en sus lascivias revenidas, sólo pensaba en que le dejaran solazarse a sus anchas en mil tipos de crápulas salaces. De un lado estaba la aristocracia árabe, que tenía un candidato, Muhammad, y de otro Abd al-Rahman Sanchuelo, el hijo de Almanzor y de Blanca de Navarra, apenas un muchacho. Se impuso Sanchuelo, pero fue una simple marioneta en las manos de Sobh. Quien seguía al frente de la trama y tomaba las decisiones en Al-Ándalus era la incombustible sultana. Las primeras noticias del vómito negro llegaron desde Cádiz en la primavera de 1003. Nos habíamos librado de Al-Mansur y ahora nos llegaba una calamidad mayor. Raro era el siglo en el que, desde la más remota antigüedad, no ocurrían dos o tres epidemias del terrible mal. Para mi fortuna, era la primera que sufría el califato desde que lo fundara Abderrahmán III. Los conocimientos que teníamos del morbo eran empíricos, como del resto de los azotes cíclicos. Hipócrates lo achacaba a disturbios en relación con la corrupción del aire, Galeno a la concentración humana, al hambre, la miseria y suciedad que solía conllevar, y Al-Razi a un desconocido transmisor que, por el aire, agua o el contacto íntimo entre aquel transmisor y el hombre, causaba el mal. Lo que sí teníamos claro los médicos cordobeses y se enseñaba en la aljama a los estudiantes es que la enfermedad era algo natural, nunca ocasionada por designios divinos o humanos en forma de maleficios de cualquier clase. Cuando el hombre inculto ignora

el origen de un mal tiende a buscar culpables entre aquellos que se odian o detestan. Si se concentran miles de incultos se actúa contra los tarados o las minorías étnicas: los cristianos coptos en Alejandría, los islamitas en Nápoles y los judíos en todas partes. Afortunadamente, Córdoba no se encontraba en aquellos casos. Sus habitantes eran cientos de miles, cierto, pero también eran cientos las medersas, escuelas cristianas y colegios hebreos.

Desde el principio se puso al frente de la lucha Ahmed Hallifi, el mejor discípulo de Ben Saprut, que también había sido uno de mis mejores alumnos. Mandó que se cerraran las puertas de la ciudad de Cádiz. Cuando supo que el mal se extendía a Sevilla y Carmona, ordenó interrumpir el tráfico de naves por el Guadalquivir y el de mercancías desde aquellas ciudades. Sabedor de que el mal llegaría, hizo construir pabellones alejados del río, en las afueras del arrabal, para aislar allí a los infectados o sospechosos de ser portadores del mal. Al tiempo se colocaron en todas las esquinas normas higiénicas, cívicas y explicaciones sobre la peste, sus posibles orígenes y la mejor forma de combatirla. Los primeros casos en Córdoba se dieron al inicio del verano. Un carretero muladí procedente de Lebrija se desplomó al suelo en pleno zoco, vomitando un líquido negruzco, y, aquella misma tarde, hubo tres casos más en el otro extremo del suburbio. Merced a nuestras previsiones, no cundió el pánico. La gente se encerró en sus casas extremando la limpieza, hirviendo el agua antes de bebería, cocinando los ropajes en calderos, trasladando al lazareto a los afectados y quemando sus túnicas. Aun así, la odiosa enfermedad se extendió como mancha de aceite y pocas casas se libraron del mal.

Yo lo sufrí en mis carnes: Zulema y Jazmina, que era la luz de mi alma, contrajeron la enfermedad. Debieron de hacerlo juntas, pues amaban ir de compras al zoco grande lo mismo que si fuesen madre e hija. Gustaban enredar entre alfombras y sedas o mercaban especias para sus guisos, bebiendo té de menta en un colmado donde las atendían como a reinas. Regresaban paseando por la terrosa calle de los Curtidores, protegiéndose del sol con sus sombrillas. Casi al tiempo que ellas, enfermaron del mal dos de mis hijos grandes. Actué con rapidez, cuando aún había tiempo, antes de que se vedara el acceso o la salida de la ciudad: ordené al viejo Omero que trasladase al resto de mi familia a la sierra de Aracena. Tengo mis propias teorías sobre la peste. Y una de ellas es que se da menos en sitios alejados, donde el aire es más puro. En cortijos aislados, en casas de montaña, son muy raros los casos del mal. Igual que en gentes aseadas. Es por ello que sufren la epidemia con especial intensidad en los países cristianos, donde la suciedad es la norma y las gentes se lavan cada tres semanas, hediendo a perro muerto a quince varas. En lugares donde existen baños públicos la peste se detiene. Es como si el agua y el jabón fuesen enemigos jurados del morbo. Ergo, si la suciedad motiva el mal, habrá que investigar dentro de ella. ¿Qué vemos en los ambientes sórdidos? Roña, hedor, piojos, pulgas,

ratas, moscas, tábanos y mosquitos. Se trataría de indagar en esa dirección. Aleccioné a Carmen antes de partir: al llegar a nuestra casa de verano, debería fumigar sus estancias, asegurarse de que todo estaba limpio, libre de miasmas voladoras, de ratas y ratones, de pulgas y piojos. Yo hice lo propio en mi caserón del arrabal, donde quedé con los enfermos y varias servidoras y esclavas. Tras hablar con Hallifi, conseguí que considerara mi propio hogar un lazareto. Me encerré allí para asistir y ver morir a los seres que amaba. Diez años después, a punto de reunirme con ellos en el paraíso de los creyentes, bendigo a Alá por permitirlo. Asistí impotente a su lenta agonía sin separarme de ellos. Los velé en sus últimas horas y cerré sus ojos. Lloré mi incompetencia largas horas paseando por el riad, orando, maldiciendo al destino, y, al tiempo, con una extraña fuerza interior que me impelía a seguir, a luchar con renovadas ansias contra la enfermedad y la ignorancia. Las cuatro siervas y esclavas que trabajaron conmigo aquellos días lograron recuperarse. No así mi madre y Jazmina, que fallecieron en mis brazos una detrás de otra. Enterré a los míos en cuatro fosas diferentes en lo más profundo del jardín, bajo los sauces, de cara a La Meca. Hice sembrar en la de mi pequeña Jazmina, mi cuarta esposa, la más joven y bella, un plantón de nomeolvides para que perfumara su larga y solitaria noche hasta el día de la resurrección. Un rayo de sol, zigzagueando entre las ramas bajas de un magnolio, iluminaba la tumba de mi madre.

La peste se fue como había venido, de súbito, lo mismo que un mal viento. Sé que duró más en Valencia, Lisboa, Barcelona o París. Allí se acompañó de los tristes cortejos que acostumbra: grandes columnas de afectados con una «P» marcada sobre sus frentes, humo de hogueras, procesiones de disciplinantes flagelándose, miserables pidiendo a Dios salud para seguir pecando, persecución de hebreos y quema de sus barrios, olor a chamusquina... Sin pérdida de tiempo marché a la sierra. Todos estaban bien. Durante un año reinó el luto en mi casa.

La primera vez que escuché el nombre de Ibn Sina fue en el maristán, en el otoño del año 1004. Después de un seminario sobre la viruela, un grave mal endémico que se paseaba impune por toda la península, alguien me pasó un opúsculo sobre la inflamación. En sólo cuatro páginas su autor describía aquella entidad nosológica de forma magistral, concisa, sin alardear de latinismos o helenismos hueros y rimbombantes, yendo directamente al meollo del asunto. Supe enseguida, por la forma de producirse, sucinta y clara, que aquello lo había escrito un cirujano, un gran hakim. Todos los médicos comentaban la agudeza de aquellas notas y la clarividencia de su autor. Nuestro informante terminaba de regresar de Oriente. Había estado en Lahore, Samarcanda, Teherán, Damasco y Bagdad, donde conoció al ya médico insigne.

—¿Ibn Sina es egipcio? —pregunté.

—No —aseguró—. Es ciudadano persa. Su nombre completo es Abú Alí Al-Husein ibn Abdalah Ibn Sina. En Grecia y en Italia empieza a conocerse como Avicena.

—¿Es muy mayor? —terció otro.

—Tiene veinticuatro años.

Hubo un silencio diluido. Se escuchaba el rumiar de la materia gris en los cerebros. El clamor de los cascabeles de un aguador que proclamaba su mercancía nos trajo a la realidad.

—No puede ser —intervino uno de mis ayudantes—. Nadie con esa edad tiene las ideas tan claras.

—No es cierto —señaló uno de los hijos de Al-Qurtubí, un notable físico y alquimista que había seguido la estela de su padre—. Aquí, entre nosotros, tenemos el ejemplo: Abul Qasim operaba cataratas con veinte años y era hakim con treinta.

Ahora el silencio se condensó. Todas las miradas confluyeron en mí.

—Conseguirás que me sonroje, caro amigo —dije—. Tu padre fue más precoz que yo, aunque se dedicó a una parte de la medicina menos brillante que la mía de cara a los demás y más ingrata. ¿Qué más sabes de tan joven sabio? —inquirí al viajero.

—Su fama es tan grande que acuden a su consulta pacientes desde Arabia a la India —dijo—. Nació en 980 en Afshana, una aldehuela de la provincia persa de Jorasán, muy cerca de Bujara. Cuando su padre, que es funcionario de la administración de aquel imperio, fue nombrado cadí de Samarcanda lo acompañó para estudiar en su madraza. Ya con ocho años destacó en saberes impropios de su edad: astrología, aritmética y álgebra. Retenía en su cerebro largas cifras que sumaba, restaba, multiplicaba y dividía como si dispusiese dentro de la sesera de un ábaco mental. Al pasar su progenitor a regir como primer edil la ciudad de Bujara, entonces capital de los Samaníes, fue con él. Terminó los estudios en la madraza a los trece años, caso nada corriente, y a los catorce inició su formación en aquella aljama, la más famosa entre Teherán y Bagdad. En medio del estupor de profesores y doctos enseñantes, estudió allí todos los saberes que se le ofrecían: física, química, matemáticas, teología, filosofía, el Alcorán, jurisprudencia y lógica. En sólo tres años culminó sus estudios y, tras ser sometido a examen público, superó brillantemente todas las pruebas.

Más que silencio, un estupor pasmoso planeó por el aula. Muchos dudaban de que pudiese existir una mente tan dotada por la naturaleza.

—Nadie conoce la verdadera capacidad de la mente humana —intervine—. Tales de Mileto, con sólo dieciocho años, afirmó que el principio supremo del que todo procede es el *arké*: lo húmedo. Y con veinte, merced a sus conocimientos geométricos y astronómicos, predijo con seis meses de antelación el eclipse solar de

585 antes de Cristo. ¿Cuándo se decantó Ibn Sina por la medicina? —pregunté al andariego y joven físico.

—Con dieciséis años. Aún estudiaba la ciencia de Hipócrates cuando, con diecisiete, salvó la vida del emir de Bujara, Nuh Ibn Mansur. Parece ser que, luego de una caída de caballo que le produjo la fractura de un hueso, contrajo el emir el mal de tétanos. Avisaron a Ibn Sina justo cuando la contractura muscular que causa aquella enfermedad ahogaba a aquel desventurado. Provisto de una cánula de su propio diseño, de caña de bambú, practicó una traqueotomía que impidió su muerte por asfixia. Tres semanas después, recuperado, el emir se ofreció para pagar en oro la cantidad que el joven cirujano estimase apropiada. Cuando Ibn Sina solicitó como pago el libre acceso a la biblioteca real, comprendió que aquel joven prodigio era un regalo que le caía del cielo. Le facilitó lo que pedía y, además, lo nombró médico de la corte y consejero de temas científicos hasta la caída del reino Samaní, en 999. Cuentan que en la magna biblioteca, de casi tanta categoría como la nuestra cordobesa, amplió aquel superdotado sus conocimientos de teología, medicina, matemáticas, álgebra, música y alquimia, en este caso para combatirla, pues no cree en ella. Comentan, hakim, que ama sobremanera tu obra *Al-tasrif*, uno de cuyos volúmenes en árabe llegó hasta allí.

Saber aquello colmó mi espíritu de tal satisfacción que debí esponjarme como un pavo real. ¿Existe contentamiento semejante a saberse leído y admirado por un sabio? Justo por entonces cumplía sesenta y ocho años, una edad que empieza a ser ajena a necias vanaglorias. Me aguijoneó la curiosidad por conocer a aquel docto jovenzuelo que podía ser mi nieto y quise saber más de él.

—¿Ejerce Ibn Sina la profesión en Bujara?

—No, hakim —me informó el médico—. Bujara pronto se le quedó pequeña. Empujado por el canciller real, que equivale a nuestro visir, y en tan sólo un año, escribió una obra en diez volúmenes sobre terapéutica titulada *El tratado del resultante y el resultado*. Allí enseña, opera, trata enfermos y tiene tiempo para polemizar, escuchar música, su gran pasión después del escalpelo, y seguir escribiendo. Acaba de concluir un libro que estudia las costumbres persas y que lleva el nombre de *La inocencia y el pecado*.

—Verdaderamente resulta fascinante —me asomé.

—Lo es más conociendo al personaje —sostuvo mi informante.

—¿Cómo es?

—Alto, fino de talle, ancho de hombros, de nariz afilada, frente despejada, pómulos salientes y mirada muy negra. Gasta bigote lacio, atigrado, y perilla de chivo.

—¿Es casado?

—Permanece célibe. No parecer tener tiempo para las mujeres, pues su gran fama

como cirujano, escritor, músico, filósofo y astrónomo no le deja lugar para el reposo. Viaja sin parar por Siria y Persia, y elegir una mujer requiere tiempo. Y no digamos ya si son más de una.

Una delgada vela triangular se desliza río abajo. Deja tras sí una estela pequeña de burbujas sonoras, con gaviotas, en el agua verdosa. Pasa siempre a la misma hora, justo al alba, antes de que el almuédano desgrane su oración del ebed. Es Pedro el eslavo, mi viejo amigo. Su nombre verdadero era Piotr, pues nació en alguna parte de la Sajonia nebulosa, o más allá. Es uno de tantos europeos de piel blanca que vino contratado como soldado mercenario en tiempos de Abderrahmán III. Cuando se licenció, por viejo, se quedó entre nosotros. Dice que no soportaría otra vez los fríos y hielos de su tierra, ni la humedad que cala hasta los huesos, ni podría prescindir del vino y las mujeres andaluzas. Lo traté hace ya tiempo de un panadizo que crío en el mismísimo, y desde entonces me guarda gratitud y sentimiento. Es noble, franco y un pescador de ley que ama a los peces lo mismo que el cirujano a sus pacientes. Si cobra alevines los devuelve al río. Jamás ensucia el agua orinando en ella por la borda, como hacen tantos. Pedro pesca para comer, pues no vende el pescado ni le sobra nunca. Las percas y esturiones lo conocen y confían en él. Antes, cuando el recuerdo de mi escalpelo sobre su tumefacta piel se conservaba, solía acercarse a la orilla del río que besa mis jardines y, tras llamar a Omero a grandes voces, me dejaba su obsequio: las mejores percas, tencas, truchas y esturiones que cría el Guadalquivir. Últimamente se deja ver muy poco. Si me ve sentado en la terraza me saluda agitando sus nervudos brazos mientras tensa las jarcias de la vela. La vela de la *Elbe*, que así llama a su barca, tiene distintos blancos con arreglo a la estación del año: helado y pálido en invierno, esperanzado en mayo, brillante y muy caliente en los estíos y moribundo al llegar el otoño, como el ramaje de los desnudos árboles sin hojas. Un costurón costroso zurcido de hilo basto, secuela de un vendaval que la rompió una vez muy cerca de Sanlúcar, la cruza en diagonal.

Agradezco el saludo de Pedro. Me conforta en mis tristes mañanas. Desde que enterré a mi madre, tras irse para siempre Jazmina y mis dos hijos mayores, hombres ya, me posee una rara melancolía que me asola el alma. Duermo mal. Me desvelan pesadillas fantásticas, crueles, tan reales que sobresaltan mi tenso duermevela abrazado a Carmen o a su segunda esclava, Jaira, una bella tuareg que compré para ella no hace tanto. Hay poco de sensual en este abrazo: en mi penoso estado, Jaira sólo me sirve de termóforo en las noches muy frías. Desde el amanecer me arrastro por el riad como alma en pena, con ganas de dejarme llevar por la corriente, de hacer nada. Mis mujeres y mis bisnietos más pequeños intentan consolarme sin apenas lograrlo. El contento vuelve a mí lentamente, a media tarde, al tomar con Susana,

Jezabel y Carmen el aromático té de hierbabuena. Es al llegar la noche, tras la cena, cuando me hallo a mí mismo y puedo al fin respirar a mis anchas. Es como si fluyeran otra vez por mis arterias las ganas de vivir, de luchar.

La vida del hombre inteligente es una batalla librada en soledad con la crueldad del mundo. Nada peor que la muerte de un hijo. Después de mi desgracia, sólo me mantenían en pie la esperanza y la fe. Fe en lo que creo, el ser humano, y esperanza en poder remediar sus males y hacer más llevadera su existencia. Por ello me planteé la idea de viajar a Bagdad y conocer a Ibn Sina, aquel joven prodigio que, fundado en parte en mis escritos y enseñanzas, hacía progresar nuestra ciencia común. Planteé el caso en una de nuestras sobremesas, con la luz ya menguante del día que se iba y una luna desnuda cabrilleando sobre el Guadalquivir. Susana me miró interrogante. A sus sesenta y seis años conservaba mucha de su belleza. Me había dado tres hijos vivos. Era la más inteligente de las tres, la más sensata. Tenía la agudeza de su raza, el talento patrimonio de tantas hijas de Israel. Se amoldó pronto a las costumbres del islam y, sin dejar de lado sus creencias, rezaba con las demás las oraciones que dispone el Libro. Lo hacía a su manera anárquica, cuando le apetecía, sin echar cuentas de horarios ni escuchar la voz del muecín. Muchas veces la sorprendí arrodillada sobre la esterilla orando a horas extrañas, cuando todos dormían. Lo que ya es un misterio es saber a qué Dios se dirigían sus plegarias. Cedió el ardor de los primeros años, pero nunca dejó de motivarme como mujer, ni dejé de amarla. «Vivid juntos hasta que os separe la muerte», dijo el rabino que nos casó según su rito, y siempre procuré no defraudarle en aquella promesa. Me envolvía en su aroma a jazmín y me ofrecía a Tania —en aquellas lejanas épocas de nuestra juventud— para alegrar mis noches si ella estaba indispuesta. Siempre me encontré a gusto en su regazo, seguro, como uno de esos niños que lloran en la noche ante la oscuridad si atisban el peligro.

—Creo que es buena idea —dijo—. Si lo dispones y es tu deseo, te acompañaría. De esa forma vería Jerusalén.

Jezabel me observó de forma diferente. A sus cincuenta y cuatro años conservaba intacto su atractivo. Siempre fue la más coqueta y femenina de las cuatro. Alumbró dos varones y dos hembras viables de entre nueve embarazos. A uno de los varones, el mayor, se lo llevó la peste. Anduvo varios meses como perdida, lo mismo que esas liebres a las que desorienta la tormenta y no hallan la madriguera, pero parecía ir superando el trance. Amaba la lectura de los griegos y se refugiaba en ellos para aliviar su pena. Jamás me rechazó en el lecho o puso cara de circunstancias. Siempre estuvo dispuesta para mí, atrayéndome con su aroma a nardo y el propio de su piel, a pan caliente. Es la más discutidora de mis cuatro esposas, la que más polemiza. También la más introvertida, pues posee un rico mundo interior. Fue y sigue siendo deportista, y ama la natación, que practica a diario. Verla introducirse en el

Guadalquivir es todo un espectáculo: revestida de una túnica azul ornada de cintas y puntillas, con los brazos en alto, recuerda a una pava real. Se baña en el soto del río que bordea la propiedad, entre las cañas, compitiendo con los patos y los somormujos en sus inmersiones. Luego, ante la atónita mirada de Sara, la esclava que mandé traer para ella desde Tánger nada más casarnos, se seca al sol mostrando con descaro hombros y pantorrillas.

—Si Susana se anima y no te estorbo, yo iría también —afirmó, cerrando el libro que leía—. Jerusalén me apetece —añadió.

Carmen repasaba algo entre la lista de pacientes que había tratado esos días. Dejó de leer para mirarme con sus ojazos lánguidos, tan brillantes que parecían líquidos. No aparentaba los cuarenta y cuatro años que acababa de cumplir. Estaba en una buena edad de la mujer, cuando, lejana ya la inexperta ñoñez de la edad núbil, tenía la experiencia y el empaque de una hembra ya curtida. Había encontrado su vocación en la cirugía, que llenaba su vida, y me ayudaba con una devoción poco corriente. Al principio, sus resabios cristianos le hacían ver con reticencia mis escarceos nocturnos con Nuria, la esclava catalana que comprara para ella en Barcelona, pero pronto casi me los agradeció. Quizá influyeran en ello Zulema y mis otras esposas. Debe de ser agradable dormir tranquila durante el embarazo —me dio tres hijos de siete gestaciones— y no soportar el peso de un varón en esos días críticos e impuros en los que la mujer requiere paz. También será sugestivo saber que la mujer que duerme con tu esposo no te lo va a quitar y todo queda en casa. Mi mujer cristiana fue más fogosa que las demás. Sabía que me buscaba si rondaba mi despacho en las noches sin luna que atronaban los grillos, descalza, confundido su aroma de heliotropo con el de las madre selvas y las damas de noche del jardín. También fue siempre la más sonora, la aulladora, temida y objeto de bromas y de chanzas por sus alaridos en el momento del placer, aproximadamente una berrea. Es quizá la más culta: si Susana ama a Platón y Jezabel a Sócrates, ella lee a los dos y tiene tiempo para Séneca y Al-Razi.

—Pues si vais vosotras, yo no me quedo sola —dijo—. También yo quiero ver Jerusalén.

Planeé el viaje despacio, sin descuidar ningún detalle. Dudé en llevarme a Omero, que había envejecido de repente, y al final lo incluí en la partida. Cuando supo que había pensado en dejarlo atrás se abrazó a mis tobillos, prosternado, y no paró de suplicarme hasta que accedí a complacerle.

—Sé, amo, que tengo que morir, pero no podría hacerlo en tu ausencia y la de mis amas —dijo sofocado, con los ojos brillantes.

Me conmovía. Traté muchas veces de adivinar su edad, pero creo que ni él mismo la sabía. Cuando partimos hacia Oriente, en marzo de 1005, rondaría los setenta. Surcaba su cara una red de profundas arrugas, como esculpidas a cincel, pero mantenía intacta su fuerza y energía. La vejez, en contra de la norma, lo había

embellecido, limando las aristas de su rostro y dando a sus pocos cabellos un tono plateado. O sería tal vez la indulgencia con que lo mirábamos. Conseguí del visir pasaporte y salvoconductos y, tras fletar una nave en Sevilla donde fuésemos cómodos, partimos hacia Alejandría.

Contando con Omero, éramos nueve: mis tres esposas y sus esclavas, Sacha, la sierva de mi pobre Jazmina y yo mismo. En realidad, Tania, Sara, Nuria y Sacha eran, más que esclavas, parte de la familia. Entre las cuatro me habían dado diez hijos, uno de los cuales, un inteligente varón hijo de Sara, murió durante la epidemia de peste. Quise llevar a Sacha, pues me lo pidió con lágrimas visibles. Era, con mucho, la más joven de todas las mujeres que integraban el grupo y me había dado ya una pareja de preciosas mellizas. La compré para Jazmina al tiempo de nuestro matrimonio, en el propio mercado de esclavos del arrabal, cuando era una niña. Cumplió veintiocho años durante el viaje. Reconozco que también influyó mi propia satisfacción carnal: a punto de cumplir sesenta y nueve años era la única que lograba motivarme de manera espontánea.

Opino que viajar es un lujo que tiene que pagarse, pues no es obligatorio. Pretender moverse por el mundo y al tiempo ahorrar es de dementes. Por ello, siempre dije que es mejor quedarse en casa a salir de viaje y pasar necesidad. Ni en la mejor posada del orbe te hallarás como en tu hogar, de acuerdo, pero si te decides a iniciar una gira, y más si ésta es larga, pon los medios para encontrarte cómodo. Y la única forma conocida de allegar comodidad es preparar la bolsa. Tal hice. Además, ¿para qué demonios se hicieron los dineros? En un doble fondo de cada arcón de viaje de mis mujeres iban las bolsas repletas de monedas de oro y plata. Pretendía desplazarme por tierra y mar como un señor, alojarme en los mejores mesones y posadas, agasajar a mis hembras y esclavas con regalos costosos y hacer obras de caridad si fuesen necesarias.

Nuestro barco era tan grande que no pudo subir hasta Córdoba por el Guadalquivir. Fuimos hasta Sevilla en un lanchen. Nos despedimos de Al-Ándalus a bordo de *La Esperanza*, una nave de tres palos de bandera califal que disponía de seis pequeñas camaretas de literas dobles, sólo para nosotros. Mis esposas dormían con sus esclavas. Sacha lo hacía sola, lo mismo que Omero, y yo tenía el mejor y más amplio aposento, en popa. Las marismas del río de Sevilla, frente a La Algaida, mostraban su hermosura sin tacha salpicada de pinos cuando levamos anclas. Era como si la nave se deslizara por un mar de garcetas, flamencos, grullas, garzas reales y avutardas apareándose en medio de un clamor que ensordecía. Dicen que, amén de aves y pájaros sin cuento, pueblan el enorme humedal que llaman de Doña Ana ciervos, gatos monteses, lince y jabalíes.

Al doblar *La Esperanza* la punta de la bocana y traspasar la barra de Sanlúcar, recibió de costado el mar de fondo y comenzó a danzar. Previsores, los nueve

pasajeros habíamos almorzado con ganas y teníamos en el cuerpo doble ración de manzanilla, un vino gaditano. Los tripulantes, la mayoría beréber, me miraban con respeto y admiración al tiempo. Sabían que viajaba con las bendiciones del califa y algunos me conocían de oídas, lo que influía en la devoción que me mostraban. Uno, incluso, había sido paciente mío. Hablé mucho con Andreas, el capitán griego de la nave, experto conocedor del mar Mediterráneo. Había fondeado en sus principales puertos y mantenía la extraña teoría de que la tierra no era plana, sino redonda. Era un tema que se había tocado alguna vez en la medersa y sobre el que los profesores pasaron de puntillas. Pensándolo con lógica, era muy posible, pues redondas parecían la luna y las estrellas. Por otra parte, me resultaba indiferente la forma de nuestro planeta con tal de que los hombres y mujeres que lo habitaban viviesen sanos y felices. Siete tranquilas singladuras nos llevaron a Alejandría sin escalas.

La ciudad que fundara Alejandro, el general macedonio, me interesaba al haber sido faro que irradió cultura universal en la época en la que era la más importante quizá de las pentápolis griegas. Cuando la vimos era un ejemplo vivo de la decadencia a la que conduce la intolerancia, el desgobierno y la tiranía. Tras su fundación, en la época ptolemaica, fue un emporio. Entonces la poblaban más de trescientos mil ciudadanos libres. En el periodo romano comenzó un declive que continuó con los bizantinos y se acentuó al llegar los árabes, nosotros, hace ahora casi cuatrocientos años. Primero los abasíes, y ahora los fatimíes, desmontaron la ciudad, destruyeron sus obras de arte y la despoblaron. Qué diferencia con Al-Ándalus... La guerra contra Roma hizo arder su célebre museo con la biblioteca, y la desidia abasí derribó el famoso faro alejandrino, gloria del orbe.

Buscamos alojamiento decente y no lo hallamos, tal era el grado de postración de la ciudad. Por ello, durante las dos semanas en que la visitamos, permanecemos alojados en *La Esperanza*. Resultó cómodo no tener que andar a vueltas con ropas ni equipajes. Durante el día recorríamos la urbe y al caer el sol nos recogíamos a bordo. Afortunadamente no hizo calor, pues el cumplimiento de las leyes coránicas, aplicadas allí con rigor, obligaba a las mujeres a ir cubiertas hasta las cejas. Indagué en pos de un maristán y fue perder el tiempo: el infortunado ciudadano que enferma en Alejandría se muere en plena calle, en las chozas de la aldea de Rhakotis, patria de los bukoloji, primeros pobladores alejandrinos, o en sus casas húmedas e insalubres. Vimos los restos de la gran cisterna que levantara Alejandro para suministro de agua potable; navegamos el lago Mareotis de aguas grises; recorrimos lo que queda del Brucheion, o barrio real, que Alejandro ordenara levantar al arquitecto Dinócrates de Rodas; visitamos el antiguo teatro griego que edificara Ptolomeo I en honor de su esposa Berenice, para muchos la más bella mujer que ha existido; estuvimos en los restos del Timonium, teatro en mármol rosa levantado por Antonio, y pisamos las desoladas piedras del Caesareum, fabuloso coliseo que inauguró Cleopatra en

memoria de César. Otros días admiramos las migajas de la gran torre luminaria que tomara su nombre de la isla de Pharos, donde se levantara; el lugar, polvo, llanto y miseria, donde se alzaba el inmortal museo de Alejandría; el santuario de Mitra, donde los seguidores de la divinidad hindú se reunían el primer viernes después del solsticio de verano para practicar la *taurobolia*, la ingesta de la sangre caliente del toro votivo; los puertos —nuevo y viejo— separados por el gran puente Heptastadion; los zocos, la explanada del mar, el barrio judío y, una jornada entera, Canopus o, mejor, sus desperdigados y mortecinos restos. Analizábamos lo visto tras las cenas, a bordo de la nave anclada en el puerto viejo, tomando té de menta, vino griego y licor de palmera. Andreas, gran conocedor de Egipto y la ciudad, solía integrar el grupo.

—No entiendo cómo pueden desaparecer las piedras y los mármoles de un monumento de la Antigüedad —dijo Susana el día que recorrimos el Brucheion.

—Sucede en épocas de incuria intelectual y de pobreza espiritual y material —sostuve—. Ocurrió entre nosotros en Itálica. Durante el reinado visigótico las gentes, hambrientas e incultas, arramblaron con todo lo que no estuviese anclado al suelo firmemente. Por ello, en aquella ciudad, patria de Adriano, apenas quedan cuatro piedras. Aquí acaeció lo mismo.

—Y más aún —aseguró Andreas—. En el Alto Egipto hay miles de ladrones de tumbas que las desvalijan por el oro que encierran y, peor todavía, para hacerse con las momias de los faraones y altos cargos de las dinastías, convertirlas en polvo y venderlo, pues tiene fama de afrodisíaco.

Hubo el mismo silencio que en una discusión entre hormigas. La luna apareció entre un jirón de nubes negras, huidizas, que amenazaban agua. Las mujeres se miraron intrigadas.

—¿Qué es un afrodisíaco? —preguntó Jezabel, desde siempre la más cándida, también la más adorable cuando tuvo veinte años.

—Se dice de las sustancias o drogas que estimulan el apetito sexual en el hombre o la mujer —aclaré.

—¿Y eso existe? —habló ahora Carmen.

—Buena pregunta —dije—. En realidad se trata de una pura entelequia. No existe mejor afrodisíaco para el hombre que el cuerpo de una mujer hermosa y en sazón. No hay sustitutivo para el atractivo de una fémina. Imagino que a vosotras os ocurrirá lo mismo con nosotros.

Mis esposas y esclavas se sonrojaron, mas no dijeron nada. Quizá las cohibía la presencia de Andreas. Otra noche quisieron saber de Berenice. Fue Sacha, la esclava de mi pobre Jazmina, la que se interesó. Se encendió como una tea resinosa al contacto del fuego al hacer la pregunta:

—¿Fue tan hermosa como afirman, amo?

—No conozco mucho de aquella reina y no quiero engañarte —dije.

—Yo sé algo —aseguró Andreas—. Ella y Arsínoe pasan por ser las hembras más bonitas que han pisado la tierra. Arsínoe fue concubina de Filipo de Macedonia. Era tal su belleza que pasmaba y dejaba sin habla a su interlocutor. En cuanto a Berenice, fue la más deslumbrante entre las reinas lágidas —así llamadas por descender de Lagos y Arsínoe— hasta el punto de inspirar a Calimaco de Rodas la oda más ardiente que se ha escrito para una mujer: *El rizo de Berenice*.

Otra noche surgió el tema del célebre museo alejandrino, del que no quedaban ni las rasas. Quiso saber de ello Susana.

—¿Por qué el nombre de museo si lo que contenía era la famosa biblioteca? —preguntó.

—Porque se edificó en honor de las musas clásicas —dije—. Era una fantástica construcción de mármol blanco de Paros, levantada en el centro geométrico de la ciudad, en aquel mustio y agostado pedregal que vimos el otro día. Contaba con paseos y jardines interiores, pórticos labrados, salas de conferencias, comedor, parque zoológico y varias secciones dedicadas a las musas griegas, las que, presididas por Apolo, habitaban el Parnaso y protegían las letras, las ciencias y las artes, especialmente la poesía.

—¿Cuáles son esas musas, amo? —quiso saber Sacha.

Las esclavas, descalzas, sentadas sobre la cubierta a los pies de sus amas, y Sacha, siempre a mi lado, nos servían, pero estaban autorizadas a intervenir en la conversación, cosa que hacían más de una vez. Sacha, la más joven, era también la más inquieta. Sabía leer y escribir y tenía nociones de aritmética, pues Jazmina le había enseñado antes de morir.

—Quizá mis esposas puedan nombrarte a alguna —dije.

—Yo sé de Urania, Euterpe y Terpsícore —enumeró Susana.

—Cierto —corroboré—. Urania, musa de la astrología, presidía un planetarium; bajo la advocación de Euterpe, musa de la música, se erigía una sala de conciertos; y Terpsícore patrocinaba, como inspiradora de la danza, un salón de suelo de encerada tarima y rodeado de espejos en el que se ejercitaban bailarines de ambos sexos.

—Amén de ellas, yo he oído hablar de Talía y de Melpómene —dijo Jezabel.

—A tales destinaba el museo alejandrino un gran salón de teatro, con su escena, proscenio y numerosos palcos —aseguré—. Afirman que fue el teatro cubierto mayor que ha existido, con un aforo de ochocientas personas.

—Creo que faltan Calíope, Polimnia y Clío —intervino Carmen.

—Exacto. Había para las dos primeras un estrado, con su púlpito, para oradores, mímicos y vates. A Clío se reservaba la más monumental biblioteca erigida nunca por el hombre. Fomentada por Ptolomeo I, contenía setecientos mil volúmenes manuscritos, casi todos en papiro, una planta que crece a la orilla del Nilo.

—El museo era el centro de la vida cultural e intelectual de Alejandría, que es hablar del mundo de la época —sostuvo Andreas—. Ser bibliotecario era un honor superior al de primer ministro. Ejercieron tal cargo personajes como el ya citado poeta Calimaco, el crítico de arte Zenodoto o el rapsoda Apolonio de Rodas. Pero nos hemos dejado en el tintero a una importante musa para muchos, aunque no sea mitológica sino real: Safo.

—Reconozco que me has pillado en un renuncio —admití—. ¿Quién es Safo?

—Una paisana mía, poetisa, nacida en Lesbos hacia 620 antes de Cristo —respondió Andreas—. Se dedicó a la enseñanza poética, musical y de la danza en una especie de internado para jovencitas en su isla.

—Algo he oído —intervino Susana—. Platón la cita en sus *Diálogos* y le da el nombre de décima musa. Compuso epigramas, elegías, epitalamios y un himno a Afrodita. Algunos la tenían por pervertida desde el punto de vista sexual.

—¿A qué tipo de perversión te refieres? —pregunté, admirando la sapiencia de mi primera mujer.

—Varios pensaban que se entendía con las jóvenes que educaba —comentó Susana—. Por ello, al haber nacido en Lesbos, la calificaron de lesbiana, pues al parecer eran más en la isla las corrompidas por tal aberración.

—Referente a sexo, es difícil hablar de aberraciones —sostuvo Andreas—. Para mí todo es válido. Yo hablaría mejor de desviaciones de la regla digamos normal o habitual.

—Estoy de acuerdo con Andreas —convine.

Quedamos en silencio. Todos, incluidas las mujeres, bebíamos vino de retsina, un mosto griego del que Andreas tenía varios odres. Labor del vino o fruto de las mentes maquinando desviaciones sexuales, el caso es que a las féminas les brillaban los ojos y sus mejillas arreboladas echaban humo.

—Según leí en una ocasión al citado Platón, Safo era casada —dijo Carmen—. Ello desmentiría la acusación de homosexualidad —añadió pensativa.

—No exactamente —la corregí—. Se sabe desde la Antigüedad que hay hombres y mujeres bisexuales. Sócrates, al parecer, era uno de ellos.

—No es el caso de Safo —aseguró Andreas—. Nuestra poetisa era normal en sus actitudes sexuales, y ello por una razón de peso: casó con un tal Cercilas y tuvo con él una hija. Ya viuda, concibió una violenta pasión por un joven de Lesbos llamado Faón y, al verse despreciada, se dio muerte arrojándose al mar desde el promontorio de Lecade. Ninguna mujer lesbiana, salvo en caso de locura, se quita la vida por un hombre. Ocurre que la bella poesía de Safo y su inmortal lírica están inspiradas en el afecto que sentía por las jóvenes que la rodeaban, y de ahí la confusión.

—Yo opino igual —intervino Jezabel—. ¿Quién ha dicho que una mujer no pueda amar a un hombre y al tiempo sentir cariño, sin otra connotación, por su esclava, por

ejemplo?

—Es como dices —aseguré—. Las mujeres sois más sensibles y receptivas que los hombres.

—¿Dónde puede encontrarse la obra de Safo? —preguntó mi segunda mujer.

—Seguramente en la biblioteca de Córdoba —dije—. La mayoría de los autores griegos están allí, muchos en versión original y otros traducidos al árabe.

—Leyendo la poesía del romano Catulo puede hacerse uno la idea de la rima de Safo, pues la imitaba —sostuvo Andreas.

Yo estaba sorprendido del cariz que tomaba la conversación, de la cultura de mis mujeres y de que un marino trasegador de mosto con aspecto anodino leyese a Catulo. Las cosas nunca son como parecen. En otra de las charlas, después de visitar el islote de Pharos y los restos de la magna luminaria que, tristemente, ha pasado a la posteridad en el recuerdo, Carmen se interesó por ella.

—¿Cómo era el faro de Alejandría?

La pregunta iba dirigida a mí, tenido por oráculo infalible por mis hembras, pero mis lagunas en tantísimos temas cultos son penosas. Desvié la cuestión a Andreas, que parecía estar en su elemento.

—La gran torre de luz, que tomó el nombre de faro de la islita donde se construyó, en pleno puerto, fue con justicia una de las grandes maravillas de la humanidad junto a las pirámides, el coloso de Rodas o los jardines colgantes de Babilonia —sostuvo el griego—. Fue levantada en 280 de la era cristiana por Sostratos de Cnido, por orden de Ptolomeo II. Su altura alcanzaba los ciento ochenta codos reales.

—¿Era de piedra? —preguntó Carmen.

—No. El material de construcción era el ladrillo, un ladrillo rojizo fabricado a los pies del coloso. De esa manera la torre se elevaba junto con los obreros que la construían, utilizando andamios, poleas y polipastos. Se asentaba sobre una inmensa plataforma cuadrada que a su vez soportaba otra octogonal y ésta, por fin, una cilíndrica de la que emergía el tubo de la torre.

—Sería muy ancha...

Casi siempre preguntaba Carmen, la más interesada en conocer vestigios del pasado.

—Tanto que cabía en su interior una rampa helicoidal que ascendía hasta la cima y por la que podían circular carros y caballos. Le daban luz ventanas en arco bizantino y de herradura. Se accedía a su interior por una descomunal cancela de hierro forjado que se cerraba al anochecer y se abría al alba. El puesto de cancerbero era muy deseado, pues ejercía al tiempo como vigilante de los negocios y tenduchos que se abrían en la rampa, tal sería su anchura.

—Sé que en la cumbre ardía un impresionante quemadero.

—Debía serlo —dijo Andreas—. Conozco casi todos los faros en el Mare Nostrum y sus luces son ridículas al lado de la que emitiría el gran faro. Los faros actuales, situados en cabos o farallones rocosos, son simples antorchas que a veces se apagan por el viento. Al cabo, el quemadero del faro alejandrino lanzaba a partir del crepúsculo llamas que ascendían nueve varas de altura y eran visibles en muchas leguas a la redonda. Se hallaba situado en la cima de una colosal estatua de bronce que representaba a una mujer.

—No hay estopa ni yesca que arda diez horas. Explícame cómo lograban mantener el fuego tanto tiempo.

—El combustible era petróleo —aseguró Andreas—, un aceite mineral muy inflamable, negro y viscoso, transportado desde el desierto arábigo. Un ingenioso dispositivo metálico, mediante contrapesos, hacía subir el líquido oleoso al enorme depósito de la cabeza de la estatua. Allí, un encargado lo prendía al anochecer con gran cuidado.

—No lo entiendo. De esa forma el petróleo ardería día y noche.

—No era así. Cuando, al amanecer, se hacía innecesaria la luminaria, se apagaba con un opérculo de acero deslizado por hábiles operarios mediante un cabrestante.

—Una vez, en la gran biblioteca cordobesa, vi un dibujo del faro. Lo decoraban cuatro grandes esculturas metálicas dispuestas según la Rosa de los Vientos.

Todos mirábamos a Carmen sorprendidos de su erudición. Recordé las veces que la dejé en la biblioteca mientras yo trabajaba en el maristán. Desde luego aprovechaba el tiempo.

—Eran los célebres tritones de hierro forjado —dijo Andreas—. De gran tamaño, emergían de los pies de la estatua, uno en cada cuadrante de la torre, orientados siguiendo los puntos cardinales. No hace mucho se encontraron sumergidos en el mar restos de uno.

—Y allí se hallarán los demás. ¿Cómo fue el final de la torre?

—En los estertores de la época ptolemaica hubo un gran terremoto que la destruyó casi por completo. De asolar lo que quedó en pie se ocuparon los alejandrinos. Rara es la casa en la ciudad que no luce en alguna parte de su fábrica ladrillos rojos del glorioso faro. Yo los he visto muchas veces, pues los enseñan con orgullo.

Visto que no podía estudiar a los vivos traté de hacerlo con los muertos. En consecuencia, una mañana, acompañado por Carmen, me dirigí al barrio de los embalsamadores. El arte de conservar cadáveres era antiguo en Egipto, remontándose a las primeras dinastías, hace cuatro milenios. Los árabes habían tratado de prohibirlo, pero hubieron de plegar velas ante los alborotos que se organizaron. Sobre todo en Alejandría el escándalo llegó al extremo: la gente se negó a trabajar, con lo que, ante la amenaza del hambre inminente, las autoridades primero califales y luego fatimíes hubieron de ceder. Hacia el oeste, junto a la aldea de Rhakotis, casi a la orilla del lago Mareotis, se encontraba el distrito en el que cientos de artesanos trabajaban con los cuerpos de los fallecidos de ambos sexos, incluso niños. Lo hacían a plena luz del día, en medio de la calle, sobre mostradores de tablas, lo mismo que en un zoco. Lo único que diferenciaba aquello de un mercado era el silencio. Y el aroma: un olor entre dulzón y agrio provocado por una mezcla de descomposición de la materia, especias orientales y perfumes del delta. El color también era distinto: verde de las largas túnicas de los operarios, negro de sus sandalias y cinturones y amarillo de la fuerte claridad solar y de la tierra, similar a nuestro albero sevillano. Los embalsamadores iban rapados por completo: en sus atezados cuerpos no se encontraba ni una brizna de cabello ni en las cejas. Sus cráneos mondos reflejaban la luz, favorecida también por el sudor que los cubría a cualquier hora. Supe que algunos eran médicos, pero la mayoría no pasaba de simple barbero o taumaturgo.

Frente a cada taller había una piscina en la que flotaban los cuerpos de los fallecidos, dispuestos ya para macerarse. Contenían un líquido especial que no pude identificar y sobre cuya composición no me atreví a inquirir. Antes de pasar a los estanques eran trabajados de manera ritual: abrían los cadáveres por el abdomen y el tórax, los vaciaban de sus vísceras, que guardaban en urnas cinerarias numeradas para evitar confusiones, seccionaban sus venas yugulares y los colgaban de los talones con un gancho, lo mismo que una res. Inmersos en una mezcla de confusión, asombro y pánico contemplamos la larga hilera de cuerpos abiertos en canal, pálidos por lo exangüe, colgados por los pies como sacrificados por un tirano cruel. Al quedar completamente desangrados los depositaban en las piscinas durante ocho días. La apertura del cráneo era distinta. Accedían a la cavidad cefálica introduciendo un trépano por los orificios nasales, sin dañar la cubierta ósea. Ya dentro, convertían el cerebro en una pulpa que extraían aspirando con una cánula de caña de bambú. Macerados los cuerpos, las pieles adquirían calidad marmórea, blanco mate, con independencia de la raza. Eran como los cueros teñidos en una tenería: todos azules, rojos o amarillos, sin traer cuenta de que fuesen de vaca, carnero u oveja. Vaciados los cadáveres, los rellenaban con estopa de lino empapada en bálsamos distintos con arreglo al precio estipulado. Un técnico entrenado se ocupaba de rellenar los cráneos

mediante un estilete. Se utilizaban aromas de mirra, narciso y nardo, los más caros. Los más pobres se conformaban con jazmín y rosa, pero eran pocos: ante la muerte había quien malvendía su casa para que sus finados viajasen cómodos y aromados hasta la eternidad. La última fase del embalsamamiento era la inyección en las venas de conservantes especiales cuyos ingredientes eran varios y ocultos. Por fin se amortajaba el cuerpo con tela nueva, encerada, cubriéndose con sucesivas capas antes de entregarlo a los deudos —junto con la urna visceral— para que se ocupasen de su inhumación en féretros no al modo islamita, abiertos, sino cubiertos por una tapa hermética.

Las operaciones referidas se hacían a la vista del público en medio de la indiferencia general. Para alguien no avisado, lo único que diferenciaba la labor del embalsamador de la de un carnicero del zoco era el gemido de las plañideras. Éstas, curiosamente, no emitían sus llantos y alaridos al llegar el cadáver para embalsamarlo, sino al retirarlo nueve o diez días después.

Al terminar el recorrido invité a Carmen a una raja de sandía en un puesto cercano que contenía una muestra de la riqueza hortícola del delta; su escaparate era una maravilla de frutas de distintos colores y verduras de mil clases. Tras el macabro espectáculo, fue un placer hundir las bocas en la pulpa crujiente sin cuidarnos de manchar la chilaba. La pechera de la mía era un poema en rojo y la de Carmen, más recatada, el renglón de un soneto sangriento.

—¿Qué te ha parecido? —pregunté.

—Impresionante. Sobre todo la forma de taladrar el cráneo.

—¿Tú crees en la otra vida?

—Desde luego. Pero en mi religión no hace falta ninguna clase de bagaje para presentarse ante el Señor. En las manos va nuestro viático: las pocas o muchas buenas obras que hayamos hecho.

—Me gusta —dije—. ¿No os esperan en vuestro cielo náyades, danzarinas o huríes?

—Nuestra recompensa será ver el rostro de Dios. Lo veremos más lejano o próximo con arreglo a los merecimientos.

Me la quedé mirando. No había envejecido. A sus cuarenta y ocho años seguía igual que siempre, con mayores ansias de aprender. Aquella tarde estaba especialmente apetecible. Tras su velo azulado se dibujaban puras las líneas de su rostro sin apenas arrugas, mostraba la punta de los pies y, sobre la chilaba, en esbozo, el perfil de su cuerpo que amaba y conocía muy bien. Sonreía con los ojos. Sentí el aguijón del deseo estimulándome.

—Yo no sé en lo que creo —admití—. Tal vez exista un paraíso con o sin huríes. En cualquier caso lo adelantaré con tu permiso. ¿Eres o no mi amada?

—Lo soy. Sabes que eres mi único señor.

—Regresemos pues a *La Esperanza*.

La penúltima jornada la dedicamos a visitar las ruinas de Canope, la población suburbial de Alejandría ordenada levantar por Ptolomeo I en el delta del Nilo, justo en el vértice de su brazo izquierdo llamado por ello canópico. Queríamos ver el templo de Serapis, la divinidad alejandrina, deteriorado pero aún en pie, y los restos de la Canopus romana, la que fuera villa de recreo del emperador Adriano, el italicense, y lugar de descanso de Séneca, preceptor de Nerón y paisano nuestro, pues era cordobés. Canope recibía su nombre —dicen que por sugerencia de Berenice— de la estrella principal de la constelación de los argonautas, la más brillante del firmamento después de Sirius. Rodeada de marismas y charcas cenagosas, su acceso era difícil, por lo que nos procuramos un guía, un típico habitante del delta de nombre Alí. Podía llegarse a las ruinas por mar en chalanas de quilla plana, pero era peligroso por los traidores médanos, que habían hecho naufragar a más de una embarcación. Después de una travesía combinada por carromato —que quedó atrás, esperándonos— y una barca que navegó un canal estrecho orillado de juncos y habitado de ánades de colores, desembarcamos en un antiguo y desolado malecón. El vendaval acamaba los juncos y levantaba espumas turbias que asustaban a los patos pequeños y a Sacha, que odiaba el frío y el viento. La esclava hizo todo el viaje acurrucada en el fondo de la nave, a mis pies. Nos explicó el joven guía, más pendiente de mis mujeres que de la ruta, que de aquellos juncos se tejían excelentes sombreros, livianos y muy apreciados para defenderse del sol en los mercados griegos e italianos.

Ya en tierra, nos internamos de la mano del cicerone entre piedras y murallones derruidos hasta el templo de Serapis, del que permanecían en pie sus columnas jónicas, las cuatro paredes y parte del techo abovedado. El atrio y la cella se encontraban bien conservados, destacando la belleza reverberante al sol de sus fustes de mármol. Nos habló el guía del dios alejandrino de la medicina, aunque creo que sabía yo de Serapis más que él. Al lado del templo se veían los restos de las casas de adobe de las rameras que, en gran número, ejercían su oficio entre los peregrinos, casi todos enfermos o desahuciados, quienes pasaban por los prostíbulos antes o después de venerar al dios.

—Entonces, Canope era una mezcla de balneario médico y estación de placer —observó Carmen.

—En cierto modo —respondió Alí en un árabe que no entendíamos bien—. La curación se impetraba del dios colocando en el atrio del templo un remedo en cera del órgano que se pretendía sanar: una mano, un pie, un ojo, un corazón, etcétera. Después era tiempo de gozo venusino para los que podían.

—Sé que a las puertas del Serapeion ejercían una legión de médicos y curanderos para aquellos que no curase el dios —dije.

—Cierto —corroboró el guía—. Y todos se ganaban bien la vida.

—Prueba evidente de que cura más la ciencia que la magia —intervino Susana.

Hubo un silencio que nos hermanaba a todos en el amor a Hipócrates.

—Los desgraciados que fallecían en Canopus podían ser embalsamados, como en Alejandría, pero pagando un sobreprecio —dijo Alí.

—Lo harían sus deudos —apostilló Jezabel.

—Se entiende —contestó Alí, levemente amostazado. Continuamos a una explanada de piedra con restos de mosaico desde la que se divisaba una bella panorámica del río y, al fondo, el albo caserío de Roseta, en la otra orilla.

—Ésta es la gran plaza que ordenó edificar Adriano, el emperador —señaló Alí—. Se hallaba rodeada de construcciones varias: cenadores, merenderos, mesones y casas de ludibrio. Según Flavio Josefo, el historiador romano, aquí danzaban bailarines de ambos sexos, desnudos, al son de pífanos, tambores y deliciosas músicas.

—Séneca afirma —intervine— que era obligatorio que toda mujer ofreciese su cuerpo al que cortésmente lo solicitase.

—Así es —confirmó Alí—. Copulaban a veces en medio de la vía pública, sin distinción de sexos: hombres con hombres, mujeres con mujeres y por parejas heterólogas que después se intercambiaban al albur.

—No me extraña que trabajasen tanto los galenos —dijo Carmen con gesto contrariado—. La promiscuidad sexual da placer pero trae muchas pestes.

Caminamos unos pasos hacia el mar azul, que casi se tocaba. Las olas se estrellaban contra los rompientes deshaciéndose en una confusión de espumas y burbujas. El índigo marino y el del cielo se confundían en el horizonte. Un montón de piedras y de lajas de mármol, entre hierbajos, servía de refugio a sabandijas y lagartos.

—Éstos son los restos del Casino de Adriano —dijo Alí frente a un desvencijado murallón quebrado en adarajas.

—Aquí se solazaría el emperador con sus amantes Lucio y Antínoo —dijo Susana.

Las demás mujeres la miraron. También Alí parecía sorprendido por tamaña sapiencia en una hembra.

—Cuéntanos de Adriano —me pidieron al tiempo Jezabel y Carmen.

—Creo que Susana, y tal vez Alí, sepan más que yo del italicense —dije.

—Yo no sé mucho —aseguró el guía—: Que era emperador, que estuvo aquí varias veces y que vio morir a su efebo dilecto.

—Adriano nació en Itálica, muy cerca de Sevilla —sostuvo Susana—. Fue adoptado por Trajano, a quien sucedió en el trono imperial. Casó con Vibia Sabina, quien le aportó como bien dotal esta parte de África. A pesar de ello, al ser ambiguo o

claramente homosexual, despreciaba a su esposa. Se enamoró de Antínoo en Atenas, durante uno de sus muchos viajes al Ática. Dicen que el efebo, de quince años cuando lo conoció, era de una belleza poco común.

—No entiendo qué puede hallar un hombre en otro hombre —dijo Jezabel.

—Ni se puede entender a no ser que ande por medio una dislocación quizá de nacimiento —dije—. En cualquier caso, no podemos juzgar. Si un hombre renuncia a la mujer, un ser tan bello y adorable, y no hay por medio depravación ni intereses bastardos, será por una causa poderosa. Yo vi un busto de Antínoo en Atenas y, con la frialdad que presta el mármol, atestiguo que era de una hermosura deslumbrante.

—Adriano ya andaba entonces en amores con Lucio, uno de sus colaboradores más cercanos, y trajo a Canope a ambos amantes —continuó Susana—. Algo ocurrió aquí que llevó a Antínoo al suicidio.

—¿Qué fue? —interrogó Sacha con los ojos muy abiertos.

—Lo ignoro —respondió Susana—. Quizá Alí pueda decirnos algo.

—Dicen que se quitó la vida una noche de invierno, en medio de la lluvia —dijo el guía—. Los amantes habían bebido vino y licores hasta la madrugada. Hubo un relámpago que el emperador tomó como infeliz augurio, y ordenó llamar a una vieja hechicera famosa en la ciudad. Se presentó la bruja, desgredada del viento y del diluvio. Se trataba de saber quién de los dos, Lucio o Antínoo, amaba más al cesar. Lucio, borracho, se retiró a su cámara.

—¿Qué edad tendrían entonces los amantes? —preguntó Jezabel.

—Adriano debía contar sesenta años, pues murió con sesenta y dos, Lucio, que era casado, unos cuarenta, y Antínoo tal vez veinticinco —dijo Susana.

—Dudo mucho que un joven de esa edad pueda amar a un hombre tan mayor —observó Jezabel.

Yo callaba. Me sentía ese hombre tan mayor. Jezabel se dio cuenta de su deslíz y se ruborizó. Mejor es no nombrar la soga en casa del ahorcado, debió pensar.

—Nunca podrá saberse. En cualquier caso, Antínoo era dueño de un halcón leonado que llevaba con él a todas partes —afirmó Susana.

—Cierto —dijo Alí—. Parece que la bruja exigió su sacrificio para poder leer sus vaticinios en los coágulos de sangre mezclados con el agua del Nilo. El joven palideció, pero consintió por no defraudar a su poderoso protector. El animal fue degollado y en su sangre la nigromante vio que el amor de Lucio por Adriano era mayor que el de Antínoo. A pesar de ello, amo y criado fueron juntos al lecho. Posiblemente no hubo amor, pues, ebrios, aseveran que apenas se mantenían en pie. Al amanecer una esclava descubrió el cuerpo sin vida de Antínoo dentro de una bañera tinta en rojo. Se había abierto las venas.

—Yo escuché en Atenas otra versión de la muerte de Antínoo —intervine—. Me aseguraron allí que el mozo andaba enamorado de una doncella de la isla de

Claudiópolis, a la orilla del Ponto Euxino, la patria de ambos. Habiendo sido despreciado por ella dada su ambigüedad e incapaz de desligarse del emperador, anciano y caprichoso, prefirió la muerte a aquella esclavitud.

A partir de Alejandría fue agradable cruzar con *La Esperanza* frente al delta, travesía que hicimos costeando. La ribera era arenosa, en forma de suave seno convexo, muy poblada de palmas, palmeras datileras y maleza. Surgía de ella el clamor de miles de aves: avutardas, cigüeñas, garzas, pollas de agua, pelícanos, petreles, espátulas y otras mil clases. Al cruzar frente a la desembocadura del brazo derecho del Nilo sus aguas se enturbiaron hasta hacerse casi negras, del limo que arrastraban. Apuntaba abril y el aire era ya cálido. En el cielo sin nubes lucía un sol egipcio: grande, rotundo y amarillo.

Pregunté a Andreas sobre el mejor modo de, tras visitar Jerusalén, llegar a Bagdad. Yo tenía la idea de ir recto, a través del desierto sirio, pero me la quitó de la cabeza.

—La mejor época para cruzar el desierto es el invierno —aseguró—. Ahora ya es tarde, pues se inicia el calor. Se precisan veinte días, quince si se va ligero. Si, como imagino, haces el viaje solo, las mujeres quedarían a bordo bajo mi cuidado.

—¿Estás loco? No pienso dejar atrás a mis mujeres.

—Pues entonces te aconsejo hacer el viaje por el norte. Es un poco más largo, pero se agradece, pues se reduce mucho la extensión del arenal a recorrer y es más fresco.

—¿Qué ruta me aconsejas?

—Partiendo de Antioquía, Alepo, Palmira, Bardasa y, siguiendo el curso del Éufrates, Bagdad. Hay muchas caravanas que llevan esa ruta camino de Teherán y más allá, la India y China.

—¿Cuánto tiempo lleva el camino del norte?

—Yendo con mujeres, veinticinco días.

—Si, como pienso, permanecemos un mes en Bagdad, en tres meses aproximadamente estaríamos de vuelta en Antioquía. Tú y *La Esperanza* me esperaréis allí.

—Como mandes, señor, que para eso me pagas —dijo Andreas—. Por primera vez en mi vida vacaré igual que un potentado. Me tumbaré al sol a tu salud o iré al Pireo a hacer ciertas gestiones.

—Prefiero que permanezcas en Antioquía. La nave podría sufrir una avería o a ti enredarte una de tus paisanas griegas. Dormiré más tranquilo sabiendo que me esperas en el lugar donde me dejes. Ya encontrarás solaz entre las hembras antioqueñas.

Quedó acordado así. En dos singladuras desembarcamos en Ashdod, un abrigo pesquero palestino desde el que llegamos a Jerusalén al día siguiente. Hicimos el

viaje en dos amplias calesas. En una íbamos mis esposas y yo y en la otra las cuatro esclavas, Omero y el equipaje. Tras hallar acomodo en el mejor mesón de la ciudad hicimos por ella un breve recorrido que trataba de colmar las ilusiones religiosas de mis tres esposas. Por orden de antigüedad matrimonial, visitamos primero los restos del templo de Salomón: un alto murallón de grandes piedras al fondo de una explanada inhóspita. Nos sumamos los nueve al coro de israelitas que golpeaban su frente —suavemente— contra la dura piedra rezando y pidiendo a Jehová que les restituyese el templo y la ciudad perdida. Algunos nos contemplaban incrédulos, pues vestíamos ropas morunas. De allí fuimos a la iglesia del Santo Sepulcro, que yo ya conocía. Tras pagar el modesto canon a la familia musulmana que controlaba la entrada —por extraño privilegio de los frailes ortodoxos que la mantienen—, oramos los nueve ante las ranuras en la piedra, engastadas en plata, donde se hincó la cruz del galileo. Carmen y su esclava Nuria vertieron abundantes lágrimas —no por sus pecados, desde luego—, que nos contagiaron, y salimos de allí hipando y lacrimosos, con la mirada roja. Un coro de cristianos salmodiando sus cánticos nos observó con cara de estupor: nueve islamitas en chilaba y pantuflas postrados ante el ara del sacrificio de su profeta. La última estación, la más sencilla, fue la visita a la mezquita de Omar. Allí, las mujeres por su lado y los hombres por el nuestro, nos reclinamos de cara a La Meca para pedir a Alá por un feliz viaje.

Por complacer a Carmen y Nuria, hicimos el regreso a la nave pasando por la cercana Belén. En una pequeña ermita, en el lugar donde nació de María el Salvador de los cristianos, nos recogimos todos en silencio para orar seguramente al mismo Dios. Un pope ortodoxo contempló sin creérselo aquella tropa islámica repentinamente conversa al cristianismo. Andreas nos esperaba en *La Esperanza* con un cordero asado al modo griego regado con vino de su tierra. Dos días de navegación hubimos antes de desembarcar en Antioquía. Allí me ocupé de encontrar una caravana que saliese cuanto antes en dirección a Oriente. El 9 de abril del año 1005 de la era cristiana partimos a Bagdad.

La única forma de cruzar un desierto es integrando una caravana. Y una caravana es como un mundo de razas y familias diferentes. Hay un jefe que indica las paradas, rige los turnos y manda los horarios. Suele ser al tiempo el más experto conocedor del territorio, generalmente dueño de un buen rebaño de mulos y camellos. Sólo los mulos más aguerridos y los rumiantes de una o dos jorobas son capaces de afrontar con garantías el paso de un arenal de ciento veinte leguas. Componen la caravana tantos animales como solicitan los miembros que la integran. En la nuestra, muy larga, compuesta por doscientos camellos y setenta mulas, había mercaderes que llevaban doce y catorce bestias, al cabo que otros cargaban sólo una. Yo alquilé siete hermosos camellos, para ir cómodos. Cada uno colgaba de sus jorobas dos amplias cestas de mimbre, almohadilladas, una para una esposa y otra para su esclava, por parejas. Diré antes de seguir que la joroba del rumiante no contiene agua, como muchos suponen, sino grasa, y es la parte más preciada del animal, la más cara en las carnicerías. Omero iba solo en su camello, con cierta impedimenta en la otra parte para nivelar la carga, y la pequeña Sacha me acompañaba en el mío. Los otros dos transportaban los baúles y las tiendas. De cada acémila se ocupaba un camellero que iba a pie, casi siempre descalzo. El pie de un camellero del desierto es cosa aparte: imaginad un queso manchego rancio, ponedlo al sol seis días, pintadlo con betún y el resultado se aproximará algo. El olor que despidе de sí casi alimenta: insufrible al principio, te marea y te atonta. Pero terminas por acostumbrarte. Incluso lo echas de menos cuando llegas a la quietud silente de la jaima. La carga más preciosa de la caravana era la mía: deliciosas mujeres. Eran raras de ver. Lo más normal en cuanto a cargamento era el aceite. Se veían también cargamentos de sal, vino, licores, telas de lino, piedras de ámbar y armas, especialmente espadas y alfanjes de buen acero toledano o germánico.

Tres días de camino nos llevó llegar a Aleppo, una vieja población con una interesante ciudadela y bellas mezquitas entre palmerales y jardines floridos. Las jornadas eran todas iguales: nos levantábamos al alba, desayunábamos leche y miel untada en bizcocho seco, cabalgábamos cuatro horas a lomos de camello antes de parar a descansar y comer tasajo de carne y fruta, reanudábamos la marcha otras cuatro horas antes de hallar un lugar, normalmente prefijado, donde hubiese agua. Allí cada cual levantaba su tienda, cenaba, se entregaba al sueño y vuelta a empezar. Nosotros alzábamos tres jaimas, una, pequeña, para Omero, otra para las cuatro esclavas y la tercera, grande y espaciosa, para mí y mis esposas. Era curioso ver caminar a los neófitos tras cuatro horas de cabalgada a lomos de camello: corcovados, renqueantes, semejábamos monos o extraños seres contrahechos.

De Aleppo a Palmira invertimos seis días. El camino era bueno, trillado por miles de caravanas a lo largo de los siglos, pues aquella era la Ruta de la Seda, la que traía

del Lejano Oriente y de la India los mejores satenes y brocados, las ataujías más finas. Nos cruzamos muchas veces, casi a diario, con caravanas que venían de la otra dirección, cargadas con especias, sedas y alfombras afganas y persas. Durante las interminables cabalgadas hablaba mucho con Sacha, en la otra parte del camello, separada de mí por la sima que mediaba entre ambas jorobas del animal. Era una muchacha entrañable, muy bella, con el pelo negro-azul, la piel caramelo tostado, formas proporcionadas, largas pestañas y ojos pardos, que se había cultivado por influjo de su ama y cuya pasión primera era aprender.

—Naciste en Marrakech...

—Sí, amo.

—¿Cómo llegaste a la península?

—Como tantos. Mis padres y hermanos se morían de hambre en nuestro humilde aduar y hubimos de emigrar a Al-Ándalus. Cuando crucé el estrecho era una niña de cuatro años.

—¿Fuiste directamente a Córdoba?

—No, hakim. Vivimos en Sevilla algún tiempo. Luego, una tía de mi padre tiró de nosotros y nos alojamos en el arrabal. Éramos tan pobres que vivíamos todos en el zaguán de su vivienda.

—Refréscame la memoria: no recuerdo cómo viniste a parar a mi casa. Yo no te compré...

—Para mi fortuna, me compró tu madre, Zulema, que Alá tenga en el paraíso de los creyentes. Tenía yo diez años cuando alguien le habló de mí. Creo que conocía a mi tía, que era mercera en un puesto del zoco. Ella me citaría y ello suscitó su atención.

—¿Era?

—Murió no ha mucho.

—Sigue.

—Una bendita mañana fue a mi casa y me vio. Yo, sin saber de qué iba, me esponjé igual que una pavilla real por abultar más y darme pisto.

—¿Sí? ¿Qué hiciste?

—Desde que la vi llegar me puse la chilaba de fiesta, me pinté los ojos y coloreé mis mejillas con polvo de coral. Debió de funcionar, pues le gusté.

—¿Qué pasó?

—Tu señora madre era una verdadera dama. Cuando me llamó y estuve ante ella no pude articular palabra. Mi madre contestaba por mí a sus preguntas.

—¿Qué preguntas?

—Que si estaba sana, que si había comenzado a reglar, que si mi dentadura era perfecta, que si comía bien y funcionaban bien mis cosas.

—¿A qué te refieres?

—No me avergüences, amo...

—No quisiera. Di.

—Quiso verme por abajo, y fui con ella y con mi tía adentro. Comprobó que no tenía flujos y que estaba tan entera como al salir del vientre de mi madre. Me olió la boca para saber si existía pestilencia. Por fin me desnudó y examinó mi cuerpo de casi once años. Lo cierto es que ya me apuntaban las bayas en los senos y una sutil pelusa adornaba mi empeine. A mí me chocó todo aquello. No entendía qué pasaba ni a qué venía tanto examen y peculiar pesquisa.

—Trataba de saber cómo eras para comprarte y no llevar gato por liebre.

—Exacto. Lo supe cuando, al terminar, pasó con mi tía a la habitación donde estaban mis padres. Yo me hice la tonta, pero pegué el oído al delgado tabique hecho de cañas. Intuía que allí dentro se estaba dilucidando mi futuro.

—¿Qué es lo que oíste?

—«Sabréis que mi hijo Abulcasis, el hakim, va a tomar cuarta esposa», dijo Zulema. «Sí, ama», dijeron a la vez mi tía y mis padres. «Me gusta Sacha», afirmó Zulema. «Si estáis de acuerdo la compraría para Jazmina, la inmediata esposa de mi hijo. Ella es tan buena como Abulcasis, si no más. Jamás habréis oído decir que traten mal a nadie en ese hogar, donde se alojaría. Allí se come bien y el trato es excelente. Hará muy buenas migas con las demás esclavas, pues he comprobado que Sacha es sencilla y parece dispuesta. Podríais visitarla una vez en semana y ella salir a veros cuando proceda». «La verdad es que sé por mi hermana que es cierto todo lo que nos cuentas, ama», dijo mi padre. «Tristemente necesito el dinero. ¿Cuánto me pagarías por ella? Ya sabes que está sana, es alegre, viene entera y nunca fue tocada». «¿Cuánto pides?», contraatacó Zulema. «No lo sé...», dudó mi padre, temeroso de equivocarse. «Fío en ti, ama». «¿Te parecen bien quince monedas de oro?». Vi a mi padre palidecer a través de una hendidura entre las cañas. Era mucho más de lo que había soñado, como supe más tarde. Él ni siquiera pensaba pedir oro: se conformaba con diez monedas de plata.

—Zulema era generosa —dije cavilando, envuelto en el vaivén de la montura, mirando la inacabable extensión de arena. Pensaba en lo barato que puede llegar a ser un ser humano. No hay dineros en oro para pagar por una mujer, y menos como Sacha, pero guardé silencio.

—Yo misma estaba sorprendida —siguió ella—. Jamás había visto una moneda de oro. Sabía que por ellas te daban seis de plata. ¡Noventa dinares de plata por mí! ¡Por un pequeño saco de piel y huesos!

La miré. Se agitaba al ritmo bamboleante del camello. Era un movimiento imposible, deforme, al que terminas amoldándote. Sus ojos brillaban en la sombra del parasol que nos protegía de los despiadados rayos solares. ¡Y era sólo abril! Aquel saco de huesos se había convertido en una adorable mujer y su piel relleno de

formas excitantes. Y era mía...

—Excusado es decir que mi padre, tras tragar saliva, se apresuró a decir: «Me parece bien, ama. Dispón desde este momento de mi hija. Es tuya». «Traje el dinero...», dijo Zulema. Y, sin más palabras —continuó Sacha—, sacó del pecho una bolsa de cordobán verde, depositó el oro sobre el sucio mantel y contó las monedas. Habló mi padre a su mujer. «Di a la niña que se ponga la chilaba de fiesta y que venga». No les di tiempo. Estaba tan contenta que surgió por la puerta compuesta como para una boda, sonriente. «Calma», dijo Zulema. «Traigo también este pliego que deberéis firmar y que refrendará el muftí que espera fuera. ¿Sabéis leer?». «No, ama», admitieron mis padres al tiempo. «Os lo leeré», dijo tu madre. «Pero antes diré al muftí que pase para que dé fe». «Haz como gustes, ama», dijo mi padre. El juez, que Zulema previsora había traído y esperaba en la puerta, pasó y ante él leyó: «Por la presente carta de pago admito haber recibido del hakim Abulcasis quince dinares de oro cordobés como abono por la compra de mi hija Sacha, de diez años de edad. Firmado, Ahmed y Zaina». Mis padres hicieron un garabato que refrendó el muftí. «Me llevaría a Sacha ahora», propuso Zulema. «Quiero que la preparen para su ama pues la boda es el sábado. Es decir, si ella está de acuerdo. En otro caso puedo volver mañana...». Me adelanté. Estaba harta de compartir el pequeño tabuco con mis ocho hermanos y hermanas y con mis padres. Cansada de pasar hambre. Hasta el moño de sufrir malos olores, suciedad, calor en los tórridos veranos, frío en los inviernos heladores, incomodidad y desasosiego todo el año. «Me voy contigo, ama Zulema», dije. «Recoge tus cosas», me ordenó mi madre, que no mostraba pena. «No será necesario», aseguró la tuya. «Nos ocuparemos de Sacha como está, sin equipaje. No le faltará nada». Partimos. Nada más salir se sumó a nosotras Omero, que esperaba en el figón de enfrente. Me azaró su presencia, pero me tranquilicé al ver que besaba la mano de Zulema y se adelantaba despejando el camino de mirones y curiosos. Me impresionó tu casa, hakim; nunca había visto nada más bonito ni pensaba que pudiese existir. Zulema se quedó corta. El trato fue tal que no me lo creía y lloré de felicidad toda la noche. Se ocupó de mí María, la esclava cristiana de tu tercera esposa. Jamás me había bañado con agua caliente. Me metió en la tina grande de las siervas, la de cinc, me enjabonó con sales de limón y dé sándalo, me vistió con túnica de hilo, nueva, y me dio de comer cosas deliciosas que no conocía ni de nombre: manjar blanco, mirrauste, conejo en adobo, miel sobre hojuelas, pastelillos de hojaldre, palominos duendos...

—Lo recuerdo entre brumas —dije—. Veo a una muchachita muy bella deslizarse como una sílfide por el patio, descalza para no armar rumor, con una cofia azul y una ajorca de cobre en un tobillo.

—Ésa era yo...

—Rememoro que, atareado en los planes de boda y con mi larga relación de

pacientes, no reparé en ti.

—Al principio me diste miedo: tan serio, todo un rico hakim dueño de tres mujeres y pronto de una cuarta. Pero pronto empecé a amarte.

—Nunca me lo dijiste...

—Mientes, amo. O tal vez no lo recuerdes.

—Aviva mi memoria —le pedí, virándome levemente a la izquierda para verla mejor.

—Mis dos primeros años en tu casa fueron de gran felicidad. Ser esclava en tu hogar es mejor que ser ama en la casa del mejor especiero del zoco. Mi misión era tener bella y dispuesta para ti a Jazmina, mi señora, a la que adoraba, limpiar la estancia conyugal, lavar sus ropajes y los tuyos y cumplir sus órdenes. Jazmina era tan buena, Alá la tenga en su seno, que jamás me alzó la voz. Si me mandaba algo, enrojecía de pudor. Era mi amiga más que mi ama. Me enseñó a leer y a escribir en aljamía, aritmética y nociones filosóficas. Me prestaba los libros que leía, gruesos volúmenes que tú le alcanzabas de la biblioteca, y permitía que leyese para ella en las largas veladas, mientras esperaba tu regreso de la aljama o de ver a tus muchos pacientes. Al cumplir doce años, cuando vino mi menstruación, hizo de madre para mí. Me explicó lo que significaba aquella sangre y me tranquilizó, pues yo pensaba que iba a morir. Hice algo malo...

—¿A qué te refieres?

—Os espiaba...

—¿Cuándo? ¿Dónde?

—Recuerda, amo, que dormía en la esterilla de la entrada de vuestra cámara, por si se requerían mis servicios durante la noche. Algunas veces lo hacía en tu lecho hasta que tú llegaras o si dormías con tus otras esclavas y mujeres. Era así porque Jazmina tenía miedo en ocasiones y gustaba de sentirme cerca, me decía, para notar mi calor. Yo disfrutaba sobre todo al saber que descansaba en el mismo lugar que tu cuerpo...

—No te andes por las ramas. Habla de tu espionaje.

—Más de una vez, curiosa y silente, penetré en la habitación mientras hacíais el amor.

—Eso no debe hacerse. ¿Contemplaste mi desnudez?

—Sí, amo, pero fue en la negrura espesa. Sabía que hacía mal, pero deseaba saber qué es lo que ocurre cuando un hombre y una mujer se aman.

—¿Y qué viste?

—Sólo sombras a la incierta luz lunar. Pero escuché vuestros quejidos de placer.

Charlas de este jaez tuvimos varias en el largo trayecto hasta Palmira. Hablábamos también de temas cultos y de dudas que me planteaba sobre asuntos médicos, pero mi interés se centraba en lo lúbrico, en sus recuerdos que, de manera

sensible, me alteraban y excitaban la libido.

—Hasta ahora me has dado dos hijos, Sacha —dije una tarde bajo el lento vaivén de la montura.

—De cinco embarazos, amo. Nunca fui más infeliz que cuando se malogró alguno de los frutos de nuestro amor, pues para mí fue amor.

—¿Recuerdas la primera vez que te amé? —pregunté.

—Como si lo viviese en este instante, hakim. Fue en el segundo embarazo de Jazmina. Yo tenía trece años. Viniste a mí una noche de julio, desnudo, me alzaste de la esterilla y me llevaste al gineceo en brazos. Allí, en el diván en el que nos sentamos las esclavas, me tomaste y me hiciste mujer. Nunca olvidaré que manchamos de sangre la otomana. Tú reías al ver mi cara descompuesta del terror.

—¿Te hice daño?

—Deseaba tanto ser poseída por ti que no me di ni cuenta. Me entregué con tanta fuerza y me amaste de manera tan sabia que sentí placer a la primera.

—Fue hace quince años. Eran otros tiempos... para mí. ¿Chillaste?

—Sí, y me maldije por ello. Seguramente me oiría alguien. Tú también berreaste como un gamo. Y debiste de disfrutar, pues me buscaste noche tras noche hasta la cuarentena de Jazmina, tras dar a luz. Enseguida me dejaste encinta.

—¿Cuándo te tomé por última vez? Ya no me acuerdo...

—Fue en la última Fiesta del Cordero.

—¿Qué dirías si fuese a visitarte? —dije, tomándole una mano.

—Me harías feliz. ¿Cuándo sería, mi amo?

—Cuanto antes... siempre que estés dispuesta.

—Me hallo limpia.

—Será esta noche, pues. Prepárate y espérame en la jaima cuando el vigía cante la medianoche.

La entrada en la vieja Palmira fue inolvidable, justo al atardecer, cuando el sol se ponía y manchaba con sus rojizos rayos la fortaleza romana que vigila la ciudad desde un otero. La antigua Tadmor, colonia romana desde Tito, se halla en un extenso oasis o *wahat* en plena Ruta de la Seda. Sus ruinas son imponentes, sobre todo el castillo, que visitamos, los restos del templo de Bel, las calles porticadas, los soportales y sepulcros hipogeos en una ladera de la fortaleza. Un día entero se detuvo allí la caravana para hacer aguada, y, los que pudimos, darnos un baño en unas termas turcas. En Palmira, por la escasez de agua, el baño se convierte en un lujo que hay que pagar. Y a buen precio. Tanto, que tan sólo unos pocos privilegiados, entre ellos nosotros ocho, accedimos a él. Seguro que habréis notado que falta uno. No lo he olvidado: Omero, sabedor de la relativa cercanía de un riachuelo, prefirió diferir el baño y no hacer gasto. Reanudamos viaje. Hallamos el riachuelo tras dos días de marcha. Se hallaba en una pequeña elevación o *jebel*, escondido en un oasis de montaña, entre palmeras. Lo cierto es que debió de ser agradable. Contemplé su inmersión y la de otros viajeros tras alejar a las mujeres. Algunos saltaban desde una roca que hacía de trampolín, desnudos como simios, en medio de un estruendo de espuma efervescente.

Once jornadas gastamos entre Palmira y Bardasa, junto al río Éufrates. En la quinta hubo un serio percance. Yo hablaba de amor con Sacha, tierna tras nuestras locas noches de pasión, pues hubo varias, cuando un sirio descompuesto vino a buscarme como físico.

—¡Hakim!, ¡hakim!

Al parecer había trascendido mi condición de médico sabio.

—¿Qué ocurre?

—¡A un camellero lo ha mordido una víbora!

Fui a la carrera seguido por Carmen. Tendido en una manta, sobre la arena, un árabe cetrino de color, enjuto, con la barba afilada, reflejaba en sus ojos muy abiertos terror más que dolor. Un compañero le secaba la frente del sudor con un paño negruzco. A media vara, sobre el suelo pedregoso, yacía muerta una gran víbora cornuda, habitante normal de los desiertos.

—¿Cómo ocurrió? —pregunté.

—No vio a la serpiente y la pisó —dijo uno.

—¿Dónde fue la mordida?

El herido la mostró alzándose la túnica: dos simétricas muescas, como señas de alfileres violáceos, marcaban la pantorrilla a media pierna. No sangraban.

—¡Rápido! —ordené—. ¡Quitadle la chilaba, haced un fuego y poned agua a calentar!

Me aproximé al yaciente, coloqué un torniquete en la raíz del muslo usando una

sábana, le cogí el miembro herido y, aplicando la boca, succioné con fuerza en los orificios tratando de aspirar todo el veneno posible que quedara en la herida. Tras escupir, de un veloz tajo, abrí la piel entre las muescas con la gumía que saqué del cinto ocasionando una gran hemorragia. El camellero apretó los dientes pero no se quejó. Todos quedamos expectantes. Al cabo de unos minutos pareció adormilarse. El veneno que había logrado pasar al torrente sanguíneo hacía su efecto. Al poco se aceleró su latido cardiaco en la canal del pulso. Tardó en reaccionar quince minutos. Lentamente se fue despejando, abrió los ojos y sonrió. Dejé que sangrara libremente y al menguar la hemorragia lavé la herida con agua caliente y la vendé dejándola abierta, sin dar puntos. Le tomé el pulso: era firme y de normal cadencia. A la media hora se levantó y, por su pie, regresó a su camello para seguir faenando. Se me aproximó el jefe de la expedición, un obeso persa de bigote atigrado, gran papada de buey y ojos tan verdes como la malaquita.

—Gracias, hakim. Hace tres caravanas enterramos al último afecto de mordedura de víbora.

—La víbora cornuda es muy venenosa —aseguré—. Su mordedura suele ser mortal, a no ser que se actúe con decisión y rapidez.

—Lo sé —dijo—. He tomado nota de tu actuación para otras ocasiones. Sabía lo del torniquete, pero no entiendo que succionaras de la herida. ¿Cómo te libras del veneno en caso de llevarlo a la boca?

—El veneno de los ofidios sólo actúa si penetra en la sangre —afirmé—. Si tu boca está libre de heridas, no hay peligro de contaminación.

—¿Y en cuanto a la sección que provocaste con la gumía?

—Tiene idéntico fundamento: lograr que los restos del tósigo salgan al exterior con la hemorragia. Para ello también son los lavados.

Otro incidente, esta vez más grave, ocurrió al vadear el Éufrates por el puente de barcas que se hallaba en Bardasa. Se trataba de una antigua pasarela hecha con tablas colocadas sobre lanchones de madera anclados en el lecho del río con estacas. El río bajaba bien de agua, pues se había completado el deshielo en el Cáucaso, donde estaban sus fuentes. Un camello pisó sobre una tabla podrida, que cedió, y se precipitó al agua con su carga: un matrimonio persa que pasaba a Tabriz. El camello nadó con la maña habitual en cualquier animal y logró salir del río por sus medios, no así la pareja, que se ahogó a pesar de arrojarle a por ellos, sujeto de una cuerda, uno de sus esclavos. Yo estaba cerca. Los vi manotear antes de sumergirse en las aguas turbias, cenagosas y rápidas.

Desde Bardasa a Bagdad tardamos ocho días. El camino ahora cambió radicalmente. Se terminó el desierto y se inició una tundra de matorrales bajos que lentamente se convirtió en feraces praderas. A medida que nos aproximábamos a la antigua ciudad se veían más poblados, huertos y plantaciones. El árbol predominante

era la palmera, más alta y estilizada que las nuestras. Se veían canales y regadíos que me recordaban a nuestras huertas de Valencia y Murcia. Yo proseguía mi diálogo con Sacha. A su lado me sentía rejuvenecer. Había seguido amándola al menos una vez cada cuatro días, con una cadencia que me sorprendió a mí mismo. Le había regalado esencia de alhucema, que compré para ella en el pequeño zoco de Bardasa, y se aromaba del modo sabio aprendido de Jazmina, la que fuera su ama. Incluí en el regalo —exhortándola a guardar el secreto— una cadena de plata con un aguamarina para que adornara su cintura. Me parecía cada día más bella y, con la piedra azul como aderezo debajo del ombligo, una maga lúbrica. Claro es que estaba en la mejor edad de la mujer: los veintiocho años, cuando la excelencia física es completa y se dominan las mañas de Afrodita.

—Tú estabas en Aracena cuando murió mi pobre cuarta esposa —dije.

—Es cierto, amo. Quise quedarme a su lado, pero no lo permitiste. Lo cierto es que una noche tuve el presentimiento de que había muerto. Soñé con pájaros. Y siempre que sueño con pájaros ocurre una desgracia. ¿Cómo fue su final?

—Se apagó sin dolor, como una lámpara a la que le falta aceite. Yo sufrí más que ella.

—La recuerdo cada hora, hakim. Me consolaba orar ante su tumba aspirando el aroma que amaba, a nomeolvides. Recuerdo lo mal que lo pasé al principio: pensé que prescindirías de mí, que me devolverías a mi familia o me venderías.

—¿Cómo puedes pensar esas cosas?

—Era lo más normal: muerta mi ama, ¿a quién iba a servir?

—Yo también soy tu amo.

—Lo sé. Y soy feliz por ello.

—Pero algún día no muy lejano faltaré.

—No digas cosas tristes, amo. Estamos en las manos de Alá.

—Tú eres la única de mis esclavas que quedará desvalida el día en que me marche. Por ello he concebido planes para ti.

—No me asustes, mi señor... ¿Qué planes son esos?

—Cuando cumplas treinta años te buscaré marido.

—Pero... No puede ser... Te pertenezco... Tengo hijos contigo...

—Te encontraré un buen hombre, honrado. Lo hallaré para ti. Mereces ser feliz.

—Ya soy feliz.

—Me refiero al día que yo falte. Aún quedan hombres buenos. Podrás llevarte a tus hijos... si me dejas verlos cuando yo te lo pida.

—Señor, mis hijos son tan tuyos como míos. Dispón como tú quieras.

Tres días antes de llegar a Bagdad ocurrió el robo. Poco antes del alba, por el descuido de un vigilante que se quedó dormido, unos ladrones de camino se llevaron

de la cesta de un camello un fardo con ámbar y plata en barras por valor de setenta estateras de oro griego. El dueño, un afgano que regresaba a su tierra con el producto de la venta de las especias que llevara a Chipre desde la India, se mesaba los cabellos. Se había perdido el trabajo de un año. Era curioso que, entre tanto fardo de pellejos de aceite, vino y pedazos de mármol, hubieran elegido el que contenía plata y ámbar. Ello hablaba a las claras de que el ladrón conocía el cargamento. El afgano recordó que en Palmira había despedido a un servidor tras una discusión por su salario. Dio sus señas físicas —alto, renegrido de tez, con un costurón que le cruzaba el rostro— al jefe de la caravana, y éste, nada más llegar a Bagdad, lo denunció al caíd.

Bagdad se apareció ante nuestra vista desde media legua antes de llegar. La ciudad, enorme, poblada por un millón de habitantes censados, se asentaba a orillas del río Tigris, en varios grandes meandros de su curso. Fundada en el siglo VIII por el segundo califa abasí Al-Mansur, se convirtió pronto en la mayor metrópoli económica, intelectual y artística del orbe. Poseía el mayor mercado de esclavos del mundo conocido y era grande su diversidad étnica y religiosa. La ciencia y la cultura rayaban a gran altura. La Casa de la Sabiduría fue erigida por el califa Al-Mamún para traducir del griego la mayoría de los manuscritos de los autores helenos desde Eurípides. Cuando yo llegué funcionaban seis maristanes independientes y dos aljamas. Pero, lo mismo que en Alejandría, la división religiosa y el fanatismo hicieron su aparición, y con ellos llegó la decadencia. Más o menos lo que está a punto de suceder en Córdoba: «Cuando las barbas de tu vecino veas rapar, echa las tuyas a remojar», escuché decir en el arrabal una vez a un mozárabe. Si una gran nación se disgrega, malo, o lo que es lo mismo: vale más una sola nación grande que diecisiete pequeñas. Pero «nadie escarmienta en cabeza ajena», dicen también. Bajo los buwayhíes, en 945, se inició la debacle. Suníes tirando de la cuerda por un lado y chutas halando por el otro, partieron el poder, la paz y la prosperidad. Yo vi sus últimos estertores. Poco después de nuestra marcha se inició el movimiento de los fanáticos integristas dirigido contra los ricos y las autoridades, aterrorizando a la próspera clase comerciante bagdasí. Bien organizados y formando un estado dentro de otro, los integristas triplicaron los impuestos en los mercados, saquearon los comercios y las casas hasta crear un clima de inseguridad que provocó una gran desbandada y la despoblación.

Nada más llegar, y tras instalarnos en la mejor posada de la ciudad, acudí en busca de Ibn Sina. Lo hice solo. Fue muy fácil, pues todos lo conocían por su nombre en Bagdad. Lo hallé en el maristán del que, con sólo veinticinco años, era ya director. Justo salía de una clase, rodeado de alumnos. Me presenté hablando árabe clásico. Permaneció mudo de asombro unos segundos. Luego palideció.

—Abul Qasim... —dijo al fin, trémulo—. ¿De verdad que tengo ante mí al autor de *Al-tasrif*?

—Es para mí un honor conocerte, Ibn Sina.

—¿Cómo dices...? Soy yo el honrado... ¡Éste es Abul Qasim! —gritó a sus alumnos, diez o doce incrédulos jóvenes que me rodearon—. ¡El prodigioso cirujano de Al-Ándalus! ¡Mi maestro! ¡Mi poca ciencia la aprendí de él! —aseguró a gritos.

—Me abrumas —dije sonrojándome—. He venido desde la otra punta del mundo para aprender.

—Entonces no has venido a buen puerto. Soy yo el que me dispongo, Alá sea loado, a completar mi formación al lado del más ilustre de los médicos. Hasta aquí ha llegado el eco de tus hazañas quirúrgicas. ¡Abul Qasim —volvió a chillar— es el primer cirujano en todo el ancho mundo en operar un cólico miserere con éxito!

Los estudiantes me observaban con expectación máxima. Eran muy jóvenes. Ibn Sina me cogió del brazo y me arrastró a su despacho, un lugar tranquilo desde el que se veía un poblado riad y su estanque de aguas mansas y verdes.

—Dime a qué debo este gran honor, maestro —dijo.

—Quería, antes de morirme, conocer al joven prodigio. Hasta Córdoba llegan tus escritos, el rumor de tus hazañas médicas y de tus portentosas curaciones quirúrgicas. Deseo también contrastar opiniones y comparar casuísticas para que avance nuestra ciencia.

Me lo quedé mirando. No aparentaba los veinticinco años que tenía. Era muy alto, delgado, con la piel color terroso, frente lisa, despejada, ojos inmensos, negros como antracita, la nariz larga y recta, semita, pues se hablaba de que descendía de judíos de raza, los pómulos tan prominentes como un tártaro, la boca de labios finos, pálidos, barba muy larga, rizada, y bigote lacio, de puntas estilizadas que aglomeraba con goma arábiga, pues era presumido. Vestía, con cierta afectación, ropajes caros. Se cubría la cabeza con un capuz al modo turquestano, como usan en su Bujara y Samarcanda natales, sus primeras patrias.

—Tuve suerte —dijo—. Comencé mi andadura con buen pie y después todo vino rodado.

Además de sabio era humilde. Insistió en alojarme en su casa, pero quedó pasmado al saber que viajaba con mis esposas y esclavas.

—Agradezco tu invitación —dije—, pero sería una invasión guerrera. Escuché decir en Nápoles, hace ya muchos años, que los huéspedes son como el pescado: atufan a los tres días. En cuanto a mis mujeres, no podría ya prescindir de ellas. Como viejo que soy, preciso sus cuidados.

—Yo sigo célibe, maestro —admitió.

—Craso error —aseguré—. Sin las mujeres un hombre no adelanta.

Me enseñó su bimaristán, o lugar de enfermos en siríaco, y me explicó su funcionamiento, muy parecido al nuestro. Era el más moderno de los seis de Bagdad, erigido en 982. Sus veintitrés años de antigüedad lo hacían tan virginal como una

núbil. Todo relucía de limpio y nuevo.

—Sé que el primero lo levantó Al-Razi hace ochenta años. ¿Es cierta la anécdota que cuentan sobre la elección del mejor lugar para erigirlo? —pregunté.

—Lo es —respondió Avicena—. Al-Razi colocó cuatro pedazos de carne de novillo en cuatro lugares muy separados de la ciudad y eligió aquel en el que el trozo de carne tardó más en descomponerse.

Me mostró la secretaría del hospital, donde constaban por sus nombres los pacientes que ingresaban y se anotaban los alimentos y medicamentos que precisaban cada día y los horarios de su administración. La jornada de los médicos —que vivían en el centro— comprendía la visita matinal y la prescripción de drogas. Por la tarde había una nueva visita seguida de las intervenciones quirúrgicas y las clases teóricas para los alumnos, no más de doce por profesor. La capacidad del bimaristán era enorme, ya que podía albergar a dos mil pacientes, entre hombres y mujeres.

Llevaba preparado uno de mis *Tratados de agricultura*, que le entregué firmado. Él me correspondió con una de sus primeras obras: La inocencia y el pecado, un tratado sobre las costumbres de la época en Persia. Deseaba fervientemente contemplar una intervención sobre un bocio tóxico, de los que trataba varios casos médicamente, y me presté a ello.

Al día siguiente recibí una invitación del visir de la ciudad. Era evidente que Avicena había influido en ella. Lamentablemente, las estrictas leyes coránicas de los gobernantes locales impedían a las mujeres participar en ágapes, por lo que acudí solo. La comida fue sosa y desabrida. Para mayor escarnio, se habló todo el tiempo de política, un tema que odio, y más si me desborda y no me afecta, como era el caso. Hubo luego algunas alusiones a la amistad entre Bagdad y Córdoba, algo esperado y vacuo. No soporto comer entre hombres. Me falta el aire si no tengo a mi lado a una mujer y puedo oler su aroma. A los postres, el joven Ibn Sina se dio cuenta de mi incomodidad y me sacó del comedor a un bello patio.

—Te pido mil perdones, maestro. Sé que en Al-Ándalus sois más civilizados que aquí y permitís a las hembras participar en la vida pública.

—Ignoro tus convicciones religiosas, caro amigo —dije—, pero, para mí, por encima del islam o de cualquier religión están el hombre y la mujer.

Aquella misma tarde, paseando por un bello parque, hablamos de alquimia, una ciencia que hacía furor en todas partes. De vez en cuando nos cruzábamos con lo que parecía una mujer, cubierta de negro con el burka de manera que malamente podía ver dónde pisaba.

—No creo en ella —dijo—. La materia se transforma, es cierto, pero los radicales que la componen siguen siendo los mismos.

—Opino igual —aseguré—. La piedra filosofal no existe. Pienso con Al-Razi en que el oro no deja de ser oro ya sea en estado sólido o líquido. Con el sabio persa, tu

paisano, digo sí a la transformación y no a la transmutación. Por mucho que la adereces con pimienta negra, una mona seguirá siendo mona mientras viva y jamás se convertirá en mujer.

—Sin embargo —dijo Ibn Sina—, creo que a través del burdo embuste de la alquimia podemos llegar a avances en el campo de la física y química. Los alquimistas árabes no habrán conseguido transformar el plomo en plata, el cobre en oro ni el cuarzo feldespato en diamante, pero han logrado con sus retortas, alambiques y probetas, innumerables productos de interés: los ácidos sulfúrico y nítrico, el agua regia, el amoníaco, alumbres y vitriolos, y han desarrollado nuevas técnicas como el sublimado, la destilación, la fusión, el tamizado o el filtrado.

Mientras yo divagaba con Ibn Sina, mis mujeres recorrían los zocos acompañadas por Omero. El primer día organizaron un mediano alboroto con sus chilabas de colores, sus aromas y la belleza de sus rostros que no amenguaban los sutiles velos. Un alguacil les llamó la atención. Regresaron al mesón rojas de furia, bufando, taquicárdicas, y me organizaron un mediano escándalo.

—No soportamos más este país —dijo Susana—. Nos miran como a bichos extraños. ¿Tú has visto cómo van las mujeres? Bendita Córdoba... Hablo en nombre de todas cuando digo que queremos irnos.

—Trataré de arreglarlo —prometí. Conseguí del visir, por mediación de Avicena, que mis esposas y esclavas vistiesen como quisiesen, eso sí, con el pelo cubierto con hijab y leve velo facial. Al menos iban frescas. Para aminorar la expectación que despertaban, el dignatario les asignó una guardia personal. Recorrían las mezquitas, los baños y los parques rodeadas de alguaciles.

Llegó el día de la intervención de estruma. La paciente era una mujer delgada que había sido obesa. Su bocio era muy grande. La tuve nueve días con mi tratamiento, que logró disminuir algo el tumor. Tras dormir a la paciente con la esponja soporífera y con la técnica descrita en otra parte, logré una tumorectomía subtotal, dejando en los cuatro polos de la víscera un muñón de tejido. La enferma apenas se quejó y ello hizo enmudecer de asombro a los presentes en el quirófano: un grupo de médicos encabezados por Avicena y doce escogidos estudiantes, pues no cabían más. Me ayudó Carmen, pues me negué a efectuar la intervención si no era con mi equipo.

Tres mañanas duraron los seminarios que se organizaron para comentar la operación. Todo admiró de mi técnica: el material quirúrgico, mi habilidad de manos, la delicadeza de las de mi ayudante y, sobre todo, la efectividad de mi anestésico.

En la intervención que practicó Avicena, la extirpación de un gran tumor adiposo sobre un flanco, el paciente tampoco se quejó, pero al precio de estar tres días baldado en cama, vomitando y sin poder moverse. Y es que el bueno de Ibn Sina empleaba como anestésico pasta de adormidera disuelta en leche ingerida en ayunas, pues estaba vedada la ingestión de vino. En Bagdad estaban resignados a los tristes

efectos colaterales de la pasta de opio, sin contar con la posible adición del paciente a la droga, y por ello vieron con alivio los espléndidos resultados de mi esponja. Por descontado que les dejé mi fórmula.

Avicena era casi más filósofo que médico. Seguía en su pensamiento a Aristóteles coma a coma. Hablamos una larga noche sobre el tema. Su libro de consulta, el que reposaba en la repisa a la cabecera de su lecho, era la *Metafísica* del pensador heleno. Confesó haberla leído más veces que el Corán. A pesar de ello me dijo que no la entendía del todo, pues el filósofo peripatético no expone el origen de las cosas como obra de un Creador bondadoso. Mi colega confundía la doctrina aristotélica con el pensamiento neoplatónico, las mezclaba. Para él, y para mí, la razón está por encima de todo. Mediante la razón, explicó, se nos llama a buscar la perfección. Distinguía entre la esencia abstracta y el ente concreto que no elige existir, pero que existe por la esencia. Confieso que a veces me perdía, pues la filosofía pura me duerme. El ente —dijo— está compuesto de una parte necesaria, Alá, que existe, y una parte de «lo posible», el resto de los seres, que sólo existen por una causa: la voluntad de Dios. Me sorprendió que negara la inmortalidad del alma como ente individual.

—Imagina —dijo al final, alboreando el día— a un hombre suspendido en el cosmos, en el aire, aislado, sin contacto con nada, sin notar siquiera su propio cuerpo. ¿Intuirá su propio ser?

Aquello me superaba. Los rasgos del joven sabio se afilaron y sus ojos me parecieron de repente los de un destartado orate. Luego de la larga charla filosófica, sólo pensaba en Sacha y en la tibia calidez del lecho. Avicena esperaba expectante mi respuesta. Urdí una que no comprometía, que ni negaba ni afirmaba.

—Imagino... —reliqué muy serio. Cualquier otra respuesta nos habría llevado a tres horas más de reflexiones metafísicas.

En parte por la incomodidad de mis mujeres y también para evitar la fuerte canícula estival, adelantamos el regreso seis días. Me despedí de Ibn Sina con una opípara cena en el mesón. Desde luego estaban mis esposas y esclavas a cara descubierta. Había encargado al mesonero un buen cordero, que habían preparado al modo persa, con almendras, bien cargado de especias. Intentando resarcirme de la larga abstinencia de tres semanas, pedí también vino nuevo, un excelente caldo de color rubí y sabor arrutado. Entre el óptimo asado de cordero, el vino sirio al que hizo pocos ascos y mis mujeres, los ojos le hacían chiribitas al bueno de Avicena. Creo que aquella noche tomó la decisión de tomar estado, pues supe que antes del año de nuestra marcha se casó con una bella joven persa, de Qom.

Todos cogimos aire al salir de Bagdad. La ciudad mantenía su viejo esplendor y el estado de la ciencia era muy bueno, pero nos hallábamos como encorsetados, sin poder bostezar ni respirar a gusto. Encontramos lugar en una caravana que hacía idéntica ruta que nos trajo, pero a la inversa, y en casi un mes llegamos a Antioquía.

Andreas nos esperaba a bordo de *La Esperanza* con ensalada griega, berenjenas al horno con queso del Peloponeso y vino de retsina. Once singladuras nos llevó cruzar el Mediterráneo de punta a punta. Las mismas que empleó Sacha en echar por la borda las bilis de un mareo que no era de la mar, que estuvo calma. Sólo se le aplacaba bebiendo ouzo, un licor anisado con el que brindábamos en cada amanecer. El último día del mes de julio de 1005 avistamos el alminar de la gran mezquita cordobesa.

Nada como el hogar, lo dije en otra parte. Nos recibieron mis nietos dando saltos y a mí en particular una fila tan larga de pacientes que recordaba a la de una tahona que regalara pan preñado, recién horneado. Nunca vi tan bonita la almunia, exultante con el verde de su vegetación: la hierba estaba húmeda, los árboles presentaban sus vestidos de gala, reventaban los arriates de flores y un aroma como de paraíso flotaba en el aire transparente. Me puse a la tarea de inmediato. Cercano a cumplir los setenta, me mantenía claro de mente y con buen pulso. Los médicos no nos jubilamos nunca por la edad: es la cabeza la que marca las pautas. Cuando no recuerdes dónde vas al salir del zaguán o la fecha del día, deberás retirarte al rincón más ameno que encuentres, cambiando el cuidado de los pacientes por el de los bisnietos, y el examen de enfermos por el de buenos libros. Otra cosa son los cirujanos: aquí interviene el pulso. El mío se mantenía firme. No dudaba al incidir la piel con mi escalpelo ni temblaba al hender la conjuntiva ocular cuando operaba cataratas, en número creciente.

Las cosas en Al-Ándalus iban manga por hombro. Nadie sabía quién gobernaba, si es que lo hacía alguien. Lo único claro es que no era el califa. Hixem II permanecía encerrado en Medina Zahara, de donde no salía ni a la oración del viernes. Le veía a menudo, pues me consultaba para que lo tratase de todas sus miserias. Lo afectaban mil clases diferentes de pústulas, podagras, mal de piedra, bubones venéreos y fístulas anales. Innoblemente entregado a la sodomía en los últimos tiempos, tenía varios amantes. No le importaba el color de sus pieles ni su apostura física: tan sólo se atecía al grosor y largura de sus vergas. Era enfermizo. Cualquiera facineroso blanco, negro, rojo o amarillo era bien visto en palacio si su falo deforme alcanzaba el tamaño y anchura adecuados. En consecuencia, lo traté de varios desgarros anales, dolorosas fisuras, trombos hemorroidales y fístulas complejas. También sufría su boca. A pesar de los constantes enjuagues con ruda y malvavisco, le hedía de las miasmas venéreas que afectaban sus labios y encías conformando flemones purulentos y dolorosas aftas. Pálido, enflaquecido, depauperado, daba grima contemplar su tétrico aspecto de cadáver viviente.

Tras la muerte de Almanzor, lentamente, el edificio califal se vino abajo. Lo que parecía fábrica edificada sobre roca era sólo adobe deleznable levantado en arena. Al-Mansur fue un déspota genial, un dictador tan sólo atento a su poder, incapaz de concebir una alta política previsoras y un gobierno duradero y estable, de hombres íntegros. El individuo que, como él, es absorbente, extirpador de colectividades y de individuos valiosos, deja tras sí al desaparecer la nada, una negra sima de ineptitud, de mala educación e indiferencia pública. A poco de enterrado, se entabló una lucha de dos bandos: el de las tropas berberiscas traídas de África y el de los eslavos o gentes de origen europeo, creaciones ambas del tirano. Hixem II contemplaba la lucha

desde la poltrona, exhausto, sin atreverse a intervenir.

El partido andalusí, que incluía a la nobleza musulmana, conservó su prestigio en las ciudades importantes: Córdoba, Sevilla, Toledo y *Zaragoza*. Los eslavos y muladíes se unieron al partido andalusí por un sentimiento común de repugnancia, natural, hacia los intrusos llegados del desierto y se impusieron en el norte y levante, en tanto los africanos se adueñaron del sur. El poder político se difuminaba y el califato comenzó a desmembrarse. Cuando el segundo hijo de Almanzor, Abderrahmán Sanchuelo, se hizo proclamar heredero de Hixem II, la aristocracia árabe mostró su descontento. Se produjeron distintas algaradas provocadas por los patricios musulmanes. Parte de la nobleza optó por un hijo de Hixem, Muhammad, inepto, pero al fin un Omeya. Hubo diversas alternativas en medio del desgobierno hasta que Sanchuelo fue decapitado en 1009. Muhammad II subió al trono, pero fue un espejismo que duró sólo un año. Se levantó contra él su propio padre que, como nueva ave fénix, trató de volar, lo que nunca había hecho, pero fue nada más un planeo corto, lo mismo que la perdiz que aletea con un alerón quebrado del flechazo. El joven Omeya apareció muerto en su cama una mañana de otoño y los conspiradores intentaron que un Hixem envejecido y lleno de pústulas hediondas gobernara. Tres años duró la pantomima, pues en realidad quien mandaba era un hermano de Muhammad, Suleimán Al-Mustaid.

Cuando escribo estas líneas, en el invierno de 1013, el cadáver infecto de Hixem II, descendiente del profeta, reposa ya en la tierra. Afortunadamente falleció de repente, sin dar trabajo ni pesar a nadie, pues todos agradecemos su desaparición. Certifiqué su muerte, que fue natural y originada por sus propias pestes. Jamás olvidaré la fetidez que expelía el cadáver. Era un tufo nauseabundo que llenaba Medina Zahara y que no conseguían amenguar las decenas de pebeteros de sándalo y jazmín estratégicamente situados. Ordené que sus restos fuesen colocados en féretro de plomo, que se selló con triple soldadura, también para evitar que huyesen los gusanos.

Pero dejemos la política: no hablemos de turbios e infectos personajes. Al regresar de Oriente, expliqué en el maristán mi experiencia viajera. Les hice ver que nada teníamos que envidiar en cultura y ciencia a nuestros hermanos del Oriente. Se esponjaron cuando dije que mi *Al-tasrif* era el texto en el que aprendían medicina y cirugía los estudiantes en Bagdad y Damasco. Lo dije sin empacho, alto y claro, que a mi edad la vanidad se estrecha. Les conté la gran impresión que me causara Ibn Sina desde el punto de vista médico, su inmensa sabiduría y sus proyectos de iniciar un tratado médico que compilara todo lo conocido en nuestro arte cuyo nombre sería *Canon de medicina*.

Sacha dio a luz sin novedad y me hizo padre a los setenta años. Contemplé por enésima vez las inefables mañas de un rorro, las gracias de un pequeño gateador y sus

primeros inseguros pasos. Cumpliendo mi promesa busqué un marido a mi pequeña esclava. No fue fácil. Eché de menos a mi madre. Gran casamentera fue Zulema, y su concurso me hubiese venido a las mil maravillas. Tenía la habilidad de oler en la piel de una mujer sus cualidades y conocer sus aptitudes y defectos en la caída de sus ojos. Nunca se equivocó. En su defecto, movilicé a mis tres mujeres, que lanzaron sus redes en pos de un hombre afortunado. Y digo tal pues Sacha era la mejor de las hembras. Al final la cosa la dispuso el azar, como casi siempre.

—Sé que buscas un hombre para Sacha —me dijo una mañana Abdelaziz, el taxidermista, mientras desayunaba churros y mantecadas con Elvira, mi buñolera mozárabe.

—¿Cómo lo sabes?

—Las noticias corren en el arrabal. Y si son referentes a una beldad como Sacha, entonces vuelan más que el viento. ¿Cuántos hijos te ha dado?

—¿Qué te traes...? ¿Desde cuándo te interesan los hijos que me den mis esclavas...?

—Me importa todo sobre ella. Tal vez tenga el hombre que buscas.

Lo inspeccioné con calma. Mi viejo amigo había medrado y parecía hablar en serio. Debía tener mi edad o poco más. Su oficio le procuraba beneficios, sin duda, pues iba bien trajeado, estrenaba chilaba y luda fíbula de plata.

—Habla —lo conminé.

—Tengo un sobrino, un hombre excelente que ha quedado viudo. No tiene hijos. Conoce a Sacha y se ha prendado de ella desde que supo que ibas a darla en matrimonio.

—¿Seguro? ¿No andaría acechándola desde antes?

—Te juro, hakim, que jamás pensó en ella cuando no era libre.

—Aún no lo es —dije para probarle—. Me pertenece.

—Lo sé, señor. Y también que piensas darle la libertad y casarla. Desde entonces mi sobrino la ama en silencio. Se trata de un amor puro y limpio.

—¿Y qué hace tu sobrino? Tendrá un oficio, supongo. Nunca lo vi por tu taller.

—Le propuse seguir mi trayectoria y traté de enseñarle, hakim, pero a él le gusta el campo. Como no tengo hijos, todo lo mío será suyo algún día no lejano. Posee una casa de labor, con su cortijo, en el camino a Cabra. Es dueño en total de siete fanegadas de tierras de regadío, un huerto ameno y una modesta cabaña con vacas y caballos.

—¿Cómo se hizo con ella?

—Pidiendo un préstamo al usurero, que yo avalé. Ha pagado ya el principal de la deuda y le quedan los réditos que, si se casa con Sacha, saldaré yo y será mi regalo de boda.

Yo escuchaba la historia como si los arcángeles la propalaran desde el paraíso. Vi

al sobrino entre brumas, alto, educado, apuesto. Imaginé a Sacha servida por dos siervas en su cortijo, nuestros hijos correteando por el patio y su marido venerándola y preñándola. Tanta felicidad no era posible. Seguro que el pariente era una especie de engendro mal parido.

—Quisiera conocer al interfecto —dije, simulando indiferencia—. ¿Cómo es?

—Se llama Suleimán y tiene cuarenta años. Es bien parecido. Si te parece puedo llevarlo a tu casa cualquier día.

—Me temo que será necesario, pues Sacha me tiene dicho que jamás se casará con alguien que no sea de su gusto.

Preparé a la esclava como mejor supe, hablándole del desahogo económico de su pretendiente, de su honradez presunta, y a los nueve días se presentaron en la almunia Abdelaziz y Suleimán. Venían igual de henchidos que dos brazos de mar: embutidos en caftanes de fiesta sobre bombachos, cinturones de brocado carmesí, turbantes adornados con un rubí pequeño sobre la frente, gumías de empuñadura de plata, fíbulas de lo mismo y babuchas de cordobán curtido. Los recibí en el patio principal, donde habían preparado una mesa con naranjada y dátiles. Excusado es decir que todas las mujeres de mi casa, con Sacha al frente, arremolinadas, espiaban a la pareja desde la ventana del gineceo protegida por una bella celosía de cedro.

—De modo que tú eres Suleimán —dije, ofreciéndole un dátil.

—Sí, hakim, para servirte.

—Sé que enviudaste.

—Para mi desgracia, señor. Perdí la claridad que alumbraba mi senda, una bella esposa de sólo treinta y cinco años.

—¿Cómo fue?

—Se la llevó Alá en tres noches. Padecía de fiebres perniciosas que trajo de su tierra, pues era del sur de la Tunicia.

—Y no tienes hijos...

—No, mi hakim. El Que Está Arriba no quiso bendecirnos con descendencia. Tal vez Janira era infecunda.

No quise hacer comentarios, pero mi experiencia me dicta que en tres de cada cinco casos el estéril es el hombre. Corté la divagación y entré directamente a la escudilla, cuchara en mano.

—Me dice Abdelaziz que estás prendado de mi Sacha. ¿De dónde la conoces?

—De verla en el zoco con tus otras esclavas y esposas, hakim. Me gustó enseguida su porte, su sencillez y su belleza. Si el hakim me la diera, me haría el más feliz de los hombres. Por supuesto sería mi primera esposa y tal vez la única. Tengo demasiado trabajo en mis humildes campos para poder atender a más mujeres.

—Sabrás que tiene tres hijos pequeños y que busco esposo para ella. Te diré también que está dotada. Ha sido, como sabes, esclava, pero le daré la libertad si le

gustas y llegamos a un acuerdo. Lo esencial es que le caigas bien.

—¿Qué edad tiene? —preguntó tembloroso Suleimán.

—Treinta años.

—¿Cuándo podría verla?

—Si ella no tiene inconveniente, ahora mismo.

—Sea —dijo Abdelaziz—. Cuanto antes mejor, pues mi pobre sobrino no sosiega ni aprovecha desde que vio a Sacha.

Pasé al gineceo. Para mi sorpresa, allí no había nadie. Fui al gran salón: estaban reunidas allí, Sacha muy seria. Era evidente que terminaban de llegar de espiarnos, habían visto a Suleimán y discutían del caso. Todas estaban de acuerdo en la bondad del pretendiente al que encontraban guapo, apuesto, incluso bizarro. Sólo Sacha dudaba.

—Parece honrado. No encontrarás nada mejor —decía Susana.

—Se ve a la legua que te adora —aseguraba Carmen.

—Además de guapo tiene medios. Te hará feliz —sostenía Jezabel.

Las demás esclavas afirmaban con la cabeza y animaban a Sacha.

—Calma —dije—. Sacha no tiene que tomar ninguna decisión inmediata. Ahora vendrá conmigo y con todas vosotras. Quiero presentarle al que será su novio si ella quiere. Luego, si se caen bien, habrá tiempo de hablar.

Salimos al patio. Sacha, en medio del femenino cortejo, era la más joven y también la más hermosa. Iba sencilla: con una larga túnica celeste que descubría sus pies, un cinto de cuero negro que le realzaba el busto y la larga melena recogida en una cofia. Se había decorado los párpados con negro de humo y pintado los labios con carmín. Desprendía un agradable aroma de alhucemas. Pisando sobre mármol o alfombras en aquella tarde de primavera, iba descalza como las demás hembras. Surcaba sus ojazos un halo violáceo y sus mejillas estaban escarlatas, lo mismo que si se tratase de una niña que recibe su primer requiebro. Hice las presentaciones. Sacha flexionó las rodillas levemente, y Suleimán, dando un paso al frente, se arrodilló ante ella y le besó los flecos de la túnica. Nos sentamos todos. Vi al hombre palidecer cuando ella le mostró los blancos pies de uñas cuidadas, rojizo opalescente, y los tobillos sin ajorcas, decorados con henna.

—Querida Sacha —dije—, Suleimán pretende, primero hablarte y conocerte, y luego, si llegáis libremente a un acuerdo, convertirte en su esposa legítima. ¿Aceptas ser cortejada por él?

—Haré lo que ordenes, mi señor. Y en este caso con gusto —añadió, enrojeciendo—, pues sé que no harías nada que me perjudicase.

—Si es así, os autorizo a veros en esta casa y, si Sacha lo quiere, a salir juntos acompañados de una esclava. Si dentro de un mes Sacha lo decide sin agobios, se harán las capitulaciones y podréis casaros.

Tal fue el trato que aceptaron los dos. Suleimán venía cada tarde, poco antes del crepúsculo. Paseaban por el riad y hablaban, al principio con cautela, indecisos, enseguida con igual verborrea que cuervos indostánicos. Supe por Carmen y Jezabel, que los espiaban, que se llevaban bien y parecían gustarse, más según pasaban los días. Al décimo, sentados sobre el banco de piedra de la orilla del río, envuelto en su perfume, el viudo no pudo más y se aventuró a rozar la mano de Sacha abandonada sobre una rodilla. Ella no la retiró, aunque se puso roja como el granate. Al despedirse, pelaban la pava en el zaguán. Lo hacían largas horas, desde que sonaban las nueve en la clepsidra de la mezquita grande hasta que Omero, que no entendía de aquella pantomima, carraspeaba y se tendía en la esterilla para intentar dormir. Sólo entonces, Suleimán, derretido de amor por su náyade, se despedía con un beso volado. Los acontecimientos se precipitaron a las tres semanas de iniciadas las conversaciones.

—Mi amo —dijo una noche Sacha—. Lo tengo decidido: me casaré con Suleimán y cuanto antes mejor.

—¿Le amas?

—Aún es pronto para hablar de amor. El amor en la mujer tarda en prender. Pero él es bueno y me quiere. No hay fingimiento en sus modos ni en el habla.

—Y te ha dicho que no resiste más.

—Exacto. Fue con esas palabras.

—Si estás decidida, hablaré con Abdelaziz, que será testigo en vuestra boda. Yo os apadrinaré.

Hubo una especie de ceremonia de esponsales tres días más tarde. Todos de punta en blanco, nos reunimos para merendar de manera principesca. Suleimán se veía excitado, tan nervioso como un purasangre antes de la carrera. Sacha estaba particularmente bella. Apareció deslumbrante con el pelo deshecho en bucles, oliendo a espliego y alhucema y con un fino collar de esmeraldas que había sido de su ama Jazmina. Sobre el blanco caftán, en su cintura, emitía sus sensuales guiños nuestra aguamarina. En una mesa aparte, con las demás siervas, se sentaban los hijos que tuvimos juntos: la pequeña Sachita, de once años, Sara, de siete, y el pequeño Yusuf, el bagdasí, que iba a cumplir dos. Después del tercer té, cuando las fuentes de hojuelas, bizcochos y piñonates quedaron limpias, se hizo el silencio y tomé la palabra.

—He hablado con el imán de la mezquita. Os casará el próximo viernes. Mi regalo de boda será un viaje por Andalucía. Iréis en mi calesa y trazaréis el itinerario que más os plazca. Los niños se quedarán en esta casa hasta el regreso, entonces los llevaréis con vosotros al cortijo.

—Mi casa y mis bienes serán de Sacha —dijo Suleimán, muy pálido—. En

cuanto regrese lo escrituraré ante el muftí. Ella lo sabe.

Sacha permitía que su varón le tomase una mano, que acariciaba. Tenía los ojos bajos y se agitaba levemente, igual que un pajarillo que ensaya en el nidal su vuelo primerizo. Parecía que aquel amor tardío prendía ya.

—Zulema, mi madre, compró a Sacha para Jazmina, mi cuarta mujer —dije—. Descansen las dos en la paz del Señor. Pagó por ella quince monedas de oro. Ahora llevará de dote treinta. Treinta áureos dinares cordobeses que son el pago a un comportamiento ejemplar y a una larga fidelidad de más de quince años. Además, no va desnuda al matrimonio. Susana se ha ocupado de reunir el ajuar que aportará.

—Jazmina dejó escrito que su dote pasaría a su esclava si ésta matrimoniaba alguna vez —dijo Susana—. Sobre aquella mesa está el ajuar —añadió, señalando con la mano extendida. Todos desviamos la mirada a una mesa de roble vestida como para un banquete regio. Un candelabro de cuatro brazos con candelas iluminaba ropa planchada, apilada por géneros.

—Son seis manteles para doce del mejor hilo egipcio —prosiguió Susana—; servilletas sin cuento, a juego; diez tapetes calados; dos docenas de sábanas dobles también de hilo; tres colchas del mejor satén; diez juegos de ropa de dormir, todo en seda; veinticuatro toallas de baño de distintos tamaños en algodón del Nilo, bragas, caftanes y chilabas de todos los colores...

Sacha lloraba mansamente. Quiso hablar, pero no pudo. Después de unos momentos, pálida, temblorosa, se abrazó a Susana, y luego a Jezabel y Carmen. Por fin se aproximó hasta mí y me besó las manos. Suleimán exultaba de gozo.

—Hay algo más —dije—. Sacha será libre por completo desde que se case. Yo también quisiera completa libertad para ver a mis hijos. No pido mucho, pues los niños me cansan: la vez que los traigáis cuando vengáis a comer, por ejemplo una vez al mes, o cuando yo vaya a verlos al campo. Y, para terminar, un ruego imperativo: exijo para Sacha un trato impecable. En mi larga vida jamás he castigado a una mujer, hecho que es propio de gentuza sin ley y de canalla carcelaria. Si me entero de que Sacha sufre la agresión más pequeña, con razón o sin ella, iré a buscarla.

La boda fue sencilla. La celebramos en una carpa que instalamos en el jardín, frente al Guadalquivir. Hubo danzas y músicas hasta el anochecer. Los novios pasaron su primera noche en el cuarto de invitados que utilizaba Zulema cuando vivía. Partieron de viaje y regresaron a las dos semanas. Un emisario nos trajo la noticia de que se hallaban ya en su hogar. Dejé pasar algunos días y me presenté allí con mis esposas. Fue exactamente como había imaginado: Sacha feliz atendida por dos jóvenes criadas, el marido trabajando en el campo con sus jornaleros y los niños correteando por el soto, junto al riachuelo que bañaba el cortijo.

Ha muerto Omero. Se fue sin darse cuenta. Murió igual que había vivido: sin dar afán

ni pesadumbre a nadie. Rebuscamos entre sus cosas: un caftán grasiento, una chilaba que había sido blanca, sus apestosas babuchas, únicas, pues sólo cambiaba de calzado cuando el anterior estaba ya deshecho, el fez que una vez fuera rojo y la gumía mellada, tratando de averiguar su edad. No hubo forma. Hay veces que uno guarda escrita en un pergamino una fecha, que conserva un dije o una medalla conmemorativa de su nacimiento. Nada. Envueltas en un calzón siniestro con zurrapas antiguas, enrolladas en tela, atesoraba tres monedas de oro y seis de plata. Ignoro cómo allegaría su tesoro, pues nunca le pagué. Tal vez era de antes de ser comprado por Hassan o un legado que le dejó mi padrastro y yo desconocía. En cualquier caso, se merecía un entierro decente y lo tuvo. Vinieron a por él sus amigos del zoco: Agbar, el esclavo del ferretero; Eleazar, un liberto del zabazoque del mercado chico; Nicolás, un muladí tullido de una caída de mula que vendía berzas y lechugas ante el matadero; Zoilo, siervo de un tendero de especias en la alcazaba, y los dos hijos de Fátima, una curandera y quiromántica que hacía ensalmos y curaba el mal de ojo, con la que malas lenguas dicen que se entendía. Y todo porque los vieron hablando una vez frente a los baños. Es especie tan absurda —y más en un castrado— que ni siquiera precisa un desmentido.

Sus amigos tuvieron que esforzarse para cargar las parihuelas. Omero, en los últimos tiempos, comía más de la cuenta, y ello se reflejaba en su gruesa barriga y la papada, como un gorrino de engorde de esos que los cristianos conservan en orzas de aceite tras la matanza por su San Martín. Hubo tambores, tiorbas, guitarrones, vibraciones de lengua, golpes de pecho y plañideras. Yo no fui al cementerio, pues me aqueja desde no ha mucho cierto dolor en la cadera izquierda que traduce sin duda el desgaste articular que sufre. Es una parcela, la articular, que nunca toqué en mis tratamientos, pues, si he de decirlo con sinceridad, es un campo que los físicos desconocemos. Omero tuvo su sepulcro individual y propio, algo que le preocupaba una vez que lo hablamos. Se fundió con la tierra para iniciar otra vez el círculo vital: polvo, agua, planta, comida, cuerpo, muerte, cadáver. Lástima de cadáver. Mi querido esclavo se habría ofrecido para un estudio generoso de sus órganos.

Mis cocineras se esmeraron, pues sabían que Omero agradecía un buen guiso. De hecho, fuera de las horas que pasaba en el zaguán, el mejor lugar donde encontrarlo era la cocina. Allí era consentido por sus zalamerías y gracejo, pues el siervo tenía cierta chispa. Enredaba entre las fuentes picoteando aquí y allá, probando un asado, catando un vino, paladeando un postre, pues se las daba de buen entendedor. Hubo en su memoria un ágape a sus modos: pescado en salmuera, manjar blanco, gachas, pichones asados —que adoraba— y migas que llaman «del pastor», aderezadas con embutido de ciervo, cabeza de jabalí, ajo, pimentón, comino y azafrán. Fue la última vez que pasaron por casa Sacha y su marido con los niños, ahora cuatro, pues hace un año dio a luz a un varoncito tras malograrse otro. La noté feliz y enamorada de su

esposo. Con treinta y cinco años, está más guapa que nunca. Su marido besa por donde pisa, pues se ve a cien leguas que la ama tiernamente.

A raíz de cierto incidente en el quirófano, he pensado seriamente en retirarme. Fue hace meses, poco después de cumplir setenta y seis. Operaba una catarata senil. De repente se enturbiaron mis ojos. Pensé que yo mismo padecía del mal, pero no era así. Detuve la intervención unos segundos y me recuperé, pero el pulso me temblaba. Cedí el escalpelo a mi ayudante de mano, un experimentado cirujano, y éste concluyó la operación sin mayores problemas. Todo ello me hizo cavilar. No es lícito poner en riesgo la salud de los demás por egoísmo o una equivocada concepción profesional. Retirarme no debo, pues me lo impiden los pacientes que se agolpan a mi puerta, pero sí dejar el escalpelo y dedicarme sólo al ejercicio de la medicina. Además, de un tiempo a esta parte me conturba un dolorcillo gástrico que va a más. Es la sensación de tener en el estómago un duende travieso y juguetón que se hace notar, que pesa y dice aquí estoy yo. Arrastro desde hace varios meses una inapetencia que se ha traducido en adelgazamiento de siete libras. Como a la fuerza, venciendo las arcadas, de la mano de Carmen, que, como cristiana que es, hace para mí de fiel samaritana. Hace pocos días, al despertar, devolví un buche de jugo digestivo en forma de baba espesa con algunos hilillos hemorrágicos. Ayer, palpándome, noté en el epigastrio una masa desplazable y sensible que parece tener vida propia. No puedo engañarme a mí mismo. Después de cincuenta y cinco años de ejercer la más noble de las profesiones, conozco la enfermedad que sufro: es el neoplasma gástrico, un mal maligno e incurable que minará mis fuerzas y roerá mis entrañas perforándolas como los topos una verde y húmeda pradera. No hacen falta físicos expertos que dictaminen sobre mi mal ni notarios que den fe. Tampoco un juez que dicte su sentencia: conozco de memoria el veredicto.

Mi tiempo se termina y me parece justo, pero mentiría si dijese que lo acepto de buen grado. Nadie hay tan enfermo ni tan viejo que no espere alentar una hora más. Incrédulo hasta el fin, creo que el paraíso se encuentra en esta vida y que todos, si se lo proponen, lo tienen a su alcance. Con salud, trabajo y una buena mujer, son muchos los buenos ratos que alcanza un hombre honrado y sabio. A pesar de ello, siempre queda un resquicio para la duda y la esperanza. ¿Existirá el más allá? Si existe Dios, espero que se apiade de su humilde siervo.

Esto se acaba. He pasado una noche infame entre el dolor urente y un tenso duermevela. Tengo dispuesto ya mi testamento. No quiero ceremonias huera ni ostentosas: una tumba discreta a la sombra de un ciprés donde fundirme de nuevo con la tierra. Mis bienes serán de mis esposas y mis libros para la humanidad. Me pesan

los párpados lo mismo que si fuesen de mármol y apenas siento al muecín proclamar la segunda oración. Muero de la mejor forma posible, dulcemente, rodeado de los seres que me aman, mis esposas, mis hijos, mis esclavas...



ANTONIO CAVANILLAS DE BLAS, cirujano y escritor español, nació en Madrid en 1938.

Fascinado por el mundo de la historia y por la cultura árabe, es un viajero consumado de las antiguas sendas que dieron fama al antiguo mundo islámico.

Ha combinado su labor como médico y la literatura y está especializado en novela histórica, destacando sobre todo en aquellas que tratan la propia historia de la medicina, como *El médico de Flandes* (2001) o *El cirujano de Al-Ándalus* (2009).

Además ha escrito *El león de ojos árabes* (2003), *El prisionero de Argel* (2005) y *Harald el Vikingo* (2011).